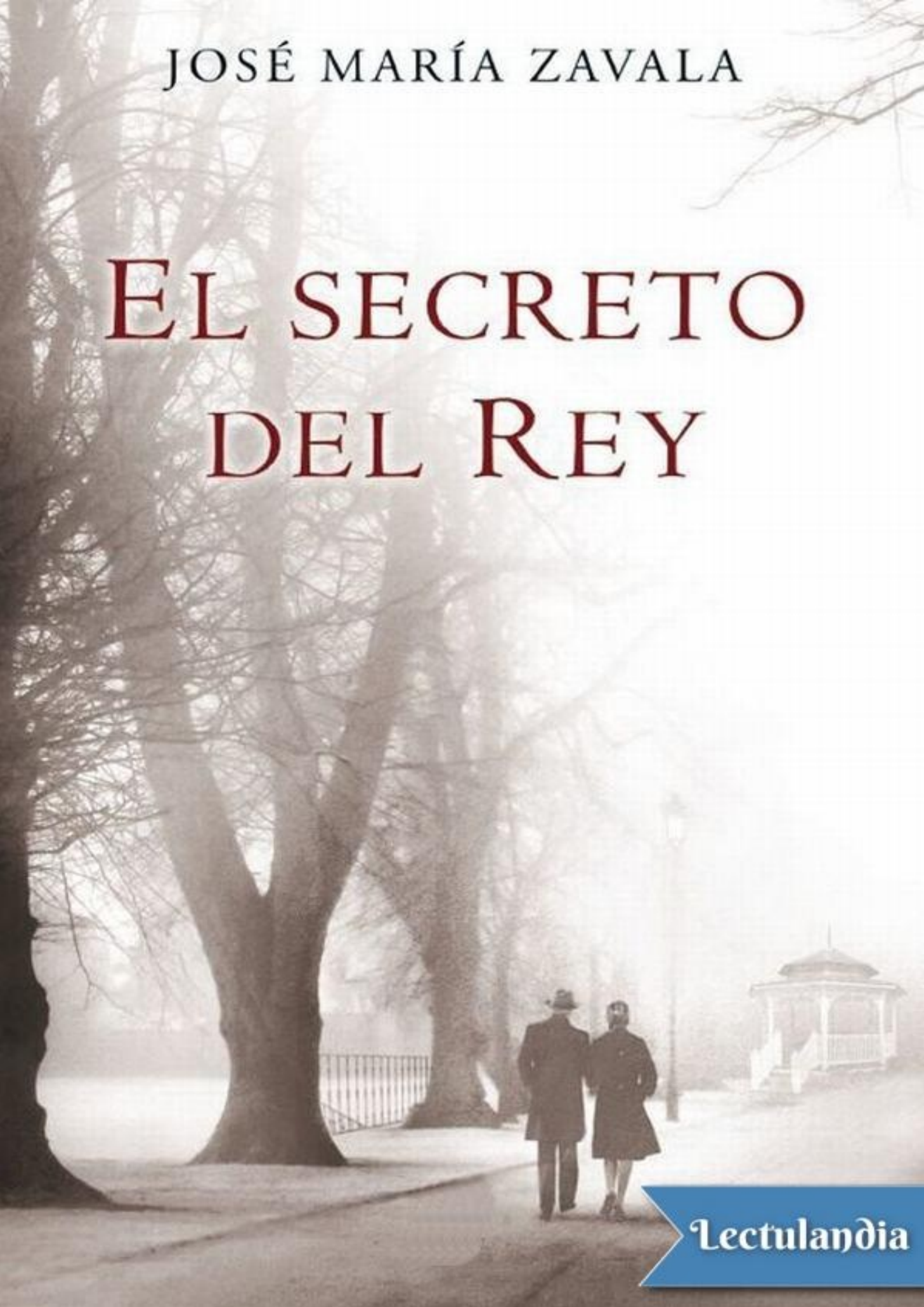


JOSÉ MARÍA ZAVALA

# EL SECRETO DEL REY



Lectulandia

Estoril, 1956. El príncipe Juan Carlos de Borbón vive un apasionado romance con Mafalda Cornaro, una joven que encarna el *new look* de Christian Dior. Pero un aciago día, el infante Alfonso de Borbón recibe un disparo mortal procedente de la pistola que empuña su hermano mayor, Juan Carlos, mientras juega con él en la residencia de los condes de Barcelona en el exilio. Para investigar el suceso, los gobiernos de Salazar y de Franco ponen en marcha la Operación Giralda. Acción, suspense y romanticismo se funden en esta trepidante novela en la que el mayor experto en la Casa de Borbón vuelca todos sus conocimientos sobre el anterior Rey de España.

**Lectulandia**

José María Zavala

# **El secreto del Rey**

ePub r1.0

Titivillus 22.05.15

Título original: *El secreto del Rey*  
José María Zavala, 2013

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A Paloma, fiel inspiradora de mis albores literarios*

El avión de Mafalda Cornaro aterrizó en Lisboa la tarde del 19 de diciembre de 1955.

Poco después, descendió por la escalerilla una rubia vaporosa de diecinueve años que imitaba al final de su larga melena la famosa cola de caballo de Brigitte Bardot. Sus cabellos resplandecían como una flamígera corona de espigas de trigo. Lucía jersey y chaqueta de punto color beige. La parte superior de la americana iba ceñida para remodelar el busto, con ayuda de un corpiño resistente; las mangas eran estrechas y llegaban hasta los antebrazos, en uno de los cuales sostenía un abrigo de paño doblado. Encarnaba, como muchas otras jóvenes distinguidas del momento, el New Look de Christian Dior.

El principal propósito de su aspecto era la seducción. Hombros suaves y caídos, caderas redondeadas y cintura extremadamente estrecha. Un auténtico festival de dunas buscando siempre la curvatura más bella. Iba bien aleccionada para no salir a la calle sin sombrero ni guantes, combinar perfectamente bolso y zapatos, escoger los complementos y la sombra de ojos del mismo color, calzar siempre sus pies de gacela con tacones altos y llevar medias de nylon con costura.

Federico, el mayordomo y chófer de su tía Giannina, la aguardaba solo a la salida de la terminal para ayudarla a llevar el equipaje hasta el coche, aparcado en las inmediaciones del aeropuerto. Nada más verla, hubiese silbado de buena gana, pero por educación tuvo que reprimir su instinto.

Tía Giannina no había podido acudir al final a recibirla porque su nuera Andrea se había sentido indispuesta por una gastroenteritis. Pero, seguro de impresionarla, Federico conducía el nuevo Cadillac descapotable de su tía, informado de que a la joven le encantaban los automóviles, y cuanto más llamativos y relucientes, mejor; como el de su padre, un Buick Super de color crema y techo negro, con dos parabrisas delanteros y un atractivo diseño de curvas, como las de una modelo de pasarela, que rebasaba los ciento cuarenta kilómetros por hora.

—¿No tenía la señora un Mercedes Benz? —interrogó Mafalda a Federico, mientras enfilaban la carretera en dirección a Estoril, recordando haber visto aquella misma versión un montón de veces en las fotografías del álbum de su madre.

—Está guardado en el garaje junto con el Ford GT, el Buick y el Jaguar —respondió él en perfecto italiano, pues en los veinte años que llevaba al servicio de la señora Giannina se entendía siempre con ella en su lengua materna.

—¡Santo cielo! ¡Menuda flota de automóviles! —exclamó.

—Ya sabrá, señorita, que la señora casi nació con un volante en las manos. —Sonrió aquel hombre, sujetándolo tan fuerte que sus grandes nudillos se volvieron blancos.

—Estamos en el mejor año para los coches: los Ford, los Chevy, los Buick, los

Pontiac... ¿Quién da más...? Y el año que está a punto de comenzar dicen que todavía será mejor.

Si no fuera porque le tenía justo delante, Mafalda habría jurado que Federico era el mismísimo Basil Rathbone, el trasunto de Sherlock Holmes en el cine. Alto, espigado, con la cara angulosa y la nariz larga y afilada, llevaba gorra con visera para disimular su calvicie. Al verle en el aeropuerto, comprobó que algunos mechones de pelo lacio se aferraban a su cráneo, como flores silvestres luchando por la supervivencia sobre una roca desnuda. Para colmo, fumaba en pipa.

—¿Es de brezo? —preguntó ella, recordando la de su padre.

—No, de espuma de mar.

—¿Cómo es eso?

—Está hecha de un material que absorbe la humedad y proporciona una fumada muy seca, como a mí me gusta.

—Ah...

—Me la regaló su tía Giannina por mi cumpleaños. Es una Dunhill inglesa. Insuperable...

—La de mi padre creo que es una Charatan.

—Excelente pipa, ya lo creo, señorita. Inglesa también.

El interior del coche despedía el aroma dulce del mejor tabaco inglés; se trataba del inconfundible Amphora, la marca favorita de su padre, quien en cierta ocasión le había dicho a su hija que la pipa era una buena muleta en la que apoyarse para dar respuestas difíciles a preguntas difíciles de los periodistas incómodos tras una cumbre diplomática.

Durante el corto trayecto hasta Monte Estoril, la paradisíaca localidad entre Estoril y Cascais enclavada en este último concejo, Mafalda Cornaro se moría de ganas de volver a ver a Juanito, como llamaban en la intimidad a quien, si el destino no lo impedía, llegaría a ser algún día rey de España. Era un secreto compartido con su madre y con su tía que aquel príncipe azul de carne y hueso reinaba ya en lo más hondo de su corazón. Esperaba verle al día siguiente, a su regreso de la Academia Militar de Zaragoza.

—Te echaba tanto de menos, nena... —suspiró tía Giannina, nada más verla a su llegada a Monte Estoril.

—Como sigas abrazándome así, vas a hacerme perder el aliento —advirtió su sobrina, sintiéndose enroscada a una anaconda.

Se notaba que tía Giannina era una consumada amazona, que acababa de estrujarla con la misma fortaleza con que apretaba las riendas de *Salvaje*, su pura sangre inglés, para evitar que se le desbocase. Montaba a caballo desde hacía más de veinte años. Muy cerca de su casa, desde la que se divisaba al fondo el mar embravecido, había un picadero regentado por un portugués llamado Rogerio da

Silva, donde ella empezó a montar. Coincidió luego allí con doña María, la madre de Juanito, que solía cabalgar sobre *Bonito*, un estupendo caballo que le había prestado Nicolás Franco, a quien su hermano el Caudillo había designado embajador de España en Portugal.

Ahora le encantaba recorrer a caballo las cinco mil hectáreas de su finca, atravesando los arrozales que aquel invierno brumoso y húmedo había transformado en lagos que cubrían las áridas llanuras del verano.

—¿Te gusta mi nuevo cachorro? —presumió la anfitriona, aludiendo a su flamante descapotable mientras tomaban un refresco en el porche acristalado.

—Es precioso, tía.

—Me lo ha conseguido el rey Humberto de Italia. Habló con un amigo suyo, accionista de la Cadillac, y al final pudieron desembarcarlo en el puerto de Lisboa.

—¿Qué modelo es?

—El Dorado, se llama; lo han lanzado este mismo año. Alcanza los ciento ochenta kilómetros por hora...

—¡Caray, corre que se las pela!

—¿No sabías que aborrezco las tortugas?

—Pues claro. Si tú eres una gacela al volante.

—Y no soy la única...

—¿Alguien más...?

—¿Lo ignoras, nena? —inquirió ella con una sonrisa pícaro.

—Vaya, no se te escapa una —repuso, dándose por enterada.

—Más de una vez, Juanito ha cogido el Bentley Continental de su padre para darse una vueltecita por la costa como un piloto de carreras.

—Pero si no tiene carnet de conducir... ¿Estás segura?

—Me lo contó un pajarito. Pero no vayas a decir tú ahora que te lo he dicho yo, ¿eh?

—Tranquila, soy una tumba.

—Te voy a contar una divertida anécdota referida en una carta a su madre: este invierno, en su primer curso en la Academia de Zaragoza, Juanito conoció a un notario del pueblo turolense de Albarracín que solía alojarse los fines de semana en el Gran Hotel de la ciudad para relajarse de sus ocupaciones cotidianas. Al principio, Juanito le confundió con un ricachón mexicano por su sombrero de paja de ala ancha, su acento andaluz y un bigotazo tan negro como la antracita... ¿Te aburro...?

—¡Qué dices! Continúa.

—Está bien. —Sonrió ella—. Juanito se le acercó, deslumbrado por su espectacular descapotable Pegaso, primer premio mundial de elegancia en la Exposición de París. «¿Eres mexicano?», le preguntó para romper el hielo. El joven notario, que para colmo era republicano, optó por seguirle el juego y asintió: «Pues



claro que soy mexicano: adoro la Coronita y el guacamole»...

—¿Y entonces...?

—Entonces Juanito le preguntó si podía darle una vuelta en su coche, disculpándose enseguida porque debía pedir permiso antes. El notario, aun sabiendo quién era él, aprovechó para vacilarle un poco: «¿Y cómo tienes que pedir permiso tan alto como eres?».

Desternillada de risa, Mafalda hizo un esfuerzo supremo para preguntar con voz suave:

—¿Necesitaba autorización de sus jefes militares?

—Por lo visto. Tras obtener el permiso, vio cumplida su ilusión de pasearse ante sus compañeros de Academia en aquel lujoso automóvil que hasta varios meses después... ¡No supo que pertenecía a un ciudadano tan español como él!

—¡Genial!

—La locura por los coches también la lleva él en la sangre.

—¿Te refieres al padre?

—¿A quién si no? He visto más de una vez a Juan picarse a bordo de su Vespa con el padre Valentini, profesor y confesor de Juanito en el colegio de Estoril, montado en una Lambretta. Corrían los dos que se las pelaban hasta un tiro de pichón situado en las afueras de Estoril, al que casi siempre llegaban juntos.

Mientras observaba a su tía, Mafalda se convenció de que el aspecto de esta apenas había cambiado desde la última vez que pasó las Navidades con ellos en Suiza, cuatro años atrás. Pese a frisar los cincuenta, conservaba negra y brillante su melena suelta hasta los hombros. «Pura genética», pensó. Igual que su madre, y a diferencia de ella misma y de su padre, que eran de un rubio vikingo.

A tía Giannina le gustaba usar ropa juvenil, como los pantalones pitillo que resaltaban su estrecha cintura, el jersey ancho de Valentino, y las bailarinas Capezio. Su grácil figura la rejuvenecía, pero el mejor tratamiento antiedad era su eterna sonrisa. Estaba siempre alegre porque, según decía, le ayudaba a vivir más y mejor haciendo de paso felices a los demás.

—Le echas mucho de menos... ¿verdad? —musitó con cariño.

—Un montón, tía —asintió ella, nostálgica—. Llevamos diez años sin vernos, desde que él se trasladó a vivir a Estoril con sus padres y yo debí permanecer en Suiza, hasta que a papá le destinaron en la Embajada de Italia en París. Con catorce años, y tengo ahora diecinueve, soñaba ya a menudo despierta con él, imaginándole de vacaciones aquí, estudiando en Madrid o formándose en la Academia de Zaragoza.

—Lo tuyo sí que fue un flechazo, hijita. ¿O no te parece raro que en todos estos años sin verle sigas echándole tanto de menos? Si eras una mocosa de nueve años

cuando os despedisteis en Lausana...

—¿Olvidarme de él? Todavía recuerdo, como si fuese ayer, cuando jugábamos juntos al escondite en casa de la reina Victoria Eugenia, en el espléndido jardín que descendía en pendiente hacia el lago.

—¿Y qué me dices de cuando organizabais concursos hípicas sin caballo? Bendita imaginación de niños. Me lo dijo tu madre...

—Era divertidísimo. Los chicos se ponían a cuatro patas y nosotras (Pilar, Margarita y yo) montábamos sobre Juanito y Alfonsito como expertas Amazonas. ¿Sabes, tía, que aún sigo viendo a Juanito vestido de uniforme de caballería a medida, con botas y todo?

—Debía de estar monísimo.

—Parecía un soldadito en miniatura, con cuatro años el pobre.

—¿El pobre?

—Aguantó más de una hora como un jabato subido a una mesa en posición de firmes, mientras un fotógrafo italiano le disparaba despiadadamente una y otra vez con su cámara. Una de las institutrices le quitó luego las botas: tenía los pies en carne viva, porque le estaban pequeñas.

—¡Criatura!

—Solo entonces Juanito se echó tímidamente a llorar. Luego supe que su padre le había inculcado desde niño que «un Borbón no llora más que en su cama».

—¿Has sabido algo directamente por él en todo este tiempo sin veros?

—Tal vez.

—Tu mirada te delata.

—Bueno, una carta.

—O sea, ¿que te ha escrito?

—La guardo como si fuese un boleto de lotería premiado con el gordo —dijo ella, consciente de que a toda mujer le encantaba y emocionaba recibir cartas.

—Supongo, ¿la tienes aquí?

—Claro, ¿quieres leerla? —dijo, sacándola de su bolsito, al codo.

—¿No te importa?

Tía Giannina reconoció enseguida la caligrafía de Juanito, de quien acababa de recibir una felicitación navideña: estaba fechada en Zaragoza solo veinte días antes, y llevaba el membrete de la Academia Militar.

Empezó a devorarla enseguida.

Querida Mafalda:

Lo primero de todo decirte que celebro de veras volver a verte si Dios quiere estas Navidades, en Estoril. Supongo que tendrás algunas noticias mías por tus padres y Alessandro, con quien recordarás que pasé unos días inolvidables en casa de Fontanar hace ya tres años.

¿Sabes una cosa? Que hoy me he tenido que quedar metidito en la Academia, sufriendo un arresto por llegar tarde a formación anoche, y hoy, pues aquí rabiando, pero así es la vida y tiene uno que acostumbrarse a todo. Esta mañana he montado a *Pie de Plata*; ha sido fenomenal, pero no he saltado con él, pues hace bastante frío y se resienten luego las manos al caer del salto. Me levanto a las 8.15; desayuno a las 8.30 y estudio de 9 a 10:45; de 11 a 2 a las clases y de 3.30 a 5.30 siesta; a las 5.45 me escapo a la piscina hasta las

6.45 y a las 7.10 voy a estudio con todos, enfrente de la enfermería. ¿Y tú cómo estás? Seguro que guapísima. Estoy deseando verte. Dales muchos recuerdos a tus padres y a Alessandro de mi parte, y un beso para ti de

JUANITO

—Canela fina... —rumoreó Mafalda.

—Dicen que estimula mucho.

—¿Sigues organizando veladas musicales, tía?

—¡Oh, claro que sí! Como presidenta de la Sociedad de Conciertos de Portugal, ayudo sobre todo a los artistas judíos huidos de la Unión Soviética, ofreciendo mi mecenazgo a jóvenes promesas como Daniel Barenboim. Hace unos meses apareció por aquí Yehudi Menuhin para deleitarnos con su Stradivarius.

—Mamá me dijo que estuvo también Arthur Rubinstein...

—Solía entrar en el salón con los brazos en alto, proclamando: «*Alors, Giannina?* ¿Este templo de la música revienta de silencio cuando yo no estoy?». Luego, sentado al piano, añadía: «Oh, este *la* se ha ido de vacaciones; así que os tocaré algo de Chopin sin *la*»...

El timbre de la puerta interrumpió la conversación.

—Deben de ser los Fragoso —advirtió la anfitriona, tras consultar su nuevo Rolex, el primer reloj de pulsera del mundo que indicaba la fecha y el día de la semana con todas sus letras—. Les he invitado a cenar para celebrar que venías tú. Sabes quiénes son, ¿verdad?

—¿Debería saberlo?

—Por la cuenta que te trae, nena: Ernesto Fragoso es el jefe de tripulación del yate de don Juan y conoce muchas cosas de tu príncipe.

Federico se asomó a la terraza con el cráneo huesudo al descubierto.

—Señora, han llegado los señores Fragoso. ¿Les hago pasar? —anunció.

—¿Está ya preparada la mesa para la cena?

—Sí, señora. Antonia lo tiene todo listo.

—Pues pasemos adentro.

Ernesto y Micaela hacían una pareja graciosa y contradictoria a primera vista. Él era bajito y fornido, con un mostacho de húsar que sepultaba el labio superior, y una negra sotabarba como la de uno esos grandes oradores del siglo pasado. Su rostro estaba agradablemente curtido a la intemperie, y cuando sonreía a la gente, los dientes, de sorprendente blancura, eran visibles a treinta metros de distancia. Ella, por el contrario, era un poco más alta que él y delgada, con el pelo anudado en su cabeza formando un bello y dorado moño. Lucía un traje de chaqueta muy mono de Balmain en tono pastel, con zapatos de tacón y bolso de piel a juego. Mafalda se preguntó con razón, nada más verles, si tendrían algo en común.

El comedor era muy acogedor. Se sentaron a una gran mesa redonda de caoba, cubierta con mantel de lino, desde la que se adivinaba el mar en la lejanía. Una

enorme araña de cristal iluminaba cálidamente la estancia. Antonia, la doncella, comenzó a servir la mesa con delantal y cofia.

—Ernesto es un viejo lobo de mar. ¿No ves el inmejorable aspecto que tiene el sinvergüenza? —comentó tía Giannina con desenfado.

—Pues sí, aunque no lo supiese, pensaría que es un veterano capitán de yate —dijo Mafalda, tratando de resultar cortés.

—El verdadero patrón a bordo siempre es don Juan, ¿verdad, Micaela? —Sonrió el aludido a su esposa, tensando la piel de su rostro apergaminado.

Ella asintió con la cabeza.

—Cuéntale, Ernesto, las singladuras que has hecho con don Juan —le animó tía Giannina.

—Hemos navegado juntos por cada puerto y cala de la costa, desde Setúbal, Sines y Sesimbra, hasta el Algarve, las islas Berlenga o Peniche. Y no solo por la costa portuguesa: también llegamos hasta Punta Umbría, Tánger, Francia, Reino Unido e Italia. Hace tres años, sin ir más lejos, nos hicimos a la mar rumbo a Inglaterra para asistir al desfile naval con motivo de la coronación de la reina Isabel II.

—¿Siempre en el mismo barco? —indagó Mafalda.

—Siempre en *El Saltillo*. Se lo ofreció por primera vez el banquero Juan March al conde de Barcelona en su visita a Estoril, en marzo de 1946, aunque el barco es propiedad del empresario bilbaíno Pedro Galíndez, quien desde entonces se lo presta al señor cada verano.

—Es un poco viejo, la verdad —advirtió Micaela.

—Pero navega, que es lo importante, y además Galíndez cubre todos los gastos —aclaró el marido, llevándose un langostino a la boca.

—¡Menuda pinta que tiene el lenguado de Cascais! —exclamó Mafalda, aprovechando que Antonia le tendía la bandeja de plata para servirse.

—Pues no veas lo bien que combina este vino de Carcavelos con el pescado —observó Micaela.

—¿Recuerdas, Ernesto, el primer barco de Juanito? —dijo Giannina.

—Con solo nueve años tuvo ya el *Sirimiri*. Se lo trajeron los Reyes Magos en su primer año en Villa Giralda

—Pero ¿era suyo? ¿Quién se lo regaló en realidad? —curioseó Mafalda.

—Juanito acabó descubriendo que los Magos de Oriente eran un grupo de fieles monárquicos de Bilbao que habían obsequiado a su padre con aquel pequeño crucero de regata. Enseguida, con la generosidad que le caracteriza, el señor se lo cedió a su hijo.

—Creo que hasta ganó un campeonato y todo con ese balandro... —comentó Micaela.

—Así fue. Patroneado por su padre, el *Sirimiri* se alzó con la victoria en sus primeras regatas en Sesimbra y en las islas Berlenga.

—¿Y este verano también saldrá a navegar? —añadió Mafalda.

—Me temo que será imposible, señorita.

—¿Y eso?

—Se vendió el año pasado a un empresario de Sintra. Ahora se llama *Neblina*.

—Pero el Bentley, en cambio, ahí sigue vivito y coleando, ¿no es así, Ernesto? —dijo Giannina guiñándole un ojo, para tirarle de la lengua.

El oficial de *El Saltillo* sonrió.

—¿Por qué no le cuentas a mi sobrina el viaje que hiciste con Juanito a bordo del Bentley de su padre?

—Solo si Mafalda promete guardar silencio.

—Lo prometo —aseguró ella, como si tuviese delante la Constitución portuguesa.

—Está bien, la primera vez que Juanito cogió el Bentley...

—Sin permiso... —matizó Giannina.

—Bueno, digamos que yo logré convencer a don Juan para que le dejase acompañarme.

—Conduciendo tú, claro.

—Aunque el volante lo cogió finalmente él. Estaba radiante de satisfacción, como si asistiese gozoso al alumbramiento de una auténtica criatura de carne y hueso. «Ya verás qué virguería», me dijo. «¿Hay que llevar algo?», pregunté yo, candoroso. «No, hombre. Solo vamos a dar una vuelta por la costa y enseguida volvemos. No cojas ni siquiera la gorra». Obedecí sin rechistar, como el mejor de los cortesanos, ocupando el asiento del copiloto. Lo primero que hice fue ceñirme el cinturón de seguridad y encomendarme al Altísimo: «Que sea lo que Él quiera», dije, santiguándome. En muy poco tiempo, el vehículo se puso a ciento treinta kilómetros por hora.

—¡Madre mía! —exclamó Mafalda.

—Juanito iba sellado al asiento, sujetando con firmeza el hermoso volante forrado de cuero. Minutos después me miró con gesto triunfal, reparando en mi palidez: «¡Qué...! ¿Qué te parece? ¿No dices nada? Es una maravilla. Fíjate qué estabilidad tiene y lo bien que coge las curvas».

—¿Y tú qué contestaste?

—«Me parece estupendo», asentí, añadiendo: «Corre que se las pela. Pero... solo tiene un asa para agarrarse uno». Regresamos a Villa Giralda después de algunos minutos de rectas y más curvas en las que con una mano me asía fuertemente al asa del techo y con la otra me agarraba de igual modo al asiento, mientras con los pies intentaba, inconscientemente, «frenar» la embestida del bolido real.

—Bueno, tras el sofocón, Ernesto tiene ahora un regalito para ti, Mafalda... —anunció, por sorpresa, tía Giannina.

—¿Un regalo?

Ernesto se incorporó de la silla para extraer una fotografía de la *blazer* cruzada que colgaba del perchero de la entrada.

—Tómala, es para ti —dijo, tendiéndosela.

—Oh, gracias, muchas gracias —susurró ella mientras la examinaba, como

hipnotizada.

Era un retrato de Juanito, vestido con chaqueta azul, del Club Náutico de Cascais, con sus simbólicos caballitos de mar, la gorra de plato de marinero y unas cómodas playeras. Estaba, como siempre, irresistible.

La ciudad de Estoril se había convertido para ella en un mundo aparte porque amaba a uno solo de sus habitantes.

Mafalda se acostó aquella noche sin poder conciliar el sueño de lo nerviosa que estaba. Diez años sin ver al hombre por el que tanto suspiraba eran para ella toda una eternidad. En caso de gustarle, ¿se conformaría él con añadirla a su larga lista de conquistas? Aquella incertidumbre le atenazaba. Enterró su rostro en la blanca almohada y tendiendo sus labios, buscó los de él con febril imaginación, tratando de sentir toda su dulzura.

A la mañana siguiente, Mafalda se despojó entre bostezos del camisón corto y vaporoso cuyo vuelo salía de un canesú. Pensó que a Juanito, llegado el caso, esa prenda de dormir tan sexy le seduciría.

Embozada en unos pantalones pitillo con cinturón de hebilla ancha, jersey de cuello alto y zapatos bajos de punta redonda con lazos, se dispuso a maquillarse ante el espejo esmerilado con su cajita de Coco Chanel. Nada de bases espesas que oscureciesen su tez pálida, pero sí grandes dosis de rímel para realzar las pestañas; los labios, perfilados por el rojo tan seductor, y las cejas gruesas, en forma de alas de paloma con el pico superior marcado.

La rubia melena ondulada en cascada dejaba a la vista unos hermosos aros en las orejas menudas y armoniosas, combinados con un collar de perlas de una sola vuelta por fuera del jersey. Fascinada por la sensualidad de Marilyn Monroe, la elegancia de Rita Hayworth, el magnetismo de los ojos de Elizabeth Taylor y la sencilla belleza de Audrey Hepburn, su amiga Dafne, compañera en la Facultad de Historia de la Sorbona, le había insistido en que con el revolucionario maquillaje Pin up cualquier hombre, por muy príncipe que fuese, sucumbiría ante sus ojos.

—Pruébalo y verás... —aseguró Dafne.

Y eso mismo fue lo que hizo ella, poco después, al verle acercarse por el paseo marítimo de Estoril alrededor de las once. Movía su cabeza como si el sol le molestase a la vista. Al principio le pareció un rascacielos. Calculó que medía metro noventa de estatura, casi veinte centímetros más que ella. Caminaba a paso atlético con sus deportivas, a juego con la indumentaria: pantalón de pinzas suelto, camiseta blanca ajustada y cazadora. En cuanto aquel hombretón le cubrió con su sombra, sonriéndole con sus misteriosos ojos azules, mientras la brisa agitaba los bucles dorados de su cabello, cayó rendida por dentro: «¿A qué esperas, cariño, para fundirme en tu abrazo como si fuese de cera?». Supo entonces que el primer beso no se daba con la boca, sino con los ojos.

De repente, reparó en el gran hematoma que cubría parte de su ojo izquierdo.

—¿Te has golpeado con algo? —dijo ella, preocupada.

—Con una farola, mientras caminaba distraído por el centro de Zaragoza —repuso él, sin darle importancia.

—¿Aún te duele?

—Estás guapísima, Mafalda —la esquivó, guiñándole el ojo sano.

—Gracias... —contestó ella, ruborizada hasta el lóbulo de las orejas.

—¿Damos un paseo? —propuso, asiéndole de la mano.

Era una mano blanca como la nieve, con dedos largos y sensibles de artista, tan suave y tierna como una flor. Entre su fría palma ardía como una ascua. Juanito trató

de imaginar su belleza cuando abrazara su cuello con la delicadeza con que agarraría el de un violín, y anheló que algún día pudiese colmarle de caricias.

Mafalda intentó en vano disimular sus nervios.

—Estás temblando.

—Un poco destemplada, quizá.

—No creo que tanto como en las divertidas vacaciones de invierno que pasamos en Gstaad. ¿Recuerdas?

—¿Las de 1945?

—Sí. Nos alojamos todos en el Gran Hotel. Tampoco yo he olvidado el bolazo de nieve que me arrojaste en plena cara, mientras Alfonsito y tú no dejabais de reiros a mi costa. ¿Realmente estaba tan gracioso con aquella ridícula pinta de esquimal?

Juanito logró arrancarle ahora una carcajada como la de entonces.

—Conservo una fotografía de aquellos días en la nieve.

—Pilar también.

—Tú apareces sentado en un trineo, junto con mi hermano Alessandro y Alfonsito, Margarita sobre el blanco suelo, mientras Pilar y yo sonreímos a la cámara, de pie.

—Pues yo también tengo aquí otra fotografía —dijo, llevándose la mano a la cazadora para extraerla de una cartera de cuero marrón—. Tómala. Es para ti...

Era un retrato de Juanito con uniforme de gastador, a cuya escuadra pertenecía por su estatura y marcialidad acreditadas aquel invierno en la Academia.

—¿Seguro que es para mí...? —repuso ella, como si le regalasen la luna.

—Naturalmente, y además te la voy a dedicar como Dios manda.

Juanito retiró el capuchón de su estilográfica Mont Blanc para anotar en la parte inferior de la imagen, apoyado en la tapia de piedra del paseo: «A la princesa de mi cuento y compañera de mi vida real, con todo el amor de su príncipe».

—¿Qué te parece?

—¡Oh, es preciosa! —musitó ella al leerla.

—Por cierto, te preguntaba en mi carta por Alessandro... —añadió, cambiando de tema como si tal cosa.

—Está muy contento con sus estudios de Medicina.

—¿Tiene ya novia?

—¿Y tú...?

—Eso suena un poco serio, ¿no crees?

Juanito pensaba en el fondo que una mujer resultaba más encantadora si uno podía abandonarse simplemente en sus brazos sin llegar a caer en sus manos; a fin de cuentas, él concebía el amor como un mero episodio en la vida de un hombre, consciente de que para la mujer el varón constituía en cambio la razón de toda su existencia.

—Alessandro se parece en eso a ti.

—Entonces, ¿tampoco él tiene novia?



—De momento, no.

—Aunque tú puedes que sí lo tengas —inquirió, ladino.

—Pues yo tampoco.

—Entonces tendrás muchos admiradores, porque eres tan bonita, Mafalda...

Ella sintió que el tono rosado de sus pómulos volvía a tornarse escarlata. Acababa de comprobar que solo hablar del pasado lograba rebajarle la temperatura, como si ingiriese una gragea de 500 miligramos de Panadol, nombre bajo el cual se comercializaba el paracetamol.

—Disfrutábamos haciendo muñecos de nieve... ¿Recuerdas que a uno de ellos le puse tu bufanda escocesa? —dijo ella.

—Reconozco que tienes mejor memoria que yo.

—Pero seguro que recordarás las carreras en trineo por las pendientes de los bosques, esquivando los árboles como si llevásemos calzadas unas tablas de esquí.

—Nosotros íbamos en unos trineos pequeños enganchados a otros más grandes, tirados a su vez por caballos. Era divertidísimo. Alessandro y Alfonsito acabaron volcados por la nieve.

—Mamá me contó luego el susto que os llevasteis Alfonsito y tú aquella Navidad en Les Rocailles, la villa alquilada por tus padres en Lausana.

—¿Te refieres a Papá Noel?

—Un Papá Noel alto y corpulento, con unas barbas blanquísimas.

—Lloramos los dos despavoridos nada más verle junto al árbol de Navidad.

—Menos mal que acabó despojándose de su blanca pelambrea y de su corona de purpurina, y reapareció el rostro de vuestro padre.

—¡Cómo nos reímos luego!

—¿Qué tal tus padres, por cierto?

—Mi padre, bien, aunque un poco hartado ya de que algunos traten todavía de incordiarle con la sucesión al trono.

—¿Y eso...?

—La dichosa ley sucesoria de Franco convierte a mi padre en candidato a la Corona con las mismas posibilidades en principio que yo, mi primo Alfonso de Borbón Dampierre o el pretendiente carlista Javier de Borbón-Parma.

—Pero ¿tu padre no es el legítimo heredero porque así lo quiso tu abuelo Alfonso XIII?

—Así debería ser, pero las normas dinásticas son papel mojado frente a la ley de Franco, que tiene así la sartén por el mango para nombrar sucesor. Fíjate tú: hace poco mi padre se enteró de que Javier Borbón-Parma se había proclamado rey en Barcelona.

—¡Qué dices!

—Increíble, ¿verdad? Días después, el pretendiente carlista tuvo todavía las narices de acercarse a él en el hotel Palacio de Estoril. ¿Y sabes qué le dijo?

—Yo, desde luego, no hubiese dicho nada.

—Pues el muy imbécil le comentó: «Juan, saludo en ti al jefe de la Familia».

—Qué poca vergüenza.

—En vez de contestarle, mi padre se dirigió a su hijo Hugo, diciéndole: «¿Tú, entonces, eres el príncipe de Asturias?». Y volviéndose a Javier, añadió: «Porque como tú te has proclamado rey...». Este, como si tal cosa, le contestó: «Eso fue una *petite ceremonie*, sin importancia». «*Petite ceremonie?*», repitió mi padre, y le dejó con la palabra en la boca. Pero, salvo por tropiezos como ese, él es feliz aquí.

—Tengo entendido que le apasiona la caza, como a ti.

—Disfruta de lo lindo tirando a las perdices y a los faisanes, y luego se los lleva a casa para colgarlos en la alacena antes de echarlos a la cazuela. Se entretiene también jugando al golf, y haciéndose a la mar en *El Saltillo*.

—Ernesto Fragoso me contó anoche algunas de sus singladuras.

—Un tipo excelente, Ernesto, que quiere y respeta mucho a mi padre.

—¿Y cómo te va a ti en la Academia?

—He hecho allí buenos amigos. José Antonio Andrade, a quien algún día conocerás si Dios quiere, tal vez sea el mejor de todos. Recién llegado a Zaragoza, salió en mi defensa porque unos cadetes antimonárquicos me habían recriminado qué pintaba en una academia militar española una persona como yo, que no era español pues había nacido en Roma.

—¿Y qué tiene eso de malo? Yo también soy romana, ¿no te fastidia?

—José Antonio dio la cara por mí, enfrentándose valerosamente a los cadetes que me habían ofendido. Su noble gesto le valió encima un arresto con un ojo a la virulé y arañazos por todo el cuerpo.

—¿En eso consiste la justicia militar?

—¿Te enfadas, Mafalda?

—Me indigno.

—Poco después, le devolví a José Antonio su valiente gesto. Mientras contemplábamos un carro de combate colocado sobre un montículo del campamento, a modo de monumento, nos decidimos a penetrar en él. Pero como el espacio interior era reducido y el techo demasiado bajo, la gorra se le cayó a José Antonio. A mí no se me ocurrió otra cosa que cogerla y salir corriendo con ella en la mano. Cuando José Antonio estaba a punto de alcanzarme, yo lanzaba la gorra a otro compañero para torearle, hasta que aquella acabó en un charco repleto de barro.

—¿Cómo eres tan gamberro?

—Tranquila, arrojé yo también luego la mía al agua, y le dije: «José Antonio, así nos arrestarán a los dos y podremos estar juntos».

—Está bien: gamberro y bueno.

—Aunque no tanto como tú. Cada minuto que estamos juntos me pareces más encantadora, Mafalda...

—Seguro que eso se lo dirás a todas.

—A todas, no. Te lo digo a ti, ahora.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de ella al oír la declaración y sentir cómo él acariciaba suavemente su mano. Una vez más, se agarró a la dosis de Panadol como un clavo ardiendo.

—¿Has jurado ya bandera?

—Hace justo una semana, en el Patio de Armas. Desfilamos primero de uno en uno besando la enseña, y después de tres en tres, pasando bajo ella entre el capellán y el teniente coronel, que la izaba con el sable. Nos reímos luego mucho José Antonio y yo recordando el soberbio castañazo del director general de Enseñanza, que para colmo era general de división, mientras hacía el giro de despedida con la mano en primer tiempo de saludo. Justo entonces se le engancharon las espuelas de gala y aterrizó frente a la bandera como si no se conformase solo con besarla y necesitase adorarla en el mismo suelo.

Mafalda volvió a sonreír, tapándose recatadamente la boca con la mano antes de añadir:

—Mamá me dijo que Alfonsito estuvo allí viéndote.

—Sí. Tras la ceremonia, José Antonio tuvo ocasión de conocerle, pues el marqués de Mondéjar le pidió que le atendiese un momento mientras yo despachaba unos asuntos. Charlaron sobre la vida militar en general y mis progresos en la Academia. Alfonsito confesó que su mayor ilusión en la vida era ingresar en la Escuela Naval de Marín.

—¿Marino entonces, como vuestro padre?

—Y cazador... Hace unos días se enorgullecía ante sus compañeros de colegio de haber cobrado este mismo invierno su primera cabra hispánica en la sierra de Gredos. También monta a *Salvaje*, un ejemplar hispanoárabe del hierro de Buendía, pero un día le dejaron al inquieto *Pie de Plata*, que se le desbocó. Solo su pericia y la suerte de que unos guardas pudiesen cerrar el portón a tiempo evitaron un grave accidente.

—Menos mal —repuso ella con alivio.

—Hace tres semanas, recibí otra visita de Nicolás Cotoner mientras estaba en la enfermería reponiéndome de una ictericia.

—¡Qué me dices! ¿Te encuentras ya bien?

—¿Tanto te preocupa eso, Mafalda? —dijo él con picardía.

—Me alegraría si me dijese que ya estás recuperado.

—Lo estoy. José Antonio me acompañó durante mi convalecencia, cumpliendo órdenes del general director, quien le había dicho con su habitual seriedad: «Sé que está usted como una rosa, Andrade, pero es preciso que alguien de confianza acompañe en todo momento al príncipe». Y así fue. José Antonio llevó consigo a la enfermería su pijama, el albornoz, las zapatillas y su neceser de aseo, instalándose en la cama contigua a la mía, separada por un elevado biombo que dejaba libre un espacio para las visitas.

—¿Qué pretendía Mondéjar con su visita?

—Traía bajo el brazo un paquete alargado envuelto en celofán. Avisé a José

Antonio para abrirlo delante de él y ante nuestros ojos aparecieron una carabina-rifle con mira telescópica y una pistola del calibre veintidós, de las que se denominan de tiro de salón. Dos joyitas de colección, cada una en su propio estilo. Mientras las examinaba admirado, le dije a José Antonio: «Quédate con la que más te guste».

—¿Y qué contestó él?

—Muchas gracias, señor (fue la primera vez que me llamó así), pero no puedo aceptarlo.

—¿Por alguna razón?

—Ante mi insistencia, explicó que, como vivía aún en casa de sus padres con su hermano de solo catorce años, la presencia allí de cualquiera de las dos armas supondría un peligro cierto.

—Pero tú también tienes un hermano de esa misma edad.

—Estoy tranquilo, porque Alfonsito es muy cuidadoso con las armas.

—¿Las has traído aquí?

—Solo la pistola; el rifle se lo regalé a otro compañero de Academia.

—¿Lo saben tus padres?

—Naturalmente que sí, Mafi. ¿Recuerdas que te llamaba así en Suiza?

—Me gustaba... Y ahora tal vez más.

—¿Puedes decirme a qué se deben tus desvelos?

—Digamos que me importas algo.

—Y tú a mí.

Ella sintió el latido de la vena en el cuello.

Habían recorrido de la mano, en ambos sentidos, los tres kilómetros del paseo marítimo que separaban Cascais de Estoril. Una bandada de gaviotas sobrevolaba el hotel Atlántico graznando con aspereza: «¡Scriiic! ¡Scriiic! ¡Scriiic!».

—¿Cenamos juntos mañana? —propuso él.

—Me encantaría.

—¿Conoces el Golf de Estoril?

—No, pero creo que me gustará.

—¿Te recojo a las nueve?

—Genial.

La Costa Dorada portuguesa que se extiende entre Carcavelos y Cascais, alcanzando las estribaciones de la sierra de Sintra, se había convertido en una majestuosa corte en el exilio que reunía a las familias más distinguidas del Almanaque de Gotha, auténtica Biblia de la realeza y nobleza europeas.

A «los Barcelona», abreviatura con la que se conocía a don Juan de Borbón y su familia, se sumaban al principio el rey Carol de Rumanía, fallecido en abril de 1953, y su esposa la princesa Elena Lupescu, los reyes de Italia, los condes de París y hasta el exregente de Hungría, Nicolás Horthy, acusado de criminal de guerra por combatir a favor de la Alemania nazi, que vivía entonces de forma idílica en la también llamada Riviera portuguesa.

A los reyes propiamente dichos, se sumaban archiduques húngaros, la princesa Teresa de Orleans-Braganza y los miembros de la familia del pretendiente portugués; además de otros regios parientes que visitaban asiduamente aquel apreciado edén, como el rey Leopoldo III de Bélgica y su madre, la reina viuda Isabel, cuya otra hija, María José, era esposa de Humberto II, o los duques de Aosta, la princesa María de Saboya e Isabel de Grecia.

La reina belga Isabel era un caso especial. Apasionada e impulsiva, la encontraron un día, recién terminada la guerra, tocando de madrugada el violín en el interior del cráter formado por una bomba. Ante el asombro general, la reina exclamó: «¡Hace una mañana preciosa, y la acústica de este cráter es perfecta!».

La decadencia monárquica de Europa era un hecho ineluctable hacia 1952, cuando Jorge VI de Inglaterra fue enterrado. Tan solo fue a despedirle entonces un puñado de monarcas, entre ellos Haakon VII de Noruega, Gustavo Adolfo y Luisa de Suecia, o Federico e Ingrid de Dinamarca.

Algunos reyes soportaron con notable entereza su desgracia, otros no. Algunos abandonaron el trono únicamente con las ropas que llevaban puestas, otros en cambio se marcharon con el tesoro nacional. El caso del rey Simeón de Bulgaria fue el más patético de todos. Subió al trono con seis años, tras la misteriosa muerte de su padre, el zar Boris. Tres años después, un gobierno comunista lo envió al exilio. El niño empaquetó sus juguetes y se marchó asustado.

En Estoril, el rey Humberto no se dedicaba a politiquiar como el conde de París o don Juan de Borbón, que mantenían en alto sus aspiraciones al trono.

Otros vivían allí a cuerpo de rey sin serlo tampoco, como Gabriel Maura Gamazo, duque de Maura y ministro de Trabajo en el último Gabinete de Alfonso XIII. Maura pasaba largas temporadas en su Villa Darveida, donde guardaba uno de sus más preciados tesoros que hacía las delicias de tía Giannina: todo un Rolls-Royce de cuyo modelo, según presumía su dueño, solo existían tres en el mundo.

Claro que, entre las alhajas de la automoción, sobresalía el llamado «fantasma de plata», el primer Rolls-Royce que Alfonso XIII incorporó a su colección en 1918. Denominado en inglés *Silver Ghost*, tía Giannina y el propio Juanito no se cansaban de admirar su carrocería reluciente de aluminio en las cocheras de Villa Giralda. Aquel modelo 40/50 HP era un prodigio de la técnica que había ganado una carrera de resistencia de 3.000 kilómetros hasta Escocia, y recorrido más de 23.000 kilómetros sin sufrir la menor avería. No en vano la propia marca calificó entonces este automóvil como «el mejor coche del mundo». Y, al parecer, no era ningún farol.

Villa Giralda no era tan suntuosa como Villa Italia, una mansión pintada de blanco y crema, con un brillante alero de tejas anaranjadas que recordaba uno de los empalagosos edificios del magnate hotelero Howard Johnson, en Estados Unidos. En Villa Italia residía el rey Humberto con su familia y era habitual escuchar flamenco y fados portugueses, o degustar las mejores pizzas romanas.

A Humberto le gustaba tomar el sol en la terraza de su casa, envuelto en una bata de color ciruela, y bajar luego a bordo de su pequeño Fiat negro hasta la playa para caminar entre la multitud transformado de «Majestad» en un simple *senhor* portugués. Sabía demasiado bien, por desgracia, que una tiara era tan solo un sombrero que dejaba pasar la lluvia, y que cualquier corona sobre la Tierra, por noble que fuera, solía convertirse en una corona de espinas.

El rey destronado vivía allí acostumbrado a la adversidad. Lo más cerca que podía estar de su amada patria era cuando el avión de la Pan-American, en el que viajaba por Europa, hacía escala en Ciampino, el aeropuerto de Roma, siempre en tránsito. Desde lo alto de la escalerilla contemplaba apenado los hangares y cobertizos, como el día en que un turista norteamericano se le acercó para comentarle:

—Roma... ¡qué maravillosa ciudad!

—Sí que lo es —contestó el rey.

—Pero ruinoso, como dijo el poeta; repleta de ruinas.

—¿Qué poeta?

—¿Es usted italiano?

—Sí.

—¿Vive en Roma?

—No, resido en Portugal.

—¿Por qué no vive usted aquí?

—Porque no me dejan —repuso Humberto, filosófico.

—¡Vaya! Fascista, ¿no?

El rey sonrió y regresó al avión.

Ahora, a un rey que había sido dueño y señor de cuarenta palacios y cincuentas pabellones de caza no se le concedía ni el pasaporte italiano.

Villa Giralda tampoco podía compararse con la grandiosidad de Villa Mar y Sol, de Carol de Rumanía, o con la de Casal da Serra, de los archiduques húngaros.

Por no hablar de la residencia del banquero local Ricardo Espírito Santo, codiciado escenario de reuniones sociales con «los Barcelona» y demás flor y nata real; o la Quinta de Anjinho, de los Orleáns, muy cerca de Sintra, conocida por sus divertidos bailes de máscaras, que contaba entre sus invitados con María Luisa de Bulgaria y su hermano el joven rey Simeón.

Frente a la playa de Tamariz se alquilaban cabañas de lona para todo el año, y a su alrededor había una gran explanada arbolada a cuyos extremos se levantaban los dos hoteles más importantes de Estoril: el Palacio, donde solía alojarse la reina Victoria Eugenia y lo habían hecho antes que ella el célebre escritor austriaco Stefan Zweig o el actor Edward G. Robinson, y el Parque. Un poco más arriba, hacia la colina, entre serpenteantes callejuelas, se repartían otras ilustres mansiones como la Villa São Jorge, del almirante Horthy, o la Villa Sol Mar, de los Gil-Robles.

En la Costa del Sol portuguesa se vivía muy bien sin necesidad de ser millonario. El escudo era una moneda muy estable en relación con el dólar, y Portugal se beneficiaba además, frente a otros países como Italia o España, de las riquezas naturales obtenidas de sus colonias del África Occidental, en especial de Cabo Verde, Santo Tomé y Príncipe, y las futuras Angola, Guinea-Bisáu y Mozambique.

Ante una Europa de posguerra que trataba aún de restañar sus heridas, el régimen portugués de Antonio de Oliveira Salazar, el Estado Novo, había logrado rentabilizar su neutralidad preservando su patrimonio natural, artístico y colonial.

Las grandes fortunas vivían así desahogadas, pagando pocos impuestos, y gozando encima de uno de los casinos más importantes de Europa, donde podían ponerse a prueba los nervios de acero jugando al póquer o al black jack, junto al mar.

Todo el litoral estaba salpicado de playas deslumbrantes para relajarse al sol, con grandes acantilados y acogedores restaurantes y chiringuitos donde era posible saborear pescados y mariscos siempre frescos.

Pasear a caballo por las mañanas o jugar al golf por las tardes, disfrutar de una sesión de cine en el Casino, generalmente en versión original, o de una representación teatral en el São Carlos, formaban parte de aquella vida privilegiada. Cuando se terciaba, se organizaban picnics en la playa o salidas al campo para divertirse en alguna propiedad rural al sur del Tajo, como la de los Orleáns.

Al caer la tarde, el conde de Barcelona acudía a su puntual cita en el English Bar, donde coincidía a veces con Nicolás Franco. El barman Émile había tenido el detalle de bautizar como «Juan III» uno de sus cócteles preferidos, elaborado concienzudamente con dos tercios de ginebra, un toque de vermut portugués seco, una gota de whisky y mucho hielo.

Don Juan frecuentaba también con su esposa el ya tradicional bar del hotel Palacio para tomar el cóctel previo a la cena. A doña María le encantaba el Old Fashion, preparado con una generosa porción de whisky canadiense a la que se añadían unas rodajas de limón y naranja, hielo y una cereza pinchada con un palillo. Cosas fuertes que calentaban y hacían que lo olvidara todo.

Nadie que se preciase podía ignorar tampoco los tres clubes sociales más exclusivos de la zona: el Golf de Estoril, el Club Náutico de Cascais y el Club Parada, donde podían bailar también los más jóvenes, jugar al tenis o practicar el minigolf.

Precisamente al Golf de Estoril planeaba Juanito invitar a cenar a Mafalda la noche siguiente a su reencuentro, tras recogerla en casa de su tía Giannina con el Bentley «prestado» de su padre.

—Oh, qué bonito... —suspiró más tarde Mafalda, asomada a la gran terraza del restaurante del chalet social, desde donde contempló embelesada el mar junto al campo de golf construido entre eucaliptos, pinos y mimosas. La noche era clara y la temperatura agradable, típicamente mediterránea, a diferencia de París.

Mafalda lucía un vestido negro escotado con bordados en el frente, la espalda al aire y falda de mucho vuelo. Muy del estilo Marilyn.

—Tú sí que estás preciosa esta noche y siempre —la piropeó el príncipe.

Ella inclinó turbada la cabeza, mirando fijamente sus zapatos de charol.

—¿Te ha molestado algo?

—No, es solo que...

—Prefieres que no te diga nada.

—Al contrario. Quizá me guste demasiado y...

—¿Te inquieta?

—Temo que puedas olvidarte de mí.

—Jamás se me pasaría por la cabeza.

—¿De veras? —Sonrió tímidamente.

Pero Juanito ignoraba aún que el corazón de Mafalda, como el de muchas otras mujeres, era un instrumento muy delicado que no todo el mundo sabía tocar con precisión.

Un hombre moreno y menudo, con bigotito a lo Chaplin y chaqueta negra, se acercó a la mesa. Era el chef João Briones.

—Buenas noches, señores. Qué alegría volver a verle por aquí, don Juan Carlos.

—Ya sabes, João, que siempre que regreso de España jamás faltó a mi cita en el Golf de Estoril.

—Para nosotros es un inmenso placer contar de nuevo con su presencia y con la de esta bella señorita.

—Muy amable —dijo Mafalda.

—¿Qué les sirvo a los señores?

—Tráenos de momento una botella de vino de Colares.

—¿Les apetece también algo de picar? Tengo camarones, percebes, cangrejos, langostinos...

—¿Y por qué no un poco de todo? —sugirió Juanito.

—Muy bien, señores, les deseo una feliz noche.

—Se nota que aquí eres el rey... —observó Mafalda, una vez solos.



—¿Tú crees? Espero serlo algún día.

—Y mientras, ¿con quiénes sales en Estoril?

—Suelo quedar con Henri, Claude y Anne Orleáns. También voy con Miguel de Grecia y Simeón de Bulgaria y... ¡con los Arnoso! —gritó al verles sentarse a una mesa del fondo, en compañía de tres chicas.

Con Bernardo Arnoso, el gran alborotador, apodado *Maná*, y su hermano Jorge, mucho más serio que él, salía Juanito con frecuencia a navegar por la bahía de Cascais en su yate *Tres Amigos*.

—¿Aguardas un momento? —se disculpó, para acercarse a la mesa donde estaban sus amigos.

»Buenas noches a todos.

—Te veo muy bien acompañado —dijo Jorge Arnoso.

—Es una amiga que pasa unos días aquí.

Mafalda les observaba desde lejos, con disimulo.

—¿Y Gabriela? ¿Dónde está? —añadió Juanito.

—Ya verás cuando le diga que te he visto aquí con esa chica. —Sonrió maliciosamente *Maná* Arnoso.

—Ni se te ocurra decirle nada, ¿me oyes? Adviértesele a todos.

—Tranquilo, hombre, que era una broma.

—Pues déjate de bromitas.

—¿Vendrás al baile de máscaras en casa de los Orleáns?

—¿Cuándo?

—En Nochevieja.

—Es posible que sí.

—Bueno, anda, vuelve con tu princesita —le despidió *Maná*.

—Recuerda lo que acabo de decirte: ni una palabra a nadie. ¿Entendido?

—Está bien.

El amplio comedor estaba ya abarrotado de comensales. Reunía todos los ingredientes para una cena romántica: elegante mantelería de hilo fino en las mesas, cristalería de Bohemia y cubertería de plata, velas encendidas en el centro, rosas y orquídeas, terciopelo rojo en las paredes y en el suelo... Y por supuesto, en el caso de Mafalda, la compañía de su príncipe.

—¿Quiénes son ellas? —inquirió Mafalda en cuanto tuvo ocasión.

—¿Estás celosa?

—Solo deseo saberlo.

—Matilde Espíritu Santo y las hermanas Teresa y Carmelita Vilhena. Eso es todo.

—¿De qué hablabais?

—Nos han invitado a un baile de máscaras el día 31.

—Qué divertido —celebró ella con un semblante ya más relajado.

El chef volvió a interrumpirlos.

—Si me lo permiten, de segundo les recomiendo hoy lubina o sargo.

—Lubina —pidió Juanito para los dos.

—Perfecto.

—¿Y qué soléis hacer? —prosiguió ella enseguida.

—¿La pandilla?

—Sí.

—Por la mañana vamos a la playa del Guincho o a la de Tamariz; y por las tardes nos bañamos en la piscina del hotel Palacio, y luego nos arreglamos para darnos una vueltecita por la *boîte* Ronda...

—Sales con alguna chica, ¿verdad?

—No.

—Mientes.

—Mafalda, ¿se puede saber qué te pasa?

—Sexto sentido.

—Venga, no te pongas así. ¿Quieres saber quién está enamorado de verdad?

Una leve esperanza pareció elevar su ánimo.

—¿Quién?

—Alfonsito.

—Pero si solo tiene catorce años...

—El día que te presente a su novia se lo preguntas.

—¿Cómo se llama ella?

—Teresa Pinto Coelho... o Tessy, como le dice cariñosamente mi hermano. Es la hija de unos amigos de nuestros padres.

—Pues muy bien.

—Dentro de poco vendrá aquí una orquesta y podremos bailar.

Acto seguido empezó a incordiarla. Por más que ella trataba de concentrarse en el plato de lubina, era incapaz de llevarse un trozo a la boca por culpa de su codo puntiagudo, que una y otra vez se interponía en la trayectoria del tenedor. Le miró un poco harta. ¿Podía decirle que se estuviera quietecito? Llegó a esgrimir la servilleta como un arma. Pero al final optó por guardar silencio y observar su perfil netamente borbónico, como el de sus regios antepasados. Desde el principio había logrado desconcertarla: no sabía si era un maleducado, si estaba bromeando o trataba simplemente de tirarle los tejos, como a una más.

El chef regresó de nuevo.

—¿Qué tomarán de postre los señores: unas Trouxas da Malveira, o tal vez las Areias do Guincho?

—¿Qué son? —preguntó Mafalda.

—Pediremos las dos para que las pruebe —indicó Juanito.

—Está bien.

Mientras compartían el postre, la orquesta arrancó con un pasodoble.

—¿Bailas conmigo? —dijo él, tendiéndole la mano igual que Henry Fonda a Shirley Temple en *Fort Apache*.

Ella le siguió como una autómatas. Una vez en la pista, él ciñó su cintura de avispa, estrechándola contra su cuerpo. Ella sintió que España entera la abrazaba, estremecida. Tenía una fuerza descomunal y un cuerpo atlético, musculado. Se notaba que hacía gimnasia sueca todos los días en la Academia Militar de Zaragoza. Pero ahora, gracias a un permiso especial de Navidad, se afanaba en practicar otro tipo de ejercicio con ella. El animado pasodoble se convirtió pronto en un lento chotis. La orquesta tocó *Madrid, Madrid, Madrid...* Juanito acercó su mejilla a la suya. Ardía. Sus labios se entretuvieron con su oreja y ella se retiró ligeramente hacia atrás en un impulso defensivo.

—Guapa... —susurró.

Sabía por alguna amiga desencantada que las altezas reales solían ser sociables una noche y distantes las siguientes. Pero eso no le importó. El joven príncipe le resultaba irresistible; y ella, al parecer, también a él.

—Me gustas muchísimo, Mafalda, te meces como las olas —corroboró Juanito.

Al pasodoble siguió un *slow fox*, muy quieto, apenas un leve balanceo. Estaba nerviosa y acalorada. Empleó como excusa que el moño se le había aflojado para ir al lavabo. Azorada, olvidó el bolso en la mesa. Al volver, pasó el camarero y retiró su plato, dejando al descubierto la blanca servilleta donde Juanito había anotado con su lápiz de labios rojo y en mayúsculas: «TE QUIERO». Tapó enseguida, avergonzada, el mensaje con el bolso.

—Has usado mi barra de labios —le reprendió.

—Si te pintas los labios, más temprano que tarde te los despintaré —briboneó él, pegando su codo izquierdo al suyo.

Regresaron a la pista de baile. No hizo falta cruzar una sola palabra para decirle que deseaba compartir el resto de su vida con él. Su mano se deslizó hasta la nuca de ella y desapareció bajo su pelo, tan rubio como el suyo, mientras la ceñía con más fuerza. Se sentía la mujer más feliz del mundo... o tal vez solo fuera un espejismo. Él cogió entre sus manos el rostro sonrosado de Mafalda y lo besó. Poco después, Juanito la acercó en coche a su casa. Una vez allí, salió del vehículo para abrirle la portezuela del Bentley y observó la ventanilla helada aquella noche de diciembre. Con el índice trazó con grandes letras en el vidrio, empañado por el frío: «Mafi». Ella se emocionó y vio alejarse luego a Juanito en el coche mientras le lanzaba besos con la mano. El corazón le daba martillazos en el pecho.

Tía Giannina le preguntó nada más verla:

—¿Te ocurre algo?

—Nada, solo que estoy cansada.

Intentando conciliar el sueño, sintió una mezcla de emoción y sorpresa. Juanito la había besado y parecía querer algo más. No sabía muy bien qué pensar. Pero se durmió al fin esperanzada en una sincera historia de amor. La capacidad de soñar, además de un consuelo, podía ser un atisbo de la esplendorosa realidad que la aguardaba.

Sin ser un bello palacio por fuera, Villa Giralda tampoco era una vivienda normal, con sus 684 metros cuadrados construidos y su jardín de 2.384 metros cuadrados.

Tras su boda, celebrada en Roma en octubre de 1935, don Juan y doña María de las Mercedes se trasladaron a vivir a Cannes, en la Villa Saint Blaise, donde en julio de 1936 nació su primogénita, la infanta Pilar. En septiembre se instalaron en Milán, en la Villa Mombelo.

Un año después, en 1937, regresaron a Roma y se establecieron en el número 12 del Viale Parioli, propiedad del popular cantante Tita Ruffo, donde al año siguiente nació Juanito. Mafalda ya lo había hecho el año anterior, en la misma ciudad monumental.

Pero ante la alineación de Italia con las potencias del Eje, en plena conflagración mundial, los condes de Barcelona hicieron las maletas en 1942 para alojarse en la localidad suiza de Lausana, en el palacete Les Rocailles, hasta que en 1946 se trasladaron a Portugal.

Allí vivieron primero en Villa Papoila, propiedad del marqués de Pelayo; más tarde, en Villa Bellver, de los condes de Feijó, y a continuación en Villa Rocha, que pertenecía a Juan Antonio Ansaldo, piloto del avión a bordo del cual falleció el general Sanjurjo, que debía ponerse al frente de la sublevación militar del 18 de julio de 1936.

Villa Giralda era, pues, su octavo hogar en el exilio...

—¿Qué tal en la Academia? —preguntó don Juan con evidente interés a su primogénito, a la mañana siguiente de su cita secreta con Mafalda, sentado en su butaca de cuero, que se había ido adaptando a su espalda con los años.

—Muy bien, papá. Leí con mucha atención la carta que me hiciste llegar a Zaragoza por medio de Pilar, la víspera de la jura de bandera.

—Nunca olvides, Juanito, que el juramento que hiciste te obliga a mantener en todo momento una disciplina, una abnegación y un espíritu de sacrificio hasta la muerte, si fuera preciso... —añadió, ajustándose el nudo Windsor de su corbata inglesa.

—Lo sé.

—Pilar me dijo que se le saltaron las lágrimas al escuchar la música de la *Marcha Real* y verte besar la enseña bordada por tu bisabuela, la reina María Cristina.

—Fue muy emocionante.

—Lo que yo hubiese dado por estar allí contigo.

—En cierto modo estuviste.

—¿De veras? Cuánto te quiero, hijo mío.

—Y yo a ti, papá.

Juanito se incorporó de la silla para abrazar a su padre al otro lado del escritorio.

—Siento no haber podido acompañarte, como hizo conmigo mi padre el rey Alfonso XIII durante la jura de bandera en la Escuela Naval de San Fernando, hace ya veinticinco años. —Frunció el ceño bronceado de yodo y de mar.

—No te preocupes, papá.

—Guardo aquí tu telegrama —recordó él, abriendo el primer cajón de su escritorio de nogal con tapete verde, sobre el que había un cortaplumas de plata con la corona real y una carpeta de piel gastada y oscura—. ¿Te importa que lo lea de nuevo en voz alta?

—Hazlo.

—«Ante mi bandera he prometido a España ser un perfecto soldado y con emoción tremenda te juro que cumpliré lo dicho. Millones de abrazos». Pues eso...

—¿Sabes una cosa, papá?

—Dime...

—Me he peleado con algunos compañeros porque decían cosas de ti que me hacían sufrir.

—¿Qué cosas?

—Se burlaban, por ejemplo, de que nunca hubieses podido combatir en la Guerra Civil española por más que te lo propusiste.

Franco se opuso en tres ocasiones a que el conde de Barcelona cruzase la frontera para unirse a su ejército. Sin saberlo, el Caudillo le salvó la vida impidiéndole embarcar en el crucero *Baleares*, hundido por la flota republicana en marzo de 1938.

—¿Y se puede saber qué hiciste? —añadió don Juan.

—Ajustar cuentas a puñetazos con esos miserables en el picadero de la Academia.

—Ahora entiendo lo de tu ojo. Y eso que ya eres cinturón negro de judo. Supongo que a más de uno le darías su merecido.

—Pues sí. Estoy harto de arribistas y de pelotas que no cesan de decirme, a modo de muletilla: «¡Cuando tú seas rey...!». Y yo les respondo, muy serio: «Después de mi padre siempre».

—Eso se llama lealtad, hijo mío. En cierto modo, me recuerdas a Guzmán el Bueno. Déjame contarte brevemente su historia.

—Te escucho, papá.

—Por si no lo sabes, el infante don Juan fue un miserable traidor al rey Sancho IV el Bravo, a finales del siglo XIII.

—¿Por qué?

—Pactó a sus espaldas con el rey de Marruecos marchar con cinco mil hombres de Yusuf para sitiar Tarifa, a cuyo mando se hallaba el Señor de Niebla, Alfonso Pérez de Guzmán. El muy canalla del infante llevó atado con una soga a un muchacho ante los mismos muros de la fortaleza, gritando a los defensores: «¡Decidle

al alcalde que mataré a su hijo si no se rinde!». Tras comprobar que era su propio vástago, Pérez de Guzmán le increpó: «¡Degollad si queréis al inocente, pues su padre jamás traicionará al rey!». Poco después, la cabeza del chico rodó por el patio de armas.

—¿Qué hizo Sancho IV?

—Recompensar la lealtad de su servidor, proclamando: «Muchos Pérez de Guzmán hay entre los de mi Casa, pero ninguno tan bueno como vos. De hoy en adelante os llamarán Guzmán el Bueno, porque mejores que vos no los hay».

—Pues acepta tú ahora, papá, este humilde presente en prueba de mi lealtad... —dijo, tendiéndole un paquete.

Tras deshacerlo, don Juan descubrió un retrato de su hijo el mismo día de la jura de bandera. En la parte inferior del marco, el cadete había estampado esta dedicatoria de su puño y letra: «Con todo cariño, del primer súbdito del Rey».

—Oh, Juanito, Juanito... —musitó don Juan, enternecido.

A diferencia del padre, por lo general expansivo, abierto a las carcajadas estentóreas, y propenso a las muestras de afecto, doña María era reacia a exteriorizar sus sentimientos fuera del círculo estrictamente familiar. De hecho, entre el servicio de Villa Giralda gozaba a veces de cierto mal genio y aspereza en el trato. «¿Cómo se levantará hoy la señora?», se preguntaban algunos. Pero que ella fuese más reservada que el marido con las amistades y el servicio no significaba en absoluto que no mostrase luego su lado más amoroso y cálido con sus hijos; especialmente con Juanito, a quien consideraba el heredero inmediato del padre. El conde de Barcelona se enamoró de doña María nada más volver a verla, en enero de 1935, poco antes de la boda de su hermana Beatriz con el príncipe de Torlonia. Don Juan quedó cautivado ante aquel bello rostro con cutis de avena clara, nariz dinástica, labios carnosos como las reinas de Velázquez, y lo más fascinante de todo: ojos azules, verdes o grises, según la luz y su estado de ánimo, como espejos del alma enmarcados en unas hermosas cejas y pestañas.

—Quiero una foto contigo vestido de cadete —le exhortó.

—Pero, mamá, ¿vas a hacer que me ponga otra vez el dichoso uniforme, ahora que estoy de permiso? —se quejó.

—Recuerda que mañana, 23 de diciembre, es mi cumpleaños.

—Entonces no hay más que hablar.

—¿Por qué no te cambias ahora y le digo a César Cardoso que nos haga una bonita foto?

—Como quieras, mamá.

—Por cierto, estás muy guapo con ese uniforme... ¿Seguro que ella no te ha visto con él?

—¿A quién te refieres?

—A la sobrina de Giannina Cornaro. ¿A quién va a ser si no?

—¿Mafalda...?

—Giannina me dijo que ha venido a pasar unos días en Estoril, alojada en su casa.

—¿Y...?

—¿La has visto ya?

—Bueno...

—O sea, que sí.

—Cenamos juntos anoche.

—Ten cuidado.

—¿Lo dices por Gabriela?

—Lo digo por papá. Si no le gusta que salgas con la hija de Humberto de Saboya, menos le agradecerá que lo hagas con esa chica.

—Pero si es solo una amiga.

—Ándate con ojo, que te conozco muy bien.

—Mañana nos vamos de montería —celebró Juanito, cambiando de tema.

—Tu padre está deseando ya pegar tiros en la finca de Guilherme Gião, en Reguengos de Monsaraz, en el Alentejo.

—Y yo también, mamá. Me encanta salir de Cascais y cruzar el Tajo en barcaza. ¿Dormiremos allí, como el año pasado?

—Eso me dijo ayer tu padre.

—¿Qué tal papá, por cierto, desde que Alfonsito y yo vivimos en España?

—Os echa mucho de menos.

—Igual que tú.

—Pero su sacrificio es mucho mayor contigo. No olvides que estás demasiado lejos de él, siendo su inmediato sucesor.

—Lo sé.

—Cada mañana, a las ocho, tu padre está ya en su despacho buscando con avidez las noticias de España en la prensa portuguesa y esperando la llegada, a mediodía, del diario *ABC* para devorarlo enseguida. Luego, como sabes, despacha la correspondencia con sus secretarios Ramón Padilla y Eugenio Hernansánchez, además de celebrar audiencias con todos los que vienen de España en compañía de Eugenio Mosteiro, su primer ayudante de cámara.

—¿Y Eduardo Almeida?

—Llegó aquí en octubre recomendado por el marqués de Pimentel. Es un hombre discreto y cumplidor.

—Además de atento.

—Tiene muy buenas referencias.

—¿Qué tal Pilar?

—Tu hermana mayor está muy contenta con su trabajo de enfermera en un dispensario infantil de Lisboa.

—¿Y Margot?

Aludía Juanito a su hermana cieguita, que lloró desconsolada el día en que su hermano Alfonsito se fue a estudiar a Madrid con solo nueve años, bajo la tutela de Franco. Margot y Alfonsito estaban muy unidos, seguramente por ser los hermanos más pequeños. La antigua ama checa de la infanta, que era una excelente puericultora, había comentado a doña María que su hijita, cuando movía las manos, no se las miraba, al contrario que los niños de su edad.

Comenzó entonces un trasiego por los más afamados oftalmólogos de Italia y de Suiza, incluido el célebre doctor Hermenegildo Arruga de Barcelona, cuya labor científica le valió el condado de Arruga.

Todos los especialistas coincidieron, sin excepción, en el fatal diagnóstico: la infanta distinguía tan solo un punto de luz y sombras. Padecía un mal irreversible. Había nacido ciega en la Clínica Americana de Roma.

—No sé —titubeó doña María— si a veces nos excedemos un poco con ella. Recuerdo cuando en Normandía, en el Castillo de Eu, se subía por tejados altísimos y sus primos le decían: «Margot, el pie izquierdo... ahora el derecho...». ¡Y sigue siendo igual!

—Le encantan las «brujas», como a ti —recordó Juanito.

—Huy, ya lo creo. La semana pasada, antes de que llegaseis Alfonsito y tú, fuimos juntas a la bahía de Cascais a tomarlas en *El Pescador*. Estaban muy frescas, con la cruz de Santiago bien visible en su caparazón rojo. Con razón llaman «santiaguiño» en Galicia a este cangrejo tan sabroso.

—¿Y por las tardes, qué hacéis?

—Salimos a pasear juntas con la princesa Teresa de Orleans-Braganza, que estudia como sabes enfermería en Lisboa, igual que Pilar. A veces nos acompañan las hijas de Humberto de Saboya, con quienes fuimos el otro día al cine del Casino a ver *Al este del Edén* en versión original. Gabriela se deshace con James Dean; dice que le recuerda un poco a ti...

—¿No me digas? —añadió Juanito, sintiéndose halagado.

—Tu hermana Margot, en cambio, se quedó aquel día en casa estudiando en los libros de braille y tocando el piano... ¿Adónde vas? —inquirió doña María al ver a su hijo dirigirse hacia la escalera.

—A ponerme el uniforme, ¿adónde si no?

—Aviso entonces a Cardoso para que nos haga la foto antes de la recepción.

Incapaz de pronunciar la erre, Alfonsito se ofreció aquella tarde para arrimar el hombro durante un cóctel servido a un grupo de españoles que visitaban a los condes de Barcelona en el exilio.

—Papá, ¿y yo qué?, *pogque* también *quiego* *haceg* algo...

Antes de llegar los invitados, don Juan, ejerciendo de maestro de ceremonias, le había indicado a su hija Pilar:



—Tú vigila un poco para que todos estén atendidos.

A Juanito le dijo:

—Tú ayuda a pasar las bandejas y pregúntales de dónde vienen.

Y a Margot:

—Encárgate de darles conversación, y tócales luego al piano la *Marcha turca* de Mozart.

Pero ahora el conde de Barcelona parecía más nervioso, pues la gente estaba a punto de llegar. De modo que replicó a Alfonsito:

—Haz cualquier cosa. Mira, coge una de esas bandejas de plata y le das puñetitas a la gente.

El chiquillo obedeció sin rechistar y, sujetando una bandeja, se mostró así de obsequioso:

—Señoga, ¿quiege una puñetita...?

En un momento del cóctel, mientras su padre charlaba con un caballero e iba a llevarse un canapé a la boca, Alfonsito gritó:

—¡Papá, papá...!

Don Juan miró entre enojado y cariñoso a su hijo, diciéndole con fingida severidad:

—Cuando hablan los mayores, los niños se callan.

Luego, más comprensivo, preguntó a la criatura:

—A ver, dime ahora por qué me llamabas con tanta insistencia.

Y Alfonsito contestó, displicente:

—¿Para qué? ¡Ya es tarde, papá! Te has comido una pequeña cucaracha que iba en el canapé que te llevaste a la boca. Quise advertírtelo, pero no me hiciste caso.

Todos rieron el lance, menos don Juan, naturalmente.

Otras veces, en cuanto oía al afilador gallego tocar su peculiar flauta a la entrada de Villa Giralda, el infante bajaba corriendo por las escaleras.

—¡Es el *afiladog*! —gritaba de contento.

Charlaba con él y se ponía a tocar. Su madre le advertía:

—No debes meterte eso en la boca, porque te pueden salir pupas.

Él la miraba muy serio y exclamaba, convencido:

—¡Pero, mamá, cómo me va a *pasag* algo si este *señog* es español!

La reina Victoria Eugenia, que sufría lo indecible con su acento inglés durante su estancia en España, anhelaba que su nieto mejorase su problema de dicción en castellano para evitar esa dichosa erre que tan mal sonaba en algunos oídos.

Para eso era su nieto predilecto, lo mismo que su abuela era la nieta favorita de la reina Victoria de Inglaterra. Ella le encontraba un gran parecido con su tío Alfonso: consideraba que con su nariz aguileña y su diminuta boca, ideal para dar chupitos de Vodka, Alfonsito era casi un calco del difunto príncipe de Asturias, Alfonso de

Borbón y Battenberg.

Victoria Eugenia, precisamente, había prestado a su nuera, para exhibirla durante el cóctel, una espectacular diadema diseñada por Ansorena: tres flores de lis unidas por roleos y hojas, todo ello recubierto con brillantes. Doña María lucía un elegante vestido en tono visón con falda caída hasta el suelo en cascadas de volantes, y zapatos de tacón alto.

Aprovechando un momento de descuido durante la recepción al grupo de monárquicos españoles, Juanito y Alfonsito se dispusieron a jugar con fuego.

Mientras Alfonsito observaba boquiabierto a uno de los visitantes asturianos escanciar la sidra en un vaso ancho, formando una pequeña catarata, su hermano mayor se le acercó por detrás susurrándole al oído:

—Vamos al jardín.

—¿Y eso?

—Tengo aquí la pistola —dijo, palpándose el bolsillo derecho del pantalón.

—¡Vaya...! —reaccionó el infante, pletórico.

Escondido entre los setos, Juanito sacó el arma y apuntó con ella a su hermano, mientras le conminaba:

—¡Manos arriba!

—No estará cargada, ¿verdad? —balbuceó Alfonsito.

—Vas a comprobarlo tú ahora mismo.

Y apretó el gatillo. El sonido hueco del percutor hizo que el infante respirase aliviado.

—¡Déjamela ahora a mí! —suplicó.

—Tómala.

Alfonsito la agarró con firmeza. La empuñadura se adaptaba perfectamente a su mano pequeña. Introdujo el índice en el espacio del gatillo, cerciorándose antes de que estaba puesto el seguro, e hizo girar la pistola casi tan rápido como el forajido Jesse James.

—Bueno, ¿disparas ya o no? —le chinchó su hermano.

El segundo tiro fue también fruto de la imaginación.

Ninguno de los dos hermanos reparó entonces en la presencia de una empleada del servicio que les había estado observando complacida ante su actitud irresponsable...

—¡Pero, Luisa...! ¿Se puede saber qué estás haciendo?

—No me digas que no es divino, Angélica.

—Como nos pille el ama de llaves se nos va a caer el pelo a las dos: a ti por probarte sin permiso el abrigo de visón de Su Alteza doña Pilar, y a mí por dejarte que lo hagas, ¿te enteras...?

—Siempre me han fascinado los abrigos de pieles pero el visón... El visón es único. Fíjate lo bien que me queda —se pavoneó la doncella pelirroja, contoneándose ante el espejo de cuerpo entero sin dejar de balancear los hombros coquetamente.

—¿Quieres guardarlo ya de una vez? —le indicó su compañera, poniéndose enferma.

—¿Tienes envidia, acaso, de que yo parezca ahora la señora de la casa y tú mi humilde criada morenita? Anda, mírate bien y dime: ¿no cambiarías tu ridículo delantal blanco por una exclusiva prenda como esta?

—¿No fue ese el abrigo que lució Su Alteza en su puesta de largo al cumplir los dieciocho, el año pasado?

—El mismo. Pero ella jamás ha sido presumida. ¿No recuerdas que ni siquiera se puso medias aquel día y que su padre, desesperado con ella, la obligó a comprarse una barra de labios y luego tuvo que pintarla incluso él mismo?

—¿Estás segura de lo que dices?

—Yo misma lo vi. Para colmo, aquel día ella tenía el traje manchado en el centro de la espalda y el collar, excesivo para su cuello, lo llevaba cogido con una simple gemita.

—¡Mira que eres pécora...! ¿A ver si vas a ser tú la envidiosa?

—¿Tampoco te diste cuenta de que llevaba su traje burdeos de moaré sin planchar?

—Pues tenías que haberlo planchado tú, querida, que para eso te pagan. ¿O es que dejaste de hacerlo a propósito?

—¿...?

—¿No contestas?

Cada mañana, como de costumbre, las doncellas arreglaban las habitaciones de Villa Giralda.

En la cocina, Hortensia preparaba ese mediodía un estofado de perdices cobradas por don Juan en la recién inaugurada temporada de caza. Sus guisos llenaban siempre la casa de apetitosos olores.

Acababa de recibirse aquella mañana un lote grande de latas de caviar beluga

junto con una caja grande de doce botellas de Dom Perignon, obsequio de varios devotos monárquicos que nominaban a don Juan, en su tarjeta navideña, como «Juan III».

Cuando se trataba de comer en Navidades, tampoco faltaba cualquier clase de pescado sobre la mesa: anguilas, pulpos, calamares, bacalao, lubina, langosta, abadejo, y toda clase de salsas para acompañarlos.

Hortensia preparaba también el pavo con un relleno increíble, y jamones y rosbif.

Alfredo, el veterano mayordomo que trajeron consigo los condes de Barcelona desde Suiza, espigado, pulcro y estricto, acompañaba a la rolliza cocinera junto al fogón.

—¡Hala, qué hermosas perdices! ¡Si parecen faisanes...! —exclamó.

—Hay que limpiarlas cuidadosamente con un trapo húmedo. Así, ¿lo ves...? —indicó ella, sujetando uno de los ejemplares por las patas mientras retiraba los restos de sangre y las plumas antes de echarlo a la cazuela.

—Nada que ver con los zorros disecados —advirtió el mayordomo, resignado.

—¿Zorros disecados? —repuso ella extrañada.

—El señor me ha pedido que haga otra vez de taxidermista, como en Lausana, donde le disequé la cabeza de un ciervo. Ahora quiere que el domingo haga lo mismo aprovechando que toca la caza del zorro...

—¿Dónde?

—En una de las propiedades rurales de la sociedad Estalagem de Santo Humberto.

—Entonces irá también la señora, puesto que es socia.

—Creo que ella y la condesa de París serán las dos únicas Amazonas. Pero en esta ocasión, en lugar de utilizarse los cuellos de zorro para adornar las típicas zamarras portuguesas, el señor se ha empeñado en que yo le embalse un ejemplar enterito para colocarlo en la estantería del despacho, junto a sus trofeos de caza.

—¿Sabes una cosa?

—Dime.

—Noto al señor especialmente contento desde que llegaron Sus Altezas de España. El pobre lleva ya muchos años soportando su ausencia por culpa de Franco...

—Ni le nombres, Hortensia. Sabes que el señor lo tiene terminantemente prohibido en esta casa.

—Pero es que...

—Olvídale. Ya sabemos que el dictador se cree con todo el derecho de adoptar al hijo varón que la naturaleza le ha negado, a cambio de llevar algún día la monarquía a España. Y a eso se le llama chantaje.

—Tienes razón.

Sonó el timbre de la puerta principal.

—Voy a ver quién es —dijo el mayordomo.

—Buenos días, Alfredo —saludó poco después, desde el umbral, Carolina

Petzenick, una judía polaca que daba clases de piano a las infantas.

—Pase, señorita —invitó Alfredo—. Sus Altezas la aguardan arriba...

La inmensa terraza de Villa Giralda, donde antiguamente cabían más de un centenar de personas, había sido cerrada por indicación de los condes de Barcelona para construir en ella diversas habitaciones. En un extremo del pasillo se hallaban ahora los dormitorios y el cuarto de juegos de las infantas, con un aseo compartido; y al otro lado se alojaban sus hermanos, en condiciones similares. A mitad del pasillo estaban las dependencias de las dos institutrices, Alicia y Nicole.

La profesora de piano se asomó con Alfredo al saloncito de música, donde estaban Pilar y Margarita en compañía de sus respectivas institutrices.

—¿Altezas?

—Buenos días, señorita Petzenick —saludaron las infantas al unísono.

Desde pequeña, los padres habían inculcado a Margarita la afición por la música, convertida luego en auténtica pasión, abonándola a unos conciertos que solían celebrarse los martes y algún viernes en los teatros São Luis y Tívoli, de Lisboa. Su hermana Pilar también tocaba el piano, aunque con mucho menos entusiasmo y dedicación que ella.

En el colegio de religiosas Amor de Deus, de donde habían sido alumnos sus hermanos antes de instalarse en España, se conservaba el viejo piano Lanz, fabricado en Berlín, que Margarita seguía tocando maravillosamente en algunas fiestas estudiantiles.

El mayordomo y las institutrices aprovecharon el comienzo de la clase para retirarse del saloncito y formar un corro en el pasillo.

—¿A que no sabéis de lo que me he enterado? —masculló Alicia, al cuidado de la infanta Margarita.

«Ya verás por dónde nos sale esta ahora...», pensó Nicole, profesora de francés de Pilar y Margarita.

—¿Otro cotilleo de los que tanto le gustan a usted, señorita? —dijo Alfredo, precavido.

—Bueno, ¿queréis saberlo o no? —insistió ella.

—Pues claro —resolvió Nicole.

—¿Preparados?

—Listos.

—Pues ahí va: el señor quiere casar a Pilar con Balduino de Bélgica.

—¡Alicia! —le reconvino el mayordomo, reacio a ese tipo de chismes.

—Juro que es cierto: oí al señor decírselo ayer mismo a Mosteiro en su despacho.

—¿Desde cuándo te dedicas a escuchar detrás de las puertas? —censuró Nicole.

—Oye, que tú tampoco eres manca, muchacha.

—Bueno, ¿y qué?

—El señor estaba muy molesto con Lilianne Baels, princesa de Réthy, segunda esposa del rey Leopoldo III y madrastra de Balduino, el candidato para novio de la infanta.

—¿Se puede saber por qué?

—Dijo que ella se oponía al noviazgo porque le fastidiaba que pudiera ser reina de Bélgica una infanta de España como doña Pilar.

—Será tontaina... De todas formas, Balduino parece un poco sosito, ¿o no?

—¿Y eso qué importa, estando en juego un trono como el de Bélgica? —repuso el mayordomo.

—¿Lo sabe la infanta? —agregó Nicole.

—Creo que no. Su padre aseguró que, llegado el caso, doña Pilar estaría dispuesta a sacrificarse igual que todas las princesas bien educadas.

—Veremos qué pasa.

Mientras don Juan despachaba la correspondencia y los informes del día con sus secretarios Padilla y Hernansánchez en la planta baja, sus ayudantes de cámara se hallaban enfrascados en una acalorada discusión en el jardín. Ajenos a todo, no repararon en que Genaro, el jardinero, les escuchaba desde una discreta zona del parterre. Genaro era un hombre extraño, apocado y silencioso, que no solía despegar los labios más que para saludar o despedirse de la gente en los siete años que llevaba en Villa Giralda. Nadie sabía qué pensaba ni mucho menos lo que podía tramar en cada momento. Siendo niños, Juanito y Alfonsito se habían asustado al verle algunas veces con las tijeras de podar, el azadón y la pala en las manos, camino de un amplio cobertizo, donde disponía de un pequeño dormitorio, un baño y una salita de estar. Genaro prefería cortar el césped con una guadaña, porque decía que era más eficaz que la podadora cuando la hierba estaba húmeda.

—Ese hombre es un entierra-fiambres —susurró una noche el hermano mayor.

—¿Lo dices en serio? —inquirió, trémulo, Alfonsito.

—¿No ves la cara tan siniestra que tiene y lo inclinado que camina?

—Seguro que yo estoy ahora más pálido que él.

Genaro escuchó aquella mañana a Eugenio Mosteiro increpar a Eduardo Almeida en el jardín.

—¡Cómo te atreves a decirle eso al señor!

—Yo no he dicho semejante cosa, Mosteiro.

—¿Se puede saber por qué me llamó entonces él para preguntarme, muy enfadado, dónde diablos estaba su botonadura con los dos rubíes redondos y la barrita de diamantes que tenía en el guardajoyas de su despacho?

—Antes me lo preguntó a mí.

—Y, claro, tú le dijiste que yo debía saberlo.

—Para eso eres el titular, ¿o no?

—¿Sabes lo que pienso?

—¿Qué?

—Que la has robado tú.

—¡Vete a la mierda!

—Como no aparezca, puede que yo esté perdido, pero te aseguro que tú lo estarás aún más.

—¿Es una amenaza?

—Tómalo como quieras, pero ya puedes espabilar para que aparezca pronto, pues el señor no se dará por vencido hasta recuperar la botonadura que le regaló su madre la reina al graduarse en la Marina británica.

—Está bien, la buscaré. Te lo prometo.

—Más nos vale a los dos que la encuentres pronto.

Entretanto, doña María ignoraba aún la desaparición de la alhaja que su marido conservaba desde hacía más de veinte años con la ilusión de utilizarla para elaborar la sortija de pedida de la futura prometida de Juanito. Era un secreto entre los esposos, que ni siquiera Elena Campoamor, su dama de compañía, conocía. Aquella mañana, doña María relató a esta, en su saloncito privado, una reciente anécdota protagonizada por sus dos hijos durante su estancia en España.

—Harto de perder casi todas las apuestas, Juanito quiso desquitarse un día con su hermano pequeño y urdió una treta con la complicidad de su preceptor, Emilio García-Conde —explicó la condesa de Barcelona, sonriente.

—¿Se puede saber qué hizo el infante? —preguntó su dama, recelosa.

—Cierta tarde, Juanito le dijo a su hermano: «¿Sabes que Emilio es capaz de quitarle la camisa a una persona trajeada sin ni siquiera tocarle la chaqueta?».

—¿Cómo...?

—Alfonsito se quedó como tú, pensativo. Pero poco después negó como un agnóstico convencido: «¡Eso es imposible!». «¿Te apuestas veinte duros?», le desafió Juanito, seguro esta vez de su victoria.

—¿Aceptó el reto don Alfonsito?

—Naturalmente.

—¿Qué hizo don Juanito?

—Despojarse de la corbata y jalearse a García-Conde: «¡Vamos, Emilio, adelante!».

—¿Y...?

—Tirando con habilidad del cuello de la camisa, el preceptor se la quitó y Alfonsito perdió la apuesta. Así de sencillo...

Sentado al escritorio de su despacho, don Juan departía entonces con sus dos secretarios políticos sobre la situación de España.

—Todavía es un país resacoso de la guerra, que aún no ha dado el decisivo salto económico —señaló, disgustado.

—Y para colmo, sin las reservas de oro del Banco de España que los republicanos se llevaron a Moscú —añadió Hernansánchez.

—Nos hallamos muy rezagados de otros países de nuestro entorno, como Francia o Italia. Nadie hubiese imaginado que por España pudiese pasar el Plan Marshall...

—El atraso —intervino Padilla, recién llegado de Madrid— es palmario en las deterioradas carreteras y en la escasez de coches, la mayor parte antiguos, que circulan por ellas.

—Por lo menos acabamos de ingresar en la Organización de Naciones Unidas, que no es poco —celebró Hernansánchez.

—No lo es... Pero me preocupa que en el interior puedan surgir desavenencias.

—¿Qué tipo de desavenencias, Majestad?

—La presencia de mi sobrino Alfonso de Borbón Dampierre en España me inquieta cada vez más. Mi hermano Jaime ha conseguido que él y su otro hijo, Gonzalo, estudien allí desde septiembre del pasado año, coincidiendo con algunas manifestaciones tuyas muy desafortunadas sobre sus inexistentes derechos al trono. Flaco favor nos hace, caballeros, la ley sucesoria que Franco se sacó de la manga.

—De ahí la enorme importancia de la entrevista de Su Majestad con el Caudillo en Las Cabezas, hace justamente un año. Servirá sin duda para garantizar el futuro de la monarquía mediante la presencia del príncipe en España y el posterior regreso de Su Majestad.

—Tiene gracia: fue en Las Cabezas, precisamente, la primera vez que pisé suelo español para intentar luchar sin éxito en la Guerra Civil con la columna del coronel García Escámez.

—Sus declaraciones al *ABC*, Majestad, solidarizándose con los ideales del Movimiento Nacional, afianzan ahora su camino hacia el trono.

—En fin, veremos cómo baraja Paquito todos sus naipes...

Rosario, el ama de llaves, irrumpió en el dormitorio de la infanta Pilar cuando la descarada doncella había guardado ya el abrigo de visón en el ropero.

—¿Se puede saber qué hacéis las dos aquí todavía? —dijo muy seria, comprobando que eran casi las doce y media.

—Ahora mismo acabamos de terminar —afirmó Angélica.

—Luisa, ¿has arreglado ya la habitación de Su Alteza Margarita?

—Sí, señora; y hace ya un buen rato que la ayudé a vestirse.

—¿Y los cuartos de juego?

—Ahora íbamos a hacerlos.

—Pues ¿a qué esperáis? Por cierto, Luisa: no olvides plancharle el traje al señor para la recepción de esta noche. Asegúrate de que las puntas del cuello toquen la



camisa y repasa bien el canesú posterior.

Angélica lanzó una mirada de reproche a su compañera por no haber hecho lo mismo en su día con el traje de doña Pilar.

—Y tú, Luisa, limpia las manoletinas de flores de Su Alteza Margarita para esta tarde.

—Sí, señora.

Ricardo Ameneiro, un hombre de mediana estatura vestido con un sencillo traje de funcionario, completaba el personal de servicio en Villa Giralda. Bajo sus cristales ahumados se adivinaba una mirada cansina y nebulosa por culpa de su desmedida pasión por la lectura. Tenía unos sesenta años y conservaba casi todo su pelo caoba salpicado de canas. Había sido preceptor de Juanito y ahora supervisaba la educación del hermano pequeño.

—¿Ha visto a Alfonsito? —preguntó Ameneiro al mayordomo por el pasillo.

—Hace un momento me ha parecido oírle jugar en el cuarto de arriba.

—¡Qué chico este! Escribió a sus padres, en noviembre, diciéndoles que en sexto curso debía estudiar mucho, pero como siga así regresará a Madrid sin haber hecho sus tareas...

El último en apagar la luz aquella madrugada en Villa Giralda fue, como casi siempre, don Juan. Era ya casi la una. Sus dos secretarios políticos residían con sus respectivas familias a varias manzanas de allí. El conde de Barcelona salió del despacho en dirección al dormitorio conyugal, donde su esposa dormía ya a esa hora.

En un extremo del pasillo de la primera planta se hallaban también el salón y el comedor, y justo enfrente, alineadas sucesivamente, la cocina, el cuarto de plancha, el ropero y las dependencias del mayordomo, la cocinera y las doncellas.

En la planta baja, junto al vestíbulo y las salas de visitas, estaban los despachos de los secretarios, y un poco más allá las dependencias de los ayudas de cámara Eugenio Mosteiro y Eduardo Almeida.

Arriba, en la segunda planta, se disponían las habitaciones de Pilar, Juanito, Margarita y Alfonsito, el cuarto de juegos y el saloncito de las infantas, y los dormitorios de las institutrices y del preceptor.

Don Juan se quitó la bata de cuadros escoceses y se acostó.

Al cabo de un rato, ninguno de los que dormitaban ya en Villa Giralda podía sospechar siquiera lo que sucedió en una de aquellas habitaciones. Una mano misteriosa cogió cuidadosamente una caja de madera de treinta centímetros de largo, por veintiocho de fondo y quince de alto. La colocó sobre la mesa y abrió la cerradura. Ante sus ojos apareció una especie de máquina de escribir antigua, de color negro. Destacaban tres filas de teclas con veintiséis letras del alfabeto y los

guarismos del 0 al 9 en blanco. No había carro ni rodillo para colocar el papel, sino un panel con las mismas letras que se iluminaban. Sobresalían también varios rotores con muescas que giraban y unas minúsculas ventanas, a través de las cuales se distinguían letras y números. Aquella máquina era un ingenio de la criptografía llamada Enigma. Aprovechando el sigilo de la noche, la persona en cuestión se dispuso a descodificar con ella un mensaje altamente secreto. Era un procedimiento seguro, cuya creación se debía a Hugo Alexander Koch, un ingeniero holandés que patentó la Enigma en 1920, pero que no tuvo más remedio luego que venderla, necesitado de dinero, a Arthur Scherbius y a Richard Ritter, quienes a su vez se asociaron con el berlinés Willie Korn para fundar la compañía Enigma Chiffiermaschinen AG.

El ejército alemán llegó a contar con unas 30.000 máquinas en funcionamiento, aunque se calculaba que se fabricaron en total más de 200.000 unidades. Una de aquellas Enigma, con el número de serie K-102, se hallaba aquella madrugada en una de las estancias de Villa Giralda. A esa misma hora, en algún lugar desconocido, un operador introdujo en otra máquina exactamente igual un mensaje codificado pulsando las teclas que hacían girar los discos. Poco después, el texto cifrado se recibió en Villa Giralda. Con los rotores en la misma posición que el emisor, el destinatario solo tuvo que introducir el mensaje encriptado en su máquina y esperar a que el reflector reprodujese el texto original, que decía: «Alerta máxima. La operación para acabar con su vida ya ha comenzado. Pronto recibirá nuevas instrucciones».

Ilha de Sonho, la Isla del Sueño, en portugués.

La primera vez que Mafalda escuchó ese nombre de labios de Juanito, no imaginó que pudiera seguir soñando despierta junto a él en aquel idílico archipiélago de las Berlengas, a menos de seis millas náuticas del cabo Carvoeiro, y a unos diez kilómetros de la costa atlántica.

—¿Te escaparías hasta allí conmigo? —le tentó Juanito, acostumbrado a los lances apasionados.

—¿Puedo saber cómo...? —inquirió ella.

—A bordo de *El Saltillo*, por supuesto.

—¿Tu padre te lo dejaría? —dudó.

—No lo creo, pero Ernesto Fragoso seguro que me ayudará.

Mafalda tuvo miedo al principio. La sola idea de embarcarse en aquella travesía con él, quedando a merced de los inciertos peligros que podían acecharles en alta mar en el crudo invierno, le produjo algún que otro escalofrío. Pero, a medida que Juanito le describía aquel edén durante la conversación, Mafalda llegó a convencerse de que su próxima aventura romántica debía transcurrir inevitablemente allí.

—De haber estado en aquel lugar, Stevenson se habría inspirado en él para escribir *La isla del tesoro* —aseguró él, fascinado—. ¿Puedes creer que se trata de una formación granítica con más de doscientos ochenta millones de años de historia?

—¡Tantos...!

—Los fenicios fueron los primeros en pisarla. Un milenio antes de Cristo, ya se practicaban allí cultos al dios Baal-Mekart. Luego hubo constantes escaramuzas bélicas: romanos, vikingos y árabes se disputaron la posesión durante siglos. En la Edad Media, las órdenes militares cristianas la defendieron de los piratas ingleses, franceses y berberiscos. Todavía hoy se conservan los restos del Monasterio de la Misericordia que la reina Leonor mandó construir para que los monjes jerónimos socorriesen a las víctimas de los corsarios... Y ahora, otra reina puede plantar sus manoletinas doradas allí. Esa reina, Mafi, eres tú...

Al oír su cariñoso apelativo, se disiparon de inmediato todos los temores de Mafalda. Olvidó incluso la abominable jornada de náuseas y vómitos provocados por el incesante balanceo del velero de unos amigos con los que había zarpado el año anterior del puerto francés de Antibes, rumbo al archipiélago balear, en España.

—Te juro, Mafi, que recordarás siempre las horas que pasemos juntos en la Isla del Sueño —añadió Juanito.

—Estoy segura... —murmuró.

—Si salimos de mañana, muy temprano, llegaremos para almorzar en un precioso restaurante inaugurado hace dos años en el antiguo fuerte de San Juan Bautista.

Luego, si te parece, podemos embarcar de nuevo para regresar tranquilamente a Cascais a la hora de la cena. ¿Serías capaz de decirme que no...?

—No, no lo sería. Pero ¿crees que podrás conseguir el barco?

—Tú confía en mí.

—Ya lo hago.

*El Saltillo* era un velero de sesenta toneladas y 26,25 metros de eslora, construido en los astilleros Vries-Lentsch de Ámsterdam en 1932 con el número 1.101. Su casco era de chapa de acero de ocho milímetros, con dos mástiles también de acero, de fabricación española, que medían diecinueve y diecisiete metros de alto, respectivamente.

La historia del yate era realmente curiosa. Se trataba de una embarcación *ketch*, según la terminología náutica, cuyos planos eran del arquitecto naval inglés E. P. Hart. El propietario inicial fue un caballero británico, D. Lawrie, que llamó al barco *Leander*, antes de que su actual dueño, el empresario Pedro Galíndez, lo bautizara como *Saltillo*, en recuerdo del «saltillo» que había que dar desde la casa Portugaluja para bajar del jardín a la playa.

No fue hasta 1935 cuando Galíndez obtuvo la patente de navegación firmada de puño y letra por Niceto Alcalá Zamora como presidente de la República española; documento que autorizaba al barco a navegar por todos los mares del mundo.

Cuando Juanito y Mafalda se hicieron a la mar en él, las viejas velas de lona no habían sido reemplazadas aún por las más modernas de dacrón.

Previamente, sobre las siete de la mañana, Ernesto acompañó a la joven tripulación hasta el embarcadero del Club Náutico de Cascais para ayudarles a soltar amarras y cerciorarse de que había combustible de sobra para toda la singladura.

—Procurad no demoraros, pues parece que el tiempo empeorará a medida que oscurezca —les previno desde el muelle.

Minutos después, el barco surcaba ya las aguas de la bahía.

Juanito, al timón, enfiló la salida con un suave viento del oeste de unos doce nudos, arrumbando a la boya que delimitaba el puerto deportivo.

La mañana era fresca, pero se adivinaba ya el sol. Navegaban con mar rizada y la vela mayor totalmente desplegada, a una cómoda velocidad de cinco nudos. Al aumentar ligeramente el viento, el improvisado capitán recurrió al trinquete.

—¡Mafalda! —gritó desde el puente de mando.

—¿Ocurre algo?

—Mira a estribor.

—No veo nada.

—A babor no, tonta.

—¿Cómo que tonta?

—Que mires a la derecha te digo, en lugar de a la izquierda.

—¡Delfines!... ¿O son ballenas...?

—Delfines, pero muy grandes. Fíjate en sus aletas dorsales: son larguísimas.

—Me encanta el color turquesa tan luminoso que desprenden al sumergirse bajo la proa.

—Como el reflejo de tus ojos, Mafi.

—¡Oh, qué cielo eres, Juanito!

—Ven...

—Aquí estoy.

Juanito sujetó el timón con una mano y ciñó con la otra la cintura de Mafalda para besarla.

—Tú sí que eres un cielo —susurró.

—Prefiero ser tu reina, aunque sea por un día.

—Hoy ya lo eres.

La brisa, cada vez más recia, permitió al velero alcanzar una holgada velocidad de ocho nudos. Los tripulantes divisaron pronto a lo lejos el faro de la isla Berlenga. Abruptos acantilados, salpicados de profundas cuevas y arcos rocosos, como el de la Cabeza de Elefante, se abrían ante sus extasiadas miradas. Enseguida se hallaron frente a la fortaleza de San Juan Bautista. Un denso grupo de casas de pescadores rodeaba el embarcadero. Juanito detuvo el barco ante el pequeño muelle y lo amarró. Desde allí, siguiendo el único sendero que partía cerro arriba, llegaron los dos finalmente a la antigua fortaleza que, estando en manos de los partidarios del rey Miguel I durante la Guerra Civil portuguesa, no pudo resistir finalmente el asalto de los liberales. Ahora ellos se disponían a «conquistarla» al cabo de más de un siglo.

El comedor, levantado sobre las antiguas ruinas, colmaba cualquier expectativa romántica.

—Bienvenida al paraíso —dijo Juanito con razón a Mafalda, cediéndole el paso como a su reina.

Situado en una terraza sobre el mar, las velas y los centros de flores en las mesas acrecentaban el encanto de aquel restaurante, adornado también con grandes candelabros y arañas de cristal, terciopelo rojo, y la presencia de un pianista negro que amenizaba el almuerzo en aquel preciso instante interpretando con la misma «boca de bolsa» de Louis Armstrong la versión de *Dream a Little Dream of Me* grabada por este y Ella Fitzgerald en Nueva York, seis años atrás.

Al calor de la chimenea de madera y mármol, Juanito y Mafalda compartieron un riquísimo caldo del Alentejo. Tomaron langosta sudada, bacalao y un poco de calderada, sin constancia alguna del tiempo. París, Zaragoza, y Estoril incluso, se hallaban en las antípodas de sus pensamientos. No existía para ellos en el mundo más que aquel islote, la Ilha de Sonho, hecha al fin realidad. Solos en el remoto archipiélago, jamás hubiesen querido marcharse de allí. Pero debieron regresar precipitadamente al barco tras reparar en que el reloj marcaba ya las cinco de la tarde y la situación meteorológica, como había pronosticado Ernesto Fragoso, empezaba a

empeorar. Mientras descendían por el camino de vuelta, observaron bandadas de gaviotas arrojándose a la costa.

—Tenemos que darnos prisa si no queremos pasar la noche aquí —advirtió Juanito.

Mafalda deseó por primera vez que eso sucediese. Solo necesitaba que él se lo pidiera, pero no lo hizo. ¿Acaso se había enamorado de ella sin saberlo?

Caminando deprisa por el sendero, iba recitando ella en silencio la letra de esa melodía romántica que acababa de escuchar, por enésima vez desde su estreno, mientras almorzaba con Juanito en la terraza.

*Di buenas noches y dame un beso.  
Solo abrázame fuerte y dime que me extrañarás,  
mientras yo estoy tan sola y triste como se puede estar,  
sueña un pequeño sueño sobre mí.*

*Las estrellas se desvanecen pero perduran, querido.  
Aún anhelo tu beso.  
Estoy deseando que te quedes hasta el amanecer, querido.  
Tan solo diciendo esto.*

*Dulces sueños hasta que los rayos del sol te encuentren.  
Dulces sueños que dejen todas las preocupaciones detrás de ti.  
Pero en tus sueños, cualesquiera que sean,  
sueña un pequeño sueño sobre mí...*

—¿Te sucede algo, Mafi? —dijo él luego, mientras soltaban amarras.

—Solo que...

—¿Seguro que estás bien?

—Claro, pero... ¿Regresaremos algún día a la Isla del Sueño?

Mafalda no dijo ya que desprenderse de una realidad no era nada: lo heroico era desprenderse de un sueño.

Poco después, *El Saltillo* volvía a surcar las aguas rumbo a Cascais.

El patrón ignoraba todavía que una fuerte tormenta estaba a punto de hacerles naufragar.

Durante el viaje tuvieron que achicar agua para evitar que se inundase la proa. La situación llegó a ser desesperada en algún momento y Juanito hizo incluso los preparativos para abandonar el barco. El pañol de velas llegó a tener casi medio metro de agua. El patrón arrancó la bomba diesel del motor de propulsión Perkins de cien caballos de potencia, manipulando sus válvulas y sumergiendo el tubo de aspiración. Pero aquello no achicaba.

En un último intento para evitar el naufragio cortó con una sierra el tubo de vacío del tanque de estribor, lo sumergió en el agua y colocó las válvulas en posición de vaciado. Entonces sí que el mecanismo empezó a bombear. Sin perder un segundo lo puso al máximo de revoluciones. Pero, mientras estuvo ocupado en arreglar el sistema de bombeo, el nivel del agua subió otros veinte centímetros en el pañol inundado. Estaba congelada y le llegaba casi hasta la cintura. En el interior del pañol buscó, desesperado, un agujero, una grieta, una hendidura... Cualquiera cosa que se le pareciera y por la que pudiese entrar el agua. Pero la abertura no aparecía por ningún lado y las piernas se le empezaron a quedar dormidas. Fuera, las olas seguían estrellándose contra la proa y algunas lograban alcanzar la cubierta. Mafalda gritaba horrorizada una y otra vez, como si estuviese envuelta en un mar de lágrimas. Por un momento Juanito pensó solo en salvar su vida y la de aquella de quien podía estar enamorado. Finalmente, recordando la sabia experiencia de Fragoso y de su padre durante una de sus accidentadas travesías, levantó el tanque de agua dulce y el agujero quedó al descubierto. No había tiempo que perder si querían evitar que *El Saltillo* se hundiese en alta mar. Un espiche de madera encajado a martillazos en la ancha grieta puso fin al peligro.

*El Saltillo* atracó al fin en el puerto deportivo de Cascais alrededor de las seis de la mañana. El litoral peninsular era todavía un inmenso trazo en penumbra, profanada tan solo por los destellos del faro. Las ramas de las palmas y olivos del paseo marítimo habían sido doblegadas por el vendaval, con las hojas cargadas de lluvia e incluso rotas tras el aguacero, que había sacado brillo al adoquinado. La lluvia les había reblandecido sus zapatos, el agua se les había filtrado y les había empapado las medias y los calcetines.

Era el alba, pero los negros nubarrones impedían ver el cielo tachonado de estrellas.

Juanito y Mafalda habían salvado providencialmente la vida. Extenuados, los restos del torbellino que aún recorría el paseo dibujaban en la sombra sus falsas siluetas de borrachos.

Don Juan permanecía aún en vela en su despacho de Villa Giralda. Doña María tampoco había pegado ojo en toda la noche.

—¿Se puede saber de dónde vienes ahora con esa pinta? —replicó el padre muy enojado, sin dejar de escrutarle con la mirada desde su escritorio.

—Lo siento mucho, papá, pero he tenido un serio contratiempo.

—¿Contratiempo, dices...? Siéntate, anda, que te tambaleas.

—Verás, el mar estaba muy revuelto y...

—Ya sé que has tenido la cara dura de largarte en *El Saltillo* sin decirme una sola palabra. Embaucaste a Fragoso para que te lo dejara a mis espaldas. Ya he mantenido yo una animada charla con él, pero nada comparada con la que tú y yo vamos a

sostener desde este mismo instante.

—¡Papá...!

—¡Pamplinas! Dime ahora mismo dónde has estado durante todo este tiempo.

—Fuimos a Berlenga.

—¿Fuimos...? —inquirió con una risita airosa.

—La fuerte tormenta casi nos hace naufragar.

—¿Quieres decirme de una vez con quién has estado?

—Con Mafalda.

—¿La sobrina de Giannina Cornaro?

—Ella.

—¿Y qué coño hacías con esa chica en mi barco, camino de una isla?

—Pasar el día.

—¿Nada más?

—Nada más, papá, te lo juro.

—Y mientras, tu madre y yo desviviéndonos aquí por ti, sin poder dormir. ¿Te parece bonito? Hace menos de dos horas que informé a la policía de tu desaparición. ¿Acaso has olvidado ya que ocho años atrás intentaron asesinarte? Entonces, con solo diez años, no supiste que eras tú el objetivo, pero ahora ya no tienes excusa. Eres un irresponsable.

—¡Papá...!

—Déjame hablar: no quiero que vuelvas a ver más a esa chica, ¿me oyes?

—¿Qué culpa tiene ella?

—Ninguna, pero tú sí, por la sencilla razón de que eres mi heredero y eso te exige espíritu de sacrificio y miras más altas.

—¿Acaso piensas que quiero casarme con ella?

—Más te valdría no hacerlo si quieres ser rey de España cuando yo abdique o me muera. Tu futura esposa, Juanito, debe ser una mujer de estirpe regia, educada para ser reina, y no una vulgar chica. Amantes puedes tener todas las que quieras, como tu abuelo, pero esposa solo una y de sangre tanto o más azul que la tuya. ¿Está claro?

—Diáfano, papá.

Mientras charlaban acaloradamente, nadie en Villa Giralda reparó tampoco aquella madrugada en que un miembro del servicio salía sigilosamente por la puerta principal con destino incierto...



Palmeras mecidas por la brisa tropical, especies indígenas de robles y arbustos con racimos de flores de hasta seis pétalos, mandrágoras americanas, anonas coloradas, flores silvestres y orquídeas en especial... Vegetación lujuriente en un día luminoso y alegre.

Inaugurada en 1938, la Overseas Highway —Autopista de ultramar— serpenteaba a través de 42 puentes que unían los principales cayos, un exótico archipiélago al sur del estado de Florida formado por 1.700 islas, que se adentraba en el golfo de México.

Los arrecifes de coral y los manglares de Florida constituían el hábitat ideal para millares de peces, crustáceos, mamíferos y criaturas del mar. Las aguas de color turquesa que rodeaban la autopista eran perfectas para la pesca deportiva y el submarinismo, razón por la cual los americanos la denominaban *road to paradise* (carretera al paraíso). Pero aquella ruta conducía también a un interminable infierno localizado en uno de los mayores páramos subtropicales del mundo, con más de 6.000 kilómetros cuadrados de extensión. Conocido por Everglades, podía traducirse como las «ciénagas eternas».

Sus célebres pantanos constituían un ecosistema único que albergaba la mayor concentración de caimanes del mundo. Pero no fue uno de esos temibles depredadores del humedal lo que despertó sobresaltado y sudoroso a don Juan de Borbón aquella madrugada en Villa Giralda, sino un bulto que flotaba en las aguas oscuras y pestilentes de la ciénaga.

Mientras terminaba de arreglarse, asistido por Eugenio Mosteiro, don Juan seguía contemplando despierto aquel horrible cuerpo humano sin cabeza, como si presintiese que algo malo iba a ocurrirle a él o a los suyos...

Federico, el mayordomo de tía Giannina, llevó a Mafalda al baile de máscaras en el Ford GT. La fiesta se celebraba aquella Nochevieja en la Quinta Anjinho de los Orleáns. Tras abandonar los suburbios de Lisboa y pasar frente al imponente palacio de Queluz, residencia oficial de los miembros de la Casa de Braganza, el vehículo se internó en la campiña portuguesa. Al llegar a Sintra, dejó a la izquierda el bello pueblo de São Pedro, deteniéndose finalmente frente a una gran mansión blanca con un encanto especial debido a su antigüedad.

En el *hall* de entrada se exhibían varios retratos de Winterhalter, pintor de la corte del rey Luis Felipe de Francia, así como la efigie caricaturesca de la princesa Palatina, obra de Rigaud, junto a la elegante duquesa de Orleáns, esposa de Felipe Igualdad, pintada por *madame* Vigée-Lebrun.

Había un velador con un mosaico descubierto en Pompeya y montado sobre una armadura de bronce con cabeza de águila para la reina María Carolina de Nápoles. El comedor constituía el centro de la planta baja, donde sobresalía una altísima vitrina repleta de porcelanas antiguas con las armas del duque de Aumale.

Mafalda llevaba puesta una máscara de gato en papel maché, decorada en tonos terrosos. Como italiana que era, adoraba los carnavales venecianos, igual que Juanito. Nada más llegar, salió a recibirla uno de los Orleáns disfrazado del Pierrot arquetípico de la Comedia del Arte.

—Buenas noches, gatita —saludó a través del agujero de la boca, que le daba un aspecto trágico.

—Buenas noches —correspondió ella, paseando la mirada a su alrededor en busca de la única razón que la había conducido hasta allí: Juanito.

—¿Tomas champán? —ofreció una chica con antifaz de Colombina decorado con plumas.

—Muchas gracias —asintió Mafalda.

A su lado estaba Arlequín, de quien Colombina era amante en la ficción, vestido con el inconfundible traje de rombos de colores y el gorro de bufón.

—Dame a mí otra copa —dijo el falso Arlequín, arrimando la mano a la bandeja.

—¡Cuidado! Es ya la cuarta que te tomas —advirtió otro invitado caracterizado del usurero y tacaño Pantalone, de máscara rojiza con ceño fruncido y nariz aguileña.

Enseguida se sumó al grupo Polichinela con su traje blanco y una gran napia encarnada, como la de un beodo.

—¡Vaya, una gatita... qué ricura! —exclamó.

Mafalda creyó ver a Juanito cruzar por el fondo del salón, oculto tras un disfraz de Mattaccino, el vividor por excelencia de la Comedia del Arte, tocado con sombrero de plumas. Pero el pesado Polichinela no le daba tregua.

—¿Sabes que soy tan romántico y soñador como el personaje que encarno esta noche, minina? —dijo, insinuándose.

—¿No me digas? —repuso ella, consciente de su fuerte melopea.

—Si tú quieres, gatita mía, yo me convierto en tu felino.

La aparición de *Maná* Arnosó, escondido bajo el bigotudo doctor Balanzone, con sus lentes resbalándole por la nariz, resultó providencial.

—¿Qué haces aquí todavía? —preguntó a Mafalda.

—¿Y Juanito?

—Pensaba que estabas ya con él arriba. Me ha dicho que te esperaba en el saloncito rosa.

—¿El saloncito rosa...?

—Subiendo por la escalera, la última puerta al fondo del pasillo —le indicó.

Resoplando como un estertor, Mafalda llegó por fin al lugar de la misteriosa cita. La puerta estaba cerrada. Una mezcla de intriga y emoción taladraba en aquel instante cada una de sus vísceras. ¿Qué tipo de gloria la aguardaba al otro lado del tablero

macizo de cedro? Enseguida lo abrió...

—¡...!

—¿Gabriela...? —masculló Juanito, sintiéndose confundido al ver que la persona asomada a la puerta llevaba puesta la misma careta de gato que la chica a la que acababa de besar apasionadamente en el diván tapizado en palo de rosa.

La muchacha que yacía junto al príncipe había sido pillada in fraganti con un bustier de tul y ballenas de discreto relleno en el escote con sólidos ganchos tipo corsé.

—¡Bastardo! —escupió Mafalda, despojada del antifaz.

—Escucha... —tartamudeó él.

—¡Eres un cerdo bastardo! —insistió ella fuera de sí, golpeándole dos veces seguidas en la frente con la punta de la máscara, que fue a caer al suelo junto a la de la otra chica.

Era Gabriela de Saboya, convertida en estatua de sal.

—¡Y tú, zorra...! ¿Se puede saber qué haces aquí con él? —bramó.

—¡Aquí no hay más zorra que tú! —saltó Gabriela, como una fiera herida, tras colocarse la parte superior del vestido.

Mafalda se abalanzó sobre ella para propinarle un bolsazo en el hombro.

—¡Ay...! ¡Estás loca! —gimió ella de rabia y dolor.

—¡Mafalda! ¡Déjala en paz de una vez! —intervino Juanito, azorado, con un araño sobre la ceja derecha por el que brotaban unas gotas de sangre.

—¡A ti sí que voy a dejarte yo en paz! Y para siempre, cabrón. No quiero volver a verte mientras viva.

—No sabes lo que dices.

—Tú sí que ignoras con quién estás jugando, canalla.

Sus ojos iluminados parecían tubos de neón enfocados ahora, airosos y desafiantes, en los otros invitados que formaban ya un corro expectante en el umbral del pasillo, atraídos por la violenta bronca.

—Escuchadme bien todos —exhortó Mafalda.

—Cuidado con lo que dices; no sea que te arrepientas toda la vida —advirtió Juanito.

—¿Todavía te atreves a amenazarme, miserable?

—Es solo un consejo.

—Pues no acepto consejos de bastardos como tú.

—Oye, niñata, bastarda serás tú.

—¿Queréis dejar ya de insultaros? —imploró Gabriela.

Pero el triángulo se había transformado ya en un disputado cuadrilátero.

—Algún día sabrás lo de la carta...

—¿Qué carta? —repuso Juanito, altanero.

—La prueba de que eres un bastardo.

—No te consiento que digas más eso.

—¿Vas a pegarme acaso por ello?

—Ahórrate las sandeces.

—¿No será que las verdades ofenden?

—¡Mafalda!

Juanito reprimía cada vez peor su furia.

—Deberías empezar por saber quién soy yo realmente.

—¿Una princesita?

—¿Cómo lo sabes?

—Acabo de enterarme.

—¡Sabed todos que me llamo Mafalda Cornaro!

—¿Y...?

—Desciendo de toda una reina de Chipre y Armenia.

—Vaya, ¿no me digas? Y yo sin saberlo.

—Mi antepasada Caterina Cornaro pertenecía a una de las familias más ricas e influyentes de la República de Venecia en el siglo xv, y acabó casándose con Giacomo II de Lusignan, rey de Chipre y Armenia. ¿Os enteráis todos?

—¿Pretendes tú acaso darme a mí lecciones de estirpe regia, presumiendo de una simple reina consorte? Tiene gracia, Mafalda. —Sonrió cínicamente Juanito.

—¡Majadero!

Mientras regresaba a casa de tía Giannina, apoyada en el reposacabezas trasero del Ford GT, Mafalda Cornaro se sintió la mujer más deshonrada e infeliz del mundo. Pensó que habiendo revelado su gran secreto, el amor por Juanito, había perdido su libertad; y se convenció de que la vida era en tñcnicolor, pero la realidad solo en blanco y negro.

Al verla salir corriendo cabizbaja y desarreglada por la puerta principal, Federico se apresuró a abrirle la portezuela, presintiendo que algo terrible acababa de suceder en el interior de la casa. Pero guardó respetuoso silencio. Durante todo el viaje de vuelta no cruzaron una sola palabra. El mayordomo atisbaba solo de vez en cuando el semblante desencajado de la joven a través del espejo retrovisor, viendo rodar algunas lágrimas por él. Pensó que siempre era tarde cuando se lloraba. Eran gotas de dolor, pero sobre todo de ira, odio y rencor. ¡Cómo hubiese deseado ella tener la sangre fría suficiente para ser capaz de revelarle a Juanito, delante de Gabriela y de sus amigotes, el terrible secreto que conocía gracias a su profesor de Historia en La Sorbona de París...!

Una carta exhumada por Ferdinand Corbel, catedrático de Historia Moderna y Contemporánea, probaba que Juanito era en última instancia un bastardo. Mafalda trataba ahora de consolarse a sí misma imaginando la cara que habría puesto el príncipe si ella, venciendo su nerviosismo y desconcierto iniciales, hubiese contado lo que sabía para humillarle en público. La mujer, como el elefante, nunca olvidaba, y

menos una afrenta como aquella.

El profesor guardaba en una caja fuerte la copia de esa comprometedor carta custodiada inexplicablemente, al cabo de más de un siglo, en el Archivo del Ministerio de Justicia de España.

Era un documento rubricado por fray Juan de Almaraz, el confesor de la reina María Luisa de Parma, esposa del rey Carlos IV.

«La muy pécora —recordó entonces Mafalda— había confesado al clérigo en su mismo lecho de muerte, autorizándole a revelarlo tras su fallecimiento, que ninguno de sus catorce hijos lo era del monarca».

O sea que, si lo que afirmaba Almaraz por escrito era cierto, y no había razón alguna para pensar que un sacerdote probo como él cometiese perjurio en un asunto tan delicado, Juanito podía considerarse tan bastardo como Fernando VII. La dinastía de los Borbones de España había quedado así extinguida desde aquel preciso instante.

El historiador había explicado a su alumna que el primer Borbón bastardo no era ya entonces el rey Alfonso XII, hijo del capitán de ingenieros valenciano Enrique Puigmoltó y Mayans, sino el mismísimo Fernando VII, quien, naturalmente, no se resignó a cruzarse de brazos ante aquella bomba de relojería que podía explotar en cualquier momento si Almaraz abría la boca o alguien sacaba a relucir el maldito documento.

Convencido de que hasta para un rey como él no existía enemigo débil, ni chispa que no pudiese causar un incendio, urdió enseguida un plan para llevar al sacerdote a España por la fuerza, pues este residía en Roma desde el fallecimiento de la reina María Luisa, en enero de 1819. Una noche, en plena Via Condotti, Almaraz fue secuestrado mientras dormía en su habitación; poco después, se le embarcó en la fragata *Manzanares*, anclada en Civitavecchia, que arribó finalmente al puerto de Barcelona, donde se hallaba Fernando VII con motivo de la sublevación de Cataluña, en 1827.

Nada más desembarcar, el responsable de la expedición, José Pérez Navarro, oficial de la Secretaría de Marina, comunicó a Fernando VII que la víctima se hallaba a buen recaudo en la bodega del barco, añadiendo que poco le había faltado para morir de miedo durante la travesía. Radiante de satisfacción, el monarca distinguió al captor con el nombramiento de capitán del puerto de La Habana, ordenándole que confinase de por vida a fray Juan de Almaraz en el castillo de Peñíscola, en Castellón.

Aquella asombrosa historia recordaba a Mafalda la del conde de Montecristo, persuadida así de que, con los Borbones, la realidad superaba con creces a la ficción, aunque esta llevase el sello inconfundible de todo un príncipe de las letras como Alejandro Dumas.

¿Cómo terminaba la rocambolesca historia? El gobernador de Peñíscola quedó horrorizado en febrero de 1834 al abrir la mazmorra y contemplar, instantes después, a un anciano de largos y enmarañados cabellos y barba blanca crecida hasta la cintura que se le arrojó sollozando a sus pies. Aquel espectro viviente dijo ser el fraile Juan

de Almaraz, incapaz ya casi de articular palabra tras siete interminables años de silencio e incomunicación.

Muerto Fernando VII, su esposa María Cristina, la reina gobernadora, otorgó finalmente el perdón al clérigo, a quien jamás había condenado un tribunal por delito alguno, sino tan solo en virtud de sentencia dictada y ejecutada por el poder absoluto de un rey. Desde la tumba, nada podía hacer ya el rey felón para ocultar el escándalo que a punto había estado de provocar Mafalda con tal de vengarse del hombre a quien ahora repudiaba.

—Te suplico que me perdones, nena. He sido una irresponsable contigo, alentándote a que siguiesses viendo a Juanito sin reparar en que estabas jugando con fuego —se disculpó tía Giannina, mientras observaba a su sobrina hacer la maleta para regresar a París antes de lo previsto.

Tía Giannina había reparado tarde en que la verdadera amiga no era la que secaba las lágrimas, sino la que evitaba que se derramasen.

—Tú no tienes la culpa, tía, sino el sinvergüenza de Juanito.

—Pero yo te quiero mucho, cielo, y no he sido capaz de protegerte para impedir que te hiciesen daño. Debí prevenirte de que él es un príncipe Borbón y tú una chica normal y corriente, ya me entiendes...

—No te tortures más por eso, tía. Juanito puede ser todo lo príncipe que quiera, pero es él quien acaba de comportarse como un auténtico caradura conmigo, sin importarle hacerme daño con tal de darse otro de sus caprichos. No, si todavía voy a tener que agradecerle que me haya abierto los ojos de un shock traumático. Tiene gracia... —comentó Mafalda con sarcasmo.

—Después de todo, celebro que lo veas así, nena, pues de haber seguido juntos me temo que habría sido mucho peor. Imagínate que algún día te hubieses casado con él...

—Eso no lo digas ya ni en broma, tía.

—Juanito habría tenido que renunciar a la Corona. Igual que su tío, el infante don Jaime, por casarse con Emanuela Dampierre; o que su otro tío Alfonso, tras hacer lo mismo con esa cubana, Edelmira Sampedro.

—¿Y eso qué importa ya? Además, ninguno de los dos renunció jamás al trono por casarse con personas de mi calaña.

—No digas eso, Mafalda.

—Lo hicieron porque el mayor era hemofílico y el segundo sordomudo. Nada más.

—Bueno, mira, doctores tiene la iglesia. Lo único que ahora me importa eres tú, y tienes toda la vida por delante para encontrar a tu verdadero príncipe azul.

—¿Crees, de veras, que algún día aparecerá, tía Giannina...? —Suspiró, desencantada.

—¿Por qué lo dudas, criatura? —Sonrió ella tiernamente, acariciándole la mejilla. Mafalda no pudo disimular ya más.

—Llora, pequeña, llora todo lo que quieras —insistió su tía, abrazada a ella.

Poco después, le tendió un pañuelo para que secase sus lágrimas, indicándole:

—Ahora mírate al espejo de vestir que tienes delante.

—¿Para qué?

—Hazlo.

—¿Qué pretendes?

—¿Dime qué ves?

—Una cara despintada y ojerosa.

—Mafalda, ¿aún sigues sin verte?

—¿Percibes tú acaso algo distinto?

—A Caterina Cornaro, reina de Armenia y de Chipre.

—¿Cómo dices?

—Distingo su misma mirada felina, oscura y penetrante; veo su tez blanca y el cabello dorado tan apreciados entonces en la corte de Venecia.

Tía Giannina se arrimó a la pared para descolgar un retrato al óleo del pintor italiano Gentile Bellini.

—Ahora fíjate bien —dijo, mostrándoselo.

—¿Quién es ella? —preguntó Mafalda.

—¿Aún no lo sabes?

—¿Caterina Cornaro...?

—Exacto.

—¿Me parezco a ella?

—Eres un calco, hijita. Sería imbécil el hombre que ignorase tu belleza.

Alrededor de una veintena de personas encapuchadas acudieron aquella noche a su habitual cita en una tétrica cripta iluminada por el resplandor de las antorchas a orillas del Sena, en París.

El recinto estaba tapizado de rojo escarlata. El jefe enmascarado presidía la ceremonia sentado en un escaño de madera, junto a su ayudante, ante un altar de piedra negra en forma de extenso ataúd. Los dos iban vestidos con una sotana violeta y una sobrepelliz blanca.

En la pared situada a sus espaldas, había dibujados tres grandes tallos de lirio, que en realidad eran tres flores de lis decapitadas, en clara condena al símbolo de los Borbones por excelencia. En el centro del tabique colgaba un macabro retrato del rey Alfonso XIII el día de su coronación, en mayo de 1902. Su rostro había sido sustituido por una calavera negra, y el cetro, por una daga clavada en su ensangrentado corazón. En la parte inferior figuraba esta inscripción: «*Alphonsus XIII, rex mortis*».

Los asistentes se disponían a celebrar la ceremonia de pie e inmóviles a cada lado del altar. Vestían hábito de lana negra, ceñido a la cintura por una cinta de seda roja. Todos, sin excepción, llevaban puesta una máscara para evitar reconocerse entre ellos.

El líder dio de repente un golpe seco y metálico con un cetro real, siendo imitado al instante por su asistente, en señal de que daba comienzo el ritual, centrado en el



odio a la monarquía y a sus reyes. De ahí que los participantes proclamasen al unísono sus palabras rituales: «Los tronos defendidos por la espada sucumbirán anegados en un mar de sangre. Muerte a los ladrones y a los zánganos».

Dos meses después del viaje a Estoril, Francesca, la madre de Mafalda, sorprendió a esta abstraída en una fotografía apoyada en su regazo, junto a la ventana de su dormitorio. Estaba sentada en un diván con las piernas graciosamente cruzadas. En las paredes, en blancos marcos ovalados, había artísticas estampas de los puentes del Sena; y un canapé cubierto con una colcha de seda.

—¿Se puede saber qué miras tan fijamente? —inquirió.

—Nada, mamá.

—¿Y eso entonces qué es...? —dijo, señalando con la uña nacarada del índice la cartulina que su hija había girado de repente.

—Te he dicho que no es nada.

—Está bien, querida, tú sabrás por qué sigues tan enigmática desde que regresaste de Portugal.

—Pues yo no me veo tan rara, la verdad.

Poco después, madre e hija desayunaban juntas zumo de naranja, *croissant* y café con leche en la cocina de la primera planta de una vieja mansión en el exclusivo barrio residencial de Auteuil, en la margen derecha del Sena, muy cerca de la Embajada de Italia, donde trabajaba el padre de Mafalda.

Como todos los lunes, a primera hora, Bruno Cornaro despachaba directamente con *monsieur l'ambassadeur* la agenda cultural de la semana, que incluía aquella tarde una visita al museo del Louvre junto con los ministros de Cultura de Francia e Italia, seguida de una importante recepción con todo el *corps diplomatique* en el palacio del Elíseo, residencia oficial del presidente de la República, René Coty, al primer ministro italiano Antonio Segni, de visita en París.

Pero que su marido se levantase muy temprano no impedía a Francesca hacerlo una hora antes que él para peinarse y pintarse los ojos —arqueados siempre, en línea con sus cejas oscuras y dulces— y la boca de rojo sangre, además de colocarse a veces una graciosa peca sobre el cutis regularmente pálido. Debía estar siempre cuidadosamente *coiffée*, *maquillée* y *parfumée*, sometiéndose cada dos semanas al ritual de la *manicurée* y *pedicurée*.

El vestido *velours* con falda estrecha que lucía aquella mañana, con medias de nylon a juego y esarpines de piel, le hacía parecer aún más joven e informal de lo que realmente era.

—Todavía no sé qué voy a ponerme esta noche —dijo con inquietud la esposa del agregado italiano, cuyo único fracaso diplomático había sido intentar convencerla de que un abrigo de pieles le hacía parecer más gorda.

—No te preocupes, mamá. Seguro que con tu amplio vestuario estarás muy guapa

y elegante.

Tenía trajes muy bonitos. Se los compraba en las *boutiques* más caras de París como si fuesen bombones. Su preferida era la Petite Boutique de Elliston. No había más que echar un vistazo al interior de los grandes armarios de su dormitorio. Entre la ventana y la cama de matrimonio con dosel y tallada en caoba, tenía a mano su amplio tocador con un ovalado espejo veneciano. En la mesa, incontables frascos de fino cristal que contenían perfumes y aceites. Frasquitos de Houbigant y de Orsay; peines y cepillos con dorsos de plata.

—Tú sí que estás ideal con ese conjunto de jersey y chaqueta de punto.

—Gracias, mami.

—Bueno, anda, sugiéreme algún modelito para esta noche.

—¿Recuerdas el traje negro entallado que te pusiste en la Ópera para asistir al ciclo del compositor Leo Delibes organizado por papá?

—¿El invierno pasado?

—Sí. Combinado con aquella falda ancha con enaguas, no veas cómo te realzaba la figura. Alessandro también me lo dijo. Pero sin la chaquetita bolero, claro.

—Tienes razón.

—Luego te calzas las sandalias de seda y hebillas, con los dedos al descubierto. ¡Ah...! Y no te olvides de los guantes largos tan elegantes.

—Oye, niña, ¿y tú cómo sabes tanto?

—¿Verdad que soy buena estilista?

—Ya lo creo, bonita. Voy a alisarme enseguida el pelo con laca para llevar la copa pequeña y plana del sombrero de ala ancha. ¿Te gusta más con flores o con velos?

—Mamá, por favor, con nada de eso.

—¿Entonces...?

—¿Qué tal una diadema ancha de seda en el centro del sombrero, adornada con una pluma inclinada, para mantener a los moscones a distancia? —bromeó Mafalda.

Pero, en realidad, ella estaba para pocas filfas. Hacía rato que su madre le había sorprendido escudriñando el retrato de Juanito que este le regaló al día siguiente de llegar a Estoril, mientras paseaban juntos por la playa. Volvió a contemplarlo aquella mañana: estaba radiante con su uniforme militar. ¡Cuántas veces había paladeado ella desde entonces, en reverencial silencio, la bella dedicatoria estampada por él con su estilográfica Mont Blanc en un momento de arrebató o quién sabe si de inspiración!: «A la princesa de mi cuento y compañera de mi vida real, con todo el amor de su príncipe», leyó por enésima vez cuando su madre irrumpió en el dormitorio.

Pensó entonces que Einstein debía tener razón también cuando dijo eso de que la ley de la gravedad no era responsable de que la gente se enamorase.

Mafalda podía mentir, pero era incapaz de engañarse a sí misma. Entre sus recientes recuerdos de Estoril había un antes y un después en constante pugna: la idílica travesía a la Isla del Sueño, frente al ominoso baile de máscaras venecianas. Pero ¿estaba ella dispuesta a colocar su mano derecha sobre los Santos Evangelios

desplegados en un atril del recibidor y jurar solemnemente que había dejado de amar para siempre a Juan Carlos de Borbón?

De sobra sabía que él, como Cortés o Pizarro, había nacido para conquistar tierras vírgenes. Y en el fondo de su ánimo, aunque lacerada aún, seguía añorando su irresistible presencia: la de un niño grande, que a menudo se refocilaba pinchándola. ¡Ah, pero cómo disfrutaba ella también con aquellos afilados remaches que la hacían estremecerse de placer desde las remotas simas de su alma! ¿Tendría razón su madre al censurarla a veces por ser un poco masoquista?

Llegó a pensar en que, por amor, una mujer era capaz de todo, incluso de traicionar ese mismo amor con tal de salvarlo; carcomida por los celos, se sintió como una mártir que a su vez martirizaba. Reparó en que, a fin de cuentas, el amor era un viento necesario para poner a las personas en movimiento, aunque a veces desencadenase tempestades y tormentas. Y recordó que los sueños eran sirenas del alma que cantaban a los enamorados para que los siguiesen, pero luego difícilmente retornaban.

Miró el retrato de su antepasada Caterina Cornaro, y sintió envidia solo de recordar que todo un rey como Giacomo II de Lusignan hubiese sido capaz de convertirla en su reina de corazones. Revivió así a Caterina agasajada por cuarenta matronas patricias, deslumbrantes con sus terciopelos y brocados rojos, navegando por el gran canal hacia el palacio donde, a su llegada, otro grupo de nobles damas venecianas la aguardaban al pie de la escalinata para conducirla como una auténtica reina hasta la cámara del Consejo. Y enseguida se preguntó por qué Juanito no podría pedir también su mano, como Giacomo hizo con la de Caterina, comprobando que del amor al odio había solo un paso. Pero ¿estaba ella dispuesta a darlo...?

Pensó que, dejándose llevar por el ojo por ojo, acabaría quedándose ciega y que, al fin y al cabo, todo hombre era un libro abierto si se sabía cómo leerlo. De modo que, si él se lo pidiese, tal vez ella acudiría a su encuentro...

Alfonsito reparó extrañado aquella tarde en que alguien había dejado olvidada la llave con borla en la cerradura del secreter de su padre.

La primera vez que pasó junto al mueble de caoba lacada en color crema, con jaladeras de bronce, pareció no apercibirse de ello. Pero un reflejo inesperado le hizo volver enseguida sobre sus pasos y acabar clavando su mirada de asombro en aquella llave de bronce tallada con la flor de lis que podía abrirle las puertas del paraíso. Corría el 29 de marzo de 1956. Era Jueves Santo.

—¡Juanito...! —gritó.

Nadie respondió. Su hermano debía de estar arriba, entretenido en su habitación, con la puerta cerrada.

Alfonsito retiró entonces la silla tapizada en seda de shangtú con casquillos de bronce en las patas delanteras, a juego con el secreter, para poder girar más fácilmente la llave y abrir el primer cajón. Ante su absorta mirada surgió entonces la pistola que su padre creía haber guardado allí a buen recaudo para que sus hijos no volviesen a jugar con ella.

El chaval cogió el arma como si fuese un cuerno de oro, y corrió escaleras arriba, en busca de su hermano.

—¡Juanito, Juanito...! —volvió a gritar, abriendo de golpe la puerta del dormitorio.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¡Menudo susto acabas de darme! —replicó el hermano mayor.

—Mira qué pistola tan chula —dijo, mostrándole el mismo revólver de salón con el que habían estado jugando las pasadas Navidades.

—¿Quién te la ha dado?

—La he cogido yo.

—¿Del secreter de papá?

—Alguien se ha dejado la llave puesta.

—Habrás sido él, con las prisas. Recuerda que hace un rato dijo que tardaría unas horas en volver a casa.

—¿Y a qué esperamos entonces nosotros para jugar?

—¿Disparas tú primero o lo hago yo?

—Te cedo a ti tan inmenso honor; a fin de cuentas, eres mi hermano mayor —dijo haciéndole una reverencia, mientras trazaba en el aire con un gorro invisible el saludo de un mosquetero del rey.

—¡Pues arriba las manos, miserable! —ordenó Juanito, apuntándole al pecho.

—¡No dispare, señor, se lo ruego! —suplicó Alfonsito de rodillas.

El príncipe apretó con fuerza el gatillo y se oyó el ruido hueco del percutor en

señal de que no había munición.

—¡Estás muerto! —celebró al ver a su hermano tendido en el suelo.

—¡Ahora me toca a mí! ¡Te vas a enterar!

—¿Se puede saber dónde vas a dispararme ahora, asqueroso matón?

—En la cabeza seguro que no tendrás tanta suerte.

El infante acercó la pistola a la sien de su hermano y apretó el gatillo. Otra vez sonó el disparo hueco tan familiar.

Desplomada en el suelo, la víctima fingía estar muerta hasta que súbitamente decidió «resucitar».

—¡Ya verás cómo a la tercera va la vencida...!

Empuñando la pistola, Juanito apuntó ahora a un palmo de la frente de su hermano y apretó decidido el gatillo. Esta vez sí que sonó un disparo real tras golpear el martillo del percutor sobre el fulminante. En cuanto se oyó la deflagración, don Juan, que regresaba en ese momento inesperadamente a casa, subió desconcertado como una exhalación por la escalinata, seguido de cerca por su ayudante Eugenio Mosteiro, en dirección al cuarto de la segunda planta donde hasta hacía un instante jugaban animadamente los dos hermanos.

Una vez arriba, observaron ambos que Juanito giraba como un autómatas con el revólver humeante todavía en la mano derecha alrededor de su hermano pequeño, que yacía desangrándose sobre la moqueta verde. Parecía un soldadito de plomo al que hubiesen dado cuerda. Buscaba incesantemente una salida, como el buceador a pulmón necesitado de subir a la superficie para respirar una bocanada de oxígeno. Pero una y otra vez parecía asfixiarse al rebotar contra un arrecife invisible.

—¡No puede ser, no puede ser...! —repetía, ensimismado, sin cesar de dar vueltas alrededor del hermano agonizante.

Don Juan se arrojó sobre su hijo pequeño tratando de taponar con sus dedos los orificios de entrada y salida por donde la sangre manaba a borbotones, mientras Mosteiro, de pie a su espalda, sacudía impotente la cabeza. Era una gran mancha negruzca, con la que se mezclaba el púrpura violáceo de la sangre.

—¡Avisad a Loureiro! ¡Que venga Loureiro de inmediato! —vociferó el conde de Barcelona.

Pero el médico llegó cuando el chiquillo ya había expirado. Roto por el dolor, el recio hombre de mar perdió en unos segundos el rumbo de la historia. La tragedia se había cebado con su hijo de casi quince años, mientras jugaba con su hermano Juan Carlos, de dieciocho, que disfrutaba de un permiso militar en la Academia de Zaragoza.

Tras arrinconar a su primogénito, don Juan se encaró con él conminándole a responder como si compareciese ante el juez supremo.

—¡Júrame que no lo has hecho a propósito! ¡Júramelo...! —bramó.

—¡Te lo juro, papá! ¡Solo estábamos jugando! —gritaba una y otra vez el príncipe, entre sollozos.

—¿Jugando con una pistola?

—¡Lo siento, papá, lo siento, yo no quería...!

—¿Por qué tuviste que coger la maldita pistola? ¿Por qué...?

Entonces le arrebató el arma.

—¡Aguarde un momento, señor! —le previno Eugenio Mosteiro.

—¿Qué quieres? —contestó don Juan, llevado por la inercia.

—Déjeme la pistola un momento, señor.

Don Juan se la entregó para que su ayudante pudiese inspeccionarla. Mosteiro quitó el cargador, comprobando que en su interior no había un solo cartucho de los diez que cabían. Acto seguido volvió a colocarlo en su sitio y accionó el seguro de aleta situado en la parte izquierda del armazón.

—Hummm... Es una semiautomática Star FR Sport, del calibre veintidós, fabricada en Eibar, España... —dijo para sus adentros.

—¡Devuélvemela! —le apremió el conde de Barcelona.

—Ahora sí, señor, tómela —asintió Mosteiro.

Con el arma en el bolsillo del pantalón de vestir, don Juan salió al pasillo y bajó los peldaños de la escalera al mismo ritmo con que un pianista interpretaría una fugaz serenata. Mosteiro oyó desde arriba cerrarse la puerta principal y encenderse poco después el motor de un coche que arrancó como si tomase la salida en la carrera del siglo.

—¡Juan...! ¡Adónde vas, Juan...! —gritó su esposa, arrodillada como una plañidera sobre el cadáver de su hijo pequeño.

Minutos antes, al oír la detonación, doña María había salido despavorida de su saloncito privado. De su pared principal, sobre la amplia chimenea de madera y mármol, colgaba un óleo de su hermano Carlos, muerto en el frente de Guipúzcoa casi veinte años atrás, durante la Guerra Civil española. Al lado, sobre el tresillo de color palo de rosa, había un retrato a la sanguina de su hijo Alfonsito, al que acababa de perder también.

—¡Oh, Dios mío, qué horror, qué horror...! —sollozó la condesa de Barcelona tapándose la boca con la mano, mientras el doctor Loureiro cubría el cadáver de Alfonsito con una sábana. Pálida, descompuesta y con las piernas de popelina, doña María tuvo que apoyarse en el galeno para ponerse de pie.

Eugenio Mosteiro fue el último en abandonar el cuarto de juegos de los infantes. Permaneció allí todavía alrededor de veinte minutos en completo silencio, preguntándose si había sucedido acaso algo más que a todos se les escapaba. Mientras cavilaba, reparó de pronto en que, debido a la enorme tensión, todo el mundo había pasado por alto un detalle elemental: «¿Dónde estaba la vaina metálica, cuyo proyectil acababa de perforar la frente de Alfonsito, provocándole la muerte casi instantánea? ¿Adónde diablos había ido a parar el casquillo?».

Miró a su alrededor, pero no vio el objeto que buscaba. Se acercó entonces al cadáver de la víctima, retiró la sábana que lo cubría, y desplazó cuidadosamente el

cuerpo hacia la pared. Enredada entre los pantalones del difunto, la vaina metálica sonó como un cascabel al caer al suelo. Alguien debía de haberla hecho rodar hasta allí con la puntera del zapato sin percatarse de ello. Comprobó que correspondía al calibre veintidós y que, al igual que el arma empleada, era de fabricación española. Acto seguido examinó el orificio de entrada de bala en la frente de Alfonsito, convenciéndose de que el mismo proyectil que antes del disparo permanecía fusionado a la vaina había provocado aquel terrible agujero. Alfonsito, en efecto, había fallecido a causa de un solo disparo efectuado por la pistola que don Juan acabaría arrojando al mar tras recorrer las angostas carreteras de Estoril en su Bentley negro. En el salpicadero había una foto de sus cuatro hijos que colocó doña María, advirtiéndole: «Para que nunca olvides que no tienes derecho a arriesgar tu vida...».

El hallazgo del casquillo convenció finalmente a Eugenio Mosteiro de que la muerte de Alfonsito había sido un lamentable accidente.

Poco después de que él abandonase el escenario de la tragedia, y aprovechando que don Juan aún no había regresado, un misterioso personaje penetró sigilosamente en el mismo cuarto de juegos y entornó la puerta. Parecía buscar afanosamente algo, pero al cabo de un rato dio la impresión de salir de allí con las manos vacías.

Aquella noche, Mosteiro oyó el portazo de un coche proveniente del jardín. Asomado al balcón, comprobó que era don Juan. Caminaba como si llevase bolas de plomo en los zapatos. Iba en mangas de camisa pese al fresco de esa hora. Cuando parecía a punto de entrar, el conde de Barcelona regresó al vehículo para recoger la americana y la corbata olvidadas en el asiento del copiloto. Entretanto, Mosteiro se había precipitado escaleras abajo para recibir al señor.

Minutos después, don Juan desahogaba sus penas con el ayudante en su despacho de la primera planta.

—Acabo de estar con el embajador Nicolás Franco —anunció con voz áspera, dando un largo trago al Dry Martini «tamaño rey», que tantas veces le servía de consuelo.

—¿Y qué dice sobre lo ocurrido, señor? —inquirió Mosteiro.

—Le ha costado admitir que fuese verdad, lo cual no me sorprende en absoluto, porque a mí, que soy el padre de la criatura, todavía me parece mentira.

—Y a mí también, señor.

—Le he dicho a Nicolás que lo único que deseo es enterrar cristianamente a mi hijo. Nada más. No quiero autopsia ni investigación judicial alguna.

—¿Y qué ha respondido él?

—Ha telefoneado delante de mí al Caudillo para informarle de lo que acababa de suceder y, en cuanto le ha tenido al otro lado de la línea, me ha pasado el auricular para que hablase yo con él. «Alteza, lamento profundamente la pérdida de su hijo. Carmen y yo rezaremos por su alma», me ha dicho con voz atiplada.

—¿Ha comentado algo sobre la autopsia?

—Me ha prometido que ningún juez ni fiscal español o portugués se inmiscuirá en el asunto.

—¿Entonces...?

—Entonces nada, Mosteiro. Capilla ardiente, entierro y funeral. Pero nada de escándalos. Alfonsito se merece que le dejen descansar para siempre en paz —zanjó don Juan recobrando la energía de su voz.

—Comprendo... ¿Y sobre las circunstancias del penoso accidente?

—Difundiremos un comunicado explicando que Alfonsito manejaba la pistola y que esta se le disparó sin querer.

—Pero, señor, permítame decirle que eso no es cierto. Usted y yo lo sabemos.

—Es la única forma de proteger la reputación de Juanito por mucho que ahora me pese. Te recuerdo que es mi inmediato sucesor, y que encima acaba de privarme de un recambio sucesorio matando a su hermano.

Don Juan apuró el Dry Martini con intención de servirse otro de un viejo mueble bar de nogal.

—La señora —informó Mosteiro— ha dispuesto que la capilla ardiente se instale en su saloncito privado. Mañana traerán el féretro de caoba que ella misma ha encargado.

—Esta noche acompañaré yo a Alfonsito con mis oraciones. Por cierto, ¿sabes algo de Juanito?

—Lleva toda la tarde encerrado en su habitación sin querer hablar con nadie.

—Pues la verdad es que yo tampoco quiero hablar con él.

—Pero se trata de un accidente, señor. Él no tiene la culpa...

—Si no hubiese jugado con esa maldita pistola, Alfonsito estaría ahora vivo y tú y yo no estaríamos manteniendo esta dolorosa conversación.

Informado de que no habría autopsia ni investigación judicial de los hechos por orden de instancias superiores, Mosteiro procedió a tomar por su cuenta las huellas dactilares pertinentes antes de que las doncellas arreglasen las habitaciones a la mañana siguiente, y de que empezasen a llegar los invitados para dar el pésame a los condes de Barcelona y rendir tributo a la memoria del infante muerto.

Recordaba aún Mosteiro el gran impacto que le produjo la lectura de *Una vida en el Mississippi*, del genial Mark Twain, publicado en 1882. Nadie había logrado explicar aún cómo al célebre autor americano se le había ocurrido en fecha tan temprana la importancia de las huellas dactilares para resolver un caso de asesinato; aunque Mosteiro, tras el decisivo hallazgo del casquillo, estaba convencido de que la muerte de Alfonsito había sido un mero accidente.

El escritor americano se había anticipado incluso a los expertos sabuesos de Scotland Yard en su novela al narrar la vida de un hombre llamado Ritter, cuya mujer



e hijo habían sido asesinados por soldados desertores durante la Guerra de Secesión. El asesino había dejado la huella de su dedo pulgar ensangrentado. Provisto de esta huella, Ritter se hizo pasar por adivino, dedicándose a leer el porvenir en las palmas de las manos con el objetivo de descubrir al criminal, lo cual logró tras examinar detenidamente las líneas del pulgar. Satisfecho por el éxito de su eficaz método, el propio Ritter lo explicaba así: «Cuando era joven, conocí a un anciano francés que durante treinta años había sido guardián en una cárcel. Me contó que en el hombre hay algo que no cambia jamás y que lo acompaña desde la cuna hasta la sepultura: las líneas que hay en las yemas de los dedos. Las fotografías no son de fiar, porque una persona puede cambiar su aspecto físico. Lo único seguro, para mí, era la huella del pulgar».

Eso mismo trató de obtener aquella noche Mosteiro por elemental cautela, tras enfundarse unos guantes blancos para tomar huellas de la llave del secreter y del cajón donde el conde de Barcelona guardaba la pistola, así como del marco y del pomo dorado de la puerta del cuarto de juegos.

A continuación intentó localizar la bala que había atravesado la cabeza de Alfonsito. El orificio de entrada en la frente revelaba, a juzgar por su forma estrellada, que el disparo se había producido a una distancia muy corta, casi a quemarropa. La víctima presentaba también un orificio de salida en la parte posterior de la cabeza, a la altura del hueso occipital. Mosteiro buscó el proyectil, pero no lo encontró. Finalmente, tomó varias fotografías al cadáver de Alfonsito con una cámara Leica.

Empezó con una filtración de insistentes rumores. Se habló de disparos, de un horrible accidente, e incluso de víctimas mortales... Todos, en la agencia francesa de noticias Havas, anhelaron saber entonces qué había sucedido aquella misma tarde en Villa Giralda.

La confusión y el revuelo persistían aún de noche en la redacción de París, cuando uno de sus jefes se apresuró a contactar con el secretario particular del infante don Jaime de Borbón y Battenberg, el periodista Ramón Alderete, para que tratase de confirmar la noticia antes de difundir un despacho.

—Es terrible... terrible...

La voz entrecortada, afligida, del exembajador español José Quiñones de León resonó instantes después al otro lado del teléfono mientras Alderete escuchaba en silencio.

—El tiro —añadió Quiñones con acento afrancesado— ha salido accidentalmente cuando el pobre Alfonso limpiaba su pistola... Todos los intentos han sido inútiles... El desgraciado ha muerto instantes después.

Bastó aquel testimonio desgarrado de quien fue albacea testamentario del rey Alfonso XIII para que Alderete marcase enseguida el número de la agencia y dictase

la noticia 245, transmitida a las 23.31 horas, que decía así:

Se ha sabido esta noche en los medios monárquicos españoles de París que el infante Alfonso de Borbón, hijo segundo del pretendiente al trono de España, se ha matado el jueves por la noche mientras jugaba con una pistola en Villa Giralda, residencia de su familia en Estoril.

Mientras el teletipo escupía la crónica del periodista, Quiñones telefoneó a su amigo el diplomático Bruno Cornaro para informarle de la tragedia:

—Supongo que ya sabrás lo ocurrido esta misma tarde en Villa Giralda.

—¿A qué te refieres?

—El infante Alfonso ha muerto.

—¡Muerto!

—Jugando con una pistola.

—¿Seguro?

—Don Juan acaba de telefonarme. Estaba destrozado. Descubrió a su hijo pequeño con un tiro en la frente y nada pudo hacer por él. Murió desangrado poco después en sus brazos...

—¡Qué espanto...! ¿Y su madre...? ¿Y el hermano...?

—Doña María se encuentra en estado de shock, y don Juan Carlos seguía encerrado en su habitación desde que sucedió la tragedia.

—Tremendo.

—La agencia Havas acaba de difundir un despacho a todas las redacciones y supuse que tal vez lo sabrías.

—Pues no. He estado reunido toda la tarde con mi embajador, preparando la última jornada de la visita oficial del primer ministro Segni, quien, como sabrás, regresa mañana mismo a Roma.

—¿Irás al entierro en Estoril?

—¿Cuándo?

—Pasado mañana.

—Sí, claro. Podemos volar juntos.

—Buena idea.

—Es probable que Francesca me acompañe, porque Alessandro está fuera estos días.

—Yo iré con Teresa.

—Aunque, en cuanto se lo diga a Mafalda, seguro que también deseará venir...

A la una menos cinco de la tarde del 31 de marzo, en el cementerio de Guía de Cascais, a ocho kilómetros de Estoril, cayó la última paletada de tierra sobre el cuerpo del infortunado Alfonsito. Don Juan sintió el impulso de lanzarse dentro de su tumba.

Era tierra española, traída de Almendralejo, de Sevilla, de Úbeda, y hasta de la lejana Concha de San Sebastián, por manos monárquicas. La fueron volcando reverencialmente, desde unos sacos confeccionados con los colores nacionales. Y encima colocaron flores de la recién estrenada primavera: rosas de Granada, claveles de Valencia, hortensias de Galicia, dalias de Castilla...

La comitiva mortuoria había salido de Villa Giralda a las once y media en punto. Por la capilla ardiente fueron desfilando durante la noche y las primeras horas de la madrugada millares de españoles para rezar una oración ante el cuerpo sin vida del infante, cubierto por dos grandes banderas bicolors.

José Antonio Andrade, el compañero y amigo de Academia de Juanito, pasó también por allí tras recibir un inesperado telegrama del príncipe informándole de la tragedia. Al llegar a Villa Giralda acababa de marcharse el presidente del gobierno portugués, Oliveira Salazar, pero permanecía aún allí la esposa del presidente de la República, Craveiro Lopes, consolando con sus oraciones a la condesa de Barcelona.

El cadáver del infante permaneció tendido durante dos noches en un lecho con preciosos encajes, amortajado con un traje azul oscuro. En la solapa lucía la insignia de caballero de la Orden del Santo Cáliz de Valencia. Y en la cabecera del féretro, de caoba y con sencillas incrustaciones, había un crucifijo y un velón en cada uno de sus cuatro ángulos.

De las manos del finado pendía un rosario. Lo velaban las hermanas de la Misericordia. Las paredes de la capilla, repleta de flores y cintas rojigualdas, estaban recubiertas con crespones negros. Durante toda la noche llegaron las más hermosas coronas de flores, una de Humberto de Italia, otra de la Embajada de España y varias de los hijos de los miembros del cuerpo diplomático. La corona encargada por José Antonio, en nombre de todos los compañeros de la Academia de Zaragoza, también estaba allí.

Horas después, al frente del cortejo fúnebre se hallaba, como ausente, el conde de Barcelona, seguido de Juanito, vestido con el uniforme caqui de los cadetes del Ejército de Tierra. Aquel Sábado Santo amaneció nublado. La comitiva cruzó los jardines de Estoril y bordeó la Costa del Sol, camino de Cascais, entre pretils cubiertos con redes de pesca. Los hombres se descubrían; las mujeres se santiguaban.

Con la última paletada de tierra atronaron los llantos en el camposanto. Sin dar la mano a los miembros de la Familia Real, los hombres, como ante una sagrada

bandera, juntaron sus pies e inclinaron la cabeza; las damas doblaron las rodillas, en media reverencia de corte.

Al finalizar el acto, Mafalda se acercó sigilosamente a Juanito para darle el pésame cubierta con mantilla y velo de gasa.

—Siento tanto lo que ha pasado... —Suspiró, con los ojos empañados por el dolor.

Juanito se abrazó a ella, emocionado también.

—¿Cuándo regresas a París?

—Mañana.

—¿Podemos vernos esta tarde?

—Claro.

Juanito le presentó luego a José Antonio Andrade, que permanecía a su lado vestido con el mismo uniforme de la Academia. A Mafalda le pareció un caballero de la vieja escuela. Tenía solo dieciocho años, igual que Juanito, pero sus finos modales, el tono grave y acompasado de su voz, el contraste de su mirada oscura y cristalina parecían combatir el estrés del tiempo. José Antonio era moreno cetrino y no alcanzaba el metro ochenta de estatura; tenía mentón con hoyuelo a lo Kirk Douglas. Mafalda intuyó que por sus venas corría sangre gitana, a juzgar por su pelo alquitranado y por el tono tan curtido de su piel salpicada de lunares como chinchetas negras. Hechas las presentaciones, mientras abandonaban el cementerio, salió a relucir que la madre de José Antonio era natural de Jaén, del pueblo de La Carolina, paraíso de olivares en plena Sierra Morena donde la comunidad gitana había sentado sus reales.

Aquella tarde Mafalda volvió a sentir las buenas vibraciones de las últimas Navidades, mientras recorría con Juanito el paseo marítimo de Estoril enfundada en unos pantalones Capri de cuadros. Su figura parecía tallada a mano como el marfil.

Ahora, en lugar del abanico negro a juego con los pendientes de amatista, el bolso y los zapatos de piel, todo de riguroso luto, sentía la agradable brisa en las pantorrillas, que dejaban en parte al descubierto sus nuevos pantalones inspirados en la isla italiana de Capri, donde acababan de ponerse de moda. La cascada de su rubia cabellera cayendo en largos rizos cubría sus hombros.

—¿Me guardas rencor, Mafi? —dijo Juanito, arrepentido.

—Digamos que todo fue un mal sueño, ¿no crees...?

—Me he comportado como un auténtico imbécil contigo.

—Ahora no te tortures, cariño.

—Tú eres la única persona que me comprende. Ni uno solo de mis amigos de Estoril ha acudido al entierro.

—¿Tampoco Gabriela?

—No ha tenido valor para hacerlo.

—¿La quieres?

—Confieso que llegué a pensar que sí.

—Entonces, ¿nunca la has querido?

—Jamás, Mafi... Te quiero solo a ti.

—¿Seguro que no estás jugando otra vez conmigo?

—Jamás lo haría ya.

—Pobre Alfonsito... Él también te quería mucho.

—¡Oh, Mafi, abrázame! —dijo Juanito emocionado, consciente tal vez de que, después de la propia sangre, lo mejor que un hombre podía dar era una lágrima.

—Te quiero, amor mío —declaró ella.

—Y yo a ti. No sabes cuánto te he echado de menos en estos tres meses sin verte. Solo el consuelo de las horas que pasamos juntos en la Isla del Sueño me ha servido para no derrumbarme al final.

—Igual que a mí. ¿Y tus padres...?

—La atmósfera en casa es tan terrible, que no sabía ya a quién recurrir. Mi padre llegó a hacerme jurar que no había matado adrede a Alfonsito. ¿Tú te crees?

—¡Qué dices!

—Estaba tan aturdido, que llegó a barajar semejante monstruosidad.

—Pero la pistola la manejaba Alfonsito...

—No exactamente.

—¿Qué quieres decir?

—La pistola la empuñaba yo, y fui también yo quien disparó contra mi hermano creyendo que estaba descargada.

—¡Dios santo, Juanito...!

—¿Comprendes ahora por qué ni siquiera mi padre me dirige ya la palabra?

—¿Y tu madre?

—Aunque quisiera, no podría hacerlo: ha entrado en una depresión profunda. Me encuentro muy solo, Mafi.

—Me tienes a mí, amor.

—Ahora ya lo sé. Te amo no solo por lo que eres, sino por lo que soy cuando estoy contigo —declaró, mientras la besaba.

Mafalda comprobó entonces que aquel beso principesco era como un mordisco que había aprendido educación.

—Hummm... Qué bien hueles... —advirtió él.

—Es el perfume.

—¿Cuál?

—New Look 1947, de Dior.

Mafalda sabía que aquella fragancia no solo anunciaba la presencia de una mujer, sino que prolongaba su partida. Mientras que Juanito, al besarla, tuvo la sensación de que su boca hubiese tocado terciopelo. Se convenció en ese instante de que el amor que sentía por Mafalda era como el sonido del violín de la cálida primavera sobre las

afinadas cuerdas de su alma.

Eugenio Mosteiro se cruzó a la mañana siguiente con Rosario, el ama de llaves, en el *hall* de Villa Giralda. La simpática pelirroja salió a su encuentro con un objeto reluciente entre los dedos.

—¿Buscabas esto mismo, Eugenio?

—¿Dónde lo has encontrado?

—Acaba de entregármelo Angélica. Lo descubrió mientras recogía el cuarto de juegos de Sus Altezas, bajo el armario náutico de ruedas que trajo el señor de Inglaterra cuando estuvo en la Marina británica.

—¿Lo sabe alguien más?

—Solo ella y yo... Bueno, y ahora tú también.

—Es muy importante que nadie más lo sepa, ¿entiendes?

—¿Tan importante es?

—Mucho más de lo que te imaginas, Rosario.

—Está bien, nadie más lo sabrá.

—Júrame que será un secreto entre nosotros.

—Pero jurar es poner a Dios por testigo, y ya sabes que yo soy católica de misa diaria.

—Por eso mismo necesito que me lo jures.

—De acuerdo, te lo juro.

—Algún día, si Dios quiere también, comprenderás por qué te he pedido que lo hicieras.

—¡Ah, por cierto...! Se me olvidaba darte este otro objeto que también encontró Angélica... —añadió, sacándolo del bolsillo de su delantal negro.

—Déjame ver... —murmuró Mosteiro.

—Parece la punta de una bala aplastada.

—Lo es.

—¿La bala que mató al señorito...?

—Eso parece —dijo él para despistar.

Una vez solo, Mosteiro examinó minuciosamente los dos objetos como si no diese crédito a lo que veían sus ojos: la vaina procedente de un cartucho de nueve milímetros con su proyectil correspondiente. ¿Qué hacían el casquillo y la bala disparados por un arma distinta a la que empuñaba Juanito en el mismo lugar donde acababa de morir su hermano?

Mosteiro sacudió la cabeza sin entender nada. Tras inspeccionarlos una vez más, como si no las tuviese aún todas consigo, se preguntó por qué la víctima tenía un solo orificio de entrada de bala en la frente y no había en cambio ni rastro de ningún otro

impacto en las paredes ni en el mobiliario del cuarto de juegos, si al parecer se habían efectuado dos disparos...

A la mañana siguiente, más temprano que de costumbre, Mosteiro abandonó Villa Giralda al volante de una de las tres rancheras Ford que don Juan se hizo traer de Suiza a Estoril junto con el Bentley, el Mercedes y un pequeño Mercury.

Nadie en la residencia de los condes de Barcelona sabía por supuesto que Eugenio Mosteiro se llamaba en realidad Carlos Alberto da Costa, ni mucho menos que era teniente de la Policía Internacional y de Defensa del Estado (PIDE) de Portugal, del régimen salazarista, considerado por muchos analistas como uno de los servicios secretos más eficaces del mundo.

La PIDE disponía de celdas secretas en todo el territorio portugués y sus agentes habían logrado infiltrarse en los movimientos opositores, como el Partido Comunista o las organizaciones independentistas de Angola y Mozambique. Su extensa red de colaboradores, los llamados «bufos», actuaban como espías entre la población civil propiciando arrestos y confinamientos en sus temibles cárceles.

Da Costa, y no Mosteiro, iba vestido impecablemente aquel día con un traje gris de alpaca bien planchado, lustrosos zapatos de puntera cuadrada y una insignia dorada de la flor de lis en el ojal izquierdo de la americana, simulando ser así monárquico, pues en realidad era republicano y católico. Pero que él aceptase trabajar para el Estado Novo como un perro fiel de su policía secreta no le impedía abominar de las ideas de Charles Maurras, principal fundador de Action Française y uno de los inspiradores del régimen de Salazar. Pese a no ser un ardiente colaborador de los nazis, Maurras era un antisemita condenado a muerte en Francia tras la victoria de los aliados, aunque al final se le conmutase la pena.

Tampoco comulgaba Da Costa con la censura y los métodos de propaganda del régimen, ni con sus organizaciones juveniles, como la Mocidade, o paramilitares, caso de la Legión Portuguesa.

Él era ante todo un profesional consciente de que cualquier régimen político del mundo necesitaba policías, porque un Estado sin agentes secretos era como un hombre sin ojos ni oídos. Al mismo tiempo, él era un patriota portugués que procuraba mancharse las manos lo menos posible en las acciones más sucias del Estado.

Podía considerársele también como un hombre conservador del tipo de Winston Churchill, que lo mismo detestaba a los nazis que a los comunistas. En alguna escondida aurícula de su corazón latía sangre probritánica. Hablaba en perfecto inglés, igual que muchos portugueses educados en la época. De ahí que Da Costa tuviese empatía con el conde de Barcelona, que era bisnieto de la reina Victoria de Inglaterra y sobrino del rey Jorge V nada menos.

Con su sombrero Fedora de fieltro de lana, como el que lucía Humphrey Bogart



en *Casablanca* o su cantante favorito, Frank Sinatra, el agente Da Costa parecía más el jefe de la escolta privada de don Juan de Borbón que su simple ayuda de cámara. El mechón de cabello castaño que surgía bajo el ala del amplio sombrero le daba un aire de distinción.

Era un hombre de metro ochenta y cinco de estatura, muy fuerte, a quien el uniforme policial o la indumentaria de paisano caía con toda naturalidad, sin que tuviera que esforzarse para llevar la cabeza alta, el mentón adelantado o dar a la espalda el máximo de anchura. Los finos labios, que se abrían fácilmente a la sonrisa, dotaban al rostro de humanidad, ternura y comprensión. Los dedos, como garras de trapezista, eran capaces de estrechar con calidez una mano femenina. Sus ojos eran grandes y grises, cobijados bajo una frente poderosa y coronados por los arcos de unas cejas castañas y pobladas. Ojos camaleónicos, que cambiaban de color según la exposición del sol, igual que una tela de muaré: gris claro, gris oscuro, gris verdoso, y hasta gris azulado.

Da Costa era una especie de James Bond muy valorado por el presidente del Consejo de Ministros, Oliveira Salazar, que no hacía más que ensalzar su brillante hoja de servicios; lo mismo que el ministro del Interior, quien, como máximo superior suyo en el servicio secreto, le había encomendado en su día desenmascarar y detener al alemán nazi Rudolf Freitag, principal colaborador del criminal de guerra Hans Frank, abogado personal de Hitler y exgobernador general de Polonia durante la Segunda Guerra Mundial.

A diferencia de Frank, ahorcado por crímenes contra la humanidad en octubre de 1946 tras el proceso de Núremberg, Freitag había logrado huir de Alemania y establecerse en Lisboa con su amante, Alice Streicher, esposa a su vez de un antiguo oficial de la Gestapo, en un céntrico apartamento cercano a la plaza del Comercio. El agente Da Costa se convirtió en la sombra de esta mujer, acechándola inadvertidamente día y noche, hasta hacerse finalmente el encontradizo con ella en el café Palladium de Lisboa y ganarse poco a poco su confianza. Fue así como Rudolf Freitag resultó condenado a cadena perpetua con toda justicia.

Portugal y la costa de Estoril y Cascais en particular se habían convertido en auténticos nidos de espías a principios de los años cuarenta, cuando se alojaban en el hotel Palacio los agentes británicos del MI6 Kim Philby y Nubar Gulbenkian, y el escritor Graham Greene, mientras que en el hotel Atlántico de Monte Estoril y en el del Parque se congregaba la plana mayor del espionaje del Tercer Reich.

A Carlos Alberto da Costa se debía nada menos que la desarticulación del plan para secuestrar a Eduardo VIII de Inglaterra, que en 1936 había abdicado para poder casarse con la divorciada Wallis Warfield Simpson, convirtiéndose en duque de Windsor. La controvertida decisión del monarca levantó una enorme polvareda entre la clase política de su país, empezando por el primer ministro Stanley Baldwin, quien advirtió con insistencia a Eduardo VIII de que el divorcio no estaba reconocido por la iglesia anglicana, de la que era jefe el propio rey.

Asediados por la opinión pública, Eduardo VIII y su nueva esposa huyeron de Inglaterra para refugiarse en Portugal. Alquilieron un palacete en Cascais, del cual muy pronto debieron trasladarse a vivir a la mansión del banquero Ricardo Lamela por estrictas razones de seguridad. Infiltrado en el comando de espías alemanes que actuaban en la zona de Estoril, el agente Da Costa pudo averiguar los detalles del plan de secuestro previsto para la noche del 26 de julio de 1940 en que el duque de Windsor debía ser conducido por la fuerza primero a España, y finalmente a Alemania, en un avión militar. ¿Con qué objetivo? Da Costa descubrió que se trataba en el fondo de una operación de imagen de la Alemania nazi para utilizar al exmonarca como gancho propagandístico de su causa y alejar de paso a Inglaterra del bando aliado en la Segunda Guerra Mundial. Al parecer, Eduardo VIII había flirteado ya con el régimen nazi entrevistándose en secreto con Hitler, en 1937. De hecho, al rey no le dolieron prendas al afirmar poco después que le hubiese gustado un acercamiento de su país a la Alemania nazi, mostrándose impresionado por la figura del ministro de Asuntos Exteriores, Joachim von Ribbentrop. De ahí que Da Costa barajase incluso la hipótesis del «autosecuestro».

Sea como fuere, el espía portugués desenmascaró uno a uno a todos los participantes en la operación, desde su principal responsable, el miembro de las SS Walter Schellenberg, hasta el jefe de policía de Berlín, Reinhard Heydrich, pasando por el agente japonés Kijuro Suzuki y, naturalmente, por el comando alemán que operaba en Estoril.

Con razón, los jefes de Carlos Alberto da Costa pensaron en él cuatro años después de que don Juan de Borbón y su familia se instalasen en Estoril, procedentes de Suiza. ¿Quién mejor que Da Costa, antiguo trapealista de circo y dotado en ese mundo de una extraordinaria simpatía para ganarse a cocineras, jardineros o conductores podía proteger a los condes de Barcelona y espiarles de paso?

El vehículo que conducía el agente Da Costa aquella mañana tomó la carretera del litoral en dirección al cuartel general de la Policía Internacional y de Defensa del Estado, en las inmediaciones de Lisboa. Da Costa necesitaba hablar lo antes posible con su jefe inmediato. La línea telefónica no era segura y nadie debía saber que estaba investigando la muerte de todo un infante de España como si se hubiese tratado de un crimen. Su nariz recta y la firmeza de su boca denotaban un carácter reservado, mientras que la cabeza, sostenida por un cuello robusto, daban al policía una prestancia altiva.

A su llegada al hotelito de tres plantas, sede de la PIDE en la calle Antonio María Cardoso, encontró a Herminio Arcones sentado detrás de su escritorio hablando por teléfono con un cigarro en la boca; tenía las fornidas piernas cruzadas sobre un taburete de madera y el sombrero Borsalino colgado de un gancho detrás de la puerta. Al ver a Da Costa a través de la luna de cristal, le hizo un gesto para que entrase.

Arcones era un hombre bajito pero matón, con una hermosa tripa que parecía una sandía centrada en el diafragma, criada durante años con cañas de cerveza, o «zumo de cebada», como él solía llamarla, sustituida últimamente por el mejor whisky escocés.

Había nacido en 1899; tenía por tanto cincuenta y siete años. En 1926, siendo un joven policía de Lisboa, apoyó el golpe militar que derrocó al gobierno de la Primera República portuguesa e instaló un nuevo régimen de carácter autoritario, llamado Dictadura Nacional, precursor del Estado Novo impulsado por Oliveira Salazar en 1932. Al año siguiente se unió a la recién creada Policía de Vigilancia y Defensa del Estado (PVDE), que en 1945 fue sustituida por la PIDE. Arcones era un profesional de la policía secreta. En sus inicios trabajó como infiltrado en diversas organizaciones de la oposición política y fue especialista en la captación de confidentes. Era un interrogador duro y eficaz.

Participó, como jefe directo de Da Costa, en el desbaratamiento del intento de secuestro del duque de Windsor y en la detención del criminal de guerra nazi Rudolf Freitag.

Estaba en posesión de la medalla al mérito policial, entre otras condecoraciones.

—Bueno, ¿qué te trae por aquí? —saludó Arcones, tras colgar el teléfono con su peculiar carraspeo de voz, parecido al sonido de las hojas secas en otoño.

—Estoy metido en un lío de narices —confesó Da Costa, sin rodeos.

—Vaya, eso no es nuevo —bromeó el jefe, haciendo aros con el humo de un robusto Partagás procedente de una de las cajas de habanos que a veces enviaba el presidente cubano Fulgencio Batista a su homólogo portugués y que este a su vez hacía llegar a la cúpula de Interior.

—Eres el único en quien puedo confiar.

—Tú dirás...

—Supongo que sabrás ya que ayer falleció el hijo pequeño de don Juan de Borbón...

—Supones bien, ¿y...?

—Lo que voy a decirte nadie más que tú y yo debe saberlo.

—Reconozco, Da Costa, que nunca te había visto tan enigmático. ¿Quieres decirme de una puñetera vez qué te preocupa tanto?

Da Costa miró hacia atrás para comprobar si alguien que pasase al otro lado de la mampara de cristal podía escucharle. Cerciorado de que era imposible, cantó como un mirlo blanco:

—Creo que el infante Alfonso de Borbón ha sido asesinado.

—Venga, Da Costa, no te tires así a la piscina, que puedes romperte la crisma.

Viendo que no le creía, el teniente extrajo de su chaqueta el casquillo y la bala hallados por la doncella en el cuarto de juegos de Villa Giralda, junto con el casquillo de la pistola Star que empuñaba Juanito y las huellas digitales obtenidas por él mismo de la llave del secreter y de la puerta de la habitación.

—¿Qué es todo esto? —inquirió el jefe.

—Los objetos que pueden demostrar si lo que te digo es cierto.

—¿El infante asesinado por él mismo...? Yo pensé que eso era un suicidio.

—Entérate bien, Arcones: Alfonso no manejaba la pistola, sino su hermano mayor.

—¿Juan Carlos?

—La versión oficial mantiene que al infante se le disparó el arma. Pero entre eso y el cuento de Caperucita no existe diferencia.

—¿Y qué te induce a pensar en un asesinato?

—Primero, que han aparecido dos casquillos procedentes de dos armas distintas en el lugar del crimen, a pesar de lo cual la víctima recibió un solo disparo en la frente. Segundo, que las huellas digitales tal vez revelen detalles importantes que ahora desconocemos. Tercero, que una rueda de interrogatorios entre el personal de Villa Giralda aclararía también otros extremos no menos interesantes... ¿Quieres más...?

—Está bien, ¿y qué pretendes que haga yo con todo esto?

—Muy sencillo: analizarlo.

—Ahora voy a informarte yo a ti: ¿sabes con quién hablaba por teléfono hace un momento?

—No.

—Con el subsecretario del Ministerio del Interior.

—Podía imaginármelo, entre otras razones porque anoche don Juan hizo lo mismo con Franco y este le prometió que nadie en Portugal ni en España se entrometería en la muerte del infante.

—A ver si te enteras, Da Costa: Franco habló también con Craveiro Lopes y este se comprometió a dar el asunto por zanjado... ¿Y pretendes tú ahora que yo me inmiscuya en él, desafiando a nuestro presidente de la República de Portugal?

—Solo te pido que me ayudes. Nada más.

—Claro, tú crees que ahora yo llevo todo esto al laboratorio de balística y huellas dactilares para que lo analicen y asunto concluido, ¿no es así?

—Pues sí, ¿qué problema hay?

—El problema de que está en juego mi trasero, pero a ti parece no importarte que yo sea padre de familia, ¿verdad?

—Arcones... —Sonrió Da Costa de forma cómplice.

—¿Arcones qué...?

—Ayúdame, te lo ruego.

—Está bien, veré lo que puedo hacer... ¡Joder, ten amigos para esto! —masculló.

—Una cosa más...

—¿Acaso vas a pedirme que te preste mil escudos?

—Tranquilo. Solo mira esto... —añadió, tendiéndole un sobre sepia.

—¿Otra de tus sorpresitas?

—Tú míralo.

—¡Caramba! —exclamó observando al trasluz las imágenes en el rollo de película que Da Costa había revelado esa misma madrugada.

—¿Qué te parecen?

—Brutales... Para perforar así la frente, la pistola debió de estar en contacto directo con la piel.

—¿A bocajarro?

—Sin duda. Pero ¿no dices que encontraste dos casquillos de armas diferentes?

—Exacto.

—¿Cuál de las dos manejaba entonces el hermano mayor?

—La semiautomática Star FR Sport, del calibre veintidós.

—¿Esa pistolita? Hummm... Me resulta extraño que ella provocase un agujero estrellado tan grande. Tuvo que ser la otra pistola de nueve milímetros.

—Eso creo yo también.

—Seguro que los compañeros de balística nos darán una explicación convincente.

Da Costa acompañó luego a los condes de Barcelona al cementerio de Cascais para depositar un ramo de flores sobre la lápida de Alfonsito, que descansaba ya para siempre en un ataúd de palosanto con incrustaciones de plata, a dos metros bajo tierra. La sepultura del infante quedó situada a la derecha de la entrada al camposanto. Era la cuarta tumba del fondo, contando desde la izquierda. Los padres y el falso ayudante de cámara entonaron finalmente un responso en memoria del difunto.

Desde su misma llegada a Villa Giralda, seis años atrás, Eugenio Mosteiro en este caso, había sido testigo directo del mutuo cariño entre los dos hermanos. Mientras los chiquillos disfrutaban de las vacaciones les vio montar y desmontar bicicletas innumerables veces, y hasta motos Vespa y Lambretta con una habilidad sorprendente. Recordaba el día en que regalaron a Juanito un precioso Bentley de juguete, cuyo motor armaron y desarmaron los infantes más de cincuenta veces como consumados mecánicos.

También ridiculizaban a Franco, sobre todo Alfonsito. Primero, mostraban orgullosos varios sellos de don Juan III a sus amigos, diciéndoles: «Mirad, mirad, cuando papá sea rey». Y luego Alfonsito, aludiendo al Caudillo, hacía el gesto despectivo y gracioso de levantar la parte derecha del labio superior.

Otras veces, en lugar de divertirse, se asustaban. Cierta tarde, mientras Juanito huía de la persecución de su hermano pequeño se cayó en la piscina y tuvo que ser rescatado por no saber nadar. Colocado boca abajo, logró expulsar finalmente toda el agua que había tragado.

Evocando la infancia de los chicos, Carlos Alberto da Costa no pudo evitar recordar la suya, tan distinta, en torno al fascinante pero sacrificado e ingrato mundo del circo. Con doce años se ganaba él ya la vida barriendo la carpa del circo madrileño Price, donde su madre despachaba localidades para la función y su padre alimentaba a las fieras enjauladas. El chiquillo soñaba entonces con ser trapecista algún día. Se pasaba horas enteras contemplando embelesado las acrobacias de Dorita Puebla y Armando Escalante a quince metros de altura. Pronto oyó hablar de la increíble hazaña del trapecista mexicano Alfredo Codona, el primer humano en realizar un triple salto mortal. Su ejemplo de sacrificio y perseverancia cundió en Carlos Alberto da Costa, quien con catorce años daba ya la voltereta simple sobre el trapecio volante y ensayaba con ahínco en la pista central, ayudado por su maestra Dorita Puebla, la voltereta y media para ser agarrado por los pies. Llegó por fin el día en que Da Costa debutó ante el público que abarrotaba las funciones del Price. Para entonces, efectuaba ya con soltura el doble salto mortal aprendido de Dorita Puebla, con la que formaba pareja tras la retirada de Escalante. La actuación fue un éxito clamoroso. El público aplaudió a rabiar y los compañeros de Da Costa le felicitaron luego cariñosamente. Todos sin excepción, desde los payasos Charlie Rivel, Ramper, Pomppoff y Thedy, hasta el faquir Daja Tarto, el mago Li Chang o el domador de leones Pablo Cortez, le dieron su más sincera enhorabuena. Con solo dieciocho años, Da Costa empezaba a brillar como los luceros. Curiosamente, había nacido el mismo año de 1913 que otro trapecista de fama mundial llamado Burton Stephen Lancaster, a quien un grave accidente durante una de sus funciones apartó sin remedio del balancín. En 1946 Burton debutó como actor en Hollywood junto a Ava Gardner en la película *Forajidos*. Ahora se llamaba Burt Lancaster. El destino quiso que, además de ser trapecistas ambos, Da Costa cambiase también de nombre y lo que era mucho peor: que se viese obligado, como Lancaster, a retirarse del circo tras sufrir un grave accidente con veinte años mientras ensayaba el triple salto mortal. La red colocada aquel día bajo el trapecio le salvó providencialmente la vida. Pero debió resignarse a renquear ligeramente de por vida. Desde entonces, se consolaba recitando una mítica canción convertida para él en una especie de himno vital. Interpretada la primera vez por Judy Garland para la película *El mago de Oz*, de 1939, Da Costa disfrutaba en realidad escuchando la versión de Frank Sinatra de *Over the Rainbow* (*Sobre el arco iris*), cuya estrofa preferida decía:

*Algún día desearé una estrella  
y despertaré lejos  
donde las nubes estén detrás de mí,  
donde los problemas se derritan como gotas de limón  
lejos y por encima de las chimeneas,*

*ahí es donde me encontrarás tú.*

Además de policía, Da Costa era un trapealista del corazón, un romántico incurable que perseguía los amores más difíciles.

Tan solo cuarenta y ocho horas después del entierro de su infortunado hermano, Juanito partió de Lisboa en un avión DC-3 militar con destino a Zaragoza para proseguir sus estudios en la Academia General Militar acompañado por su preceptor, el teniente general Carlos Martínez Campos, duque de la Torre.

De regreso al acuartelamiento, sus compañeros temieron que nunca pudiese recuperarse de tan dolorosa prueba, pero los engranajes de la vida militar, con su cúmulo de exigencias, impidieron a Juanito sucumbir a los efluvios letales permitiéndole encontrar cierto grado de equilibrio aparente. Algunos retratos goyescos del cadete número 4.565 evidenciaban de hecho la tenaz melancolía instalada en su rostro durante aquellos días.

En la Academia reinaba la disciplina. Su director, Emilio Alamán Ortega, general de Infantería y diplomado de Estado Mayor, inspiraba un profundo respeto a los alumnos, y a veces hasta temor por su excesiva severidad, que no le impedía sin embargo mostrarse casi siempre ecuánime en sus decisiones.

Con el toque de corneta, a las seis y cuarto de la mañana, comenzaba la dura jornada. Había que formar en fila con rapidez, pues los dos últimos en hacerlo quedaban arrestados durante el fin de semana. Tras el desayuno, había gimnasia, clases de topografía y matemáticas, equitación, instrucción de combate con mosquetón, desfiles interminables marcando el paso, estudio y finalmente, tras la cena, toque de silencio a las diez en punto.

Juanito se refugiaba entonces en su zona reservada, muy próxima a la Tercera Compañía, a la cual se accedía por un vestíbulo donde había un cuarto de baño y un pequeño vestidor. Al fondo estaba el dormitorio, que hacía las veces de sala de estudio y de saloncito para recibir visitas. Aquella especie de apartamento privado era un verdadero palacio comparado con los históricos y grandes pabellones sin calefacción habitados por sus compañeros de armas, ateridos por el gélido viento procedente del monte soriano del Moncayo. Nadie sin autorización de los jefes podía visitar allí al príncipe.

Lejos del recinto castrense, en el Gran Hotel de la ciudad, inaugurado por su abuelo Alfonso XIII en 1929, Juanito disponía de la habitación 105, reservada para él y su preceptor.

Volviendo a sus dependencias privadas en la Academia, el mobiliario constaba de la mesilla de noche y la cama, una taquilla utilizada como biblioteca, dos sillas, una butaca y el escritorio de Juanito, presidido por un portarretratos con el lindo rostro de Mafalda, que parecía observar ardientemente sus ojos tristes desde la helada penumbra. A medida que la mirada de él se fundía con la de ella, remarcada por párpados turquesa y labios naranja, Juanito se reafirmó en que aquella mujer alegre



era su único consuelo.

A su regreso en Villa Giralda, el agente Carlos Alberto da Costa recibió la llamada telefónica de su jefe, Herminio Arcones.

—¿Eugenio Mosteiro?

Da Costa reconoció enseguida la voz ronca de Arcones, quien, para no levantar sospechas, preguntaba por él con su falso nombre.

—¿Qué tal, Menéndez? —contestó Da Costa, empleando a su vez el seudónimo acordado para Arcones.

—Tengo muchas cosas que contarte.

—¿Cuándo nos vemos?

—Te espero esta noche, a las nueve, en mi casa.

—Allí estaré.

En cuanto colgó el teléfono, Da Costa pensó: «Algo muy importante debe querer contarme el jefe para quedar directamente en su casa...».

Al caer la noche, con puntualidad marcial, Da Costa pulsó el timbre de la puerta principal del domicilio del jefe de la policía estatal en los alrededores de Lisboa. Residía este con su esposa y sus tres hijos en un chalet *petit-bourgeois* parecido a un cortijo andaluz, de fachada blanca y construcción chata, disimulado en el entorno ajardinado. Aquella casa le recordaba mucho a Villa Giralda.

—¿Está el señor? —preguntó el visitante a la criada que le abrió la puerta.

—¿De parte de quién...?

—Eugenio Mosteiro.

—Pase, por favor. El señor le espera arriba, en el salón de invitados.

El teniente acompañó a la doncella por unas escaleras que desembocaban en un amplio pasillo, al fondo del cual una puerta entreabierta permitía distinguir la rolliza silueta de Arcones, sentado en un orejero tapizado en ocre. Parecía reconcentrado en la lectura de unos documentos.

—¿Arcones...?

—Pasa y siéntate... no vayas a caerte del susto —advirtió, desprendiéndose de sus gafas de lectura para aspirar con fruición el humo de un Partagás que poco antes reposaba en el cenicero.

—Veo que empiezas fuerte —observó Da Costa, acomodándose en otro orejero gemelo.

—¡Elena! —gritó el anfitrión.

—Dígame, señor...

—Otro Chivas, por favor.

—Enseguida, señor. ¿Desea tomar algo también el invitado?

—Lo mismo —dijo este, convencido de que iba a necesitarlo.

—¡Exquisito...! —celebró Arcones el trago de Chivas Regal que le disolvía el barro de la garganta—. No me sorprende en absoluto que la reina Victoria de Inglaterra otorgase a este whisky su garantía real. ¡Qué arte, chico, de mezclar la cebada malteada, el agua de manantial y la levadura!

El teniente asintió con la cabeza.

—Antes de nada, Da Costa, quiero que tengas muy claro, meridianamente claro, que todo lo que tú yo hablemos desde ahora es un alto secreto de Estado. ¿Comprendes?

—Absolutamente.

—Nadie ajeno a nuestro gobierno debe saber que existen estos informes, ni mucho menos su contenido. Ten muy presente que está en juego la seguridad del príncipe Juan Carlos de Borbón.

—¿Cómo que la seguridad de Juan Carlos?

—Enseguida lo sabrás. ¿Por dónde empezamos?

—¿Por la pistola de Juanito? —tanteó.

—La pistolita, eso. Aquí tengo el informe: «Análisis de la vaina de un cartucho del calibre veintidós hallada junto al cadáver del infante don Alfonso de Borbón», titulan los compañeros de balística. La vaina corresponde probablemente a un cartucho de fogueo.

—¿De fogueo?

—Lo que oyes.

—Ahora entiendo por qué sigue sin aparecer la bala.

—Pero tú sí que encontraste otra.

—La bala que mató al infante.

—¡Bingo!

—El asesino —elucubró Da Costa— debió de introducir un cartucho de fogueo en la recámara de la pistola Star y dejó luego la llave puesta en la cerradura del secreter para que los chicos pudieran cogerla. Sabía que se morían de ganas de jugar con ella, sobre todo Alfonsito, por la sencilla razón de que les vigilaba estrechamente. Pero sigo sin entender por qué el criminal eligió un inofensivo cartucho de fogueo, en lugar de un proyectil armado.

—Tal vez quisiera asegurarse de matar él mismo a su víctima.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que el asesino ignoraba cuál de los dos hermanos apretaría el gatillo sobre el otro: «¿Juan Carlos o Alfonso?», debió de pensar. Era como jugarse a cara o cruz el objetivo del plan. En cambio, reservándose la bala de verdad se cercioraba de disparar él mismo sobre la víctima propicia.

—Haciendo coincidir ambos disparos.

—Exacto. Pudo aprovechar la confusión creada por la detonación del cartucho de fogueo para asestar al mismo tiempo el tiro mortal, como si se tratase de un solo

disparo.

—Por eso oímos una sola descarga en Villa Giralda, comprobando luego que en la frente de Alfonsito no había más que un agujero.

—No, si tú y yo nacimos con fino olfato de sabuesos.

La doncella regresó con dos vasos de whisky cargados de hielo y un sifón con agua carbonatada, además de una bandejita con frutos secos y otra con aceitunas para picar, todo lo cual posó cuidadosamente sobre una mesa de centro.

—Prosigamos ahora con el informe de la bala encontrada —indicó Arcones, atrapando con los dedos unas almendras saladas. El capitán parecía un ciego que lentamente iba recobrando la vista. Las piezas sueltas empezaban a ensamblarse en la caja registradora de su cerebro, señalando la existencia de un crimen y la de un asesino.

—La única bala —añadió el jefe— encontrada junto al cadáver corresponde a un arma del calibre nueve milímetros, igual que la vaina. Y ahora prepárate, porque lo que voy a decirte no te va a gustar nada.

—Dispara de una vez —dijo Da Costa, impaciente.

—La bala ha sido convertida, afilando la punta, en un proyectil dum-dum para que produjese efectos más mortíferos en el cuerpo de la víctima.

—¡Miserable! Ni toda el agua de los ríos bastaría para lavar las manos ensangrentadas de ese homicida. Ahora me explico el tamaño del agujero —añadió el teniente con una mirada de ocho puntos en la escala de Richter.

—El asesino debió disparar a solo dos o tres metros de su víctima.

—El tiro no fue entonces a quemarropa ni a bocajarro.

—Ni falta que hacía con un proyectil semejante.

—El criminal pudo abrir fuego desde el umbral de la puerta del cuarto de juegos de los infantes. Alfonsito debió de verle frente a él, pues la trayectoria del disparo es perpendicular a la posición del criminal. Juanito, en cambio, debía de estar de espaldas a él.

—Parece lógico.

—Viéndose así descubierto por Alfonsito —agregó Da Costa—, el asesino le disparó. Pero no tuvo tiempo de efectuar un segundo disparo sobre Juanito, alertado posiblemente por los gritos de don Juan, que subió corriendo por las escaleras delante de mí. El homicida solo pudo agazaparse en algún lugar y salir luego aparentando calma.

—Es una hipótesis razonable.

—Continúa ahora tú, Arcones...

—Sabemos que la pistola empleada por el asesino es una Walther P-38 de fabricación alemana.

—¡Vaya!

—Los malditos nazis se hartaron de disparar con ella a los judíos durante la guerra. El arma corresponde en concreto a una de las tres series «test», identificadas

por un cero como prefijo a sus números de serie. Salió de la fábrica Mauser de Obendorf a principios de 1945, pues lleva el código «byf».

—¿Cómo están tan seguros los de balística de que es una Walther?

—La bala encontrada en el lugar del crimen tenía seis estrías orientadas hacia la izquierda, de modo que los expertos sospecharon que podía proceder de una pistola Walther, tras examinarla al microscopio. Previamente, envolvieron cada uno de los proyectiles amontonados en la misma masa que utilizan los odontólogos para fabricar dentaduras postizas. Obtuvieron reproducciones en molde del interior de los cañones. Abrieron la capa externa de los proyectiles y la tensaron para obtener una imagen más nítida de los mismos. Disponían también de un aparato que, como el sismógrafo, tocaba con sensibles agujas la superficie de una bala en rotación y permitía registrar todas las irregularidades. La pistola del asesino debía de estar en muy malas condiciones, pues las estrías normales eran difícilmente reconocibles. Además, en la bala aparecía una curiosa hendidura, que revelaba la existencia de una irregularidad en la boca del cañón. Tras estudiarla a fondo, los expertos la compararon en el laboratorio con la colección de millares de proyectiles y...

—¿A qué esperas? Continúa —imploró Da Costa.

—Pásmate con lo que ahora voy a decirte...

—No, si como sigas así me vas a matar tú a mí.

—Está bien —prosiguió Arcones, apurando el segundo whisky—, el jefe de Balística fue comparando uno a uno los proyectiles de la colección con la bala que supuestamente mató al infante Alfonso, hasta encontrar otras dos exactamente iguales.

—¿Cómo que iguales?

—Procedentes de la misma pistola Walther con la que intentaron asesinar al príncipe Juan Carlos hace ocho años, en octubre de 1948, antes de subir a bordo del Lusitania Express para estudiar en España. Lo recuerdas, ¿verdad?

—¡Pues claro!

Archivado el caso, la opinión pública jamás tuvo conocimiento de los hechos. Sucedió poco antes de llegar a la estación de tren de Rossio. El príncipe iba acompañado del duque de Sotomayor. Su coche se vio obligado a cruzar unas vías de tranvía y tuvo que aminorar la velocidad, momento que aprovechó un hombre para abrir fuego desde otro vehículo y huir poco después con su acompañante en un taxi que les esperaba a varias manzanas de allí.

—Eso significa, Da Costa, que la vida del príncipe Juan Carlos corre aún peligro. Por eso mismo no he tenido más remedio que informar finalmente de todo al subsecretario del Ministerio del Interior.

—Entiendo... ¿Y qué te ha dicho él?

—Tras hablar con el ministro y este a su vez con el presidente del gobierno, me ha puesto al frente del caso, advirtiéndome de que no diga ni una sola palabra a nadie. Nuestro gobierno y el de Franco no quieren que bajo ningún concepto el asunto

trascienda a la opinión pública. No olvides, Da Costa, que la opinión pública es la peor de las opiniones.

Herminio Arcones consultó su reloj Omega de oro de dieciocho quilates con correa de cocodrilo: eran casi las doce. Sus hijos dormían ya a esa hora, mientras su esposa Esperanza pasaba unos días en casa de sus padres, en el pueblo de Nazaré.

—Es suficiente por hoy —concluyó con un bostezo.

—Yo también debo irme. Don Juan se preguntará dónde estoy a estas horas.

—Una cosa más, Da Costa: voy a necesitar tu ayuda. Tenemos que hablar con Quiroga, el agente que investigó el atentado frustrado contra el príncipe Juan Carlos hace ocho años. Es probable que él nos arroje algo de luz sobre este feo asunto.

Mientras regresaba a Villa Giralda, el teniente Carlos Alberto da Costa tuvo el presentimiento de que más pronto que tarde el asesino cometería algún error y podrían atraparlo. Nada anhelaba tanto él entonces como ajustar cuentas con aquel canalla que ocupaba ya más espacio en su cabeza que un amigo en su corazón. La Operación Giralda acababa de ponerse en marcha.

La rueda de interrogatorios al personal de Villa Giralda era un paso necesario en la Operación Giralda, coordinada conjuntamente por las policías portuguesa y española. Pero de su trascendencia solo eran conscientes quienes seguían moviendo en la sombra los hilos de la trama policial.

Don Juan se opuso a que los interrogatorios se celebrasen en su propia residencia, pero accedió finalmente a efectuarlos en comisaría, como era habitual, advertido una vez más por Nicolás Franco de que el asunto se llevaría con el máximo sigilo. Se trataba, según explicó el embajador, de un procedimiento rutinario para atar posibles cabos sueltos en un caso claro de homicidio involuntario.

El brigada Julio Mora, de la Comisaría General de Investigación Criminal de Madrid, llegó aquella misma mañana a Lisboa para participar en los interrogatorios junto con Herminio Arcones y su ayudante, el sargento Mauro Gomes. Era vital que nadie en Villa Giralda supiese todavía que Eugenio Mosteiro era un oficial de policía, para lo cual se acordó hacerle presenciar las entrevistas a través del cristal-espejo camuflado en un rincón de la sala.

El agente Julio Mora pertenecía a la tercera promoción de la Escuela General de Policía, inaugurada en 1941, el mismo año en que se alistó en la División Azul con dieciocho años para combatir a los comunistas soviéticos en el frente de Leningrado, donde resultó herido mientras establecía la cabeza de puente al este del río Voljov, tras lo cual fue condecorado con la Cruz de Hierro por su acreditado valor.

Contaba ahora treinta y tres años, diez menos que Da Costa, además de ser un experto tirador, un maestro del camuflaje y un consumado rastreador, todo lo cual había demostrado con creces al conquistar por sorpresa peligrosas posiciones del enemigo en el frente soviético. Dominaba, en suma, las técnicas de ocultación, orientación, observación, identificación y designación de objetivos, así como las de infiltración.

Julio Mora había nacido en el pueblo abulense de Sotillo de la Adrada, enclavado en el valle del Tiétar, en marzo de 1923.

En enero de 1941 llegó a Madrid para estudiar Derecho, porque su padre tenía negocios y podía pagarle los estudios. Pero, una vez en la facultad, Mora se incorporó a un grupo de teatro, que era lo que de verdad le apasionaba. Eso, y perseguir a las chicas. En la universidad tomó contacto también con los responsables del Sindicato Español Universitario (SEU), que le convencieron para alistarse en la División Azul; sus ideales falangistas y su afán de aventura hicieron el resto. Combatió en sus filas durante dos años, resultando herido y repatriado a España. Entonces tuvo la oportunidad de entrar en la policía, recomendado por un capitán que le había conocido en Rusia. Ahora estaba casado y era padre de un niño de cinco años.

No era un hombre que infundiese respeto o temor por su elevada estatura. Medía apenas un metro setenta, pero sus músculos eran como el acero, y sus puños, como mínimo de hierro. Tenía el cabello oscuro y ondulado, y la piel morena con leves reflejos oliváceos. Su mirada negra era propensa a los desafíos, igual que su andar decidido. En sus ojos brillaba la llama de su alma pendenciera; una visión acostumbrada a los retos futuros.

—¿Sabemos ya algo de Nicole Houlés? —preguntó extrañado Arcones al reparar en que, pese a estar citada a las diez, seguía sin dar señales de vida a las diez y media.

—Nada absolutamente —dijo Da Costa.

—¿Te sucede algo?

—He dormido mal esta noche. Eso es todo.

Da Costa intentaba disimular la verdadera razón de su inquietud: la inexplicable tardanza de Nicole.

—Pues telefona ahora mismo a Villa Giralda y averigua qué sucede —ordenó el capitán.

Entretanto, Rosario, el ama de llaves, seguía respondiendo algo nerviosa a las preguntas del brigada Julio Mora y del sargento Mauro Gomes.

El jefe Arcones regresó a la sala y retomó la iniciativa.

—Decía usted que oyó un fuerte disparo...

—Sí, me asusté mucho. Llegué a pensar que había estallado una olla en la cocina.

—Pero, si no me equivoco, la cocina está abajo, en la primera planta, y el disparo se produjo arriba.

—Así es.

—La detonación debió desconcertarla entonces.

—Creí, efectivamente, que el tiro procedía de abajo, pero vi enseguida al señor subir corriendo las escaleras hacia la segunda planta, donde jugaban los príncipes.

—¿Y se puede saber qué hizo usted?

—Intenté tranquilizar a la señora, que no paraba de gritar como si hubiese estallado la bomba atómica.

—¿Subieron juntas las dos?

—Sí, pero solo al cabo de un rato, cuando llegó ya el doctor Loureiro.

—¿Por qué?

—Eugenio Mosteiro indicó desde arriba que no subiese nadie.

—Está bien.

Arcones volvió a salir para hablar con Da Costa.

—No hay noticias de Nicole en Villa Giralda —informó este.

Una mezcla de angustia e incredulidad nublaba la mente de Da Costa, a quien de

repente le asaltó una duda tormentosa: ¿era posible que la mujer de la que estaba enamorado fuese la asesina de un niño y hubiese decidido huir? Rechazó con todas sus fuerzas aquella descabellada idea.

—¿Por qué agitas la cabeza de ese modo? —preguntó Arcones.

—Me duele.

—¿Nadie sabe dónde está ella?

—No.

—¿Ha huido?

—Al parecer no ha dormido allí; la doncella he encontrado esta mañana su cama sin deshacer.

—Pues hay que encontrarla como sea. Ponte de acuerdo con Gomes para montar el dispositivo de búsqueda, y avisa a otras patrullas de la zona. Habrá que hacer un registro en Villa Giralda.

—Ahora mismo —dijo, haciendo ademán de marcharse él también.

—¿Adónde vas? Ni se te ocurra aparecer tú por allí, pues de lo contrario sospecharían que eres policía.

—¿Y qué importa ya?

—¿Estás loco? ¿Quieres echar a perder toda la operación?

—Tienes razón, perdona.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Nada. Ya te he dicho que no he dormido bien.

—Voy a decirle a Gomes que salga de la sala para que vaya con Antunes a Villa Giralda, mientras Mora y yo proseguimos con los interrogatorios a ver si averiguamos algo más. Tú mantenme informado de todo. Y haz el favor de descansar esta noche.

En la misma silla de madera y mimbre que ocupaba hacía un instante el ama de llaves había sentada ahora una mujer menuda y pelirroja, de unos veinticuatro años, que había penetrado insegura y trémula en la sala. Nada más sentarse, una invisible descarga de mil voltios pareció sellarla al asiento como si estuviese en la misma silla eléctrica. Arcones consideró natural su elevada excitación, dado que era la primera vez que la joven acudía a una comisaría de policía para declarar como testigo en un caso que solo la policía calificaba de asesinato. Era Luisa, la segunda doncella.

—Veamos, señorita, ¿quiere usted relajarse?

—Lo siento, señor, pero estoy muy nerviosa.

—Solo le haré unas preguntas sencillas. La primera: ¿vio algo extraño aquella tarde en Villa Giralda?

—¿Extraño...?

—Sí, algo que llamase especialmente su atención.

—Bueno, aquella tarde no, pero unos días antes tal vez sí.



—Dígame qué...

—Vi a don Juanito jugar con don Alfonsito.

—¿Y qué tiene eso de raro?

—Bueno, jugaban con una pistola, escondidos entre los setos del jardín, aprovechando que los señores atendían a sus invitados durante una recepción.

—¿Y qué hizo usted?

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—No me atreví a contárselo a nadie.

—Pero una persona responsable lo hubiese hecho. Y de haber cumplido usted con su obligación, probablemente no estaríamos ahora aquí interrogándola sobre la muerte del infante.

—Tiene usted razón. Perdóneme... —imploró, sollozando.

—No soy yo quien debe perdonarle por algo que ya no tiene remedio. Responda ahora: ¿observó alguna otra cosa extraña en Villa Giralda?

Luisa frunció el entrecejo antes de contestar:

—Tal vez le interese saber también que vi a una de las institutrices salir una madrugada de Villa Giralda.

—¿A qué hora?

—Alrededor de la una.

—¿Quién era?

—Nicole Houlés.

—¿La profesora de francés?

—Sí, ¿la conoce?

—Está citada también a declarar.

—Buena chica, pero un poco rara, la verdad.

—¿Por qué?

—Habla muy poco, y a veces parece algo triste.

—¿Regresó esa misma madrugada?

—Supongo que sí, porque al día siguiente volví a verla desayunando en la cocina.

—¿Era la primera vez que se ausentaba sin avisar?

—No. Recuerdo que las pasadas Navidades también lo hizo. Fue la misma noche en que el príncipe regresó de su travesía a las islas Berlenga. Al sentir de madrugada pasos por las escaleras, me asomé al pasillo y la vi salir de nuevo por la puerta principal y cerrarla sin hacer ruido.

—Gracias, señorita.

—¿Ya hemos terminado?

—Solo de momento.

Le tocó el turno a continuación al mayordomo de Villa Giralda, Alfredo Newman, un

hombre que jamás pronunciaba una palabra más alta que otra. Era tan diplomático con las mujeres que, sabiendo que el único secreto que solían guardar era el de los años que tenían, solo se acordaba de su cumpleaños pero nunca de su edad. Llevaba una chaqueta beige de solapas estrechas con un pañuelo en el bolsillo superior, y en la mano un sombrero hongo semiesférico de fieltro con el ala redonda. Caminaba erguido, como si en lugar del mayordomo fuese el verdadero amo.

—Veamos, señor Newman, ¿fue usted quien puso la llave en la cerradura del secreter para que la cogiesen los infantes? —inquirió Arcones.

—Eso de ninguna manera —dijo él sin levantar la voz.

—Si no fue usted, ¿quién la colocó allí?

—No tengo ni idea.

—¿Tampoco sospecha de nadie?

—Pues no.

—¿Quién podía tener interés en asesinar al infante?

—¿Asesinar, dice? Que yo sepa, ha sido un accidente.

—¿Por qué está tan seguro?

—Bueno, se explica todo muy claramente en el comunicado de la Secretaría de los condes de Barcelona.

—¿Qué está tan claro para usted?

—Que la pistola la manejaba Su Alteza don Alfonso y que se le disparó accidentalmente.

—¿Recuerda que hace ocho años intentaron matar al príncipe?

—Algo oí comentar en su día.

—¿A quién?

—Al señor, creo.

—¿Cree...?

—Estoy seguro.

—Entonces no le extrañaría que alguien quisiese matarle ahora también.

—Pero el que ha muerto ha sido su hermano pequeño, y tras un desgraciado accidente.

—¿Qué hizo cuando sonó el disparo?

—No lo oí.

—¿Está sordo acaso?

—Estaba en el jardín.

—¿Y qué hacía en el jardín casi de noche? ¿No me diga que podando los rosales...?

—Salí un momento para respirar un poco de aire fresco.

—Oiga, con semejante coartada alguien que robe un simple mendrugo de pan estaría ya en la cárcel.

—¿Adónde pretende llegar?

—Quiero que me diga por qué estaba solo en el jardín. Porque estaba solo,

¿verdad?

—Sí que lo estaba, y ya le he dicho por qué decidí salir.

—¿No vio entonces a don Juan regresar a Villa Giralda antes de lo previsto y subir corriendo las escaleras?

—Le vi entrar, pero le digo que no oí el disparo.

—Pero si él lo oyó al abrir la puerta, usted debió oírlo también.

—Le digo que no; yo estaba a unos veinte metros de la entrada y le insisto en que no lo oí.

—Supongo que al menos entraría en algún momento en la casa... ¿o permaneció como si tal cosa en el jardín?

—Entré al ver a la doncella Angélica salir a mi encuentro. Solo entonces supe lo que acababa de suceder.

—Basta por hoy.

—¿Quiere decir que aún no ha terminado conmigo?

—Es posible que vuelva a interrogarle.

A mediodía, el sargento Gomes y el cabo Antunes procedieron a registrar la habitación de Nicole en Villa Giralda. Durante casi una hora buscaron afanosamente alguna pista que les condujese hasta el paradero de la profesora de francés. Removieron los cajones de su cómoda y de la mesilla de noche, abrieron el armario para registrar uno a uno sus vestidos y abrigos, bajaron del altillo una maleta de piel de vaca que luego comprobaron que estaba vacía, lo mismo que una bolsa de viaje, rebuscaron entre las cajas de zapatos e incluso dentro del neceser de aseo... La institutriz conservaba todas sus cosas en orden, como si no hubiese tenido intención alguna de escapar.

—Mira esto —dijo al fin Antunes, entregando a su jefe un billete alargado.

—Es del tranvía —comprobó Gomes—. ¿Dónde estaba?

—En este bolso de piel.

—Lleva fecha de ayer, domingo. «Origen: Estoril; destino: São João» —leyó en voz alta—. Un trayecto corto.

—Aguarda un momento: aquí hay otro igual —añadió el cabo, sacando el nuevo billete del bolsillo interior de un abrigo—. Es el mismo recorrido y corresponde justo al domingo anterior.

—Hummm. Resulta extraño. ¿Qué hacía esa mujer en São João en dos días festivos consecutivos? Debemos informar enseguida al teniente Da Costa.

Da Costa hizo aquella tarde la misma ruta que Nicole el día anterior.

Durante el recorrido, preso de la tensión y de la nostalgia, recordó la primera vez que la vio en Villa Giralda, y se dijo: «¡Qué rostro más bonito!». Al día siguiente

volvió a contemplarla con ojos desorbitados descendiendo tan lentamente por las escaleras que casi parecía que no se estuviese moviendo. Su refinado talle y sus piernas bien torneadas se mecían en un suave balanceo desafiando la ley de la gravedad. Al tercer día pensó ya en ella; al cuarto se habituó a pensar en ella. Y al cabo de seis meses se convenció de que aquella mujer había sido creada solo para él. Estaba seguro de que de esta manera solía decidirse el destino de los hombres y se despertaban amores mortales.

Antes de llegar a su destino, mostró al conductor del tranvía una fotografía de Nicole.

—Lo siento, señor, pero no la conozco —se disculpó el chófer.

—¿Está seguro?

—Completamente.

—Pero ella realizó ayer este mismo recorrido.

—Debió de hacerlo con mi compañero Antonio, pues yo libro los fines de semana.

—¿Dónde puedo encontrarle?

—Supongo que en el bar de la estación.

—Gracias, amigo.

Antonio reconoció poco después a Nicole nada más ver su retrato.

—Es imposible olvidar una cara tan bonita... —Suspiró como un viejo verde sentado a la barra, sorbiendo un moscatel de Setúbal.

—Sí que lo es —ratificó Da Costa, melancólico.

—Todos los domingos ella se sube en Estoril para ir a São João —indicó el conductor sin apartar sus ojos brillantes de la fotografía.

—¿Y qué la lleva hasta allí?

—Alguna vez la he visto entrar en el colegio Amor de Deus, justo enfrente de la última parada.

—¿En domingo?

—Es posible que conozca a alguna monja allí.

De camino a la Escola das Religiosas do Amor de Deus, perteneciente a la congregación fundada por el sacerdote español Jerónimo Usera en Toro (Zamora), Da Costa albergó la esperanza de encontrar allí alguna pista que le condujese hasta la sospechosa en que se había convertido Nicole tras su inexplicable desaparición. ¿Qué poderosa razón le había impedido acudir al interrogatorio policial? ¿Estaría en un grave aprieto, necesitada de su imperiosa ayuda? El agente se apeó del tranvía en la última parada, sufriendo en silencio. Divisó al otro lado de los raíles el edificio del colegio dependiente de la feligresía de São João de Estoril y, en última instancia, del Ayuntamiento de Cascais.

Cruzó la avenida y se detuvo ante una verja exterior de hierro forjado, cuyo

timbre pulsó enseguida. Una monja le invitó a entrar amablemente, recorriendo junto a él los cuidados jardines, con unos columpios y una hermosa fuente de angelitos de piedra desde donde se percibía el intenso rumor del mar embravecido.

Pasaron finalmente a una salita, junto a la entrada, desde cuyas vidrieras empañadas se divisaba al fondo la playa de la Poza con sus olas rugientes.

—Usted dirá, señor agente —señaló sor Teresa, la madre superiora.

Da Costa había telefoneado previamente al colegio solicitando una cita urgente con ella.

—Busco a esta mujer —repuso él, enseñándole su fotografía.

—La conozco... —asintió la religiosa.

—¿La conoce?

—Sí. Es Nicole Houlés, la madre de Paula.

—¿Paula...? Pero ¿Nicole tiene una hija?

—Verá, es una larga historia que ahora no voy a contarle.

—Entiendo... ¿Sabe dónde puedo encontrar a Nicole?

—Me consta que vive en Villa Giralda, la residencia de los condes de Barcelona.

—¿Y no conoce alguna otra dirección suya anterior?

—Acompáñeme, por favor. Veré si puedo ayudarle.

Salieron al vestíbulo. Unos metros más allá, la madre superiora abrió un portón que daba acceso a una gran sala con una pequeña capilla al fondo.

—Lo llamamos el «Salón de Acogida», porque los nuevos alumnos hacen aquí sus primeros contactos con los más veteranos. También juegan en este lugar los niños cuando llueve demasiado y el patio se inunda —explicó sor Teresa.

—¡Madre Superiora! —exclamó una niña rubia con dos coletas, que acababa de irrumpir en el salón. Aparentaba unos once años.

—¿Quién es esta personita? —preguntó Da Costa.

—Paula, saluda al señor.

La niña se acercó al policía y le besó en la mejilla.

—Eres muy guapa, Paula, como tu madre... —dejó escapar Da Costa.

—¿La conoce, señor?

—Sí.

—Bueno, ya puedes regresar con tus compañeras —indicó la directora.

La niña salió corriendo en dirección al patio.

—Usted espéreme aquí un momento —dijo al policía.

Poco después, la monja volvió con una ficha en la que constaba una dirección.

—Anote usted, si es tan amable: Rua São João da Praça número 102, en el barrio de Alfama. Es el domicilio que Nicole nos facilitó antes de trasladarse a Villa Giralda.

Da Costa vio el cielo abierto. Acostumbrado al tranvía, volvió a cogerlo para regresar

al centro de Lisboa. Mientras recorría las estaciones, decidió que subiría también al tranvía 28 —«el eléctrico», como lo llamaban— en la Rua da Conceição, para dirigirse directamente hasta Alfama, donde debía apearse en la Rua de São Tomé, pegada al imponente Mirador das Portas do Sol.

Conforme el vagón serpenteaba como una boa gigante por las callejuelas de Alfama, Da Costa tuvo la sensación de que las fachadas de las casas se encogían hasta el punto de poder rozarlas con las puntas de los dedos asomados por la ventanilla. El mirador era un privilegiado balcón cenital instalado en lo más alto de una colina desde la que Da Costa pudo contemplar poco después los enjambres de casas del barrio más antiguo de Lisboa; un inmenso arrabal de origen medieval que ofrecía una extraordinaria panorámica del estuario del Tajo, la inmensa desembocadura que bañaba el borde de la ciudad.

Alfama sabía a fado.

Pero, por desgracia, la hermosa vista colina abajo nada tenía que ver con el desolador panorama a la altura de su mirada: un descampado salpicado de charcos de barro y basuras, escombros, algún mueble desvencijado, cascos de botella, suelas de zapatos extraviadas y hasta hojas de afeitar oxidadas. Un auténtico estercolero convertido en paraíso de borrachos, vagabundos y drogadictos. Da Costa sabía que aquella zona era muy peligrosa. Algunos asesinos se pudrían en las cárceles tras ser detenidos en reyertas registradas en aquellos cenagales. El agente avanzó cautelosamente hacia las dos únicas casas que había alrededor, consciente de que su sombrero Fedora podía delatarle. Caminaba balaceándose ligeramente con la mano derecha sobre el pecho, acariciando el arma reglamentaria oculta tras la americana, que a punto estuvo de desenfundar cuando un gato callejero se le cruzó como una flecha delante de sus narices y desapareció tras unas ruinas. Fue entonces cuando oyó los gritos desgarradores de una mujer asomada a la ventana, que miraba hacia arriba: «¡Te has vuelto loco! ¡No le dispires...!».

Era Nicole, la mujer a la que él amaba. Mascando el peligro y la angustia, el policía empuñó esta vez la pistola, pero el individuo apostado en la azotea fue más rápido que él con su rifle de repetición. Echado cuerpo a tierra, mientras el francotirador le rociaba con sus balas, Da Costa venció su primer impulso de salvar a Nicole como fuera; pensó en lo que haría un buen policía en su caso: pedir refuerzos. La vida de Nicole era demasiado preciosa para arriesgarla con un asalto incierto. Sabía de sobra que el factor sorpresa resultaba crucial en cualquier operación de ese tipo. Ignoraba también si el delincuente tendría cómplices dentro de la casa. ¿Quién podía asegurarle además que aquel indeseable, viéndose acorralado, no dispararía finalmente sobre Nicole?

Aguardó a que el agresor vaciase el cargador para reincorporarse súbitamente del fango y echar a correr en busca de ayuda. No había tiempo que perder. Debía llegar cuanto antes al local de fados que había visto mientras subía en el tranvía, a unos quinientos metros de allí. Poco después, penetró resoplando en el establecimiento

situado en una calleja sin salida, tras unos muros medievales. El vino y el licor de cerezas, la dulce Ginjinha, corrían sin cesar por la barra y las mesas mientras una cantante escenificaba con pasión un bello fado.

Da Costa levantó el auricular del teléfono, y escuchó al otro lado la voz de Arcones, a quien dijo telegráficamente:

—Necesito refuerzos de inmediato. Acaban de dispararme, pero estoy bien. Creo que ya sé dónde está Nicole...

Da Costa reconoció a la mujer que cantaba sobre el escenario. Al principio le pareció mentira que pudiese ser Amália Rodrigues en persona, a quien llamaban con toda justicia «la Reina del Fado»; la misma que había actuado con Imperio Argentina y conocido al torero Manolete antes de que este recibiese la cornada mortal al entrar a matar al miura *Isleño*.

Amália Rodrigues interpretaba en aquel instante *Tudo isso é fado* (*Todo eso es el destino*), estrenado con gran éxito el año anterior, mientras su marido Francisco da Cruz la acompañaba a la guitarra portuguesa de madera de abeto y doce cuerdas metálicas.

*Almas vencidas  
noches perdidas  
Sombras bizarras  
en la Mouraria  
Canta un rufián  
lloran las guitarras  
amor, celos  
cenizas y lumbre  
dolor y pecado  
Todo eso existe  
Todo eso es triste  
Todo eso es el destino.*

—¿Le sirvo un Oporto blanco bien frío, señor? Como le ponga algún licor va a echar usted fuego por la boca, como un dragón... —dijo el camarero, advirtiéndole que Da Costa no paraba de sudar como un chivo acodado en la barra, pero ignorando que tenía también un nudo en la boca del estómago porque había visto a la mujer a la que amaba y encima acababan de dispararle.

—¿Oporto...?

—Perdone que me entrometa, pero es usted policía, ¿verdad?

—¿Por qué lo dice?

—Bueno, el sombrero y la gabardina...

—Sí, soy policía y ya sé que no debería beber alcohol estando de servicio.

—Tampoco le vendría mal tomarse una copita, hombre.

—Está bien, sírvamela.

—¿Busca a alguien?

—A un sujeto peligroso que vive a medio kilómetro de aquí.



—¿En una casa abandonada?

—Tiene toda la pinta.

—Barbosa.

—¿Se apellida así?

—Jorge Barbosa... o vaya usted a saber cómo se llama en realidad. Ese sujeto tiene atemorizado a medio Alfama. Bebe demasiado, por no decir otras cosas... Tenga mucho cuidado con él.

—Lo tendré.

Da Costa vio entrar en aquel instante al brigada Julio Mora y parpadear las luces del coche patrulla a través de las cristalerías.

—Cóbreme, por favor —dijo al camarero.

—No me debe nada. Solo le deseo que conserve intacto el pellejo.

—Gracias, amigo.

Da Costa se puso al volante del Chrysler verde con Mora a su lado, rumbo a la casa abandonada.

—No estarás herido, ¿verdad? —dijo el brigada.

—No, pero ese energúmeno por poco me mata con su rifle.

—A ese cabrón me lo cargo yo.

—Tranquilo, Mora. Vamos a necesitar nervios de acero para atraparlo.

—¿Y la mujer?

—A ella le debo la vida. Si no fuera por sus gritos, ese granuja me habría dejado como un colador.

—Varios coches patrulla están ya de camino.

—Pues entonces no tenemos tiempo que perder.

—Tú dirás...

—Creo que lo mejor será rodear la casa por detrás y entrar por la planta baja, rompiendo una de las ventanas.

—De eso me encargo yo.

—Pero déjame entrar a mí primero, mientras tú me cubres por la espalda.

—Está bien —asintió Mora con cierta resignación.

—En cuanto estemos dentro, yo me ocupo del individuo y tú de ella.

—¿Y por qué no al revés?

—Es mejor así.

Da Costa aparentaba seguridad en sus decisiones, pero en realidad su cabeza bullía como una olla a presión a punto de estallar: ¿estaba Nicole implicada en el sucio asunto, e incluso había tenido algo que ver con la muerte del infante? ¿Por qué había gritado para que Barbosa no le disparase? ¿Ocultaba acaso un turbio pasado del que formaba parte la pequeña Paula, a la que había conocido casualmente? Ahora le interesaba que Mora la protegiese, para que no resultase herida durante el asalto a la

casa y pudiese dar luego todas las explicaciones necesarias.

—¿Cuestión de escalafón? —repuso Mora.

—Tómalo como quieras, pero creo que es lo más acertado.

—¿Acaso piensas que soy incapaz de echarle el guante a ese canalla?

—Yo no he dicho eso, Mora. Procura no ser tan suspicaz.

Da Costa aparcó el vehículo a unos cincuenta metros de la casa, detrás de un muro de piedra que impedía divisarlo desde allí.

La pareja de policías caminó pistola en mano, bordeando la parcela, hasta alcanzar la parte trasera del edificio de dos plantas con azotea. Solo había luces encendidas arriba, donde debían de estar los dormitorios. Era ya de noche.

—¿Preparado? —preguntó Da Costa.

Mora asintió con la cabeza. Colocó unos trapos gruesos alrededor de la ventana para amortiguar el ruido de los añicos de cristal al caer al suelo, y apoyó sobre la luna todo el peso de su cuerpo presionándola simultáneamente con el puño enguantado para evitar lastimarse. El vidrio cedió enseguida.

Da Costa irrumpió en el salón y, tras comprobar que no había nadie, indicó a su compañero que entrase. Arriba se oían voces enérgicas. Nicole parecía enzarzada en una fuerte discusión con el hombre. Da Costa empezó a subir por las escaleras en penumbra, con Mora pisándole los talones. De repente, el salón se iluminó como si alguien acabase de encender una bengala. Los agentes se miraron desconcertados, comprobando que las paredes de la casa estaban desconchadas, lo mismo que el techo, salpicado de goteras que habían estropeado la tarima sobre la que había amontonados periódicos, ropa vieja y hasta latas de hojalata vacías, posiblemente de comida.

—Serán imbéciles... —masculló Da Costa, reparando en que los destellos de luz provenían de los coches patrulla enviados allí.

El resplandor de los faros alertó a Barbosa, que huyó precipitadamente por la azotea. Da Costa y Nicole cruzaron una mirada fugaz. El teniente salió en persecución del fugitivo, mientras Mora se ocupaba de ella.

—¡Alto, policía! —gritó Da Costa desde el tejado, encañonando al individuo con su pistola.

Antes de que pudiese disparar, el hombre saltó con la agilidad de un felino hacia un árbol frondoso por el que consiguió deslizarse hasta el suelo. Asomado a la azotea, el teniente fue incapaz en cambio de saltar. El grave accidente sufrido en el trapecio le había dejado otra secuela, además de su visible cojera: un vértigo incontrolable. Mora lo vio todo, y pensó que su superior era un cobarde de los que morían muchas veces antes de morir. Pero él sí que saltó, logrando apresar finalmente al fugitivo tras una auténtica carrera de obstáculos.

—Ahora te vas a enterar —le amenazó, tras inmovilizarle con una llave marcial para ceñirle las espaldas con el rostro a un palmo del suelo.

Nicole pasó la noche entera en el calabozo. A la mañana siguiente, Arcones y Da Costa se dispusieron a interrogarla. La mujer tampoco había podido pegar ojo la noche anterior, de modo que su aspecto distaba mucho de ser modélico. Estaba despeinada, sin pintar y con unas ojeras violáceas muy acentuadas. Para colmo, había tenido que salir apresuradamente de Villa Giralda con lo puesto: un vestido de franela gris y paletó a juego, con un pequeño sombrero también gris, como el bolso. Pero aquella mañana solo conservaba puesto el traje arrugado y el bolso; todo lo demás se lo había dejado olvidado en el caserón de Alfama.

Pese a todo, Nicole mantenía incólumes todos sus encantos naturales: morena azabache, grandes ojos verdiazules, y metro setenta y cinco de estatura. Un auténtico bombón de treinta años cumplidos que había despertado incluso la libido del veterano conductor del tranvía que le llevaba cada domingo al colegio de su hija.

—Antes de nada, señorita, ¿quiere explicarnos por qué no compareció ayer a su citación en esta comisaría? —inquirió Arcones con gesto severo.

—Verá, señor, pensé que mi hija estaba en peligro y acudí en su auxilio a casa de ese indeseable.

Da Costa callaba, pero su rostro reflejaba su mundo interior, agrietado por el primer movimiento sísmico.

—¿Jorge Barbosa?

—Sí.

—¿De qué conoce usted a ese pájaro? ¿No sabe acaso que ha estado ya en la cárcel por tráfico de estupefacientes y proxenetismo?

—Sí, pero él me amenazó con que si no iba a verle esa misma noche mataría a mi hija Paula, asegurándome que la tenía en su poder —dijo ella, aún temblorosa.

Da Costa dejaba que Arcones interrogase a Nicole; su jefe conocía ya por él la existencia de la niña y los pormenores de su visita al colegio. Pero ahora imploraba angustiado, en silencio, que Nicole no estuviese implicada en los hechos.

—Díganos qué razón tenía él para hacerle creer que había secuestrado a su hija en la escuela.

—Se enteró de que la policía iba a interrogar al personal de Villa Giralda al día siguiente y me telefoneó para que fuese de inmediato a Alfama. Temía que le delatase si comparecía en la comisaría; sobre todo, porque la última vez ya le advertí de que nunca más volvería a pagarle un solo escudo.

—O sea, que la chantajeaba...

—Sí.

Da Costa volvió a sentir un terremoto en su interior.

—Ahora entiendo por qué salía usted de madrugada de Villa Giralda tratando de que nadie la viese.

—¿Cómo sabe usted eso? —repuso ella, sorprendida.

—Gajes del oficio, señorita.

—Pues sí. Cada semana, a veces cada dos, quedaba con Barbosa cerca de Villa

Giralda para entregarle una cantidad de dinero.

—¿Por qué?

—Verá usted...

El rostro de Nicole se nubló. Parecía que la invadían recuerdos desagradables.

—¿Qué trata de ocultar?

—Algo espantoso, señor. Sé que viviré siempre con esa maldición... —sentenció, agorera.

—Desembuche.

—Es una larga historia...

—Pues empiece a contarla ya de una vez.

—Verá, soy francesa; nací en la ciudad portuaria de Cherburgo, en la península de Contentin. En marzo de 1944, ninguna muchacha que se preciase hubiese consentido por nada del mundo salir de paseo con un oficial alemán. Yo vivía con mis padres, que eran pescadores; mi hermano René estaba en París. Entonces era frecuente que los oficiales alemanes se alojasen en casas particulares como la nuestra. Un día llegó un capitán médico bastante joven, con su asistente, un prusiano grandote que se pasaba leyendo novelas policíacas todo el tiempo que le dejaba libre la tarea de abrillantar sus botas y las de su superior. El capitán supo ganarse enseguida la confianza y simpatía de mi madre, aunque él no hablase una sola palabra de francés ni ella de alemán. Una tarde, el oficial sacó de su cartera el retrato de una dama de cierta edad y se lo mostró orgulloso a mi madre, diciéndole mientras se golpeaba fuertemente el pecho: «*Mutter*». Entendimos enseguida que se trataba de su madre. A continuación sacó de su cuarto un acordeón y tocó algunas canciones de Maurice Chevalier y de Tino Rossi que estaban de moda.

—Todo eso está muy bien, señorita, pero díganos adónde pretende llegar... —interrumpió Arcones, empezando a impacientarse.

—Solo quería decirle que aquel capitán me obligó a convertirme en su amante —aseguró con ojos de revancha.

Da Costa no daba crédito a lo que acababa de escuchar. Solo la mirada y la voz quebrada de Nicole le convencieron de que decía la verdad.

—¿Y qué le hizo acceder a sus deseos?

—La vida de mi hermano, ¿le parece poco? —sollozó.

—Continúe...

—René era un joven inquieto que odiaba a los nazis, de modo que no tardó en unirse a la Resistencia. Una noche la Gestapo le detuvo en su casa de París y se lo llevó detenido a la *Kommandantur*, donde intentó arrancarle una confesión. Su único delito había sido ayudar a unos refugiados franceses a cruzar los Pirineos, camino de Argelia.

—La «Francia libre» de Charles de Gaulle... Siga, siga...

—El capitán me prometió que si yo accedía a mantener relaciones sexuales con él hablaría con el general Von Schlieben, al mando de la *Wehrmacht* en Cherburgo, para

que liberasen a mi hermano.

—¿Qué influencia podía tener aquel militar sobre la Gestapo?

—El capitán me aseguró que el general conocía al coronel que dirigía la Gestapo en París. Pero era una burda mentira. Al pobre René acabaron fusilándolo. Reconozco que fue un ligero consuelo enterarme luego de que aquel miserable había muerto a finales de junio de 1944, durante el asalto final de los aliados a Cherburgo. Pero ahí no acabó la cosa...

—¿Qué más sucedió?

—Liberada Cherburgo, tuve que aguantar todavía las calumnias de las hijas del relojero, quienes, al no haber podido conseguir más que a dos sargentos alemanes casados e inaguantables en su casa, empezaron a chismorrear por envidia que yo había sido la puta de un capitán que me había fabricado un hijo.

—¿Paula...? —preguntó al fin Da Costa, conmovido.

—Paula, sí. La llevaba entonces en mis entrañas. Las víboras del relojero dijeron a los soldados norteamericanos que la criatura que esperaba era de un capitán alemán. Poco después, los *tondeurs* me raparon la cabeza para exhibirme como un trofeo junto con otras mujeres que habían sido también amantes de alemanes. Nos subieron a todas a un camión que recorrió el centro de Cherburgo. La multitud se burlaba de nosotras, gritando: «¡Ahí van las *tondues*, mirad qué feas son!». Luego nos hicieron bajar del camión para que desfilarásemos al ritmo de un tambor, mientras unos individuos nos dibujaban esvásticas por toda la cara con lápiz de labios.

Da Costa rumiaba por dentro una mezcla de repugnancia y compasión. Pero también un enorme alivio al saber que Nicole era inocente.

—Tras pasar varias semanas —agregó ella— en un centro de internamiento de colaboracionistas, crucé la frontera española. Soñaba con llegar a Portugal para tomar un barco que me llevase hasta América, donde iniciar una nueva vida con mi hija. Pero me encontré en Lisboa sin dinero y no tuve al final más remedio que...

—Imagino lo que quiere decirnos, señorita. Puede ahorrarse las explicaciones —advirtió Arcones, indulgente.

—Gracias... Conocí, en efecto, a Barbosa, un chulo de la peor calaña. En cuanto Paula cumplió seis años, la metí interna en un colegio de monjas para apartarla del sórdido mundo en que vivía. Al final conseguí salir yo también de aquella horrible ratonera tras probar con otros oficios, hasta convertirme en profesora de francés. Hace seis meses, como sabe muy bien Eugenio Mosteiro, o José Alberto da Costa, mejor dicho, entré como institutriz de francés en Villa Giralda. Barbosa me amenazó desde entonces con descubrir mi pasado si no le daba dinero. Reconozco, después de todo, que mi vida no es muy edificante que digamos.

Eugenio Mosteiro regresó aquella mañana a Villa Giralda para despedirse de don Juan. La investigación del asesinato de su hijo pequeño requería ya su dedicación

exclusiva. No le dijo por supuesto a don Juan la verdadera razón de su marcha, ni mucho menos quién era él realmente. Tras hacer las maletas, se instaló en un apartamento alquilado en el centro de Lisboa, cerca del cuartel general de la policía.

Por la tarde había quedado para hablar con Nicole en el discreto bar Apeadeiro, de Cascais. Ella le aguardaba sentada a la mesa con su vestido gris arrugado, pero a él le pareció que estaba tanto o más guapa que durante el interrogatorio. Notó que se había pintado los ojos y la boca, recogiendo el pelo hacia atrás en un moño. La historia de aquella mujer le había impresionado y enternecido.

—Estarás agotada... —dijo.

—Lo estoy, pero no tengo más remedio que seguir adelante.

—¿Si puedo ayudarte en algo?

—He decidido dejar Villa Giralda. Comprenderás que no debo regresar allí habiendo ocultado mi pasado.

—¿Dónde piensas vivir?

Ella se encogió de hombros.

—Si quieres puedo pedirle a una antigua novia que te deje una habitación en su casa hasta que encuentres algo definitivo.

—Te lo agradezco de veras, Da Costa.

—Llámame Carlos Alberto.

—Como quieras, Carlos Alberto.

—¿Tienes idea de dónde trabajar?

—He pensado que tal vez las monjas del colegio puedan ayudarme.

—Si necesitas cualquier cosa, cuenta conmigo.

—Lo haré, Carlos Alberto, gracias.

Carlos Alberto da Costa había dejado de ser para siempre Eugenio Mosteiro, iniciando una nueva vida en la que probablemente fuese más bella la segunda que la primera juventud. Durante los últimos seis años se había hecho pasar por otra persona en Villa Giralda, renunciando incluso al consuelo de enamorarse de una mujer. Demasiado tiempo sacrificando su propia felicidad para ser distinto. Pensó que si fuera necesario privarse de algo en el futuro, lo haría ya solo por amor, siguiendo a Nicole incluso con su conciencia atada con las manos a la espalda. Después de todo, la vida era insoportable para quien no tenía cerca ningún entusiasmo, y ahora Nicole lo era para él.

Por primera vez en seis años, supo que su horizonte no era ya el mismo que el de otros hombres, aunque todos ellos viviesen bajo el mismo cielo. Por primera vez en seis años, Carlos Alberto da Costa había elegido el objetivo que debía dar sentido a su nueva vida, erigiéndose así en forjador de su propio destino.

—La Historia, estimados discípulos, es una ciencia. Los futuros historiadores como ustedes deben formular hipótesis y plantear problemas. Jamás pierdan de vista que los hechos fundamentales de la Historia son complejos y que por eso mismo pueden cambiar. Tengan siempre presente que el documento escrito no es ya una fuente indiscutible de conocimiento, como en el siglo anterior, sino que ahora lo es la actividad humana en sí misma. Por encima de todo, recuérdenlo siempre, nos interesa el ser humano que vive en sociedad. Tampoco olviden que el historiador es un profeta que mira hacia atrás o, si lo prefieren, que el mejor profeta del futuro es el pasado.

Ferdinand Corbel, catedrático de Historia en la Sorbona de París, ejercía un extraño magnetismo sobre sus alumnos cada vez que disertaba desde la tarima. Aquella mañana, explicando la corriente actual de los Annales, de Lucien Febvre, uno de los historiadores franceses más importantes de su tiempo, exhibió su brillantez y elocuencia habituales.

Mafalda y Dafne abandonaron juntas el aula decorada en madera noble, con formidables arañas de cristal en el techo. Atravesando galerías y salas enormes, como la biblioteca o el anfiteatro, llegaron hasta el *hall* de entrada, acogedor y luminoso. En la fachada enrejada estaba la puerta de salida. Fuera lucía un sol primaveral muy agradable. Fundada en 1257 por Robert de Sorbon y mandada reconstruir cuatro siglos después por el cardenal Richelieu, cuyos restos mortales se conservaban allí bajo una hermosa cúpula tallada, la universidad se levantaba sobre la llamada Montaña Santa Genoveva, en el corazón del Barrio Latino de París.

—Soy tan feliz... —suspiró Mafalda, mientras paseaba con su amiga alrededor del estanque octogonal situado en el centro de los jardines de Luxemburgo, a cien metros de la Sorbona y del Panteón.

—¿Se puede saber qué te pasa? —repuso Dafne, advertida de que dos muchachos altos, uno rubio y otro moreno, se les habían quedado mirando.

—Amo a Juanito con toda mi alma y él me corresponde. ¿No te parece razón suficiente para estar contenta? Solo me preocupa que él pueda verse afectado para siempre por la muerte de su hermano.

—Chica, creo que te pasan cosas increíbles.

—¿A qué te refieres?

—¿Te parece normal enamorarte perdidamente de un príncipe?

—¿Y qué tiene eso de malo?

—De malo, nada, pero reconocerás que es algo insólito.

—El amor no tiene fecha ni condiciones.

—Oye, no te pongas cursi.

—Simplemente le quiero y hago planes de futuro.

—¿Qué tipo de planes?

—Sé un poco imaginativa, mujer.

—¿No irás a decirme que piensas casarte con él? —dijo mirándola como si se hubiese vuelto loca de repente.

—¿Ves cómo sí que lo eres?

—No tienes arreglo.

—Me da igual si algún día te escandalizas al verme como reina consorte de España.

—¿Quieres dejar de decir tonterías?

—Soñar es libre. A lo mejor incluso él tiene que renunciar a la Corona para casarse conmigo. Pero eso no me gustaría nada, la verdad.

Mafalda sabía que, en cuestión de amor, la lógica rara vez funcionaba. Actuaba la imaginación; e imaginar algo era todavía más edificante que recordarlo.

—Además —añadió ella—, si Grace Kelly acaba de casarse con el príncipe Rainiero de Mónaco, ¿por qué razón no puedo hacerlo yo, que soy tan plebeya como ella, con otro príncipe como Juanito?

Dafne calló, pues sabía que el argumento de su amiga era fundado.

—La novia estaba guapísima por televisión —dijo al fin.

—Su vestido era de ensueño.

—Diseñado por la americana Helen Rose, ¿no te fastidia?

—La misma que le hace todos los trajes para sus películas de la Metro Goldwyn Mayer —añadió Mafalda.

—Sí. Me fijé muy bien en el vestido. Era precioso, la verdad, tan ajustado, con cuerpo de encaje francés de cuello alto y manga larga, y falda ligeramente abullonada, unidas por un fajín que realzaba su cintura.

—Creo que se utilizaron veinticinco metros de tafetán de seda y todo.

—Un derroche que al parecer mereció la pena.

—¿Y qué me dices de la tiara que llevaba, decorada con flores de azahar talladas en brillantes y perlas? Leí en *Paris Match* que cuando terminaron el vestido lo enviaron a palacio en una caja de aluminio especial, con papel de seda y algodón empapado en perfume de Chanel para que cuando lo abriera recibiese el aroma de millares de flores. En el interior no solo iba el vestido, también el velo y un camisoncito entallado al cuerpo. ¿No te parece romántico?

—Muy romántico, Mafalda —comentó su amiga algo recelosa.

Dafne se consideraba en el fondo una mujer moderna con otros intereses intelectuales que nada tenían que ver con la absurda fascinación de su amiga por los reyes y los tronos. Pero, al mismo tiempo, sentía cierta envidia de ella y trataba de disfrazarla de apatía y comentarios irónicos y burlones sobre su regio idilio.

—Me encantaría llevar un ramo de novia como el de ella el día de mi boda, un pequeño *bouquet* de lirios, la flor favorita de los Borbones —dijo Mafalda.

—Está bien, si quieres conocer gente interesante, podemos ir juntas un día a la



Caveau de la Huchette —añadió Dafne, desviando la conversación.

—Alessandro me ha hablado muy bien de ese lugar.

—¿Te apetece que vayamos este sábado?

—Me parece estupendo.

El París de 1956 era la cuna dorada del existencialismo —enemigo declarado del racionalismo y del empirismo—, de los cafés literarios y las cavas del Barrio Latino donde se escuchaba jazz americano o a musas de la canción como Juliette Gréco; de las jóvenes como Dafne imantadas por la bohemia y por filósofos como Sartre o Simone de Beauvoir.

El París de 1956 representaba la alternativa francesa a los *beatniks* americanos, con ideas e indumentarias anticonvencionales.

Dafne pretendía introducir a su amiga en aquella atmósfera, hacia la que una chica burguesa como Mafalda, empeñada en soñar con ser reina algún día, sentía ciertas reticencias.

Lo importante a la hora de visitar el café de Les Deux Magots, por ejemplo, no era probar una de sus múltiples y sosas ensaladas, sino recrearse con leyendas vivas de la cultura y del pensamiento como Simone de Beauvoir, garabateando en su cuaderno de notas sentada en un rincón, o James Baldwin y Richard Wright; por no hablar de Bréton y Camus.

Pegado a este establecimiento se encontraba el Café de Flore, cuyo comedor de la planta superior constituía la segunda casa de Sartre y Beauvoir, y donde a menudo se daban cita escritores como Laurence Durrell y Truman Capote. La Maison Balzac o la de Victor Hugo eran también lugares de visita obligada.

A Dafne le encantaba igualmente el Crazy Horse, un cabaret innovador, esteticista y vanguardista donde actuaban las mejores orquestas de jazz y cantautores de la ciudad. La terna Jacques Brel, Georges Brassens y Léo Ferré estaba en pleno apogeo. El primero, belga de nacimiento pero parisino de adopción, se había ganado a pulso el apodo de Gran Jacques tras poner en pie una y otra vez al auditorio con su entrega total al transmitir la ternura o ferocidad de sus personajes. Georges Brassens, además de poeta premiado por L'Académie Française, era considerado por muchos entendidos como el más grande cantautor viviente. Por último, el monegasco Léo Ferré, simpatizante comunista y anárquico, encandilaba no solo a los existencialistas, sino al gran patriarca del simbolismo, André Bréton, entusiasmado con su canción *L'amour*.

Para darle a probar a Mafalda aquel universo casi desconocido, Dafne había elegido un aperitivo que era en realidad un plato fuerte: la Caveau de la Huchette, un club de jazz repleto de cuevas subterráneas donde actuaban músicos de la talla de Count Basie, Sidney Bechet, Art Blakey o Claude Bolling.

Dafne estaba convencida de que su amiga empezaría a mostrarse más receptiva

con todo ese mundo que a ella tanto la embriagaba.

Un caballero pulcro y elegante, a quien una sola mota de polvo le habría causado más dolor que una herida de bala, tomó asiento en la sala para someterse al interrogatorio policial en la comisaría central de Lisboa. Aparentaba unos cuarenta años y era rubio, corpulento y algo remilgado.

Eduardo Almeida, el segundo ayudante de cámara de don Juan, era tan petulante como un gallo que creía que el sol salía solo para escucharle.

—Y bien, señor Almeida, díganos dónde se encontraba usted cuando sonó el disparo... —inquirió Arcones.

—Arreglando unos papeles abajo, en mi habitación.

—¿Se puede saber qué papeles?

—Sí, claro: unos recibos de la última montería de don Juan. Cartuchería, renovación del permiso de caza, mantenimiento del rifle Mannlicher Schönauer con mira telescópica que perteneció al rey Alfonso XIII... Al señor le gusta salir a cazar de vez en cuando con él.

—Déjese ya de monsergas y conteste a mi pregunta: ¿qué hizo usted al escuchar el disparo?

—Subí enseguida a ver qué pasaba.

—¿Se cruzó con alguien por el camino?

—Vi a la señora salir muy agitada de su saloncito privado de la primera planta y me entretuve con ella, intentando calmarla.

—Pero ¿sabía ya usted que acababan de disparar sobre el infante?

—Oí los gritos del señor desde arriba, y enseguida oí a Mosteiro indicar que no subiese nadie.

—¿Obedeció?

—La señora insistía en subir, así que no tuve más remedio que retenerla en el descansillo de la escalera.

—¿Había alguien más con ustedes?

—Rosario, el ama de llaves.

—En ese caso, podía haberla dejado con doña María y subir usted a ver qué pasaba.

—Creí mejor evitar que otros miembros del servicio pudiesen irrumpir en el cuarto de juegos, ignorando la consigna que Mosteiro había vociferado por indicación del señor.

—Respóndame ahora: ¿sabía usted que intentaron asesinar al príncipe hace ocho años, muy cerca de aquí?

—Sí.

—¿Cómo se enteró?

—Don Juan me lo dijo.

—¿Qué le dijo exactamente?

—No lo recuerdo muy bien.

—¿Necesita que le refresque la memoria?

—Me explicó que alguien había disparado contra su hijo mientras se dirigía en coche a la estación para tomar el tren rumbo a España.

—Vaya, veo que se ha curado rápido de su amnesia.

—¿Por qué me ha preguntado eso?

—¿Le sorprende acaso que lo hiciese?

—Aquello sucedió hace ocho años, cuando intentaron asesinar al príncipe, pero ahora ha muerto el infante.

—Asesinado también...

—Eso ya no lo sé.

—¿Seguro que no lo sabe, Almeida?

—¿Tendría alguna razón para afirmarlo?

—La pistola.

—¿Qué pistola?

—Una Walther P-38 de fabricación alemana.

—No sé de qué me habla.

—¿Nunca ha empuñado esa pistola?

—Jamás en mi vida.

—¿Dejó usted el casquillo de nueve milímetros olvidado en la escena del crimen?

—Oiga, en todo caso el casquillo será el de la pistola que manejaba el príncipe, y no el de esa Walther que acaba usted de sacarse de la manga.

—Un detalle importante, Almeida: ¿por qué sabe usted que el príncipe disparó la pistola, si en el comunicado oficial se dice que fue su hermano pequeño quien lo hizo?

—Bueno, eso es lo que oí decir en Villa Giralda.

—¿A quién?

—Si se lo dijese sería un chivato, y yo aborrezco a los chivatos.

—Le recuerdo que está usted en comisaría, y no en una taberna de barrio, declarando como testigo en un caso de asesinato. Así que le conviene decir todo lo que sepa, siempre y cuando sea verdad.

—Lo sé muy bien, y no creo que eso cambie nada.

—Hemos terminado por hoy, pero ya le advierto de que volveremos a interrogarle pronto.

Antonio Quiroga, el policía que investigó el atentado frustrado contra el príncipe en 1948, había sido llamado para entrevistarse con Arcones, Da Costa y Mora. Mientras se dirigía al despacho del capitán, se cruzó por el pasillo con Almeida, que salía del interrogatorio. Quiroga se le quedó mirando fijamente a los ojos, como si le hubiese

visto antes, frunciendo su poblado entrecejo, pero fue incapaz de recordar quién era. El agente llevaba bajo el brazo el expediente del atentado de 1948, donde figuraba la ficha policial de Fermín Correa, el hombre que supuestamente había intentado asesinar al príncipe, pero no había tenido tiempo de repasarlo desde entonces. Almeida miró a su vez a Quiroga como si le creciesen cuernos en la cabeza, y apretó el paso hacia la salida.

Poco después, entró en el despacho de Arcones un hombre menudo y delgado con unas Ray-Ban modelo Wayfarer de montura plástica y cristales polarizados sobre un curvado caballete. Su rostro reflejaba cansancio.

—Buenos días, Quiroga. ¿Recuerdas a Da Costa? —saludó Arcones.

El hombrecillo asintió con su cráneo de gavilán.

—Te presento al brigada Mora, que ha venido de Madrid para ayudarnos en la investigación —añadió el capitán.

La primera vez que vio a Da Costa, el propio Quiroga reparó en el impacto causado por su fealdad, y le dijo:

—¿Verdad, Carlos Alberto, que soy el hombre más feo de Portugal?

Y Da Costa le contestó, sin morderse la lengua:

—Querido Antonio, alabo tu humildad, pues no solo eres el más feo de Portugal, sino del mundo entero.

Quiroga era tan modesto que se creía inferior a sí mismo. Si no fuera porque Arcones y Da Costa sabían de antemano que era el jefe de policía de Setúbal, habrían pensado que Antonio Quiroga era funcionario de Correos o cobrador de impuestos. Enfundado en un traje gris, llevaba el cabello brillante de gomina y un lunar negro en la mejilla derecha, del mismo color que sus ojuelos de rapaz.

Arcones fue al grano.

—Sabemos que la pistola empleada en 1948 para asesinar al príncipe es la misma con la que han matado ahora a su hermano Alfonso.

—Correcto —asintió Quiroga—. Fermín Correa, a quien de detuvimos como sospechoso poco después del atentado, debió de utilizar esa misma Walther. Una mujer lo identificó, de hecho, como autor de los disparos, pero a última hora rehusó incriminarle alegando que no estaba segura del todo.

—Pero ¿el tal Correa estaba limpio? —terció Arcones.

—Nada de eso. Las huellas dactilares que le tomamos coincidieron varias veces con las de un hombre que había cometido diversos delitos, siempre con distintos nombres, y que los había pagado cumpliendo sucesivas condenas en las prisiones de Peniche y Caxias. Pero al final tuvimos que soltarle por falta de pruebas.

Quiroga abrió a continuación el expediente del atentado y fue pasando una a una las cuartillas con el pulgar lubricado en saliva hasta localizar la ficha policial de Fermín Correa.

—¿Te sucede algo, Quiroga? —dijo Arcones, al observar que palidecía.

—No puede ser, no puede ser... —repetía el hombrecillo mirando a un lado y a

otro, como si intentase atrapar con los ojos un moscardón invisible.

—¿Qué diablos no puede ser? —le apremió el capitán.

—El hombre con el que acabo de cruzarme en la comisaría es el mismo de esta fotografía —afirmó, mostrándosela a sus compañeros.

—¡Eduardo Almeida! —exclamaron todos, perplejos.

Da Costa y Mora salieron corriendo tras Almeida, pero cuando se asomaron a la calle este ya había desaparecido.

—Avisad ahora mismo a todas las patrullas de la ciudad para que establezcan controles en las principales salidas. ¡Ojo también con los pasos fronterizos entre Portugal y España! Vigilad las líneas de ferrocarril, puertos, aeropuertos... La Interpol debe saber ya que Eduardo Almeida se encuentra en busca y captura —ordenó Arcones.

El operativo policial para detener a Eduardo Almeida había convertido la comisaría central de Lisboa en una auténtica legión de «intocables». Parecía la redacción de *The New York Times*, uno de los periódicos más influyentes del mundo, el mismo día en que la policía logró echar el guante al gánster Al Capone, veinticinco años atrás. Una auténtica cohorte de comisarios, inspectores, sargentos, cabos, criminólogos, técnicos dactiloscópicos y de balística y secretarías deambulaban de un lado a otro del recinto con los rostros encogidos por la tensión y miradas de inquietud, transmitiéndose en voz alta las instrucciones de sus jefes, mientras decenas de teléfonos no cesaban de sonar, dando lugar a otra barahúnda de conversaciones entre las operadoras, como un estridente cántico de cigarras.

Desde la entrada, el cabo Antunes facilitaba en aquel momento por radio la descripción del fugitivo para su localización.

—¡Atención a todas las unidades...! Se busca a este hombre: Eduardo Almeida, treinta y nueve años, metro ochenta de estatura, setenta y ocho kilos de peso... Viste americana marrón, camisa blanca y pantalón del mismo color... Es rubio y corpulento...

—¿Se sabe algo? —preguntó impaciente el sargento Romero a Antunes.

—Nada, de momento.

—Pues el jefe está que echa chispas.

Remangado y con un grueso habano entre los dientes, Arcones escuchaba con gesto preocupado al otro lado del teléfono.

—¿Con quién hablará? —dijo Mora a Da Costa, contemplándole a través del cristal.

—Debe de ser algún pez gordo de Interior.

—Pues yo acabo de informar a mis jefes en Madrid. Muy pronto estará al corriente de todo el nuevo ministro de Gobernación, Blas Pérez, que comunicará la noticia a Carrero Blanco y este a su vez a Franco.

—Ya podemos capturar a ese pájaro por la cuenta que nos trae a todos.

Los coches celulares seguían saliendo como bólidos de la comisaría entre el ulular de sus sirenas. Encargado de la radio, el cabo Antunes continuaba transmitiendo órdenes a cada unidad.

—Coche número 5: diríjase a la estación de Rossio; coche 6: acuda al aeropuerto; coche 7: vigile el puerto; coches 8 y 9: establezcan controles en los accesos y salidas de Sintra y Cascais...

Mientras eso sucedía, el brigada Mora y el sargento Gomes se dispusieron a efectuar

un minucioso registro en Villa Giralda tras la huida de Almeida. Don Juan acababa de ser advertido por teléfono de que se trataba tan solo de otra acción rutinaria de la policía, después de la inspección realizada en la habitación de la antigua institutriz Nicole.

La pareja de agentes atravesó el vestíbulo, dejando a un lado los despachos de los secretarios de don Juan, hasta alcanzar finalmente las dependencias de Almeida, situadas a un extremo del pasillo de la planta baja.

Su habitación era la de un oficial prusiano. No había libro cuyo lomo no estuviese perfectamente alineado con el resto en cada estante de madera de nogal, ni ropa y zapatos fuera de sus perchas o fundas en el interior del armario. En la mesilla de noche había solo una lamparita con pantalla granate, y dentro del cajón, unas gafas de lectura guardadas en su estuche y un monedero vacío. El escritorio parecía también casi desértico: sobre el tapete de piel, una lámpara con tulipa decorada y peana de antimonio, una fotografía enmarcada de Almeida con Juanito y Alfonsito en el jardín de Villa Giralda, y una carpeta grande de cuero vacía con las iniciales «E. D.» estampadas en la portada. Eso era todo.

La estancia despedía una peculiar fragancia. Mora supo poco después, al abrir el neceser de Almeida, la razón de ese olor tan familiar.

—«Eau de Toilette nº 5. Chanel, París» —leyó en la etiqueta adherida al envase de cristal.

—¡Pero si es un perfume de mujer! —exclamó Gomes, sorprendido.

—Huele a Almeida.

—Será mariposón.

—Amanerado, desde luego.

—Bueno, Mora, parece que aquí no hay nada.

—Debemos seguir buscando.

—¿Dónde?

—¿Has registrado ya el altillo del armario?

—Sí.

—¿Y...?

—Hay una maleta vacía.

—¿Nada más?

—Si quieres vuelvo a mirar.

—Hazlo.

Poco después, el sargento Gomes bajó del altillo una caja de madera.

—¡Qué es eso! —exclamó el brigada con la esperanza de haber encontrado algo interesante.

—Vino francés; la caja estaba un poco escondida, lo siento.

—Ten más cuidado... ¿Vacía también?

—Quedan tres botellas de Château Haut Brion de 1950.

—No, si además de mariposón, resulta que Almeida es un sibarita.

Registrar el dormitorio de Almeida y las dependencias del mayordomo, la cocinera y las doncellas, en la misma planta baja, les llevó a los policías más de dos horas. Eran ya casi las doce del mediodía y seguían sin encontrar nada.

—Necesitamos refuerzos —advirtió Mora—. Avisa por radio para que nos envíen a dos hombres más enseguida.

El sargento salió al jardín, donde estaba aparcado el coche, y encendió la radio que había en el salpicadero.

—Gomes al habla...

—Le recibo, sargento —contestó el cabo Antunes.

—Envíe de inmediato otra patrulla a Villa Giralda.

—Voy a ver si queda algún coche libre.

—Póngame con Da Costa.

—Un momento, que le paso con él.

—¿Qué le ocurre, Gomes? —dijo el teniente.

—Mora y yo no damos abasto.

—Tranquilo, yo me ocupo de enviarles ayuda.

Al cabo de cuarenta minutos, dos nuevos policías registraban ya los despachos de los secretarios de don Juan, mientras Mora y Gomes procedían a hacer lo mismo arriba, en los dormitorios de la institutriz y del preceptor.

Cuando terminaron los agentes de refuerzo, subieron a inspeccionar las dependencias del mayordomo, la cocinera y las doncellas.

Alrededor de las dos, seguían sin encontrar una sola pista que les proporcionase más información sobre el evadido. Mora indicó a Gomes que le acompañase a examinar el cuarto de plancha, mientras los otros dos policías se ocupaban de la cocina.

—¿Qué hay en esos armarios? —preguntó el brigada a una de las doncellas.

—Ropa blanca, señor.

—Ábralos, por favor.

La doncella obedeció.

El sargento Gomes se convirtió entonces en una especie de energúmeno que empezó a arrojar al suelo sábanas, manteles, servilletas, edredones, mantas...

—¿Qué hace, señor? —replicó la doncella al ver que todo su trabajo se echaba a perder.

—¿No lo ve, señorita? Estoy vaciando el armario.

—Tenga cuidado con las pastillas de almidón y con las bolas de azulete.

—Descuide. Aquí no hay nada, Mora.

—¿Y en los altillos? —repuso el superior.

—Ahí solo se guarda ropa de bebé y los vestidos de bautismo y de primera comunión de Sus Altezas, junto con alguna canastilla. Nada que ya se necesite —explicó la sirvienta.

—Gomes, súbase a esa silla y mire a ver si hay algo más.



El sargento volvió a hacer lo mismo y la ropa voló de nuevo por los aires.

—¡Pero señor...!

—Esto es un registro policial, señorita —advirtió el brigada.

Cuando hubo vaciado los altillos, Gomes introdujo la cabeza para inspeccionar mejor el interior.

—Necesito una linterna. ¿Tiene alguna a mano, señorita?

—Sí, tómela, sargento —dijo ella tendiéndosela, tras sacarla de un cajón.

—Veo algo al fondo... Parece un bulto rectangular... —titubeó él, iluminando un extremo del altillo.

Alargando el brazo, el agente logró deslizar el objeto hacia él y lo cogió con ambas manos. Pesaba por lo menos cinco kilos.

—Bájalo enseguida —indicó Mora, muerto de curiosidad.

Era una caja de madera con una pequeña cerradura.

—¿Y la llave para abrirla, señorita?

La doncella se encogió de hombros. Jamás había visto aquel objeto en su vida.

—Deja que me ocupe yo de eso, Mora. ¿Dónde hay una caja de herramientas? —preguntó a la criada.

—En el cobertizo del jardinero. Dígame qué necesita.

—Con una ganzúa o algo parecido me las arreglaré.

Poco después, el sargento lograba abrir la caja con la herramienta. Mora reconoció enseguida la máquina Enigma utilizada durante la Segunda Guerra Mundial por el ejército alemán a cuyo lado él mismo había luchado tras alistarse en la División Azul. Junto a ella estaban el libro de códigos y los mensajes transcritos recibidos por Almeida.

—No hay tiempo que perder. Regresemos a la comisaría —ordenó Mora.

Los criptógrafos portugueses se encargaron de analizar los mensajes de la máquina Enigma. Arcones, Da Costa y Mora permanecían sigilosos a la expectativa, como si pensasen que aquella máquina era en realidad una incubadora de huevos de oro.

—Como podéis ver —indicó a los tres policías el jefe del departamento de Criptografía, el teniente Alberto Ferreira—, la Enigma es muy parecida a una máquina de escribir Olympia como las que tenemos en esta comisaría. Fijaos bien en su teclado luminoso de veintiséis letras, y en los tres rotores con veintiséis posiciones posibles. Observad el clavijero situado entre el teclado y el primer rotor, cuya función consiste en realizar un primer intercambio de letras de acuerdo con la disposición de las clavijas.

—¿Cómo recibía Almeida los mensajes? —preguntó Arcones.

—El emisor disponía primero las clavijas y los rotores de su máquina Enigma en una posición de salida especificada en el libro de claves que tenemos aquí. A continuación, tecleaba la primera letra del mensaje y la máquina generaba de forma

automática una letra alternativa reflejada en el tablero luminoso. Así se obtenía la primera letra del mensaje cifrado. Luego el primer rotor giraba hasta situarse en una de sus veintiséis posiciones, momento en que el emisor introducía la segunda letra, y así sucesivamente. No resulta tan complejo como a simple vista parece.

—¿Y cómo los descifraba? —se interesó Da Costa.

—Muy sencillo: él solo tenía que introducir los caracteres cifrados en su Enigma, cuyos rotores y clavijas habían sido dispuestos exactamente en la misma posición que la máquina que había realizado la encriptación.

—Un juego de niños...

—Para él sí, y para nosotros ahora también, porque tenemos el libro de códigos y los mensajes transcritos. Pero la Enigma era un invento muy sofisticado. Pensad que un solo rotor era capaz de cifrar hasta veintiséis mensajes distintos, y había tres rotores en total, lo cual elevaba a 17.576 las posibilidades de cifrados ( $26 \times 26 \times 26$ ).

—Entiendo.

—Y para colmo, cuando Alemania se anexionó Checoslovaquia y Austria, disponiéndose a invadir Polonia, la Enigma se hizo mucho más compleja para que los aliados no interceptasen sus planes. Para eso añadieron tres rotores a la máquina original y varios clavijeros de diez cables cada uno, aumentando así de golpe el número de claves a más de ciento cincuenta trillones.

—¡Caramba! —exclamó Mora.

Mientras disertaba con sus compañeros, el teniente Ferreira había analizado ya el más importante de los mensajes recibidos por Almeida.

—¡Aquí lo tengo! —proclamó, como el ateo que un día de repente cree.

—¿Qué dice? —prorrumpieron los tres policías al unísono.

—Dice: «Matar al príncipe en Semana Santa. Cornelius ordena que regreses luego por carretera a París».

—¿Cornelius...? —inquirió Mora.

—Chicos, acabamos de descubrir la existencia de una organización al mando de un tal Cornelius, quien, desde París, ha dado instrucciones a Almeida para asesinar al príncipe. El asunto es mucho más peligroso de lo que suponíamos —resolvió Arcones.

La fascinante historia del héroe que logró vencer a la máquina Enigma, descifrando su código, se gestó en una hacienda señorial londinense llamada Bletchley Park. Alan Turing, como se llamaba aquel auténtico paladín de las matemáticas cuyas ideas condujeron a la invención del primer prototipo de ordenador moderno de la historia, bautizado como Colossus, trabajó allí sin desmayo rodeado de un equipo de expertos para descifrar el código Enigma y derrotar a los nazis en la Segunda Guerra Mundial.

Pese a su increíble hazaña, Turing se había suicidado en 1954 al morder una manzana rociada con cianuro. Pero durante la guerra aprovechó el trabajo de sus

espías para averiguar que los alemanes tenían por costumbre enviar mensajes diarios codificados sobre las condiciones meteorológicas en los frentes de la contienda alrededor de las seis de la tarde. De modo que los mensajes interceptados solo minutos después debían incluir razonablemente los términos «lluvia», «nubes», «sol» o «clima». ¿Qué hizo Turing? Idear un sistema eléctrico que permitía reproducir todas y cada una de las combinaciones posibles de los rotores de la Enigma. Suponiendo que el texto cifrado NHLOP fuese la versión encriptada de la palabra «lluvia», Turing la introducía en su máquina para comprobar si era una de las claves. A continuación cogía ese mismo texto cifrado y lo insertaba en una máquina Enigma real con los rotores dispuestos según la clave. Si la máquina mostraba el texto descifrado UAMVP, por ejemplo, era evidente que la clave incluía la trasposición entre las letras U y V de «lluvia». De este modo, se obtenía la clave en su totalidad.

Entretanto, en el invierno de 1941 se había instalado en Portugal el agente doble más destacado de la época: Juan Pujol, nacido en Barcelona en 1912.

Pujol era Arabel para el Servicio de Inteligencia alemán, y Garbo para el MI6 británico. Se alojó primero en el hotel Palacio, luego en el hotel Monte Estoril y por último alquiló una casa en el mismo barrio donde residía la tía de Mafalda. Allí se reunía en secreto con el embajador alemán en Lisboa, Von Hoynigen-Huene, y con el de Inglaterra, Ronald Campbell; pero solo este último sabía que Garbo era también Arabel para los alemanes.

Al igual que Turing, descifrando la Enigma, el espía catalán Juan Pujol había contribuido decisivamente a derrotar a Hitler haciéndole creer que el desembarco y la apertura del frente europeo del norte tendrían lugar por el paso de Calais, el punto de la costa francesa más próximo a Inglaterra. Pero, gracias entre otras argucias a las empleadas con la Enigma, Arabel propició el éxito del desembarco aliado en los extensos arenales de Normandía.

En el departamento de Comunicaciones, las operadoras telefónicas trabajaban frente a los paneles, que se encendían cada vez que se recibía una llamada, tras lo cual colocaban los cables en las clavijas correspondientes. Las llamadas entraban unas tras otras, solapándose —desde Aveiro, Braga, Castelo Branco, Alfama, Sintra, Viana do Castelo, Óbidos, Leiria, Portalegre, Vila Real, Funchal—, centenares de avisos de todas clases formaban un corriente sórdida y aterradora: «Oiga, un borracho ha despertado al vecindario»; «envíen una ambulancia para atender a los heridos en un triple accidente de automóvil, cuatro de ellos muy graves»; «acaban de atropellar a un niño»; «un hombre ha agredido a su esposa embarazada en la calle»...

Otro piloto se iluminó de repente en el panel de una de las recepcionistas.

—¿Policía...? —preguntó una voz anónima.

—Sí, dígame —contestó la mujer.

—Quiero denunciar el robo de mi vehículo.

—¿Qué vehículo?

—Un Ford Fairlane verde.

—¿Matrícula?

—L-98-42.

—Describame al sujeto.

—Era un hombre rubio, alto y fuerte, que amenazó con golpearme con una barra de hierro si no le entregaba las llaves de mi coche.

—¿Cómo iba vestido?

—Llevaba chaqueta marrón y camisa blanca.

—Está bien, señor. Tomo nota también de sus datos personales para avisarle en cuanto sepamos algo.

Poco después, el cabo Antunes difundía un nuevo mensaje por radio.

—¡Atención a todas las unidades...! Detengan al individuo que conduce un Ford Fairlane verde, matrícula L-98-42.

Las policías portuguesa y española habían instalado a esas alturas controles en las principales carreteras y vías de acceso. Al día siguiente, un vehículo arremetió a gran velocidad contra una barrera policial cerca de la frontera francesa. Los agentes tuvieron que apartarse en el último momento para no ser atropellados. Tras una lluvia de disparos, el conductor perdió el control del coche y se salió de la carretera dando una gran vuelta de campana. Los policías sacaron a Eduardo Almeida magullado, pero sin heridas graves, y le esposaron con energía.

Arcones se encaminó con Da Costa y Mora a una sala especial de interrogatorios reservada a los sujetos más peligrosos donde les aguardaba ya Eduardo Almeida con expresión lóbrega y desamparada. La muerte violenta emanaba de aquel hombre como el mal olor lo hacía de la mofeta. Abatido, Almeida era ahora la sombra de sí mismo. Pero al ver a los tres policías pareció resurgir de sus cenizas, como el Ave Fénix.

—Buenos días, señores, ¿qué les trae por aquí? —saludó con una sonrisa burlona y glacial.

Los policías tragaron saliva con esfuerzo y se les tensaron los músculos del cuello.

Arcones observó encogerse el rostro de Almeida en una mueca, adivinando su desconcierto y el desprecio en esa forma suya de fruncir los labios, que acentuaba las arrugas alrededor de su boca.

—¿Le han tomado ya las huellas? —preguntó al sargento Romero, que lo custodiaba.

—Todavía no —repuso este.

—¿Y a qué esperamos? Avisa enseguida a la oficina dactiloscópica.

El suboficial abandonó la sala, mientras Arcones se disponía a iniciar el interrogatorio secundado por Da Costa y Mora.

Comparada con aquella sala inmundada junto a los calabozos, la estancia en la que había sido interrogado Almeida antes de su huida era como el salón del trono del palacio de Ajuda, donde el rey Carlos I de Portugal vivió hasta su asesinato, en 1908. Se accedía a ella bajando por unas escaleras en cuyos peldaños apenas cabía la palma de una mano. A juzgar por el olor pestilente del lugar, las ratas debían haber anidado bajo el pavimento de terrazo. No existía una sola ventana, y por todo mobiliario había una mesa destartada y tres sillas de hierro con restos de esmalte. Una gruesa bombilla colgada de un cable iluminaba el centro de la mesa, como el reflector en un plató cinematográfico, justo a la altura donde estaba sentado el criminal. Arcones se situó en otra silla frente a él, con Da Costa a su lado y Mora de pie, en una esquina. El teniente accionó una pequeña grabadora Ampex y correspondió ahora con la misma ironía al saludo de Almeida.

—¿Qué tal el viajecito...?

—De puta madre, Mosteiro... ¿o debo llamarle mejor teniente Da Costa? —añadió con mirada centelleante de desprecio.

—Puede llamarme como quiera, despojo humano.

Los ojos de Da Costa parecían los cañones superpuestos de un rifle de caza.

—¡Oiga, muñeco! No se sulfure así conmigo.

—¡Basta ya! —zanjó Arcones.

Y añadió, encarándose con el detenido de modo sutil y amenazante, como un dogo veneciano:

—Puede confesar por las buenas... o por las malas. Usted elije...

—¿Y qué necesidad tengo de hacerlo, si soy inocente? —replicó.

—Entonces díganos por qué huyó.

—Necesitaba cambiar de aires... O mejor aún: fui a ver a mi abuelita... — Celebró su propia chanza con una desagradable risotada, tan estridente como un relincho.

Armado de paciencia infinita, el capitán prosiguió interrogándole.

—Tenemos el arma con la que disparó a un inocente chiquillo de catorce años.

—¿Qué arma?

—No disimule: una Walther P-38. ¿Le digo también el número de serie...?

—¡Canalla, bellaco, bastardo...! —vociferó Da Costa, dando la impresión de querer desollar vivo a Almeida con cada adjetivo, como si, preso entre sus mandíbulas, hincase los dientes en su carne para hacerla pedazos.

—Tranquilícese, cariño —dijo este zalamero, guiñándole un ojo.

—No, si encima es maricón.

—Veo que no quiere colaborar —lamentó Arcones.

—¿Y por qué iba a querer hacerlo, si soy inocente? —insistió el detenido.

—¿También del intento de asesinato del príncipe Juan Carlos, en 1948?

—No sé de qué me habla.

—Pero entonces le detuvieron.

—Sigo sin saber de qué me habla.

—¿El nombre de Fermín Correa no le dice nada?

—Ignoro quién es ese individuo.

—Tampoco sabe quién es Cornelius, claro.

—¿Cornelius...? Qué nombre tan curioso.

—Fue él quien le ordenó a usted matar al príncipe en Villa Giralda; porque el verdadero objetivo era don Juan Carlos, en lugar de su hermano, ¿no es así, Almeida?

—¿Se ha vuelto usted loco? No sé adónde pretende llegar con todas estas majaderías.

—¿Majaderías...? ¿La máquina Enigma con la que usted estaba en contacto con la organización criminal en París también es una majadería? Oiga, Almeida, está usted a punto de acabar con mi paciencia.

Arcones no podía entender cómo un tipo de la peor calaña devolvía con semejante firmeza todos y cada uno de sus ganchos directos al mentón. Cualquier púgil, por fuerte que resultase, habría mordido hacía ya tiempo la lona.

Quizá fuese su propia maldad la que le mantenía inexplicablemente en pie. Si algo tenía claro Arcones era que Almeida jamás sería un hombre de bien: del vino se hacía fácilmente vinagre, pero jamás del vinagre vino.

La policía había verificado que las balas salieron de la misma arma homicida con la que Almeida intentó matar al príncipe hacía ocho años y ahora había segado la vida del hermano menor; disponía también del testimonio de Quiroga, señalando que Fermín Correa y Eduardo Almeida eran la misma persona; había descubierto la máquina Enigma con las instrucciones para asesinar al príncipe; y encima contaba con el hecho relevante de que el detenido había intentado escapar... Pero, aun con tan apabullantes pruebas incriminatorias, aquel individuo derrotado parecía sentirse victorioso. Tan tremenda paradoja torturaba al capitán Herminio Arcones.

El sargento Romero se asomó a la sala.

—El teniente Mendes les espera arriba, en la oficina dactiloscópica.

Poco después, el experto del laboratorio colocó los dedos de Almeida en la hoja que debía compararse con el archivo de huellas dactilares de Portugal, que contenía más de medio millón de fichas. Ricardo Mendes tomó las huellas de los cinco dedos de Almeida y pasó enseguida a la otra mano. Al contemplar la cartulina se quedó de una pieza y vio la expresión sarcástica con que el detenido lo observaba. El hombre que decía llamarse Eduardo Almeida no poseía la menor sombra de huellas dactilares. Arcones, Da Costa y Mora se miraron desconcertados. ¿Habían detenido acaso a un fantasma...?

Aquella noche, Da Costa llegó muy cansado a su nuevo apartamento en el centro de Lisboa. Estaba, sin embargo, ilusionado, porque acababa de iniciar otra etapa en su vida tras despedirse de don Juan en Villa Giralda.

Lo primero que hizo al abrir la puerta de su dormitorio fue arrojar su sombrero, que describió un gran arco en el aire y fue a posarse finalmente sobre el armario. Luego se descalzó los zapatos de puntera cuadrada para enfundarse unas cómodas zapatillas de fieltro y lana. A continuación se dirigió al salón para servirse un whisky y poner en marcha un tocadiscos Lauson con caja de madera por cuyos altavoces empezó a sonar, a bajo volumen, la voz de Sinatra cantando *Love and Marriage*. Luego se tendió en un mullido tresillo púrpura y se puso a contemplar el techo, con las manos cruzadas bajo la nuca, mientras se acordaba de la mirada felina de Nicole, de sus grandes ojos verdiazules y de su larga melena azabache. Cerró los ojos y evocó con precisión los rasgos de su cara en la pantalla de su memoria.

Ahora vivía solo y podía hacer cuanto se le antojase. De modo que descolgó el teléfono para hablar con su amiga Flavia, aunque en realidad desease hacerlo con Nicole, alojada provisionalmente en casa de su antigua novia.

—¿Dígame...? —contestó Flavia al otro lado del auricular.

—Hola, ¿cómo estás?

—¡Qué sorpresa! Pero si es el mismísimo Sherlock Holmes.

—Acabo de llegar a casa.

—Y yo hace un rato.

—¿Tan tarde? —repuso él, consciente de que eran casi las once.

—He tenido una jornada de perros.

—¿Y eso?

—La jefa se ha empeñado esta misma tarde en terminar el arreglo de un nuevo vestido para probárselo a un maniquí de madera antes de entregárselo a una clienta.

Flavia trabajaba en la casa-taller de Renata Colomer, una de las modistas de alta costura más populares de Estoril, Sintra y Cascais, muy cerca de los Almacenes Cruzeiro.

—Pues haberla mandado al infierno.

—¿Quieres que me quede sin trabajo?

—Era una broma.

—¿Y tú?

—Enfrascado también en lo mío, pero esperanzado, la verdad.

—Ya verás cómo todo te irá bien.

—Gracias. Lo mismo te deseo yo.

—Supongo que querrás hablar con Nicole.

—¿Cómo está?

—Acaba de darse un baño relajante y se encuentra ahora en la cocina. Espera que la aviso: ¡Nicole! —gritó.

—Gracias por todo, Flavia.

—¿Para qué estamos si no los amigos?

Al día siguiente, el jefe de la oficina dactiloscópica, Ricardo Mendes, seguía dándole vueltas en su cabeza al enigma que más le había intrigado en todos sus años de carrera: ¿cómo era posible que Eduardo Almeida careciese de huellas dactilares?

El servicio de reconocimiento de huellas de la Policía Internacional y de Defensa del Estado de Portugal se había convertido en uno de los mayores y más perfectos del mundo. No podía compararse en modo alguno con el del FBI, que contenía casi un millón y medio de fichas, pero era bastante completo y moderno.

Un fichero especial permitía identificar las marcas encontradas en los lugares o cuerpos del delito, incluso cuando dichas impresiones fuesen muy fragmentarias. Con ayuda de máquinas, que trabajaban con el sistema de fichas agujereadas, podía localizarse una tarjeta en cuestión de minutos. Y la experiencia demostraba que, incluso en tan enorme colección de dactilogramas, seguía siendo cierto el principio que dio origen al método dactiloscópico: no existían dos hombres que tuviesen las huellas dactilares iguales. El problema era que Eduardo Almeida carecía inexplicablemente de ellas.

A punto de darse por vencido, Mendes tuvo una repentina ocurrencia. Colgó la



bata blanca en el perchero del laboratorio y se encaminó decidido a la Hemeroteca para consultar la prensa de Estados Unidos, donde halló por fin en el *Chicago Daily News* del año 1934 la noticia que perseguía con tanto afán.

De regreso en la oficina, volvió a sentir el suelo bajo sus mocasines de cuero, faltándole tiempo para marcar la extensión de Arcones.

Minutos después, exclamaba sentado frente a él:

—¡He sido un completo idiota!

—¿Quieres tranquilizarte, Mendes?

—¿Cómo no me he dado cuenta antes? —añadió, abriendo del todo sus vigorosos ojos de pupilas grises y blanco prominente, como los de un mimo.

—¿Cuenta de qué...?

Mendes extrajo del bolsillo de la americana un pequeño bloc de notas y empezó a consultarlo, tratando de seguir el guión lo más sosegadamente posible.

—¿Recuerdas al pistolero John Dillinger?

—Claro, era casi tan famoso como Billy el Niño.

—Pues en mayo de 1934 tuvo que esconderse. Pero Dillinger no era hombre que aguantase mucho tiempo metido en una madriguera. Sentía unas ganas irresistibles de tomar copas e ir al cine. Por eso decidió cambiar completamente de aspecto para poder salir del escondite. Pero sabía muy bien que, por mucho que modificase su apariencia física, las huellas dactilares lo delatarían en la comisaría de cualquier estado.

—¿Qué pasó entonces?

—Un abogado sin escrúpulos, Louis Piquett, facilitó a Dillinger la dirección de dos cirujanos a cambio de cinco mil dólares. Eran el doctor Wilhelm Loeser, alemán de nacimiento, y el doctor Harold Cassedy. El 27 de mayo operaron a Dillinger en un escondrijo que puso a su disposición, por cuarenta dólares diarios, un antiguo contrabandista de alcohol llamado Probasco. Dillinger estuvo a punto de morir a causa de la anestesia. Las transformaciones efectuadas por los médicos en su rostro le produjeron tal desengaño que, ciego de ira, los amenazó con la metralleta.

—Y ahora dime tú: ¿qué tiene que ver Dillinger con Almeida?

—Aguarda solo un momento. El doctor Loeser decidió tratar las líneas dactilares de Dillinger con ácidos corrosivos, hasta hacerlas desaparecer por completo. Se trataba de un método nuevo...

—Que fracasó... —conjeturó el jefe.

—Solo de momento. El 22 de julio de 1934, cuando los agentes del FBI localizaron a Dillinger frente al cine Biograph de Chicago y acabaron con él, las líneas dactilares eran perfectamente visibles. Una vez más se demostraba que no había medio de hacerlas desaparecer.

—¿Entonces...?

—A partir de ahora lo entenderás todo.

—Vaya, Mendes, pensaba que yo era un poco más espabilado. Pero continúa...

—En octubre del mismo año, un agente de la policía de Chicago encontró el cadáver de Gus Winkler, reclamado por asesinato, asaltos a bancos y a correos. No era difícil averiguar cómo había muerto: un rival había disparado más rápido que él. Las huellas dactilares de Winkler se enviaron a la Oficina de Identificación.

—Donde comprobaron que tampoco tenías huellas... ¿o tal vez sí?

—No exactamente. Los dedos del cadáver de Winkler daban unos dactilogramas perfectos, pero la fórmula correspondiente no condujo a los funcionarios hasta la ficha con sus antecedentes penales conservada en el archivo.

—O sea, que sus huellas habían cambiado.

—Exacto. El dedo medio de la mano izquierda daba un dactilograma distinto del de la ficha. Winkler era muy conocido y no podía tratarse de otra persona. La alarma cundió enseguida en Washington. ¿Había acaso un método para cambiar las huellas digitales y poner en entredicho todo el sistema, tan concienzudamente elaborado?

—¿Lo había? —preguntó Arcones, intrigado.

—Esta vez —prosiguió Mendes, más calmado— las investigaciones de los médicos fueron más arduas y lentas. Un funcionario del Servicio de Identificación dio con la verdadera pista: la huella del dedo corazón de la mano izquierda tenía en la ficha dos deltas, mientras que la huella correspondiente al cadáver presentaba una pequeña cicatriz en el pulgar donde debía hallarse uno de los triángulos.

—¿Significaba eso que, si Winkler no hubiese sido un tipo tan conocido, la policía habría pensado que se trataba de dos hombres distintos ateniéndose únicamente a las huellas?

—En efecto. El médico que había tratado a Winkler se limitó a cambiar una pequeña parte de las líneas dactilares sembrando un desconcierto mayor que otros doctores que habían cauterizado o incluso suprimido la epidermis.

—Bastaba entonces con alterar levemente las yemas de los dedos para engañar a la policía.

—No tan rápido, Arcones. Todavía el cirujano Howart L. Uppdegraff, del Lebanon-Hospital de Hollywood, debió elaborar un extenso trabajo de experimentación. El resultado fue desalentador para los delincuentes, pues incluso el método usado con Winkler tenía un efecto transitorio, y las líneas dactilares se regeneraban.

—Entonces ¿era imposible cambiarlas de modo permanente?

—La única posibilidad de conseguirlo era mediante un trasplante de piel, sobre todo si esta procedía de las palmas de las manos. La piel de otra persona no servía. El trasplante y la curación duraban alrededor de cuatro semanas y resultaban relativamente indoloros. Pero, aun así, el método tenía fallos.

—¿Qué fallos?

—Arcones, debo pedirte disculpas —dijo Mendes de repente, llevándose una mano a su rostro redondo, preso en una barba canosa y rizada.

—No te entiendo...

—Ayer, al tomar las huellas de Almeida, me comporté como un verdadero novato.

—Pero si eres el mejor experto que tenemos.

—Verás, cometí el error de no hacer girar bien los dedos de Almeida sobre el papel. De haberlo hecho, habrían sido perfectamente visibles las cicatrices en los bordes de las yemas y las rupturas de las líneas dactilares, siempre y cuando, claro, Almeida se hubiese sometido a un trasplante de piel.

—¿Acaso sospechas que haya podido hacerlo?

—Por eso mismo te he soltado este rollo.

—¿A qué esperamos entonces para hacer otra visita a ese truhán?

—Antes de eso, debes saber que las cicatrices en la parte del cuerpo de la que se ha quitado la piel nos suministrarán la prueba evidente de una intervención quirúrgica.

—Pues busquemos esas dichas cicatrices...

—¿Gérard...? —preguntó Da Costa por la línea privada.

Gérard Chaillot era su enlace en París. Pertenecía al servicio secreto de la llamada Police Nationale, vinculada, como la PIDE portuguesa, al Ministerio del Interior. Su jurisdicción se extendía por los grandes pueblos y ciudades, a diferencia de la otra fuerza policial francesa, la Gendarmerie Nationale, encargada de las pequeñas zonas rurales y del control fronterizo.

—Dime qué necesitas ahora —repuso Gérard, acostumbrado a que Da Costa le llamase siempre para pedirle algo.

—Se trata de un asunto de la máxima prioridad.

—Eso me suena.

—Pero esta vez mi gobierno está muy preocupado.

—¿Por otra revolución, como la de hace veinte años? —ironizó.

Gérard aludía al golpe de Estado del 28 de mayo de 1926 protagonizado por un grupo de militares para derrocar al gobierno de la Primera República portuguesa.

—No tanto como tus reyes por la Revolución francesa, pero casi... —dijo Da Costa, siguiéndole el juego.

—Está bien, cuéntame.

—¿Conoces a un tal Cornelius?

—Es la primera vez que oigo ese nombre.

—Sabemos que ese sujeto dirige con nombre real o en clave una organización criminal desde París.

—¿Aquí, en París?

—Necesitamos que lo investigues.

—Debe tratarse de una organización sin importancia, pues de lo contrario ya no existiría porque la habríamos desarticulado.

—No estés tan seguro, Gérard.

—De acuerdo, veremos qué podemos averiguar sobre ese individuo y su organización, si es que no son espejismos... ¿Cómo dices que se llama él...?

—Cornelius.

Mafalda se sorprendió al ver a Dafne aquel sábado embozada en un traje negro ajustado con los hombros al descubierto, a juego con su larga melena azabache, como el maquillaje de sus ojos, que parecían «a la funerala».

—¿Se ha muerto alguien? —preguntó.

—Es el uniforme existencialista. Lo verás en todas las cuevas y cabarets de París... Y tú... ¿cómo vienes así...?

—¿Acaso no te gusta mi vestido?

—Desentona.

Mafalda lucía un traje de Chanel ideal: chaqueta estilo cardigan, con la típica cadenita cosida en el interior, camiseta del mismo color que el forro de la rebeca, y una cómoda falda un poco más corta de lo normal. Todo ello, combinado con zapatos beige sin talón de puntera negra y un bolso en bandolera. Monísima.

—¿No dijiste que iríamos al Caveau de la Huchette? —observó Mafalda al ver que su amiga aparcaba el Citroën 2CV, negro también, en la Rue de Rennes, frente a un letrero intermitente de neón que indicaba desde el alero La Rose Rouge.

—Cambio de planes.

—¿Y eso?

—A última hora me he enterado de que esta noche actuaba aquí Juliette Gréco.

—Caramba, qué gran idea escucharla en directo.

—Te encantará.

—Una cosa, Dafne.

—Dime.

—¿Crees que haré el ridículo con este vestido?

—Tranquila. Dentro habrá otras chicas como tú.

Instalado en un subsuelo, el cabaret estaba ya repleto de gente a las once de la noche. Una espesa cortina de humo difuminaba el escenario sobre el que en unos instantes cantarían la gran musa del existencialismo.

Todo los que allí estaban, hubiesen leído o no a Sartre, frecuentaban el barrio de Saint-Germain-des-Près, en la orilla izquierda del Sena. Era el reino de la literatura, de las librerías, de los escritores y las galerías de arte... y de los cabarets como aquel.

Mafalda y Dafne se instalaron en una de las contadas mesas que aún quedaban vacías, algo alejada del escenario. El mobiliario del local era viejo y desvencijado, pero resultaba extrañamente acogedor. La Rose Rouge era uno de los refugios preferidos por los existencialistas para expresarse en completa libertad.

—¿Has visto quiénes están sentados allí? —indicó Dafne con la mirada.

—No me digas que son Simone Signoret y su marido, Ives Montand.

—¡Bingo!

—Y fíjate en aquella otra mesa: ¿no es Chaplin quien está sentado a ella?

—¿Ves como te dije que conocerías a gente interesante?

—¡Mira ahora allí!

Las dos amigas reconocieron a Juliette Gréco. Charlaba con un joven Charles Aznavour, que había puesto letra a una escandalosa canción titulada *Je hais les dimanches* (*Odio los domingos*), con música de Florence Vèran, que estaba a punto de interpretar aquella noche.

—¡Pero si va vestida igual que tú! —exclamó Mafalda.

—Soy yo la que viste como ella.

Había una docena de jóvenes de familias adineradas, como Dafne, con atuendos

negros, largas melenas y camisas de hombre. El «estilo Gréco» empezaba a causar furor entre las mujeres.

Sobre la Gréco, apodada Jujube por sus amigos, el gran trompetista y compositor Miles Davies, solo comparable a otras figuras del jazz como Louis Armstrong, Duke Ellington o Charlie Parker, había comentado tras conocerla siete años atrás en el Tabou, el club de jazz más reputado de todo París: «Creo que fue la primera mujer a la que amé de verdad; separarme de ella casi me partió el alma...».

El propio Jean-Paul Sartre tampoco se mordió la lengua: «Gréco tiene millones de poemas en la voz», proclamó. Y no le faltaba razón, pues desde él mismo hasta Marguerite Duras, Françoise Sagan o Boris Vian habían escrito canciones para ella, con dulces melodías de Jacques Brel, Léo Ferré o Joseph Kosma.

—¿Os importa compartir la mesa con nosotros? —dijeron dos jóvenes con sendas camisetas negras y desgredadas cabelleras.

—Por supuesto que no, ¿verdad, Mafalda?

—No.

En aquel momento Juliette Gréco, micrófono en mano, entonó la primera estrofa con voz aguardentosa y débil, como si tuviese escasa confianza en su indiscutible talento:

*Tous les jours de la semaine  
sont vides et sonnent le creux.  
Bien pire que la semaine  
y a le dimanche prétentieux  
qui veut paraître rose  
et jouer les généreux.  
Le dimanche qui s'impose  
comme un jour bienheureux.  
¡Je hais les dimanches!  
¡Je hais les dimanches!...*

*(Todos los días de la semana  
están vacíos y suenan huecos.  
Mucho peor que la semana  
es el domingo pretencioso  
que quiere parecer de color de rosa  
y dárselas de generoso.  
El domingo que se impone  
como un día bienaventurado.  
¡Odio los domingos!  
¡Odio los domingos!)*

—Esa canción dice la pura verdad —comentó Philippe, el rubio veinteañero sentado más cerca de Dafne; un muchacho alto y delgado, de anchos hombros.

—Basta ya de reglas impuestas —le secundó su amigo Alain, moreno, pero de edad y complexión similares a las de él.

—Yo pienso lo mismo —dijo Dafne.

—¿Y tú...? —preguntó Alain.

—¿Yo...? No sé... —balbuceó Mafalda.

—El domingo no se hizo para ir a misa, sino para divertirse.

—Bueno, no veo qué hay de malo en que cada uno haga lo que quiera.

Alain empezó entonces a filosofar con Mafalda sobre el existencialismo, mientras Dafne parecía congeniar con Philippe.

—Para ser existencialista —explicó—, uno tiene que ser capaz de sentirse a sí mismo, de conocer sus deseos, su angustia, su rencor... Porque si ignora su frustración personal es imposible que sepa cómo satisfacerla.

A Mafalda, aquel discurso le sonaba a chino; simplemente asentía por educación a las palabras solemnes de aquel chico antiburgués.

—Solo un francés —añadió Alain en alusión a Sartre, mientras se encendía uno de esos fuertes Gauloises con filtro que olía como si quemasen alquitrán—, tras declarar que el inconsciente no existe, pudo explorar la conciencia y prácticamente todos los *frissons* del devenir mental. ¿Para qué? Pues muy sencillo: para crear la teología del ateísmo y proponer que en un mundo de absurdos lo más coherente es el absurdo existencial.

—Hablas muy bien, Alain, pero me resulta complicado seguirte.

—Tranquila, mujer, ya verás cómo al final lo comprenderás todo.

Mafalda miró en derredor, mientras Dafne seguía enfrascada con Philippe en su conversación, y vio a Juliette Gréco atravesar la cueva para sentarse en la mesa de Chaplin, que charlaba animadamente con una pareja. Le pareció reconocer a Picasso, que vivía desde mayo del año anterior con Jacqueline Roque en la villa La California, en Cannes; debía de ser esta la que sonreía a su lado. El pintor español era un asiduo de las cuevas literarias y del jazz desde que en 1937 se convirtió en vecino del barrio parisino tras instalar su *atelier* en el número 7 de la Rue des Grands-Augustins, donde concluyó el *Guernica*.

Alain acababa de cambiar de discurso para hablar de política:

—¿Qué opinas de nuestro presidente René Coty? —preguntó a Mafalda.

—Me parece un hombre moderado.

—Ese es su principal problema.

—¿Preferirías acaso que fuese radical?

—¿Sabías que Coty fue uno de los que votó en 1940 a favor de otorgar poderes extraordinarios a Pétain, y que eso propició la colaboración del gobierno de Vichy con los nazis?

—No lo sabía.

—Nadie parece saberlo ya, y mientras tanto tenemos que aguantar a un conservador pusilánime como él al frente de la República.

—Algo bueno tendrá...

—Nada absolutamente, igual que *Madame* Robert Schuman. Todo el mundo pensó que su presencia en la «Tercera fuerza» funcionaría.

Los *Madames* eran los democristianos. Se les llamaba así porque la sede de su partido estaba en la Rue Madame, mientras que a los socialistas republicanos se les denominaba *Monsieurs* porque sus oficinas estaban en la Rue Monsieur.

—Y funcionó: ¿quién crees si no que sacó a Francia de la crisis hace apenas dos años? Pues la asociación de fuerzas de centro izquierda de la que formaba parte Schuman precisamente.

—Ese hombre es un traidor.

—¿Por qué le acusas?

—¿Te parece poca traición enfrentarse al resto de la coalición en el debate sobre la enseñanza libre? La defensa del laicismo y el predominio de la enseñanza pública sobre la privada son dos cuestiones irrenunciables.

Al final de la velada, Philippe y Alain intentaron quedar con ellas para otra ocasión.

—Será un placer volver a vernos —aseguró Dafne.

—Podemos ir el próximo sábado al Lorientais de Claude Luter —sugirió Philippe.

—Me fascina oírle tocar el clarinete y el saxo al mejor estilo de Nueva Orleans. ¿Te animas tú también, Mafalda? —dijo Alain.

—No sé si podré ir este sábado.

Mafalda observó a la salida, sobre el mostrador, varios panfletos publicitarios de la Fundación Solidarité Universelle que al entrar no debían de estar ahí. Cogió uno de ellos y leyó: «Utopías sociales: un estudio crítico sobre el uso de la violencia política en el siglo xx». Era un seminario gratuito. Pensó: «Menudo rollo», y lo dejó en su sitio.

—Es muy interesante —le dijo Alain.

—¿Cómo lo sabes?

—Los he dejado yo ahí para que se apunte todo el que quiera.

—¿Y tú?

—Ya lo estoy.

—Ah...

Da Costa y Mora viajaron a Madrid para hablar con el marqués de Pimentel, el noble por cuya recomendación había entrado Almeida al servicio de los condes de Barcelona, en Villa Giralda.

Los policías se encontraron con una ciudad de menos de dos millones de



habitantes que daba muestras de cierta recuperación económica tras la apertura de los primeros supermercados, autoservicios y aparcamientos subterráneos. Por sus calles circulaban ya los primeros Seat 1400, junto a los célebres Biscuter comercializados desde hacía cuatro años. Quienes no disponían de coche propio, que era la inmensa mayoría, tomaban el tranvía previo pago de entre diez y veinticinco céntimos, dependiendo del trayecto, igual que el Metro.

Si alguien necesitaba hablar por teléfono, adquiría unas fichas doradas con hendiduras en el bar de la esquina, las cuales se le devolvían al término de la conversación.

Empezaban a llegar a la ciudad artículos importados, desde los pantalones vaqueros a las persianas Gradolux. Pero había también inventos nacionales muy curiosos, con vocación perenne, como la fregona y el chupa-chups.

Era el Madrid de las cancioncillas comerciales, como la del Cola-Cao, que patrocinaba la radionovela *Matilde, Perico y Periquín*. La mitad al menos de los madrileños sabía que el Real Madrid de Di Stéfano, Gento y Rial se jugaba el 13 de junio su primera Copa de Europa frente al Stade de Reims, en el estadio Parc des Princes de París.

El casco urbano se había transformado con nuevos edificios emblemáticos como el del Ministerio del Aire, la Casa Sindical, el hospital de la Princesa o el estadio Santiago Bernabéu.

El Madrid comercial se concentraba en la calle Preciados, la del Carmen o la de Carretas, repletas de pequeños negocios que poco a poco iban dando paso a grandes almacenes como Galerías Preciados o El Corte Inglés.

Se calculaba que había más de trescientos bares repartidos por la ciudad. La Puerta del Sol y sus alrededores contaban con numerosos cafés, entre los que destacaban el Barceló, el Levante, el Manila y el de La India.

Acababa de producirse también una cierta renovación cultural con la aparición en escena del dramaturgo Buero Vallejo, de los novelistas Camilo José Cela, Sánchez Ferlosio y Ana María Matute, o del poeta José Hierro.

Mientras recorría las calles de aquel Madrid emergente en un vehículo policial, Da Costa evocó su infancia y juventud en esa misma ciudad desde su llegada, a finales de 1925. Su padre, zapatero remendón, se había visto obligado a cerrar su pequeño taller en Lisboa como consecuencia de la fuerte inestabilidad política en todo el país durante la Primera República portuguesa, que disparó la tasa de paro hasta límites insospechados. De hecho, en los dieciséis años transcurridos desde el derrocamiento del rey Manuel II, en 1910, hasta el golpe de Estado militar registrado en mayo de 1926, Portugal tuvo ocho presidentes de la República, treinta y ocho primeros ministros, y cuarenta y cinco gobiernos distintos. Después de todo, resultó providencial que un tío paterno de Da Costa estuviese casado con una prima segunda de la nieta del empresario británico Thomas Price, fundador del Circo Price en 1868. Antonio da Costa, como se llamaba él, habló con su esposa y esta intercedió a su vez

ante los nuevos administradores del circo para que contratasen a los Da Costa. Fue así como Carlos Alberto, a sus doce años, pudo trasladarse a vivir finalmente con sus padres a una vivienda próxima a la plaza del Rey, donde se levantaba la carpa del Price sobre un solar propiedad del conde de Polentinos. Aquel terreno había sido antes el jardín de la casa de las Siete Chimeneas, antigua residencia de Manuel Godoy, entre cuyos árboles y floridos setos había correteado de niño Victor Hugo, futuro príncipe de las letras, en tiempos del rey José Bonaparte.

Da Costa recordaba ahora con nostalgia, mientras se dirigía con el brigada Mora hacia el Hipódromo de la Zarzuela para hablar con el marqués de Pimentel, a las antiguas aguadoras que vendían agua en botijos, pipas o altramuces. Como al pobre Alfonsito, a él le encantaba también escuchar el tañido de la ocarina del afilador de cuchillos que pasaba cada mañana por delante de su casa, y jugar al fútbol, aunque fuese a patada limpia, en el descampado del barrio después del colegio. Recordaba el día en que pudo por fin despedirse del pupitre de dos plazas con dos tinteros, y de los palmetazos del profesor en las yemas de los dedos con una gruesa regla de madera, para ingresar como empleado en el circo Price. Un mundo desconocido y fascinante se abrió entonces ante su inquieta mirada. Pero un aciago día, ocho años después, tras haber acariciado el cielo con su trapecio, vio partir el tren irremediable de su última ilusión. Empezó el trasiego por los hospitales, las innumerables horas de quirófano, que acabaron postrándole en una silla de ruedas durante un año entero. Con solo veinte años, Da Costa puso a prueba su tesón y audacia intentando volver a caminar. Duros ejercicios diarios en el gimnasio, entre lágrimas de rabia y desesperación, unidos a los rezos de sus padres, obraron finalmente el milagro. El joven no solo logró levantarse para siempre de la silla de ruedas, sino que corrigió su modo de andar sin que apenas se le notase la cojera. En febrero de 1936, tras el triunfo electoral del Frente Popular, regresó solo a Portugal decidido a convertirse en policía. Y ahora ya lo era, y de los buenos...

Da Costa y Mora localizaron al marqués de Pimentel en la fila de una de las ventanillas de apuestas del Hipódromo de La Zarzuela, inaugurado en 1941 en sustitución del antiguo hipódromo de la Castellana.

Vestido con chaqueta Conde de Teba de color camel y pantalones de franela gris, el marqués se disponía a apostar quinientas pesetas en el Derby Conde de Villapadierna, aprovechando que aquel mismo año se había duplicado el dinero destinado a los premios. El marqués no concebía la vida sin apostar por aquellos malditos pencos. Era capaz incluso de jugarse otros cien duros a cuál de dos moscas saldría volando primero de las crines de uno de aquellos cuadrúpedos.

Identificados como policías, Da Costa y Mora le condujeron hasta un lugar tranquilo para poder charlar con él.

—¿Conoce usted a Eduardo Almeida? —preguntó Mora, advertido por su

compañero de que llevase él la iniciativa durante el interrogatorio.

—Sí, ¿le ha sucedido algo? —repuso el marqués, rozándose la comisura de los labios con el meñique de su mano derecha, en el que brillaba un pequeño zafiro gris.

—Nada en absoluto. Solo queremos saber por qué le recomendó usted para trabajar en Villa Giralda.

—Bueno, siempre me pareció un hombre responsable y discreto.

—¿Cómo le conoció?

—No lo recuerdo muy bien.

—Haga memoria.

—Tal vez en una recepción en casa del conde de Ribagorda, o en alguna cacería en la finca de los Montaner...

—No sabe entonces. Porque usted es amigo de don Juan, ¿verdad?

—Sí, lo soy.

—¿Y pensó que Almeida sería un buen ayuda de cámara para él?

—Ya le he dicho que es una persona cualificada para esa función.

—¿Le conoce usted mucho?

—De alguna reunión social, como también le he comentado.

—¿En cuántas ocasiones coincidió con él?

—No sé decirle exactamente... ¿cuatro...? ¿Tal vez cinco...?

—Supongo que en esas reuniones habría más gente además de usted y Almeida.

—Naturalmente.

—¿Y le parece lógico recomendar a una persona a la que apenas conoce para que trabaje en la residencia familiar del pretendiente de la Corona de España?

—Oiga, ¿qué pretende decir?

—Simplemente que nos sorprende su ligereza, teniendo en cuenta que para cualquier otro trabajo son capaces de contar hasta el número de pelos que el candidato tiene en la cabeza.

Da Costa y Mora habían investigado previamente al marqués de Pimentel y sabían por tanto que era un *bon vivant* que subsistía dando sablazos a la gente y aparentando una saneada posición económica. En solo seis años, había derrochado en francachelas, amoríos y aventuras la fabulosa suma de casi tres millones de pesetas. Era un hombre débil, voluble y falto de valor. Y, obviamente, un pésimo administrador de la fortuna de su padre, de quien había heredado a su muerte saldos importantes en bancos españoles e ingleses, así como valiosas propiedades inmobiliarias. Pero demasiado pronto, su desprecio por el dinero, el vicio de las apuestas de caballos y galgos, y la avaricia de una de sus amantes acabaron por reducir aquel inmenso patrimonio a la mínima expresión.

—¿Qué te ha parecido el marqués? —preguntó Mora a su compañero, de regreso al coche.

- Creo que trata de ocultarnos algo.
- Yo tampoco me fío de él.
- No me extrañaría que supiese algo de París.
- ¿Qué tal un careo entre Almeida y él?
- Por nada del mundo me lo perdería.
- Hablaré con mi jefe para que le sigan.
- Es una brillante idea.

La cárcel de Peniche, a orillas del mar, era una fortaleza inexpugnable habilitada como prisión de alta seguridad durante la dictadura de Salazar donde cabían casi dos mil convictos.

Mandada construir por el rey João III en 1557 y concluida por su sucesor João IV en 1645, aquel antiguo bastión defensivo situado al sur de la península, sobre unos acantilados casi inaccesibles, había rechazado sucesivamente las embestidas de corsarios ingleses y franceses, e incluso de piratas berberiscos.

Aquella misma estructura abaluartada había servido muchos años después de prisión a soldados alemanes y austríacos durante la Primera Guerra Mundial.

Y ahora, entre la población reclusa de Peniche, convivían auténticos desechos humanos a los que nadie en su sano juicio osaría acercarse a menos de dos metros de distancia. Verdaderos engendros de perversión: violadores de mujeres y hombres, pederastas, traficantes de drogas, ladrones y asesinos.

Dos años antes de que Eduardo Almeida fuese a dar con sus huesos en una de aquellas mazmorras medievales, había logrado fugarse de allí el líder comunista António Dias Lourenço, tras serrar los barrotes de hierro de su celda y descender luego hasta el mar por una cuerda hecha con jirones de mantas.

Nada más entrar en aquel agujero de seis metros de largo por cuatro de ancho, custodiado por dos gorilas que acababan de soltarle las esposas de pies y manos, Almeida reparó en que no iba a estar solo. Otros tres hombres de edades similares a la suya se incorporaron de las literas para fisgonearle. Almeida se acercó sigiloso a su camastro y comprobó que estaba infestado de chinches. Acto seguido inspeccionó el apestoso retrete, por el que vio asomarse una rata negra proveniente del desagüe, reparando en que el suelo estaba mojado. Supo luego que las celdas solían inundarse cada vez que subía la marea.

—¡Bienvenido, capullo! —vociferó uno de sus compañeros de celda.

—Que te jodan, mamón —murmuró él entre dientes.

—Yo encantado, cielito... ¿Quieres que lo hagamos aquí mismo, en mi regio tálamo?

—¡Con tu puta madre si lo prefieres, cabrón! —bramó Almeida, desafiándole con los puños apretados.

—¡Paz, muchachos! —intervino un individuo moreno, cubierto de tatuajes.

En cuanto un prisionero nuevo atravesaba el umbral de la cárcel, los invertidos empezaban a vigilarle. La mejor oportunidad que tenían de observar a los nuevos reclusos era en el comedor. Los miraban como si estuviesen desnudando mentalmente a una chica. Pero Almeida, como no era un muchacho joven ni tenía aspecto de inocente, conseguía librarse de los violentos asaltos en las duchas.

Al cabo de tres semanas, el nuevo prisionero demostró cierta empatía con aquel tipo robusto de mediana estatura y barba negra crecida hasta la clavícula que había apaciguado los ánimos el mismo día de su llegada. Alberto Mendoza, como decía llamarse, tenía tatuados el pecho, los hombros y los brazos.

El día que él ingresó en prisión, además de quitarle los cordones de los zapatos y el cinturón para que no se ahorcara, los guardias contemplaron estupefactos el festival de dibujos que decoraban su cuerpo mientras se desnudaba durante el registro. Por lo visto, aquel hombre era un entusiasta del fútbol, porque tenía todo el cuerpo cubierto con los escudos de los más prestigiosos clubes del mundo, empezando por su favorito, el Club Atlético Peñarol, como uruguayo que era. Pero otros emblemas recorrían de un extremo a otro su oscura epidermis: Arsenal de Londres, Inter de Milán, Real Madrid, Bayern de Múnich, Ajax de Ámsterdam, Barcelona, Rapid de Viena, y algunos más.

Mendoza no era precisamente una hermanita de la caridad. Presumía de haber robado una docena de bancos a mano armada y de haberse llevado por delante al cajero de uno de ellos con una Beretta como la que utilizaron los alemanes en la Segunda Guerra Mundial. «¿Qué sabrá este?», debió de pensar Almeida al escuchar alguna de sus bravuconadas. Pero, en cuestión de poco tiempo, la relación entre ambos reclusos se hizo más estrecha.

—Ten cuidado con Valentina: como le des la espalda, es capaz de darte un buen susto por detrás —le previno Mendoza.

A Raúl Rendueles, a quien Almeida se había enfrentado ya desde el primer día, le apodaban Valentina por su manía de untarse cacao en los labios carnosos continuamente. Era un tipo repugnante y obeso, con aros de acero en ambos lóbulos de las orejas, que disfrutaba mesándose su grasiento cabello para entretenerse luego haciendo resbalar las yemas de los dedos, como si tuviese manteca de cerdo en ellas. Era un ser depravado, que cumplía treinta años de condena por violar a siete menores que acabaron identificándolo. La única diferencia entre él y Almeida estribaba en que este, en lugar de gozar desflorando a sus víctimas, se complacía asesinandolas.

—Vamos a ver, Almeida, ¿te desnudas solo o lo hacemos nosotros? —amenazó uno de los dos fornidos guardias que le habían trasladado aquella mañana hasta el despacho del director de la prisión, Gregório Serna.

—Te conviene hacerle caso —advirtió este, conociendo la extrema violencia con que el subordinado solventaba la menor resistencia.

—¿Es que no habéis visto nunca un par de pelotas bien puestas? —se pavoneó el preso, reacio a desenfundarse el mono de rayas como si fuera su propia piel.

—Está bien, tú lo has querido —dijo el guardia, zancadilleándole.

—Vuelve a ponerle tú las esposas en las muñecas; yo me ocupo de los tobillos —indicó su compañero.

Instantes después, Almeida yacía en el suelo desnudo e inmovilizado.

—¡Así es imposible observar algo! —se quejó el director, reparando en que el recluso apretaba fuertemente los puños para evitar que reconociese sus dedos.

—Aguarde un momento, señor.

—¿Vas a por la colonia? —preguntó su compañero.

—Ahora mismo vuelvo.

Al cabo de un rato, Almeida dormía como un lirón gracias al trapo empapado en cloroformo que el agente había apretado durante treinta segundos contra su rostro.

—¡Aquí está! —celebró el director, tras examinar con una lupa la primera falange.

En el borde de la yema del índice acababa de localizar una pequeña cicatriz que pasaba inadvertida a simple vista. A medida que inspeccionó los demás dedos fue descubriendo otras similares.

Gregório Serna había recibido órdenes estrictas de buscar cicatrices en el cuerpo de Almeida. En pocas horas, los resultados de su exploración se hallaban ya en manos de Herminio Arcones.

—¡Los dedos de Almeida están plagados de cicatrices! —celebró el capitán mientras leía el informe en presencia del teniente Mendes.

—¿Únicamente los dedos?

—Los dedos...

—¿Y...?

—El torso también.

—¡Hurra!

—Tiene cinco cicatrices en el tórax.

—Son las partes de la piel injertadas en las yemas de los dedos —explicó el jefe de la oficina dactiloscópica.

—Acabamos de resolver el enigma.

Bernardo Arriaga medía un metro setenta y cinco y pesaba unos ochenta kilos. Su calva cocorota estaba rodeada por un teloncillo de cabellos blancos. Tenía el aspecto de un banquero, y en realidad lo era, con su traje impecable de Balenciaga, unas gafas Ray-Ban graduadas y su voz meliflua. Era el hombre con el timbre de voz más suave que habían oído Da Costa y Mora cuando le visitaron para sacarle información del marqués de Pimentel, de quien Arriaga había sido prestamista. Pero aun así, don Bernardo, como le llamaban sus empleados haciéndole reverencias, podía congelar a cualquiera con su tono de voz y con la mirada de sus ojos pardos si pensaba que había hecho algo incorrecto. Aquel hombre parecía conformarse con dormir cuatro horas seguidas. De hecho, a las siete de la mañana estaba ya en su despacho de director

general del Banco Internacional. Era una dinamo humana.

—Disculpen, caballeros, que les atienda en mi despacho, pero tengo mucho trabajo esta mañana —saludó con cierta displicencia.

—No le entretendremos demasiado, don Bernardo. Solo queremos que nos cuente lo que sabe usted sobre el marqués de Pimentel —explicó Mora.

—Su padre era un auténtico señor. Fue cliente nuestro durante muchos años y jamás dejó un descubierto en ninguna de sus cuentas, pero el hijo...

—Ya sabemos que le gustan mucho las apuestas.

—Yo diría que Pimentel es un señorito que nació siendo rico, pero que se ganó a pulso convertirse en pobre. Un señorito que disfruta viviendo de las apariencias. Quiere que todo el mundo piense que tiene mucho dinero, aunque no tenga ni un céntimo. Le gusta entrar en los restaurantes y que el *maître* se le acerque y diga: «Tome asiento, señor marqués. Esta mesa está reservada para usted».

Da Costa entendía el desprecio con que Arriaga aludía al marqués de Pimentel. Indagando en la vida del banquero, no pudo evitar solidarizarse con su extracción humilde. Con doce años, los mismos con los que él ingresó en el circo Price, Arriaga empezó a trabajar como meritorio en una sucursal del Banco Internacional. Su primera misión con responsabilidad consistió en traer y llevar cafés y correspondencia con celeridad embutido en su uniforme gris de abotonadura dorada. A los trece años, se convirtió en cajero con un sueldo mensual de sesenta pesetas. Para entonces ya había aprendido los primeros rudimentos de contabilidad, en una época en la que quien sabía sumar con los dedos era casi licenciado. Y ahora estaba sentado en un confortable sillón de cuero, parecido a un sitial, en un lujoso despacho con vistas al desahogado jardín del Retiro.

—Vino a verme hace un año, angustiado, porque le llovían las deudas.

—Deudas de juego, claro.

—No duden, caballeros, de que ese rufián habría sido capaz de vender a su propia madre con tal de obtener dinero para apostar en el hipódromo.

—Decía, don Bernardo, que Pimentel estaba desesperado cuando vino a verle —intervino Da Costa.

—Se hallaba al borde de la quiebra. Me pidió que le prestase más dinero, asegurando que iba a vender todas sus fincas.

—¿Cuánto dinero?

—Creo recordar que se trataba de cincuenta mil pesetas.

—¿Y se las prestó?

—Cualquier otro banquero con menos experiencia que yo lo hubiese hecho. Pero a mí ese granuja no logró engañarme. El banco ya le había embargado una hacienda en el campo. Ordené a mi equipo levantar el resto de las alfombras y comprobamos que debajo había solo polvo. Pimentel había vendido hasta la última hectárea de terreno que le quedaba. Hace seis meses regresó para verme.

—Hummm. ¿Seis meses, dice? —musitó Da Costa, como si sospechase algo.



—Más o menos. Aquel día saldó milagrosamente todas sus deudas y levantamos el embargo de la casa de campo.

—¿Mucho dinero?

—Un millón de pesetas.

—Caramba. ¿Nunca supo de dónde sacó semejante cantidad?

—No. Pero puedo asegurarles que ningún banquero del mundo le hubiese prestado esa suma sin revisar antes sus roñosos calzoncillos.

Arcones telefoneó a Da Costa desde Lisboa por la línea privada.

—Acabo de recibir una carta que te va a interesar.

—¿Una carta? ¿De quién? —dijo el teniente, instalado en un despacho de la Comisaría General de Investigación Criminal de Madrid.

—¿Crees que si no fuese de la Interpol iba a llamarte?

—Disfrutas manteniéndome en vilo, ¿eh?

—No hay nada como que un paisano portugués presida la mayor organización de policía criminal del mundo para que a uno le hagan caso enseguida.

Arcones aludía a Agostinho Lourenço, que aquel mismo año había sido elegido presidente de la Interpol, con sede central en París.

—Es una carta dirigida en realidad al señor Lourenço por el director general de Sociéte Crédit Française, de la que acabo de recibir una copia.

—Dime de una vez qué dice.

—¿Te la leo entera?

—Sí.

—«Excelentísimo señor Agostinho Lourenço...».

—¿Quieres dejar ya de torturarme?

—Está bien. Dice: «Recibida su carta del pasado 4 de abril, tengo el placer de informarle, tras la autorización del Consejo de Administración, de que el señor Anastasio Pimentel de la Fuente recibió con fecha 12 de septiembre de 1955 una transferencia por importe de un millón de pesetas en su cuenta número 0196882 abierta en nuestra sucursal de Madrid. El ordenante de la transferencia fue Nicolas Briand Courtois».

—Lo suponía, pero ahora tenemos la certeza de que Pimentel aceptó el soborno a través de ese tal Briand a cambio de recomendar a Eduardo Almeida en Villa Giralda.

—¿Sabemos si la cuenta registra más movimientos?

—No. Fue abierta solo para realizar ese ingreso.

—La misma cantidad que Pimentel adeudaba al Banco Internacional, según nos dijo su director general.

—Ese pájaro debe saber algo sobre Cornelius y su organización.

—Es probable.

—Voy a enviarte enseguida la carta por radio-fax.

- Ya verás la cara que pondrá Pimentel cuando se la mostremos.
- Lo tenemos acorralado.
- En cuanto se lo diga a Mora, estará deseando hacerle otra visita.

Una frondosa casa de campo en las afueras de Madrid, de dos plantas con torreón incluido, era la única propiedad inmobiliaria que milagrosamente conservaba en su poder Anastasio Pimentel de la Fuente, marqués de Pimentel. Allí vivía y celebraba numerosas fiestas nocturnas con sus variopintos invitados. El Banco Internacional había levantado finalmente el embargo de la propiedad, tras recibir del moroso todo el dinero que adeudaba gracias al millón de pesetas ingresado misteriosamente en su cuenta bancaria.

Los inmensos jardines estaban salpicados de macizos de raras flores, sombrías alamedas, lilos, rosales, castaños, un pinar, tapia cubierta con hiedra y jazmines, cenadores de piedra, un estanque, y hasta una antigua caballeriza donde sus antepasados guardaban los purasangres ingleses.

Aquella deslumbrante mansión, en cuyo patio formaban un semicírculo varias estatuas de bronce que representaban a personajes de la familia, había sido heredada también de su padre, el tercer marqués de Pimentel.

Da Costa y Mora calcularon que se necesitaban más de tres horas para recorrer aquella posesión, atravesada por un río con un bote servido antiguamente por un barquero. Muy cerca de allí, se celebraron en 1835 las primeras carreras de caballos que servían ahora, con sus apuestas, para seguir vaciando los bolsillos del frívolo marqués.

—¡Menudo palacio que tiene el granuja! —exclamó Da Costa, admirado, mientras aparcaba el coche en la rotonda de la entrada.

—Tú yo necesitaríamos reencarnarnos docenas de veces para poder comprar una casa semejante —contestó Julio Mora.

—Y que lo digas.

El marqués salió a recibirles y les condujo poco después hasta el salón presidido por un gran retrato al óleo de su bisabuelo, primer titular del marquesado concedido a la familia por el rey Alfonso XII.

El salón era francamente original, con la tribuna en forma de medio punto, para música, las columnas, la escalinata de finas maderas, el techo pintado y dorado, los candiles dentro de las hornacinas y la vieja fuentecilla para lavarse las manos. Justo al lado estaba la sala de billar, donde se conservaban, esculpidas en madera, corridas de toros con las figuras de los principales matadores.

—No nos inspira usted ninguna lástima —comentó Mora.

—¿Lo dice por la casa?

—Lo digo por el palacio donde vive.

—Bonito, ¿verdad?

—Creo que se queda corto —repuso Da Costa.

—Pero ya le advierto de que hoy no venimos a visitar su museo —dijo Mora, frunciendo el ceño.

—¿Qué quieren entonces...?

—Averiguar por qué nos mintió.

—Yo no les he mentado, señores.

—¿Por qué se empeña en seguir haciéndolo?

Mora le fulminó con la mirada, como si deseara cortarle en pedazos.

—¿Y ustedes por qué insisten en decir que miento?

—Da Costa, muéstrale de una vez el documento.

—¿Qué documento? —preguntó el marqués, visiblemente nervioso.

—¿Le resulta familiar el nombre de Société Crédit Française?

Pimentel palideció como una máscara de cera.

—Un millón de pesetas no se ingresa en una cuenta corriente así por las buenas, ¿no te parece, Da Costa?

—A no ser que a uno le toque el gordo de la Lotería, como a Pimentel —añadió el teniente.

—Señores, les pido disculpas.

—Díganos ahora mismo quién le pagó semejante propina —ordenó Mora.

—Un hombre —contestó, trémulo, el marqués— vino a verme a finales de agosto pasado y me ofreció mucho dinero si recomendaba a un tal Eduardo Almeida para trabajar en Villa Giralda.

—O sea, que también nos mintió al decirnos que conocía a Almeida.

—Les ruego que me perdonen.

—¿Cómo se llamaba el individuo que le visit ?

—Martorell... Andrés Martorell.

—¿Catalán?

—No tenía acento, que yo recuerde.

—¿Le dijo dónde vivía?

—En Madrid, pero aguarde un momento...

El marqués revolvió en los cajones de un hermoso escritorio de madera de caoba tallado a mano con patas de garra de león situado a un extremo del salón, y regresó poco después con una tarjeta en la mano.

—Me la dio el señor que vino a verme: «Andrés Martorell Gutiérrez. Calle Juan Bravo, número 31, 3  B» —leyó.

—Supongo que conocer  también a un tal Nicolas Briand Courtois.

—¿Por qué debería conocerle?

—¿No lo sabe?

—Pues no.

—Miente de nuevo.

—Le juro que esta vez no.

—¿Ignora entonces quién le hizo la transferencia bancaria?

—No lo recuerdo.

—Pimentel, es usted un miserable de todos modos —advirtió Mora.

—Compréndanme: no tuve más remedio que aceptar el dinero si quería recuperar la casa de mis antepasados.

—Demasiado palacio para un vasallo tan infame como usted. Volveremos a vernos.

Mientras se dirigían en el coche celular a la comisaría central, Mora encendió la radio para hablar con uno de sus subordinados.

—¿Sargento Ramírez?

—Le recibo, mi brigada.

—Quiero que investigue si existe un tal Andrés Martorell Gutiérrez que resida en la calle Juan Bravo 31.

Antes de llegar a la comisaría, la radio volvió a funcionar.

—Aquí Ramírez.

—Dígame... —contestó Mora.

—No vive ningún Andrés Martorell en esa dirección.

Da Costa y Mora cruzaron una mirada de frustración. Como se temían, Cornelius había enviado a uno de sus sicarios con identidad falsa, aunque aún les quedaba investigar al ordenante de la transferencia bancaria.

Da Costa invitó a Nicole a cenar en un acogedor restaurante del paseo marítimo de Ericeira, cerca de Lisboa. Consagrada por entero al mar desde tiempos de los fenicios, Ericeira rendía tributo a los pescadores con una de sus playas, llamada así en memoria de esos hombres humildes, abnegados y madrugadores, desde la que podía contemplarse la impresionante pared levantada en la ensenada para sustentar las casas del pueblo. La playa de los Pescadores había sido testigo muda a lo largo de los siglos de numerosos naufragios y de la partida del monarca destronado Manuel II al exilio de Gibraltar, en octubre de 1910, tras el estallido de la Revolución portuguesa.

Desde la terraza acristalada del restaurante, Da Costa y Nicole pudieron divisar el auténtico festival de aspas de los molinos de viento, tintados de blanco y azul, como las olas del mar.

—Gracias, Carlos Alberto.

—¿Gracias por qué?

—Por haberme librado de Barbosa, por convencer a Flavia para que me acogiese en su casa y por traerme ahora a este precioso lugar. ¿Te parece poco?

—Gracias a ti, Nicole, por estar conmigo. ¿Verdad que es romántico este sitio?

Ella se limitó a asentir con la cabeza, agitando su melena equina.

—Eres tan guapa, Nicole...

—Preferiría que no me dijese eso.

—No te entiendo.

—Es que...

—Ya sé, te han hecho mucho daño.

—Pues sí.

—¿Y eso te impide ser feliz ahora conmigo?

—No exactamente.

—¿Entonces...?

—Necesito tiempo.

—Pero yo estoy enamorado de ti, ¿sabes? Estoy dispuesto a iniciar una nueva vida contigo y a ocuparme de Paula como si fuera su verdadero padre.

—No tengo palabras para agradecerte lo que me dices.

—Es la pura verdad, Nicole.

—Lo sé —dijo ella, secándose las lágrimas con un pañuelo.

Da Costa pasó la mano por su nuca, bajo la melena, acariciándola.

—Dime que sí, Nicole.

—Solo te pido que dejes transcurrir el tiempo. Las monjas del colegio acaban de conseguirme un trabajo en el asilo de enfermos, y pronto podré trasladarme a una pensión para estar más cerca de Paula. La pequeña me echa mucho de menos.

Da Costa sintió su corazón exánime y poblado de sombras, como si alguien hubiese apagado alguna luz en su interior. Una tremenda languidez le invadía las entrañas. La conversación en el coche, de regreso a Lisboa, estuvo cargada de monosílabos. El rostro de él reflejaba decepción al despedirse de ella frente al portal de la casa de Flavia. Se moría de ganas de besarla, pero su orgullo y su decepción le impidieron intentarlo al menos. Tal vez fuera ya demasiado tarde para darse cuenta de que cada fibra de su sistema nervioso estaba dolorosamente inflamada por un veneno inexorable.

—¿Da Costa...?

—Dime, Gérard.

—Por fin sé quién es Cornelius.

—¿Quién es!

—Un fantasma.

—¿Cómo que un fantasma?

—Solo un fantasma podría dirigir una organización criminal con ese nombre en París.

—¿Estás seguro?

—He hablado con todos y cada uno de mis contactos en el hampa y ninguno de ellos conoce a ese individuo.

—¿Nadie absolutamente?

—Ningún Cornelius aparece vinculado con el tráfico de drogas o de armas, ni con la venta ilegal de joyas, la falsificación de dinero y relojes de lujo, ni tampoco con las

redes de prostitución. A no ser que se trate de un tipo que se esconda tras ese nombre falso...

—Acabas de confirmarme que Cornelius es tan solo un seudónimo.

—Pero ¿quién se oculta tras él?

—Eso mismo debemos tratar de averiguar.

—Pues me temo que va a resultar imposible.

—Estoy convencido, Gérard, de que al final encontraremos alguna pista que nos conduzca hasta él. Es pronto para darse por vencido.

—Está bien, como quieras, seguiré indagando entonces.

Da Costa estaba seguro de que las pistas se hallaban entre las sombras, en los remotos indicios de las cosas ocultas.

El sistema de altavoces de Peniche resonó en todo el patio de la prisión: «Eduardo Almeida, recluso 1.926, acuda al centro de control. En la oficina hay alguien que quiere verle».

Para los convictos, esta llamada poseía un siniestro significado, y mientras Almeida enfilaba la galería frente a los demás presos advirtió de nuevo la suspicacia de sus miradas, sintió cómo le observaban por la espalda, y se le erizaron los cabellos de la nuca.

En cuanto oyó el altavoz reclamando su presencia, supo que se trataba de Arcones y Da Costa. Los policías eran los únicos que podían ver a un prisionero en la oficina. Todos los demás se dirigían a la sala de visitas. Una vez en la oficina, le trasladarían seguramente al despacho del director, como la última vez. Almeida sabía muy bien que en la cárcel había una cosa que nadie deseaba: ser llamado a la oficina. Parecía como si todos los habitantes de aquel infierno se pusiesen entonces en guardia. Concebían sospechas, empezaban a creer que podía ser un soplón. Lo primero que se les ocurría era: «¿Será ese tipo un chivato...? ¿Cantará algo...?».

Una vez en la oficina, Almeida se encontró con los dos gorilas que le habían inmovilizado en el despacho del director, durmiéndole luego con el cloroformo.

—Síguenos —le ordenaron.

—¿Adónde vamos? —dijo él, tras reparar en que le llevaban a otro lugar.

—Enseguida lo sabrás, capullo.

Bajaron por unas escaleras cochambrosas de hierro y anduvieron por un largo corredor iluminado por una hilera de bombillas anémicas colgadas del techo salpicado de goteras. La humedad calaba allí todos los huesos. Almeida sintió que un escalofrío le recorría el espinazo. Al final del corredor, a la derecha, había una puerta abierta. Arcones y Da Costa le aguardaban en el interior de aquella remota y desoladora celda, de forma similar a la de un cuadrilátero, en uno de cuyos extremos había un sillón con correas para inmovilizar al recluso durante el interrogatorio.

—Siéntate ahí —le conminaron los guardianes.

Al ver que Almeida se resistía, uno de ellos le agarró del cuello mientras su compañero le ceñía por la cintura. Poco después, el preso estaba preparado para responder a las preguntas atado de pies y manos en aquella especie de sillón de tortura.

—Seguro que esta vez no te pondrás tan gallito —aseguró Arcones.

Era la primera vez que el capitán le tuteaba.

—¿Se puede saber qué quieren ahora de mí?

—Recapitulemos, Almeida, sobre lo que ya sabemos de ti: primero, que asesinaste al infante don Alfonso con la misma pistola con la que intentaste matar a su hermano el príncipe, en 1948; segundo, que el policía que detuvo a Fermín Correa tras aquel frustrado atentado puede testificar que eres tú mismo; tercero, que si algo pusiste de manifiesto con tu precipitada huida es que eres el verdadero autor del disparo... Y por si fuera poco, los grafólogos acaban de asegurarnos que los mensajes descubiertos junto a la máquina Enigma los escribiste tú.

—¿Me permites, Arcones? —interrumpió Da Costa, protocolario.

—Adelante. Todo tuyo.

—Sabemos también, Almeida, por qué en la Enigma no había huellas dactilares: tú mismo te encargaste de hacerlas desaparecer recurriendo a trasplantes de piel. Descubrimos las cicatrices en tus dedos y en el tórax.

—¿Qué pretenden con todo esto?

—Simplemente que nos digas el nombre del cirujano plástico que te operó.

—¡Ni lo sueñen!

—Vas a decírnoslo por las buenas o por las malas. Puedes estar seguro de ello —amenazó Arcones.

—Si les digo su nombre, soy hombre muerto.

—¿Tan poderoso es Cornelius?

—No sé de quién me habla.

—¿Insistes en tomarnos el pelo?

—No, pero el nombre del cirujano no se lo diré ni aunque me lleven a la celda de aislamiento más inaccesible del país.

—Por última vez, Almeida, ¿cómo se llama el cirujano?

—Ya le he dicho que nunca se lo diré.

De repente, uno de los dos guardianes, enorme y huesudo, con unos duros músculos dibujados bajo el uniforme, se puso un guante de hierro en la mano izquierda y lo envolvió en una toalla mojada, para no dejar marcas.

La expresión de Almeida, al verlo, quería decir sin lugar a dudas: «Pégame hasta matarme, que no te revelaré el nombre por nada del mundo».

El gorila le propinó un fuerte puñetazo en el estómago, que sonó como un bate de béisbol cayendo violentamente sobre una sandía.

—¡Ay...! —chilló Almeida.

—¿Nos lo vas a decir ya? —insistió Arcones.



—No —musitó el preso.

»¡Huy...! —volvió a quejarse, retorcido de dolor tras recibir otro puñetazo en la axila derecha, tan sólido como un bloque de granito.

—Este tipo es demasiado terco —advirtió el guardián.

—¿Vais a seguir apaleándome, cabrones? Pues sabed que jamás os diré el nombre. Mi vida vale más que todos los golpes que podáis darme.

—Está bien, lleváoslo de aquí. Veremos si más adelante se decide a hablar —indicó Arcones a los guardias.

Arcones y Da Costa se hallaban en un callejón sin salida, y Cornelius seguía estando a salvo al otro lado.

—Sabemos que Cornelius estuvo detrás del atentado contra don Juan Carlos en 1948. ¿Me equivoco, Mora...?

—Brillante conjetura, Da Costa.

—En ese caso, ¿por qué no intentamos localizar a la testigo que a punto estuvo de incriminar a Fermín Correa, pero que al final decidió echarse atrás?

—Acabas de superarte, compañero.

—Probablemente la mujer recibió presiones de la organización de Cornelius, pero...

—Sigue, anda...

—Tal vez ahora, después de ocho años, esté dispuesta a facilitarnos algún dato interesante.

—En el archivo policial de Setúbal seguro que constará su dirección.

La pareja de policías subió al coche celular para dirigirse de inmediato a la bella ciudad de Setúbal, en la ribera septentrional del estuario del Sado, al sur del Tajo. Da Costa telefoneó por el camino a la comisaría para que tuviesen preparado el expediente del caso a su llegada.

El encargado del archivo había posado sobre una pequeña mesa la misma voluminosa carpeta que dejó absorto a Quiroga al reconocer el rostro de Eduardo Almeida en la foto policial de Fermín Correa.

—Veamos, ¿dónde está la relación de testigos?

Da Costa empezó a consultar el expediente.

—Análisis de balística y huellas dactilares, croquis del atentado, declaraciones de Fermín Correa, ruedas de reconocimiento... ¡Aquí está!

—¿Cómo se llama?

—Antonia Crespo Romero.

—¿Dirección?

—Avenida Visconde Tojal, número 55, segunda planta.

Mora anotó todos los datos en un bloc de anillas, como si se los fuesen a reclamar en Hacienda.

Al cabo de un rato, los policías llamaban al timbre de la puerta de un vetusto edificio de cuatro plantas sin ascensor.

—Buenos días, ¿la señora Crespo, por favor? —preguntó Da Costa, despojándose de su inseparable Fedora.

—Esa mujer no vive aquí —contestó, asomando la cabeza por la ranura, un hombre joven con cara de pocos amigos.

Al fondo del pasillo se oían gritos de unos niños que jugaban.

—¿Quién es, Antonio? —dijo una voz femenina que debía de ser la de su esposa.

—La bofia. Preguntan por una señora.

—¿Antonia Crespo? A lo mejor Sara sabe algo. Es mayor y vive justo debajo —  
indicó la mujer, amablemente.

—Muchas gracias.

Da Costa y Mora bajaron las escaleras con peldaños de madera que crujían como si tuvieran artritis.

Tras pulsar varias veces el botón del timbre, una viejecita les abrió finalmente la puerta.

—Disculpen, señores, pero estoy un poco sorda. A mi edad, ya se sabe. ¿Querían algo...? —dijo poniéndose la nervuda mano en trompetilla contra la oreja, mientras examinaba a los recién llegados con un rápido pestañeo.

Era una anciana de aspecto agradable enfundada en una bata azul celeste por la que asomaba una blusa de seda. Llevaba recogido su pelo gris acerado en un moño. Saludó con una sonrisa y su resquebrajada piel se tensó en mil grietas.

—Son ustedes policías, ¿verdad?

—Sí, señora.

—Pasen, pasen...

—No queremos molestarla.

—¿Cómo dice...?

—Que no queremos molestarla —repitió Da Costa alzando la voz.

—Oh, hijito, no diga usted eso.

La anciana caminó dando saltitos en dirección al salón, como un gorrión sobre el asfalto. Debajo del brazo sostenía un plumero, cuyas grises y amarillas plumas de gallo le daban un mayor aspecto de pajarillo.

—Siéntense, por favor.

—No queremos entretenerla.

—Descuiden.

La vieja vivía sola y debía de sentirse también sola.

—Ustedes dirán en qué puedo ayudarles...

—Verá, Sara, ¿conoce usted a una tal Antonia Crespo?

—Claro que la conozco. Vivía justo encima de mi casa, en el segundo. Pero hace ya muchos años que no sé nada de ella.

—¿Ochos años tal vez?

—Pues más o menos.

—¿Por qué se fue?

—La vi marcharse un día a toda prisa; parecía aterrorizada. Al parecer se había negado a declarar en la comisaría porque le daba miedo que alguien pudiese tomar represalias contra ella.

—¿Sabe adónde fue?

—No. Que yo sepa, a nadie se lo dijo.

—Está bien, señora, debemos irnos ya. Muchas gracias por su hospitalidad.

—Sara Gomes Rodrigues para servirles, hijitos.

Da Costa y Mora salieron de allí descorazonados. Una vez más, Cornelius se había cuidado de borrar cualquier pista que pudiera descubrir su paradero. Y la confirmación de ello la tuvieron a su llegada a la comisaría de Lisboa.

—¿Qué tal las pesquisas, muchachos? Aunque no debería preguntároslo por el careto que traéis de Setúbal —dijo Arcones.

—La mujer que se negó a reconocer a Almeida ha desaparecido —lamentó Da Costa.

—¿Desaparecido?

—Ya no vive en la dirección que consta en el expediente del caso, ni nadie sabe adónde fue.

—Nadie, no.

—¿Cómo dices?

—La encontraron ahorcada en su cuarto de la Pensão do Castelo a los pocos días de abandonar su domicilio.

—¿Ahorcada? —dijo Mora con sarcasmo.

—El caso se cerró como un suicidio.

—Pero nosotros sabemos que fue Cornelius quien ordenó ponerle la soga al cuello a esa pobre mujer sin moverse de su despacho de París.

—El muy sádico debió de disfrutar cuando su sicario le contó luego cómo la había asfixiado: la soga debió de cortar la piel de la mujer, las venas y arterias del cuello se obturaron y la cara se tiñó de un violeta azulado.

—Ahórrate los detalles, Arcones —dijo Da Costa, crispándosele de asco las mandíbulas.

Una dificultad, insuperable en apariencia, impedía a los policías avanzar en su investigación. Hasta que Da Costa tuvo una repentina ocurrencia.

—Después de todo, tal vez el príncipe Juan Carlos no haya sido el único objetivo de la organización de Cornelius.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Arcones.

—Que a lo mejor deberíamos investigar los atentados perpetrados contra la Familia Real española desde principios de siglo.

—¿Sugieres acaso que Cornelius pudo tener algo que ver en alguno de ellos?

—¿Y por qué no?

—Tienes razón, Da Costa, investiguemos todos esos atentados.

Entre los trabajos de tema libre encargados por el profesor de Historia a lo largo del curso, Mafalda había elegido elaborar uno sobre el reinado de Alfonso XIII, defendiendo su destacado papel como monarca. Una mañana, el profesor la llamó a

su despacho para comentarlo con su alumna. Mientras caminaba por el pasillo, Mafalda se imaginó que él iba a felicitarla por la calidad de su trabajo, del que se sentía orgullosa. Pensaba que las historias que le había contado Juanito de primera mano procedían de una fuente tan fidedigna como desconocida, incluso para todo un señor catedrático.

Mafalda llamó a la puerta del despacho.

—Adelante —contestó Ferdinand Corbel al otro lado.

El hombre, de unos cincuenta y cinco años con bigote blanco al estilo del mariscal Pétain, gafas de lectura con montura dorada y cabello rizado, revisaba con apariencia de disgusto varios papeles sentado a un moderno escritorio de madera de roble y patas de haya que el propio usuario había decidido sustituir sin dar explicaciones por el hermoso Luis XVI en madera de palo de rosa con adornos en bronce con el que se encontró al llegar allí, y que ahora estaba en el despacho del vicerrector. El nuevo mueble chirriaba con la decoración de la estancia, presidida por el grabado al acero de un hombre con mirada circunspecta y cabellera blanca ondulada, embutido en una casaca de enormes solapas.

Mafalda lo reconoció enseguida.

—Buenos días, señor Corbel... Es Danton, ¿verdad? —dijo señalando con la uña rosada el retrato que el profesor tenía a su espalda.

—Sí, señorita: Georges-Jacques Danton —asintió él, ceremonioso y complacido.

—En mi casa hay uno parecido.

—Vaya... Pero lo cierto es que la he avisado para comentarle otro asunto muy distinto.

—¿Le ha gustado mi trabajo?

—De eso precisamente quería hablarle: me ha decepcionado mucho.

Mafalda pareció chocar de repente contra un iceberg.

—¿Cómo...?

—Acabo de decírselo: no esperaba de usted un resultado tan errático.

—¿A qué se refiere?

—A todo.

—¿Todo...?

—Para empezar, Mafalda, ¿cómo puede usted decir que Alfonso XIII era un monarca cabal, cuando en realidad era un rey pornógrafo?

El profesor observó a la alumna como si fuera un bello espécimen. Pero ella, ofuscada por sus comentarios, no reparó en su indecente mirada.

—¿Pornógrafo...? Me parece sencillamente una calumnia.

—¿Se atreve acaso, señorita, a poner en duda mis conocimientos históricos?

El profesor apretó la mandíbula y el mentón se le puso agresivo.

—Yo no los cuestiono; simplemente no puedo estar de acuerdo con lo que dice.

—Veo que ignora usted que el conde de Romanones le llevaba a su rey películas pornográficas escondidas en una maleta.

—¿Y usted cómo sabe eso?

—Su pregunta es capciosa. Pero en este caso no puedo revelarle la fuente, pues comprometería a un honrado caballero que reside en París y que conoce a una de las personas que vieron varias de esas películas en compañía del rey y de algunos nobles en un coto de caza en plenos Picos de Europa, donde el monarca disponía de un espléndido chalet levantado en su honor por la Real Compañía Asturiana de Minas. Pero dejemos esta peliaguda cuestión para abordar otras de mayor enjundia todavía...

—¿A cuáles se refiere?

—¿Qué le parece el hecho de que Alfonso XIII huyese de España el 14 de abril de 1931, recién proclamada la Segunda República, dejando abandonada a su familia en palacio?

—Yo creía que se habían ido todos juntos al exilio.

—Pues está usted equivocada, señorita. El rey se marchó por su cuenta el mismo día 14, mientras la reina Victoria Eugenia y los infantes pasaron solos toda la noche en palacio asediados por una marea humana al otro lado de los muros. ¿Le parece eso una conducta ejemplar? Conteste, señorita...

Puesto en pie, Ferdinand Corbel había empezado a recorrer la estancia de un lado a otro con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón. Mafalda reparó en que, mientras hablaba de Alfonso XIII, sus ojos se le encendían como dos fósforos y un mohín le ponía el mostacho de punta. Medía poco más de un metro setenta y era más bien esbelto, sin ser flaco. Vestía un elegante traje azul de Pierre Balmain, cuya americana colgaba del perchero.

—Si ocurrió como usted dice, la conducta no me parece nada ejemplar.

—¿Vuelve a dudar de mí?

—No, pero me resulta increíble lo que cuenta.

—Entonces sigue cuestionándome... ¿Tampoco sabe que Alfonso XIII y Victoria Eugenia vivieron separados en palacio y luego en el exilio?

—Tampoco.

—El suyo era un mundo de apariencias. En el fondo, la reina no perdonaba las continuas infidelidades de su esposo desde el inicio del matrimonio. Hasta que un día, harta ya del todo, ella le dijo que no quería ver su fea cara nunca más. Sin ir más lejos, aquí en París conozco a unos cuantos hijos bastardos de Alfonso XIII. ¿Le parece eso, señorita, digno también de «un rey cabal», como usted lo define en su trabajo?

Mafalda se sentía vapuleada por argumentos como puños de hierro. Acorralada, se limitaba a escuchar una tras otra las diatribas del profesor.

—¿Quiere explicarme, si no, qué hacía el infante Gonzalo de vacaciones con su padre en Austria, en 1934, mientras Victoria Eugenia estaba en Inglaterra? ¿A que no sabía que el infante murió aquel mismo verano en un accidente de automóvil al que usted y yo hubiésemos sobrevivido pero que para él, por ser hemofílico, resultó letal?

—Conocía lo del accidente, pero ignoraba, como ya le he dicho, que los reyes

estuviesen separados.

—¿Quiere que continúe o tiene ya suficiente con lo que le he contado? Porque aún nos quedan otras muchas cosas en el tintero: el controvertido papel de Alfonso XIII en el Desastre de Annual, su apoyo incondicional a Franco en la Guerra Civil española, sus turbios negocios...

—¿Turbios negocios...?

—¿Le parece una broma cruzar apuestas ilegales en un canódromo y desviar luego los beneficios obtenidos a una sociedad constituida sin ánimo de lucro?

—¿Qué está diciendo?

—Lo que oye, señorita. Tengo en mi poder una copia del sumario judicial contra Alfonso XIII y su camarilla regia por delitos de estafa y apropiación indebida, entre otros. El magistrado Mariano Luján, titular del Juzgado de Instrucción de Madrid, elevó su informe definitivo al Tribunal Supremo, en el que se consideraban probadas gran parte de las acusaciones formuladas en la querrela. ¿Comprende ahora, Mafalda, por qué me ha decepcionado tanto su trabajo? Haga el favor de repetirlo como lo haría cualquier buen historiador.

La alumna acababa de encajar el golpe más duro de una brutal paliza académica. Mientras ella volvía sobre sus pasos por el corredor que le había conducido hasta allí, su profesor introdujo el polémico trabajo en el cajón central de su escritorio y cogió una cartulina blanca. Era la ficha de alumna de Mafalda. Permaneció unos segundos ensimismado en su fotografía.

Arcones encargó al brigada Mora y al sargento Romero que armasen el puzle de los atentados perpetrados contra Alfonso XIII desde principios de siglo con la esperanza de hallar alguna pista, por remota que esta fuese, sobre Cornelius.

Rastrear la prensa española en particular, además de la internacional, bucear en archivos privados y consultar la escasa bibliografía existente, constituía una tarea titánica para la que Arcones pensó enseguida en Mora, quien, además de dominar como español el idioma de referencia para el trabajo, era un consumado experto en detectar el menor indicio de información relevante. Romero, por su parte, era un hombre paciente y meticulado hasta el extremo, que traducía sin problemas el castellano.

Los policías viajaron a Madrid para cumplir su misión. Al cabo de una semana de intensa búsqueda entre legajos, libros y periódicos, habían concluido un detallado dossier sobre los intentos de regicidio.

Averiguaron así que la primera tentativa tuvo lugar en París, cuando solo había transcurrido media hora del día 1 de junio de 1905. El joven Alfonso XIII, de solo diecinueve años, regresaba en carruaje tras asistir a la representación de *Sansón y Dalila* en el teatro de la Ópera. El rey había sido recibido con todos los honores el día 30 de mayo, a su llegada a la capital francesa, por el presidente de la República, Émile Loubet. Su presencia en París, como el resto de sus viajes, obedecía al interés del monarca por encontrar a una mujer de estirpe regia con la que contraer matrimonio. Concluida la ópera, Alfonso XIII y el presidente francés subieron a la carroza que los conduciría hasta el Quai D'Orsay y el palacio del Ministerio de Asuntos Exteriores donde se alojaba el rey español. En otro carruaje, detrás, viajaban el general Dupont, el duque de Sotomayor, otro funcionario del Ministerio francés de Exteriores y el marqués de Villaurrutia, quien contaría luego cómo les llamó la atención oír un fuerte silbido cada vez que los coches de caballos atravesaban una bocacalle. Sobre las doce y media de la noche, cuando la carroza de Alfonso XIII llegó a la altura de las calles Rohan y Rivolí, estalló una bomba. Varios coraceros de la escolta se precipitaron al suelo desde sus caballos. El monarca se puso enérgicamente en pie y gritó a Villaurrutia que se encontraba bien. Un testigo privilegiado, el insigne escritor Azorín, envió la primera crónica telefónica del periodismo español a su diario, el *ABC*, contando cómo Alfonso XIII abrazó al anciano presidente francés, que permanecía inmóvil y atemorizado a su lado. Para tranquilizarlo, le dijo que había sido solo un petardo.

Justo un año después, el mismo día de su boda con Victoria Eugenia de Battenberg, el rey volvió a ser víctima de otro atentado. Antes de salir de palacio para la iglesia, don Alfonso había recibido una amenaza de muerte anónima a la que no



hizo el menor caso. Más tarde, mientras el pueblo empezaba a lanzar flores a su paso en carroza por la calle Mayor, el rey le dijo a su esposa en francés, pues él no hablaba inglés ni ella español:

—*J'ai défendu de jeter des fleurs. Maintenant il n'y a plus danger* — («He prohibido arrojar flores. Ahora no hay peligro»).

Pero antes de que la reina pudiese decir «*Quel danger?*», se produjo la explosión. Eran alrededor de las dos de la tarde del 31 de mayo de 1906. El carruaje permanecía detenido a la altura del número 88 de la calle Mayor, frente a la de San Nicolás. El lacayo que marchaba al lado resultó muerto tras la explosión y la sangre de su cabeza salpicó el manto de la reina. Don Alfonso se abrazó a su mujer, como para protegerla, que estaba pálida y temblorosa.

Instantes antes se había visto caer un ramo de flores, arrojado por un individuo desde un balcón de la fachada del número 88 de la calle Mayor. Al tocar el pavimento, se oyó la tremenda detonación. En el suelo yacían tres cadáveres. El primero era de un soldado, sin pies, con las piernas maceradas; había otro de un palafrenero, convertido en un amasijo de carne sangrienta; y uno más de un guardia, con la cabeza deshecha. Los ocho caballos tordos que tiraban del carruaje corrieron espantados. Uno de ellos se desplomó en el suelo, muerto, con un chorro por el que manaba abundante sangre.

Los cronistas de la época hablaron en total de veintitrés muertos, y de veinte personas ciegas por la explosión. Pero ¿quién era el autor de tan espantosa masacre? Se llamaba Mateo Morral. Era un hombre de estatura mediana, enjuto de carnes, con el rostro casi demacrado y moreno, ojos oscuros con pronunciadas ojeras violáceas y bigote negro, poco poblado en el centro.

Tras su llegada a la estación del Mediodía, procedente de Barcelona, Mateo Morral se alojó en el hotel Iberia, situado en el número 2 de la calle del Arenal. Alquiló una habitación interior, la número 27, por veinte pesetas diarias, y pagó por anticipado la cuota de tres días, entregando a la dueña del hotel un billete de quinientas pesetas.

La propietaria le pidió la documentación para registrar sus datos en el libro de hospedería del centro, pero el cliente se excusó porque solo tenía una tarjeta de identidad. A cambio, le entregó un pedazo de papel en el que previamente había anotado: «Mateo Morral, de 26 años, soltero, natural de Barcelona y fabricante de profesión».

Morral vestía con cierta elegancia y se expresaba con facilidad. Algunos días se le veía con un terno de paño en tono café y tocado con un sombrero hongo marrón, que a veces cambiaba por otro de paja fina de los llamados panamás, que tan populares eran ya en París, hasta el punto de que a la capital francesa se la conocía también por Paname.

Enseguida localizó en *El Imparcial* el anuncio de una casa de huéspedes situada en el número 88 de la calle Mayor, en el cuarto piso a la derecha. El 22 de mayo se

presentó allí y contrató por veinticinco pesetas diarias la mejor habitación de la casa, con balcón sobre la citada calle. Pagó catorce días por anticipado con otro billete de quinientas pesetas.

El 2 de junio, cuarenta y ocho horas después del atentado fallido, Morral era detenido en una venta situada en el Ventorro de los Jaraíces, a dos kilómetros de Torrejón. El guarda jurado del Soto de Aldovea, Fructuoso Vega, conocido por su valor personal, se encontraba allí entonces. Morral se pagó una jarra de vino y llegó a servirle incluso tres copas a Fructuoso, que empezó a leer en voz alta las noticias de los periódicos de Madrid sobre el atentado de la calle Mayor. De pronto exclamó:

—Es inútil que disimule... Acabo de convencerme de que usted es el autor del atentado.

El guarda jurado advirtió a Morral de que estaba detenido, y este lo acompañó fuera de la venta. Caminaron juntos unos cien pasos. Sin que Fructuoso pudiese advertirlo, Morral sacó una pistola Browning y le disparó en la cara, a bocajarro. El guarda se desplomó en el suelo y murió en el acto, dejando cinco hijos y a su mujer embarazada. El asesino intentó huir. Corrió hacia el río. Se le vio indeciso unos instantes en la orilla y de repente se disparó un tiro en el pecho. Retrocedió unos pasos y cayó muerto sobre la hierba.

Durante su ardua investigación, Mora y Romero descubrieron otros cuatro atentados fallidos contra Alfonso XIII, el primero de los cuales se malogró gracias a la presencia casual de José Canalejas en la Puerta del Sol, donde al parecer un tal Manuel Pardiñas aguardaba al rey para matarle. Meses después, el 12 de noviembre de 1912, Pardiñas se convertiría en el asesino del propio presidente del gobierno Canalejas, tras asestarle tres disparos.

Al año siguiente, un tal Rafael Sancho Alegre intentó también matar al rey con un revólver. Alfonso XIII se hallaba junto a su caballo *Atalum* cuando aquel hombre le disparó. El criminal se acercó al purasangre tratando de asir la brida y disparó por segunda vez. La llamarada chamuscó el guante del monarca y la bala rozó al caballo. Entonces, el rey hizo girar a *Atalum*, que derribó al hombre con el pecho, mientras un guardia se arrojaba sobre él. El tercer disparo lo hizo el homicida desde el suelo y la bala silbó por encima de sus cabezas.

Poco antes de la tentativa de Sancho Alegre al paso de la comitiva real por Madrid, un grupo de ciudadanos había entregado a la Policía varios panfletos recogidos en las calles, en los que podía leerse: «El próximo 13 de este año 13 morirá el Rey 13».

La quinta tentativa se produjo en mayo de 1925. Esta vez, la eficaz intervención de la policía del dictador Primo de Rivera deshizo el peligro de atentado con bomba contra el tren en que viajaban los reyes; al cabo de unas semanas fueron detenidos sus autores.

Con la sexta y última tentativa, abortada por la policía francesa el 18 de julio de 1926, los criminales pretendían asesinar al rey aprovechando que se dirigía en tren a

París, procedente de Londres.

Mientras repasaba el informe, antes de enviárselo a su jefe Arcones, Mora anotó al final con lápiz rojo y en mayúsculas, en referencia a los autores de los atentados: «TODOS SON ANARQUISTAS».

—Os felicito, Mora, por vuestro excelente trabajo —dijo Arcones al teléfono.

—Gracias, capitán.

—Como puedes suponer, Da Costa y yo hemos leído detenidamente el informe y nos parece muy completo y detallado, aunque sin el menor rastro de Cornelius, claro.

—Lo sé. Yo también lo lamento.

—Da Costa está convencido de que Cornelius es en realidad un alias, lo cual me parece cada vez más factible. Y si Cornelius es un alias, él mismo pudo haber sido el autor de alguno de los atentados.

—También pudo haberse limitado a ordenarlos desde París o desde donde estuviese entonces, sin tomar parte en su ejecución directa.

—Tampoco debemos pasar por alto la posibilidad de que Cornelius estuviese al margen de todos los atentados contra Alfonso XIII. Después de todo, hace ya cincuenta años del primero y Cornelius tal vez ni siquiera había nacido. Es probable incluso que el primer atentado en el que estuviese implicado fuese el de 1948 contra el príncipe Juan Carlos. De cualquier modo, creo que debemos seguir investigando. Así que tómate el tiempo que necesites en Madrid para indagar en vuestros archivos de la Comisaría de Investigación Criminal. ¡Ah! Y dile a Romero, por cierto, que ya puede regresar a Lisboa.

—Así lo haré.

Juanito llegó aquella noche exhausto a sus dependencias privadas en la Academia General de Zaragoza. Había sido una jornada especialmente dura, tras una interminable marcha de cuarenta kilómetros por el inmenso territorio que rodeaba el acuartelamiento, visitado incluso por tropas extranjeras para realizar sus maniobras militares. Con ayuda de un mapa y de una brújula, Juanito y sus compañeros cadetes habían recorrido todo el campo de San Gregorio cargados con mochilas de veinte kilos a la espalda, el subfusil Cetme, que pesaba más de dos kilos, y el casco de acero en la cabeza, que no era precisamente un sombrero de paja. Por si fuera poco, una intensa lluvia había embarrado el terreno, haciendo más dificultoso el regreso al cuartel.

Antes de que empezase a llover, los cadetes realizaron prácticas de tiro sobre dianas situadas a cincuenta y cien metros de distancia. José Antonio Andrade dejó boquiabiertos a todos, haciendo blanco siempre. Disparó de pie, con la rodilla derecha hincada en tierra, y tumbado.

—Este chico es un verdadero portento —comentó, admirado, el comandante Contreras.

—No recuerdo, señor, a un tirador tan bueno en las últimas seis promociones. ¿Y tú, Vázquez? —preguntó el capitán Sánchez al teniente.

—Yo tampoco, señor.

—Mantiene la cabeza fría, sin perder un instante la concentración. Un fenómeno... —ratificó el comandante.

Una vez en la Academia, mientras se descalzaba las botas negras de Segarra para poder quitarse los gruesos calcetines de lana y examinarse las ampollas en los pies, Juanito reparó con sorpresa en que algo esencial faltaba en su escritorio.

—¡No puede ser...! —exclamó, enfurruñado.

Buscó en el suelo por si el objeto se había caído, removi6 los cajones del escritorio, volvió a inspeccionar el tablero de la mesa... Desesperado, examinó incluso cada uno de los estantes de la taquilla que utilizaba como biblioteca. Apartó los libros de texto y las novelas de Marcial Lafuente Estefanía de la colección «Rodeo» de historias del Oeste que tanto le gustaban. Pero el ansiado objeto seguía sin aparecer. En vista de ello, volvió a calzarse las botas y se dirigió al pabellón en busca de su amigo José Antonio.

Al cabo de un rato, los dos amigos estaban ya de vuelta en las habitaciones del príncipe.

—¿Me quieres decir qué has hecho con el retrato de Mafalda que tenía sobre mi escritorio?

—Yo no lo he cogido.

—Venga, José Antonio, déjate ya de bromitas, que estoy muy cabreado.

—¿No me crees? Te juro que yo no sé nada.

—Está bien, ¿y quién ha podido ser entonces?

—Es muy extraño, la verdad.

—No me imagino a ninguno de nuestros compañeros entrando en mi zona reservada para llevarse el retrato. ¿Y tú...?

—Yo tampoco.

—En fin, veremos qué dice el oficial de guardia.

Al brigada Mora se le cerraban los párpados de cansancio mientras trataba de encontrar alguna pista sobre Cornelius en el archivo policial de Madrid. Ni siquiera la incómoda silla en la que llevaba sentado más de tres horas seguidas, casi tan dura como el pedernal, le impedía bostezar. Inclinado sobre la mesa de madera contrachapada, había repasado ya un sinfín de nombres y fechas en aquella fría estancia repleta de enormes armarios metálicos que, como gigantes filisteos, se elevaban desde el suelo hasta el techo. Se trataba de archivadores con millares de expedientes sobre los crímenes más diversos y terribles cometidos durante casi un

siglo en España o en otros países del mundo, con las fichas correspondientes de los asesinos y de los sospechosos de nacionalidad española o extranjera. Entre semejante pajar de información, Mora debía encontrar una aguja con la que poder enhebrar el oscuro pasado de Cornelius.

Cuando se disponía a cerrar el pesado archivador que estaba analizando, correspondiente al año 1905, creyó ver de soslayo algo que llamó su atención. Volvió a la página que estaba leyendo: era la lista de los anarquistas españoles detenidos en París tras el primer atentado fallido de aquel año. Uno de ellos, apellidado Palacios y apodado Bocanegra, tenía como segundo nombre Cornelio. Sin estar seguro aún pero con la intuición de haber dado con algo importante, Mora anotó el dato en su libreta. Colocó el pesado archivador en su sitio, maniobra que le asemejó al jorobado de Notre Dame, y salió de la sala liberado de la carga, como si volase.

—Lo siento, Alteza, pero el retrato de esa chica no puede permanecer ni un segundo más sobre su escritorio.

El preceptor de Juanito, Carlos Martínez Campos, duque de la Torre, era un general artillero que dirigía con guante de hierro la vida castrense de su regio encomendada. Por algo le llamaban «el once», pues empezaba con uno y acababa con uno, y a su coche, «la aceituna», porque llevaba el hueso dentro.

Era un militar a la antigua usanza, nacido en París en 1887, que había propinado unos cuantos culatazos y cuchilladas en el cuerpo a cuerpo durante la guerra de Marruecos, y en cuya ajetreada hoja de servicios se incluía haber salvado la vida al novelista Pío Baroja en la Guerra Civil española mientras era comandante de la columna del teniente coronel Ortiz de Zárate. Resultaba llamativo, después de todo, que un hombre que frisaba los setenta años preceptuase a un joven de solo dieciocho.

—¿Y eso quién lo dice? —preguntó Juanito, hecho un basilisco.

—Lo dice nuestro Caudillo, y no hay más que hablar.

—¿Y quién es él, por muy Caudillo que sea, para entrometerse en mi vida privada?

—¡Alteza...!

—Yo amo a esa mujer, que por cierto se llama Mafalda, y no obedeceré a Franco en eso, aunque tenga que pasar por encima de él.

—Tenga cuidado con lo que dice, Alteza.

—Mafalda no es una chica cualquiera: es mi novia.

—El Generalísimo está muy preocupado por el significado de esa dichosa fotografía.

—Pues debería preocuparse más de que España gane el nuevo festival de Eurovisión en mayo, o de que el Real Madrid obtenga su primera Copa de Europa en junio —ironizó con sarcasmo.

—El Caudillo sostiene, con razón, que al príncipe hay que buscarle una princesa.

—Pues resulta que yo ya la he encontrado; y además no necesito ninguna celestina.

—Franco considera que esa chica es demasiado liberal y con ideas en exceso modernas; además, claro está, de no ser de estirpe regia.

—¿Sabes lo que te digo, Carlos?

—Mejor que no lo haga, Alteza.

—Pues entonces ya lo sabes.

—Le aconsejo que se calme y reflexione.

—¿Reflexionar...? Claro que he reflexionado, y por eso ya nadie puede convencerme de que me olvide de Mafalda. ¿Calmarme...? Pregúntate tú mismo,

Carlos, qué harías si alguien, por muy poderoso que fuese, pretendiese apartarte de tu esposa.

Juanito apuntó sin compasión al corazón del duque, pues sabía que vivía separado de su mujer, a la que llamaba por teléfono diariamente. En plan de broma, el marqués de Mondéjar le decía: «Ya está, llamando a la novia».

—Después de todo —añadió el preceptor—, si el Caudillo se preocupa de ese modo por quién es su novia, puede que se esté planteando ya nombrarle sucesor.

—Tu argumento no me convence, lo siento. Franco aún no ha dicho su última palabra sobre la sucesión, pero yo sí que lo he hecho en relación con la única mujer a la que amo.

Al duque no le faltaba razón, a juzgar por la confianza que el general Salgado-Araujo, primo de Franco, le había hecho a él mismo en diciembre de 1954: «Parece —advirtió Salgado-Araujo al duque— que don Juan respondió un poco enfadado a la carta del Caudillo sobre la educación de su hijo, recordándole que el padre era él y que no podía convertirle en un cero a la izquierda. Pero el Caudillo le contestó que una cosa era la educación de su hijo y otra la de un príncipe que va a reinar».

En línea con ese comentario, el periódico católico *The Tablet* sacó su bola de cristal y auguró incluso que, en 1964, España tendría como rey a don Juan Carlos, en lugar de a su padre.

Sea como fuere, Juanito temía las visitas de su preceptor, palideciendo y sufriendo temblores cuando se acercaba la hora del encuentro.

El duque no soportaba que ningún cadete llamase Juanito al príncipe, ni por supuesto que, tuteándole, aludiese a él en broma como SAR, abreviatura de Su Alteza Real. Esta complaciente informalidad le sacaba de sus casillas. Uno de esos fines de semana consintió que José Antonio les acompañase a la mesa durante el almuerzo en el Gran Hotel de Zaragoza. Pero en cuanto oyó a este llamar «Juanito» al príncipe, explotó de ira, dando un puñetazo en la mesa que hizo temblar la vajilla. Incorporado de un salto, tiró su silla y bramó al culpable:

—¡Caballero cadete! ¡Levántese y póngase firme! ¡Caballero cadete, cómo se atreve a tutear y a llamar por su nombre a una persona a la que yo, un teniente general, doy el tratamiento de Alteza Real!

Se hizo un silencio de muerte en el comedor; José Antonio estaba pálido como un zombi.

Aquella fue la primera y última vez que Juanito invitó a su amigo a almorzar con el preceptor. Mientras regresaban a la Academia, el príncipe trató de quitarle hierro al asunto.

—Si supiera él, José Antonio, las novatadas que me gastáis los compañeros...

Juanito había tenido que hacer el «reptil» por el suelo del dormitorio; dormir con la «monja» (el sable) en el pecho; someterse a «los rayos X», pernoctando entre las dos tablas de una mesilla de noche; y hasta consentir que hiciesen con él «el tiro de pichón», encerrándole previamente en un armario con los ojos vendados bajo

amenaza de molerle a almohadazos si salía de allí.

—Da Costa al aparato.

—Tengo noticias frescas del anarquista —contestó Gérard Chaillot.

—Escúpelas...

—He confirmado que Salvador Cornelio Palacios, alias *Bocanegra*, fue detenido efectivamente junto a otros anarquistas españoles por su supuesta organización del atentado contra Alfonso XIII en París, en 1905.

—¿Y...?

—Pocos días después de su detención fue puesto en libertad por falta de pruebas.

—Vaya, eso me suena a la cara B del disco de Fermín Correa.

—El nombre de Salvador Cornelio Palacios desaparece de los archivos policiales hasta 1926.

—O sea, que has encontrado algo interesante.

—Ese año participó en el robo a una armería en la localidad francesa de Auxerre. Durante el asalto, tres militares fueron asesinados a sangre fría. Los asaltantes se llevaron una gran cantidad de dinamita. Un informador alertó luego sobre la casa donde habían escondido los explosivos. Durante el tiroteo registrado en el escondrijo fueron abatidos todos los miembros del grupo anarquista.

—¿Todos...?

—Excepto dos: Palacios, que fue detenido, y un segundo hombre sin identificar que se dio a la fuga. Palacios fue encarcelado en la prisión de la Conciergerie, juzgado y condenado a morir en la guillotina.

—¡Zas! —dijo Da Costa, pasándose la mano por el cuello con un gesto rápido y elocuente, al tiempo que exclamaba, desalentado—: ¡A criar malvas!

—Supongo que no lo lamentarás por él —advirtió Gérard.

—Lo lamento por nosotros, que volvemos a estar como al principio, pues eso y nada es lo mismo.

—La fiscalía francesa le ofreció un trato: si les daba datos que facilitasen la captura del miembro huido del comando, se le conmutaría la pena de muerte por una larga condena en prisión.

—Y dijo que naranjas de la China.

—Prefirió morir antes que delatar a su compañero. Su ejecución tuvo lugar tres meses después.

—Romántica forma de redimirse.

—Le ejecutaron, como te digo, en la Conciergerie, la cárcel más antigua de París.

—¿Y ese nombre tan curioso?

—Se lo pusieron porque las prisiones del Estado se confiaban entonces a los gobernadores, y las ordinarias, como en este caso, a los conserjes o carceleros.

—Entiendo.



—Cuando guillotinaron a Bocanegra, existía ya una ley que imponía la ejecución entre los muros de la prisión. Pero, hasta principios de siglo, el ajusticiamiento se había celebrado en público.

Gérard Chaillot recordó a Da Costa que la reina María Antonieta, por ejemplo, fue entregada al verdugo Henri Sanson en la Conciergerie. Le ataron las manos y la obligaron a subir, medio desnuda, a la carreta, entre Sanson y un sacerdote. A las once llegaron a la plaza donde estaba el patíbulo. El verdugo ayudó a subir a la reina por la escalerilla y ella misma puso luego dócilmente la cabeza en el instrumento de muerte. Sanson apretó el botón que sujetaba la cuerda y la cuchilla descendió veloz hasta segar la cabeza de un tajo instantáneo. Luego la tomó de los cabellos y la mostró al público, igual que hizo meses antes su padre, Charles Henri Sanson, con la testa de Luis XVI.

—Espantoso —resumió Da Costa.

—Como la misma Conciergerie, donde uno de los tormentos estrella era el de los borceguíes.

—¿Qué diablos es eso?

—Consistía en encajonar las piernas del reo en cuatro gruesas planchas, atadas con cuerdas. Dos de esas planchas inmovilizaban las piernas por la parte externa y las otras dos por la interna. Casi siempre se aplicaba la tortura introduciendo cuatro cuñas entre las dos planchas. Y el tormento extraordinario aumentaba las cuñas a ocho.

—¿Y entonces?

—Cada cuña separaba las planchas y tensaba las cuerdas hasta que se descoyuntaban las piernas. A cada nueva cuña, el dolor era más intenso, y antes de llegar a la cuarta los reos solían perder el conocimiento.

—¿Le hicieron eso a Bocanegra antes de guillotinarle?

—Probablemente sí, para que confesase; lo mismo que el tormento del agua.

—¿Para ahogarle?

—Sentaban al reo en un escabel de madera, ataban sus manos a la pared y sus pies a un torniquete; luego se le aplicaba un embudo en la boca y se le servía la primera jarra de agua.

—Menuda forma de combatir la sed.

—El código prescribía cuatro jarras para el tormento ordinario y otras tantas para el extraordinario.

—Pero ni un elefante bebería tal cantidad de líquido.

—A la cuarta jarra el reo estaba tan hinchado que su aspecto inspiraba solo compasión.

—No, si como sigas contándome más salvajadas, acabarás despertando también en mí la compasión por Bocanegra.

—Por lo menos —añadió Chaillot—, Bocanegra se libró de las marcas de hierro candente, abolidas en 1832.

—¿Marcaban también a los presos como si fueran reses?

—Los que no eran condenados a muerte llevaban una señal con las letras mayúsculas «TF», de «*travaux forcés*» (trabajos forzados), con una «V» en el caso de los «*voleurs*» (ladrones), y otra «V» cuando se trataba de una segunda condena. Las cadenas perpetuas se indicaban con una «P», que significaba «*en perpetuité*».

—Inútil consuelo.

La Decepción, con mayúscula, cundió una vez más en el ánimo de los policías portugueses encargados del caso.

—Ahora resulta —advirtió Arcones, descorazonado— que Salvador Cornelio Palacios no puede ser el actual Cornelius, pues murió hace la friolera de treinta años.

—A no ser que alguien esté reivindicando ahora su nombre —advirtió Mora.

—¿Y quién puede ser ese alguien: humo de chimenea, niebla como puré de patata, espejismo del desierto...? ¿Lo sabes tú acaso, Mora?

—Yo no.

—Entonces tal vez lo sepa Da Costa —añadió el capitán con un mohín dubitativo.

—Pienso —dijo el teniente— que la clave puede estar en el hombre que consiguió huir, pues Palacios prefirió morir antes que delatarle.

—¿Insinúas que Cornelius podría ser ese evadido anónimo?

—Es solo una posibilidad...

—Que debemos investigar, sí, señor. Hay que encontrar a ese sujeto como sea, siempre y cuando no lo hayan metido ya en un ataúd después de diñarla.

Un halo de esperanza iluminó de repente el semblante apagado de Arcones. El capitán pensó que aquel simple indicio podía abrirles auténticos horizontes. Incorporado de la butaca, se asomó a la ventana del despacho. Si los horizontes que esperaba descubrir eran tan radiantes como el sol amarillo que lamía las calles de Lisboa aquella apacible mañana, era posible que la investigación les condujese hasta Cornelius y su banda. «¿Y por qué no seguir soñando con ello?», se preguntó.

—¡Fuego, fuego...! —ladró Mendoza desde su celda, en la cárcel de Peniche.

Almeida acababa de quemar su colchón con un mechero de gas, y en un instante las llamas se propagaron por la reducida estancia, chamuscando los catres y tiñendo de alquitrán las paredes y el techo.

Rendueles yacía casi sin sentido en el suelo, rodeado de una espesa niebla de humo gris que amenazaba con asfixiar también a Mendoza y Almeida si alguien no acudía enseguida a rescatarlos de aquella ratonera.

—¡Socorro, socorro...! —volvió a bramar Mendoza, agarrando con desesperación los barrotes de hierro.

Por fortuna, los guardias no tardaron demasiado en llegar.

—Joder, este tío pesa como un mamut —murmuró entre dientes uno de los guardianes, mientras arrastraba a Rendueles por los brazos hacia fuera de la celda.

—¿Creías que la mierda era como el éter? —dijo su compañero.

El director, Gregório Serna, acudió rápidamente con otros guardias, quienes, extintores en mano, lograron sofocar poco después el incendio.

Los tres presos fueron trasladados de inmediato a la enfermería. Tendido sobre una camilla, Rendueles recuperó el resuello y pudo mascullar al oído de Almeida:

—Estás loco; cuando salgas de aquí, si es que sales, date por muerto.

Recostado a su lado en otra camilla, Mendoza secundó a Rendueles con el rostro contraído en una máscara granítica; su mirada enfebrecida pedía a gritos vengarse del cabrón que había estado a un tris de acabar con su vida.

Solo Almeida conocía el objetivo de su descabellada treta: su traslado a una celda individual incomunicado del resto de los presos, donde pensaba estar más seguro de las afiladas garras de Cornelius.

Almeida había aprendido a nadar en río revuelto.

El barrio residencial de Auteuil, donde residían los Cornaro, pasó a formar parte de la villa de París en 1860. Hasta entonces, había sido un tranquilo pueblo a orillas del Sena. Pero Napoleón III quiso transformar la capital de su imperio encargándole al barón Georges Eugène Haussman que demoliese las calles apiñadas e insalubres de la ciudad medieval para crear un trazado urbano geométrico con avenidas y bulevares, que incluía la anexión de barrios próximos como el de Auteuil.

Los Cornaro vivían en una antigua mansión en la Rue La Fontaine, muy cerca de la casa donde nació Marcel Proust y de la Embajada italiana; y próxima también al palacete de Paul Mezzara y al Castel Béranger, obras del arquitecto Hector Guimard, sumo pontífice del Art Nouveau.

Construido a finales del siglo XIX, el *hôtel* de la familia de Mafalda estaba situado entre un patio y un jardín; disponía en su interior de mil quinientos metros cuadrados útiles repartidos en cuatro plantas con tres salones, gran comedor, cocina, siete dormitorios, cuatro cuartos de baño y amplio zaguán. Parecía más la vivienda de un embajador plenipotenciario que la de un agregado de embajada. Pero la generosa herencia familiar de los Cornaro había permitido a Bruno adquirir esa espléndida mansión al llegar de Suiza.

Su esposa Francesca revistió de flores todo el interior de la casa. No había kilómetros de terciopelo, como en la residencia del embajador, pero sí preciosos ramos de claveles en jarrones de Sèvres, soberbias bolas de rosas, derroche de nardos y violetas sobre mesas y consolas... Las habitaciones eran suntuosas y conservaban el artesonado original de madera.

La doncella había dispuesto la mesa rectangular de caoba para el almuerzo familiar del sábado. Sentada a la mesa con sus padres y su hermano Alessandro en una de las sillas con rejilla de enea tapizadas en *petit point*, Mafalda se comportó aquella tarde de forma ausente, antipática y maleducada incluso, algo insólito en ella.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? —dijo finalmente su padre, harto de su actitud.

—Nada.

—¿Cómo que nada? Si te mirases al espejo, verías la cara que tienes... Menos mal que, como dicen los franceses, hasta el día más largo tiene un final, hijita, porque estás insoportable.

—¡Papá...!

Mafalda se levantó de la mesa como si le hubiesen pinchado en el trasero, sin haber terminado el primer plato.

—¡Vuelve a sentarte!

—¿Todavía no hay carta de Juanito? —interrogó Alessandro con una risita

burlona.

Mafalda se puso el índice delante de los labios y rugió:

—¡Cállate!

—Huy, qué enfadada que estás.

Alessandro tenía razón. Su hermana llevaba casi dos semanas sin recibir respuesta de Juanito a su última carta de amor. Estaba ansiosa y desesperada. Por más vueltas que le daba a su cabeza, no lograba explicarse tanto retraso. ¿Se habría olvidado Juanito de ella de repente? Recordó entonces el amargo episodio de la fiesta de máscaras en casa de los Orleáns, y un escalofrío recorrió de arriba abajo su espina dorsal, como una potente descarga eléctrica de cinco mil voltios. Le pareció volver a ver el rostro estupefacto de Gabriela de Saboya en aquel lujurioso diván, justo en el instante en que ella abrió la puerta y la sorprendió en compañía de Juanito con su bustier de tul al aire, más corto y flexible que el corsé, para realzar su figura. Pensó entonces que si leía por enésima vez la última carta de Juanito encontraría tal vez alguna pista de aquel inexplicable silencio.

Fecha apenas dos semanas atrás, la carta decía así:

Querida Mafi, no puedes imaginarte cuánto te echo de menos en esta fría Academia que no huele precisamente a ti. Esta noche, en mi cama, he pensado que estaba besándote, pero me he dado cuenta de que no eras tú, sino una simple almohada, arrugada y con mal olor (de verdad desagradable), pero así es la vida. La pasamos soñando una cosa mientras Dios decide otra.

Cuento los días que faltan para que llegue el verano y pueda abrazarte y besarte y decirte cuánto te amo y te amaré siempre mientras recorremos una vez más juntos el paseo marítimo rumbo a nuestros sueños, que algún día, más pronto que tarde, cariño mío, se harán por fin realidad. Te quiere y añora,

JUANITO

Mafalda no pudo evitar emocionarse otra vez. Pero, tras leer aquella especie de poema amoroso, una tremenda disyuntiva le asaltó: o Juanito la quería de verdad, como se desprendía de sus bellas palabras; o en realidad era el mejor actor de Hollywood, que había vuelto a las andadas coleccionando rubias, morenas, castañas y pelirrojas durante sus permisos de fin de semana en Zaragoza. Esa sempiterna incertidumbre la torturaba prácticamente desde que el 19 de diciembre de 1955, cuatro meses atrás, volviese a verle por vez primera en Estoril tras el largo paréntesis de la segunda infancia.

Dafne visitó a su amiga por la tarde para preguntarle si quería salir aquella noche.

—He quedado con Philippe para ir al Lorientais, donde actúa Claude Luter; ya sabes que el sábado pasado nos quedamos sin poder verle. Por cierto, Alain sigue preguntando por qué no vienes.

—Lo siento, Dafne, pero no me apetece.

—Estás muy rara... ¿Te pasa algo?

Mafalda rompió a llorar de nuevo, desconsolada. Dafne se acercó a ella y la

abrazó, tratando de reconfortarla.

Arcones ordenó a Da Costa y Mora que investigasen la biografía del anarquista Salvador Cornelio Palacios, alias *Bocanegra*, con la esperanza de descubrir la identidad del compañero por el que este fue capaz de inmolarsse en la guillotina. ¿Quién era en realidad aquel hombre que había salvado la sesera gracias al impagable heroísmo de un camarada? Arcones no había dejado de rumiar sobre ello, sospechando que el evadido debía ser algún anarquista con mucho peso en la organización.

Una vez recopilada toda la información disponible, desde la partida de nacimiento de Palacios conservada en el Registro Civil, hasta los expedientes clasificados en los archivos de la policía española, Da Costa y Mora se reunieron con Arcones en su despacho de la PIDE.

Mora tomó la iniciativa.

—Veamos, Palacios nació en 1881, en el barrio madrileño de las Injurias —dijo, consultando sus primeras notas.

—Qué nombre tan raro —repuso el capitán.

—Muy apropiado para un infierno como aquel, situado en una hondonada muy profunda en cuyo fondo muchos madrileños vivían como auténticas ratas.

—De modo que Bocanegra salió también de alguna de aquellas madrigueras.

—Las casas parecían grutas, desprovistas de las más elementales condiciones higiénicas y expuestas a los gérmenes palúdicos del río. Las vistas tampoco eran muy halagüeñas que digamos, pues daban al Depósito Judicial de cadáveres.

—Una fábrica de anarquistas, vaya.

Pío Baroja había descrito, sin exagerar un ápice, aquel estercolero en su obra *Mala hierba*, publicada en 1904, la cual, junto a *La busca* y *Aurora roja* componían su trilogía *La lucha por la vida*. Escribía así el insigne novelista:

El barrio de las Injurias se despoblaba, iban saliendo sus habitantes hacia Madrid... Era gente astrosa: algunos, traperos; otros, mendigos; otros, muertos de hambre; casi todos de facha repulsiva. Era una basura humana, envuelta en guiñapos, entumecida por el frío y la humedad, la que vomitaba aquel barrio infecto. Era la herpe, la lacra, el color amarillo de la terciana, el párpado retraído, todos los estigmas de la enfermedad y la miseria.

—Continúa, Mora... —indicó Arcones, encendiéndose una breva casi tan larga como una cerbatana con los dedos amarillos por la nicotina. Envolvía su rostro en las grandes nubes de humo, a través de cuyo velo miraba al brigada con ojos entornados.

—De padre desconocido, Palacios fue criado por su madre, que sobrevivía como lavandera. Desde niño aprendió a odiar a los ricos para los que trabajaba ocasionalmente como criado en las casas burguesas de Madrid.

—Menudo semillero de bandidos. La historia me recuerda, salvando las distancias, a la de Alfama y el chulo ese de Barbosa, que por fin se pudre en la trena.

Dime tú ahora, Da Costa, cómo era Palacios.

—¿De carácter?

—Sí, claro.

—Violento y vengativo. No olvidaba lo que él consideraba humillaciones sufridas solo por su condición. Desde muy joven se sintió atraído por los anarquistas que practicaban «la propaganda por el hecho».

—¿Qué es eso?

—Terrorismo en estado puro.

—Continúa —dijo ávidamente soltando una bocanada de humo.

—En 1898, con diecisiete años, Palacios participó con un grupo de anarquistas en el ataque, con palos y piedras, a una procesión del Corpus Christi mientras desfilaba por la Puerta del Sol.

—Como los trogloditas, a pedrada limpia —ironizó el capitán.

—La fuerza pública cargó contra los atacantes y se produjeron varios muertos. Palacios fue detenido por vez primera y fichado. Cumplió seis meses en la cárcel Modelo de Madrid, donde conoció a militantes anarquistas apresados por terrorismo y tuvo ocasión de profundizar en su adoctrinamiento.

—¿Fue así como Palacios se convirtió en Bocanegra?

—Con ese apodo participó ya, en 1900, en el atraco a una sucursal del Banco Hispanoamericano en Madrid. La policía emitió orden de búsqueda y captura, y Bocanegra huyó a Francia. El resto de la información que consta en los archivos franceses ya lo conocemos: sospechoso de participar en el atentado contra Alfonso XIII en París, fue puesto en libertad por falta de pruebas; y en 1926 murió guillotinado tras asaltar con otros camaradas una armería.

—Muchachos, necesitamos averiguar más datos sobre Bocanegra en Francia, además de sus antecedentes policiales. Da Costa: ponte en contacto con Gérard Chaillot para que investigue a fondo su vida. Quiero saber de qué color tenía los calzoncillos Bocanegra, aunque seguramente fuesen blancos con tal de llevar la contraria a su alias. Pero me da lo mismo.

—De acuerdo, jefe.

En un lujoso apartamento situado en el número 69 de la Rue de Croulebarbe, junto a la plaza del Vert-Galant, en la punta oeste de la Île de la Cité, el profesor Ferdinand Corbel cogió una lata con una película en celuloide de la estantería principal del salón. Una etiqueta adherida indicaba: «Alfonso XIII».

Embozado en una bata de lana escocesa que cubría a su vez un pijama azul de algodón, Ferdinand Corbel abrió la lata y se dispuso a enrollar cuidadosamente la película alrededor de la bobina de un proyector de cine que previamente había extraído de un estuche de madera con el interior de fieltro rojo y herrajes en latón. Era un proyector Pathé Baby, fabricado en Francia en los años veinte, de reducidas

dimensiones, como indicaba su nombre: treinta centímetros de alto por trece de ancho. Corbel lo había adquirido completamente restaurado en un anticuario por doscientos francos. En la parte posterior del aparato había una plaquita con la marca Pathé, en alusión a su inventor: Charles Pathé; y en uno de los laterales destacaba una bella esfera dorada con el genuino símbolo del fabricante: el gallo.

Concluido el proceso, Corbel apagó la luz y se acomodó en un butacón de cuero para disfrutar del espectáculo con su whisky preferido, el Haig & Haig Pinch Bottle.

Un haz de luz se proyectó sobre una pared blanca. Empezaron a verse fotogramas rayados de una película antigua y muda. Era una copia restaurada a partir de unos soportes de nitrato bastante contraídos; en el trabajo no se habían podido eliminar por completo las aguas de las imágenes, causadas por un revelado deficiente. Pero eso no impidió a Corbel empezar a deleitarse con la sesión de cine. Un cartel en castellano señaló el título de la película: *Consultorio de señoras*. Encabezaba los títulos de crédito el nombre de la productora: la Royal Films. Corbel había averiguado que se trataba de la productora fundada por los hermanos Ramón y Ricardo Baños a finales de 1915 en Barcelona, capital entonces del mundillo cinematográfico, cuya sede se encontraba en el número 7 de la calle del Príncipe de Asturias, en el barrio de Gracia.

Ahora, en la pared, se proyectó la silueta de una mujer con un brillante vestido de lentejuelas, un collar larguísimo y una estola de marabú, que calzaba zapatos estilo Charleston; llevaba el cabello corto, a lo *garçonne*, cubierto con un sombrero con plumas, y el cutis muy pálido con polvos de arroz, parecía de porcelana. Ante la mirada de sátiro de Corbel, aquella damisela empezó a desvestirse buscando la seducción del espectador.

Da Costa subió con Mora al Chrysler verde, modelo Plymouth 1956, cuya carrocería destacaba por la aerodinámica de sus guardabarros de aleta y de los faros traseros. Su motor Hemi V8 le ofrecía más caballos de potencia que el de cualquier otro vehículo equivalente, además de llevar frenos de disco en las cuatro ruedas y elevallunas eléctricos. Un lujo de coche para un policía que había pagado con gran esfuerzo, dado su mísero sueldo, la instalación de un tocadiscos de cuarenta y cinco revoluciones por minuto, cuya aguja saltaba del plato giratorio cada vez que el vehículo cogía algún bache. Pero Da Costa adoraba a Frank Sinatra y deseaba oírle cantar incluso conduciendo rumbo a un sitio tan poco romántico como el penal de Peniche. Mientras recorrían kilómetros de costa con grandes superficies rocosas y fabulosos arenales, Da Costa bromeó con Mora:

—¿Te gusta Sinatra? Piénsalo antes de contestar: soy capaz de matarte.

—Pues mátame y así te encerrarán a ti también en Peniche, con Almeida.

—No puedo creer que sigas respirando sin haber escuchado a Sinatra; deberías hacerle reverencias, porque es el rey de la canción.

—Eso lo dejo para ti, que eres un sensiblero. En cambio, a mí me van los himnos



recios como el de la División Azul: «*Con mi canción la gloria va por los caminos del adiós, que en Rusia están los camaradas de mi División... Tarará, tarará*»; o el himno de la Falange Española: ¿conoces el *Cara al sol*? —añadió, haciendo el saludo romano con el brazo.

—¿Has besado a alguna mujer?

—Oye, no te pases.

—Te lo pregunto de veras: ¿has podido besar a una mujer sin haberte deleitado antes con la cálida voz de Sinatra?

—He besado a muchas mujeres sin necesidad de aguantar sus frívolas canciones.

—Como no me digas a quiénes...

—A varias rusas de ojos azules, mientras combatía en la División del mismo color que sus miradas. ¿Qué te parece?

—¿No serás un poco fanfarrón?

—¿Fanfarrón? No me hagas hablar.

—Desembucha...

Mora intentó en vano reprimir su impulso.

—Explícame ahora tú no por qué no saltaste de la azotea para perseguir a Barbosa, en lugar de dejarle escapar.

Da Costa sintió que le clavaban un puñal por la espalda.

—Será gilipollas —murmuró entre dientes.

—Bueno, ¿qué me dices de Almeida? Vaya numerito que acaba de organizar prendiéndole fuego al colchón de su catre —comentó Mora para rebajar la tensión, que podía cortarse con un filo de acero.

—Estará tan pancho en su nueva celda, aislado de los otros presos; sobre todo, de Rendueles y de Mendoza —contestó el teniente con desgana.

—Como le echen el guante, seguro que le harán picadillo.

Da Costa sintió un arrebató de hacer eso mismo ahora con Mora, pero él sí logró contenerlo.

—Por fin tenemos cogido a Almeida por los huevos. El muy cabrón será capaz de cantar en gregoriano el nombre del cirujano plástico que le operó en cuanto le amenacemos con devolverle a su antigua celda. Seguro que se caga en sus pantaloncitos de rayas —añadió Mora, complacido.

El vehículo se detuvo a la entrada de la cárcel, junto a la torre de vigilancia. Un guardia les abrió la puerta de la alambrada para que pudiesen acceder al recinto. El director, Gregorio Serna, les aguardaba en su despacho. Poco después, oyeron de nuevo retumbar por los altavoces al otro lado del cristal de la ventana: «Eduardo Almeida, recluso 1.926, acuda al centro de control. En la oficina hay alguien que quiere verle».

Instantes después sonó el teléfono en el despacho del director.

—¿Ocurre algo? —preguntó Serna.

Su rostro encogido auguró una inminente desgracia.

—Acaban de encontrar a Almeida agonizando con síntomas de envenenamiento  
—dijo el director con voz pastosa y el auricular todavía en la mano.

El alcaide, Da Costa y Mora se dirigieron a toda prisa hacia la enfermería. A Da Costa se le hizo un nudo en la garganta solo de pensar que se les escurría de las manos de nuevo la posibilidad de lograr una pista sólida para llegar a Cornelius. En la enfermería, Almeida yacía sobre una camilla, agonizante. Su mirada estaba nublada por el efecto del veneno. Ojos abotargados, cóncavos, ojos sin vida. Pero, aun así, reconoció a Da Costa por su voz.

—Te dije que si hablaba era hombre muerto —murmuró.

El teniente pegó la oreja al oído del moribundo para poder escucharle mejor.

—Pero no lo hiciste.

—Da igual; basta con que él lo creyese.

—¿Cornelius?

—Sí.

—¿Quién es Cornelius?

—Nadie lo sabe.

—¿Y el cirujano que te operó?

Almeida empezó a perder las constantes vitales. Su rostro amarillento e inerte se parecía cada vez más a la máscara funeraria de Tutankamón. Pero, antes de exhalar el último suspiro, su afán por vengarse de Cornelius le dio un átomo de energía para pronunciar un nombre.

—Ludovic Dubois —dijo con un balbuceo casi imperceptible.

—¿Dónde vive?

—Veintisiete de la Rue Be...

Fue incapaz de revelar ya la dirección completa. Almeida acababa de pasar a la historia como el asesino del infante Alfonso de Borbón. Había muerto, intentando matar de nuevo.

Gérard Chaillot se proponía desempolvar el caso del atraco a la armería de Auxerre, en 1926. Sabía que no podía contar con los testimonios de los miembros de la banda, porque todos ellos habían muerto; excepto, tal vez, el fugitivo sin identificar. Examinó hasta la última coma de la información obrante en los archivos policiales, y revisó una y otra vez las transcripciones de las vistas orales del proceso en el que se condenó a Salvador Palacios *Bocanegra*, comprobando, decepcionado, que no había ni un solo hilo del que tirar. A punto de arrojar la toalla, descubrió de repente en el folio número 253 del sumario una hebra de la madeja: la lista de los policías que investigaron el caso en su día. Averiguó que el primero de ellos, Alfred Boissieu, había fallecido de un cáncer hacía dos años; y que el segundo, Charles Mercier, vivía

ahora retirado con su esposa americana en Estados Unidos. Quedaba solo Alphonse le Brun, cuya dirección también figuraba en el sumario: Rue Caulaincourt, número 26, muy cerca de la Basílica del Sacré Coeur. Gérard marcó el número de teléfono anotado entre paréntesis con la esperanza de que no hubiese cambiado, y tuvo suerte. Parecía como si aquel hombre hubiese aguardado nada menos que treinta años para hablar con él.

Aquella tarde, alrededor de las seis, Gérard Chaillot llamó al timbre de la puerta de su casa, en la quinta planta de un antiguo edificio de fachada grisácea.

—*Allez, allez...* —indicó un educado anciano de unos setenta y cinco años, que con sus grandes bigotes ya blancos y ondulados y su serio ademán recordaba al prototipo del policía francés de principios de siglo.

—Muy amable, señor Le Brun.

—Sígame —añadió con gesto severo, casi militar.

Recorrieron un largo pasillo de tarima de roble, al final del cual había un gran salón con un tresillo de piel y dos butacas a ambos lados de una mesa de centro.

—Tome asiento donde quiera.

—Gracias.

Chaillot se acomodó en uno de los butacones de cuero.

—Veamos —carraspeó—, deseaba usted hablar conmigo sobre el asalto a la armería de Auxerre, ¿no es así?

—Así es.

—Usted dirá en qué puedo ayudarle.

—Recordará que asesinaron a tres militares.

—Claro que lo recuerdo.

—Y que solo escaparon dos anarquistas.

—Bocanegra y otro miserable como él, del que nunca más se supo.

—En efecto.

—Verá, usted, en aquellos años el anarquismo estaba conectado con el crimen organizado. Pululaban bandas de anarquistas, que no eran más que atracadores y ladrones a quienes no les temblaba el pulso a la hora de apretar el gatillo.

—Una especie de gánsteres quiere usted decir.

—Una especie, no: gánsteres a secas. Habían dejado a un lado el idealismo de la lucha obrera para dedicarse a lo que llamaban «expropiación individual».

—Que era simple y llanamente robar.

—¿A usted qué le parece? Se decían seguidores de una corriente anarquista que denominaban «ilegalismo», y que consistía en adoptar el crimen como modo de vida. Edificante, ¿verdad?

—Lamentable.

—Según ellos, solo robaban a los que consideraban parásitos sociales (empresarios, jueces, soldados y miembros del clero), pero nunca a quienes trabajaban en profesiones que estimaban útiles (arquitectos, médicos, artistas...); un

porcentaje del dinero robado lo donaban a la causa anarquista. En este contexto, actuaban bandas criminales, como Los trabajadores de la noche, de Marius Jacob, o La Banda de Bonnot, que cometió numerosos atracos y homicidios entre 1911 y 1912.

—¿También en la armería de Auxerre?

—Estoy convencido de que una banda parecida a esas participó en el asalto. Pese a todos sus delitos anteriores, no se pudo atrapar a sus miembros, porque sus golpes estaban muy bien planeados y ejecutados. Siempre huían en automóviles. En los ambientes del hampa se les conocía como «Los héroes del infierno». Bocanegra, al escuchar su sentencia de muerte gritó: «¡Larga vida a la anarquía!». Y debió ser arrastrado para sacarlo fuera de la corte.

—¿Sabe algo del compañero de Bocanegra que logró escapar?

—Por mis conversaciones con el propio Bocanegra antes de ser guillotinado, y aunque no lo reconociese luego él en sus declaraciones y por lo tanto no se pudiese demostrar, estoy persuadido de que el fugitivo era su propio hijo, Michel Palacios.

Gérard dio un respingo en la butaca.

—¡Su hijo!

—¿He dicho algo que le haya molestado?

—No. Siga, siga...

—Le diré todavía más: un año antes, en 1925, se había cursado ya una orden de detención contra Michel Palacios por estafar a una costurera de París, pero el miserable logró huir.

Mientras bajaba en el ascensor de jaula, Gérard Chaillot pensó que las posibilidades de que Michel Palacios fuese Cornelius habían aumentado considerablemente tras su conversación con Alphonse le Brun. Michel Palacios era un fugitivo criminal, relacionado con el mundo del hampa, cuyo padre, ejecutado en la guillotina por no revelar su identidad, era anarquista y llevaba de segundo nombre Cornelio. Era posible que su hijo reivindicase ahora su figura adoptando ese nombre de guerra. Desde luego, no era una prueba definitiva, pero sí un indicio muy a tener en cuenta. Y sabía que el siguiente paso que debía dar era encontrar a la mujer que resultó estafada por Michel Palacios en 1925, si es que aún vivía.

—¿Gérard? —preguntó Da Costa, muy alterado, al otro lado del teléfono.

—Iba a llamarte yo ahora mismo, pero... ¿Sucedo algo grave?

—Almeida acaba de decirnos por fin el nombre del cirujano plástico que le operó.

—¿Cómo?

—Antes de morir.

—¿Qué coño le habéis hecho?

—Nosotros, nada. Parece que algún esbirro de Cornelius le ha envenenado en la cárcel.

—¿Cómo se llama el cirujano?

—Anota: Ludovic Dubois.

—¿Dijo Almeida dónde vive?

—No le dio tiempo. Solo pronunció dos letras: «Be».

—¿Rue Be...?

—Y un número de la misteriosa calle: el veintisiete.

—Veamos, así de sopetón: Rue Beaubourg, Beauregard, Bellefond, Bertin-Poirée... Habrá que echar un vistazo al callejero, pero ya te adelanto que calles y avenidas que empiecen por esas dos letras habrá en París casi tantas como apellidos Sousa en el listín telefónico de Portugal.

—Tienes que localizar a Dubois como sea.

—Descuida. Por cierto, acabo de averiguar que Palacios tuvo un hijo al que puso por nombre Michel.

—Fantástico... Arcones se va a alegrar mucho cuando se lo diga.

Bruno Cornaro, el padre de Mafalda, y su profesor de Historia Ferdinand Corbel coincidieron aquella tarde en un acto en la sede de la Unesco, que se encontraba temporalmente en el hotel Majestic.

El edificio, en el número 19 de la avenida Kléber, cerca de la plaza de l'Étoile, fue construido con el nombre de Hôtel Basiliewski en 1864, en la zona más importante de la expansión urbana de París.

Pero su historia contrariaba profundamente a Ferdinand Corbel por la sencilla razón de que en aquel mismo edificio que pisaba él aquella tarde había vivido la reina Isabel II entre 1868 y 1904, durante su exilio en París a raíz de la «Gloriosa» revolución, como se la dio en llamar. Conocido entonces como Palais de Castille, fue la residencia oficial de esta reina Borbón, acogida por Napoléon III y su esposa, la española Eugenia de Montijo.

El discurso de Robert Schuman, actual ministro francés de Justicia y uno de los padres de la Europa Comunitaria, había congregado allí a numerosos representantes de la política y de la cultura, principalmente. Schuman destacó el papel de la cultura en una Europa de los ciudadanos. Pero, a diferencia de otros dignatarios franceses, el ministro de Justicia no se caracterizaba por ser un orador brillante, y su conferencia fue más bien una colección de aburridos tópicos que no convencieron en absoluto a Cornaro, ni mucho menos a Corbel.

Al finalizar, los invitados se distribuyeron en corrillos mientras se servía un cóctel. Bruno Cornaro aprovechó para encender su pipa inglesa Charatan, en medio de los dorados, las luces, el ir y venir de los esmoquins y los trajes de seda de figuras perfumadas y centelleantes que hacían resonar cadenciosamente contra el suelo los tacones de sus zapatos de charol o de piel.

El perchero de la antesala estaba repleto de sombreros, chisteras, gorras militares,

abrigos de pieles y ricas pellizas forradas de seda.

Las damas debían de llevar colgados al cuello millones de francos en perlas y brillantes. Cornaro y Corbel estrecharon por separado manos enguantadas de mujer y manos de hombres recién sacadas de los bolsillos de los pantalones; unas se mostraban excesivamente pasivas y otras apretaban con demasiada familiaridad. El diplomático y el académico debieron de prodigar una veintena de apretones de manos, sin que les fuese posible retener la mayoría de los nombres de sus poseedores. Todos se miraban y husmeaban como si fuesen bichos raros.

—¿Recuerdas el discurso de Schuman del 9 de mayo de 1950? —dijo un hombrecillo calvo al resto del grupo, tratando de distraer la atención sobre la soporífera alocución que acababan de escuchar.

—Magistral... Una de las disertaciones más trascendentales de la historia de Europa. Schuman se dirigió a más de doscientos periodistas para presentar una declaración preparada junto a Jean Monnet —asintió un individuo mayor, algo corcovado.

—La Declaración Schuman, ni más ni menos, caballeros: la primera propuesta oficial para la construcción de una Europa integrada.

Vestidos de esmoquin, Cornaro y Corbel cruzaban disimuladamente miradas de asombro, sin atreverse a despegar los labios para no parecer descorteses si decían lo que pensaban. El padre de Mafalda paseó su mirada alrededor del salón con su pipa en la boca, y divisó a lo lejos a su *monsieur l'ambassadeur*, mariposeando de grupo en grupo. Tras despedirse amablemente de los contertulios, salió a su encuentro.

—¿Conoces a Ferdinand Corbel? —preguntó el embajador poco después a su agregado cultural, haciendo un aparte con él.

—Personalmente, no; pero ya sabes que es el profesor de Historia de mi hija en la Sorbona —dijo Cornaro, soltando el aromático humo de su cachimba.

—Te interesará mucho hablar con él para colaborar en futuros proyectos con la universidad. Es una persona muy inteligente y prestigiosa, con muchos contactos en el mundo académico al más alto nivel.

Al verle, el embajador italiano le saludó efusivamente.

—*Monsieur Corbel!*

—*Monsieur l'ambassadeur!*

—Te presento a Bruno Cornaro, agregado cultural de la embajada.

—Encantado.

Una vez solos, Corbel le dijo al padre de Mafalda a media voz:

—Es mejor que nadie sepa que ya nos conocemos...

—¿Academia militar?

—Sí, dígame.

—Querría hablar, por favor, con Su Alteza el príncipe Juan Carlos.

—¿Quién le llama?

—Mafalda Cornaro.

—Un momento, señorita. Voy a intentar pasarle con él.

Eran las cuatro de la tarde, la hora en que Mafalda sabía que Juanito se encontraba descansando en su habitación.

—¿Oiga...? ¡Oiga...!

Se escucharon unos raros pitidos y la comunicación se cortó.

Pensando en un fallo fortuito, Mafalda volvió a marcar el número de la Academia y fue atendida por el mismo joven.

—Disculpe, señorita. Parece que la línea no funciona bien esta tarde. Vuelvo a intentar pasarle con él.

Pero, tras detectarse de nuevo los extraños ruidos, la comunicación se interrumpió.

Sin darse por vencida, llamó por tercera vez con el mismo desalentador resultado. Mordiéndose los labios, contempló el negro micrófono como si fuese un escarabajo gigante, mientras se preguntaba qué diablos pasaba. Llevaba dos semanas sin recibir carta de Juanito y para colmo ahora tampoco podía hablar con él por teléfono. Durante toda la tarde le hirvió la cabeza como una olla a presión, dándole vueltas al futuro de su relación amorosa: ¿habría encontrado Juanito a otra chica que le gustase más que ella, y por esa razón había dado instrucciones para que no le pasasen ninguna de sus llamadas?

Algo muy extraño estaba sucediendo, y esa noche se acostó sin dejar de rumiar sobre aquel enigma. Hacía tiempo ya que se había dado cuenta de que la guerra más áspera de la vida era la del amor. Cuántas veladas enteras había prorrumpido en exclamaciones, sofocando los suspiros en la almohada y experimentando un tormento igual que si alguien le traspasase cruelmente con una espada la carne viva de su corazón.

Aquella noche no fue muy distinta de las anteriores, pero trató de consolar su tristeza poniendo a trabajar febrilmente su imaginación: se veía abrazándose a Juanito convulsivamente, buscando con anhelo su boca... Yacía inmóvil en su cama, mientras en la mesita de noche la lámpara esparcía una luz suave, atenuada por la pantalla, y el reloj dejaba oír su monótono tictac. La fantasía carecía entonces de límites para abandonarse a un amor codiciado, susurrándole palabras apasionadas y recibiendo a cambio respuestas con voz maravillosamente nítida, mientras sus labios



le hacían sentir la reconfortante dulzura de todos los besos imaginables. Y cuando ya no aguantó más, con la cabeza a punto de estallarle, apagó la luz y se durmió.

A la mañana siguiente, antes de salir de casa para dirigirse a la Sorbona, abrió el buzón del correo, como de costumbre. Al revisar el montoncito de cartas que había dejado el funcionario, comprobó con gran alborozo que había una de la Academia de Zaragoza. Pero, al leer el nombre del remitente, se llevó una decepción: no era Juanito quien la escribía, sino su amigo José Antonio, al que había conocido fugazmente durante el entierro de Alfonsito en Estoril.

Rasgó el sobre y le dio un vuelco el corazón al distinguir los trazos inconfundibles de la letra de su amado Juanito. Empezó a leer con impaciencia el contenido:

Querida Mafi: Imagino todo lo que estarás sufriendo sin saber nada de mí, y al mismo tiempo supongo que tampoco te servirá de consuelo saber que yo también sufro desde que Franco, a través de mi preceptor, me comunicó que no veía con buenos ojos nuestra relación.

Desde hace un par de semanas, controlan mi correo; no recibo tus cartas y sospecho que tú tampoco las mías. No tienen el menor respeto por nuestros sentimientos, ni les importa el dolor que puedan infligirnos con tal de vernos separados para siempre.

El otro día, al llegar a mi habitación, reparé con enorme disgusto en que alguien había retirado tu retrato de mi escritorio. Supe luego que el culpable, en última instancia, había sido Franco. Pero el amor que nos profesamos es mucho más fuerte que todos los obstáculos del mundo. En prueba de ello, te escribo esta carta a través de mi leal amigo José Antonio, el único en quien puedo ya confiar.

Él está al corriente de lo que nos sucede y se ha prestado gustoso a ayudarnos. Nadie podrá separarnos, mi vida. Necesito verte, por supuesto fuera de la Academia, aprovechando el permiso del fin de semana en Zaragoza, donde, como sabes, tengo una habitación reservada en el Gran Hotel.

Es necesario tener mucho cuidado con mi preceptor, que últimamente no me quita los ojos de encima. Por eso creo que deberías teñirte el pelo o cortártelo para que él no pueda reconocerte si acaso llegase a verte sola o conmigo. Si te parece bien, podemos quedar ya para el próximo sábado 26 de mayo, sobre las doce del mediodía, en el café Salduba de la plaza de España, un lugar discreto y tranquilo. Cuando llegues a la estación, en la margen izquierda del Ebro, toma un taxi hasta allí. Te estaré esperando, vida mía, con todo mi amor. Tu Juanito, siempre.

En cuanto terminó de leer la carta, Mafalda se convenció de que debía acudir a la llamada de Juanito, aunque por unos segundos se le pasó por la cabeza lo absurdo de ese amor. Rechazado aquel fugaz pensamiento, decidió seguir al pie de la letra las instrucciones de su novio.

Da Costa y Mora recibieron el resultado de la autopsia de Almeida.

El exhaustivo informe del Instituto de Medicina Forense de Lisboa revelaba, como ellos esperaban, la inexistencia de síntomas de muerte natural. Las hemostasias y hemorragias internas en numerosos órganos, especialmente en el cerebro y en los pulmones, indicaban que se había producido un envenenamiento. El forense extrajo las muestras necesarias de órganos para que las analizase el experto en Toxicología, quien barajó al principio que pudiese tratarse de un veneno convulsivo como la estricnina y después de otros alcaloides, resultando finalmente negativos todos los análisis. ¿Qué veneno era entonces el que había acabado con la vida de Fermín

Correa, más conocido por Eduardo Almeida? Muy pocos toxicólogos en el mundo se habían ocupado hasta ese momento del preparado E 605. Se trataba de uno de los insecticidas empleados para proteger las plantas durante y después de la Segunda Guerra Mundial, descubierto a raíz de las aleaciones orgánicas con fósforo realizadas en la fábrica alemana Bayer de Leverkusen. Efectuadas las primeras pruebas del insecticida E 605, que revelaron unos efectos extraordinariamente mortíferos con las plagas del campo, las tropas americanas se apoderaron de los recipientes que contenían todas las reservas del nuevo producto, al que denominaron Parathion. Solo en 1950, se esparcieron sobre los cultivos de Florida miles de toneladas de ese producto para limpiar de insectos nocivos los naranjales. El preparado se extendió por todo el mundo con distintos nombres, desde Folidol hasta Thiopos 3423, y retornó a Alemania en 1948. Se presentaba en simples botellitas con tapón de rosca, y después, en ampollas de plástico que cualquiera podía adquirir en droguerías y en comercios de semillas y abonos. Alguien había introducido misteriosamente ese mismo veneno en el hongo de chocolate ingerido por Almeida. A ese asesino anónimo trataban de desenmascarar Da Costa y Mora en el penal de Peniche.

—Ningún preso ha podido hacerlo —dedujo el teniente.

—Aislado como estaba Almeida en su celda, desde luego que no —le secundó Mora.

—Ha tenido que ser algún funcionario de la prisión.

—Probablemente el guardián que le descubrió agonizando.

Poco después, el principal sospechoso comparecía ante el alcaide y los dos policías en una de las salas de interrogatorios.

—¿Va a decirnos de una vez, Quiñones, por qué envenenó a Almeida?

—Pero, señor, si yo soy inocente —contestó al director, amedrentado.

—¿Y cómo llegaron los bombones a usted? —inquirió Da Costa.

—Me los dio el oficial de guardia, tras comprobar que la caja había pasado los controles de seguridad pertinentes. Pregúntenle si no a él.

—Esté seguro de que lo haremos, pero antes díganos qué hizo usted con los bombones.

—Se los entregué a su vez a Almeida, que abrió la caja en mi presencia, ofreciéndome uno.

—Y usted lo aceptó.

—Bueno, no vi nada extraño en ello. Lo cogí, sí, y mientras caminaba por el corredor deshice el envoltorio dorado y me llevé el bombón a la boca. Pero un segundo antes de morderlo, me topé con *Jackie*.

—¿*Jackie*...? —preguntó Mora, extrañado.

—Mi perro, un pastor alemán que babeaba hambriento delante de mí. Entonces, me saqué el bombón de la boca y se lo lancé a él. El perro se lo tragó de un bocado, tras atraparlo en el aire. Unos treinta o cuarenta segundos después empezó a convulsionarse violentamente en el suelo, y parecía a punto de expirar de un

momento a otro. Poco después, oí otro tipo de aullidos procedentes de la celda de Almeida. Corrí hacia allí y le vi, a través de los barrotes, desplomado también en el suelo con los ojos en blanco, retorciéndose de dolor entre violentas sacudidas. Abrí la celda y di enseguida la voz de alarma.

Da Costa y Mora comprobaron luego que Quiñones les había contado la verdad, tras interrogar al oficial de guardia.

—Inspeccioné el paquete —dijo este—, verificando que se trataba de una simple caja de bombones enviada por la madre de Almeida como regalo de cumpleaños.

—¿Y quién se la entregó a usted? —preguntó Da Costa.

—Un mensajero, que rellenó la ficha correspondiente.

—¿La conserva?

—Aquí se archiva todo. Aguarde un momento.

El oficial regresó enseguida con una cartulina en la mano y se la tendió a Da Costa.

—Veamos, aquí consta efectivamente un nombre: Ramón Cunqueiro, junto a la que debe de ser su firma. Es un empleado de la mensajería El veloz, de la sucursal de Braga. La remitente del paquete es una tal Eusebia Soares Ferreira. Y el lugar de procedencia, la pastelería Teixeira, de Braga también.

—¿Ve cómo todo está controlado?

—Todo, menos los bombones envenenados que han acabado con Almeida y con el chucho.

Da Costa y Mora no tuvieron más remedio que viajar hasta Braga, a poco más de trescientos kilómetros de Peniche, para verificar los nuevos datos. Empezaron visitando la pastelería Teixeira, situada en el casco antiguo de la ciudad, junto a la plaza de la República, en cuyo escaparate se exhibían varias cajas de bombones exactamente iguales que la recibida por Almeida. Los policías entraron en el establecimiento, donde una joven despachaba ensaimadas y palmeras de chocolate a una señora mayor.

—¿Desean algo los señores? —preguntó la dependienta al marcharse la anciana.

—Verá, somos policías.

—¿Policías...? Esperen un momento, por favor.

Da Costa y Mora escucharon a la chica avisar asustada a su madre, desde la trastienda.

—¿En qué puedo ayudarles? —dijo poco después la señora amablemente, al otro lado del mostrador.

—Queremos saber si conoce usted a Eusebia Soares Ferreira.

La dueña de la pastelería se encogió de hombros.

—Les aseguro que no es clienta habitual nuestra, aunque tampoco puedo negar que sea una de las muchas mujeres que entran a comprar algo aquí.

—Al parecer adquirió una caja de bombones como las de esa vitrina —señaló Da Costa.

—Gracias a Dios, las vendemos de maravilla.

Los agentes se dirigieron a continuación a la agencia de mensajería con la esperanza de encontrar allí algo interesante.

Tras identificarse como policías, Da Costa preguntó a un señor sentado a una pequeña mesa de madera que parecía un pupitre colegial:

—¿Puede decirme si enviaron ustedes un paquete a la prisión de Peniche hace unos días?

—¿A la cárcel?

—Sí. ¿No sabe qué es una cárcel?

—Claro, pero ninguno de nuestros mensajeros ha pisado ese lugar, que yo sepa.

—¿Ni tan siquiera para dejar un paquete?

—No.

—¿Tampoco Ramón Cunqueiro?

—¿Quién es ese señor?

—Pensé que trabajaba aquí.

—Pues le aseguro que no; a no ser que lo hiciese antes de nacer yo... pero esta agencia se abrió hace cinco años —bromeó.

—¿Tengo acaso algo de gracioso? —inquirió el teniente.

—No pretendía molestarle, señor.

—Pues lo ha conseguido.

—Lo siento.

El agente Mora miró a Da Costa con desagrado.

—Tampoco sabrá, naturalmente, quién es Eusebia Soares Ferreira.

—Con esos boletos, señor, me temo que jamás le tocará la lotería.

—¿Aún tiene ganas de guasa? —dijo Da Costa, sosteniéndole en el aire por las solapas de la americana.

—Tranquilo, Da Costa. Vámonos de aquí —le indicó Mora.

Los dos policías repararon entonces hasta dónde llegaban los alargados tentáculos de Cornelius. Más que a una persona de carne y hueso parecían enfrentarse a un abominable genio del mal, que se había servido de una madre y de un mensajero falsos para acabar con Almeida.

Una vez en la calle, mientras se dirigían al coche para regresar a Lisboa, Mora reprendió a su compañero:

—Creo que te has pasado con ese pobre hombre. No pretendía ofenderte.

—Oye, no me digas ahora tú a estas alturas cómo tengo que hacer mi trabajo.

—Pues a veces no sabes hacerlo.

—¿A qué te refieres?

Da Costa le miró como si le disparase con los cañones recortados de sus ojos. Recordaba cuando en el coche, camino de la cárcel de Peniche para ver a Almeida, su

compañero le insinuó que había sido un cobarde por no saltar del tejado para perseguir a Barbosa. Seguía dolido por eso. Y, sobre todo, porque Nicole le había dado largas cuando él más reclamaba su amor. Y ahora, encima, el encargado de la mensajería acababa de tocarle las narices.

—Creo que he hablado claro, ¿no?

—Para ser un engreído, eres demasiado diplomático.

—Desde luego no soy un cobarde como...

Antes de concluyese la frase, Da Costa le soltó un puñetazo en el estómago lo más fuerte que pudo. Mora se dobló de rodillas en el suelo, pese a la coraza de sus marcados abdominales. Da Costa se lanzó sobre él, pero su oponente, adiestrado en la lucha cuerpo a cuerpo, logró esquivarle a tiempo. Entonces el teniente sintió hundirse el puño rocoso del brigada en su pómulo izquierdo y perdió el equilibrio, cayendo de espaldas en la acera.

—¡Señores! —gritó alarmado un transeúnte que pasaba por allí.

Pero Da Costa y Mora seguían intercambiando golpes, como si estuviese en juego el cinturón de campeón mundial de los pesos pesados. Un corrillo de peatones se formó enseguida junto a los dos bravos luchadores. Alertada por la bronca callejera, una pareja policial acudió a ver qué pasaba. Da Costa mantenía a Mora agarrado del cuello, pero este logró liberarse propinándole un codazo en el bajo vientre.

Los policías lograron separarles con gran esfuerzo, disponiéndose a esposarles para llevárselos detenidos a la comisaría de Braga. Pero Da Costa y Mora les mostraron sus placas identificativas.

—Debería daros vergüenza comportaros así —dijo el más veterano de ellos.

—Menudo escándalo en vía pública —le secundó su compañero.

En la Comisaría Central de París acababa de abrirse la veda para cazar al cirujano plástico Ludovic Dubois, el hombre que había hecho desaparecer las huellas dactilares de Almeida. Se sospechaba, con razón, que Dubois formaba parte de la organización criminal de Cornelius. De modo que el comisario jefe André Leblanc, un policía veterano, cínico y descreído, amante de los buenos restaurantes, de los garitos nocturnos, de las mujeres y de los cócteles —especialmente del Gimlet: dos tercios de ginebra, un tercio de lima y mucho hielo—, había asignado el caso a Gérard Chaillot y a tres agentes más.

Bajo su aspecto de comisario respetable, y sin que nadie pudiese negar que fuera uno de los mejores en su trabajo, se ocultaba un auténtico vividor capaz de ingerir una gran cantidad de alcohol sin inmutarse en apariencia. Empezaba a beber a las once de la mañana y a las tres de la madrugada continuaba aún bebiendo, y cuando alguien hablaba con él, podía jurar que no había probado ni gota de alcohol.

Leblanc era un policía de gatillo fácil. Sabía que para apretarlo sobre cualquier delincuente no era necesario ser un superhombre; ni siquiera se necesitaba valor.

Bastaba solo con cerrar los ojos, apuntar y... ¡pum!... la bala se disparaba sola.

Leblanc era el sucesor de otros muchos jefes al frente de la Sûreté, nombre dado a la policía de seguridad francesa, la más antigua y rica en tradición del mundo, creada para combatir el crimen en 1810, en plena época napoleónica.

Desde su fundador, Eugène François Vidocq, hasta los sucesivos responsables de la misma —Allard, Canler, Claude o Gustave Macé, entre ellos— la Sûreté había sobrevivido a cinco cambios de régimen: de Napoleón al nuevo monarca Borbón, de este a la Monarquía de Julio —Luis Felipe de Orleáns—, de la Monarquía de Julio al Imperio de Napoleón III y de este a la Tercera y Cuarta Repúblicas. Del sombrío edificio de la Petite Rue Sainte Anne había pasado a otro, no menos sombrío, del Quai d'Horloge y se había trasladado finalmente al propio edificio de la Prefectura, en el Quai des Orfèvres.

Con Leblanc seguían utilizándose los mismos métodos policiales, como el pago a confidentes y colaboradores, elegidos entre los antiguos delincuentes. Los criminales expulsados de París y que regresaban secretamente a la ciudad, si eran detenidos, no tenían más remedio que trabajar para Leblanc y sus hombres o desaparecer tras los muros de una cárcel.

Leblanc mantenía también infiltrados en las prisiones a los *agents provocateurs*, conocidos como *moutons*, encargados de ganarse la confianza de otros presidiarios para obtener así toda clase de informaciones. Era corriente que los propios inspectores entrasen en los patios de las prisiones para obligar a los reclusos a caminar en círculo a su alrededor, con el fin de educar la memoria visual y grabar en ella los rostros y características de los delincuentes. La *parade* seguía siendo así un método empleado para reconocer a los presos que ya habían sido condenados con anterioridad o para identificar casualmente a personas condenadas y buscadas a la vez por otro delito.

Leblanc había enriquecido el gigantesco aparato burocrático de la Sûreté: montañas de papeles almacenadas en las salas de elevados techos, polvorientas y poco acogedoras de la comisaría. A cada uno de los criminales conocidos se le abría una ficha en la que constaban su nombre, delitos y penas, y en la que se describía su aspecto. Había millares de ellas y no paraban de incorporarse otras nuevas a los archivos. Todos los hoteles y pensiones, todos los forasteros estaban sometidos a estricta vigilancia.

Cumpliendo órdenes de Leblanc, Gérard Chaillot se dispuso a seguir con sus compañeros el rastro del cirujano Ludovic Dubois, consciente de que no era en absoluto sencillo localizar su dirección, porque Almeida había muerto antes de completarla: el 27 de la Rue Be...

Buscaron primero en el listín telefónico, pero sus datos no figuraban ahí. En vista de lo cual, acudieron al Colegio de Médicos, donde les confirmaron que Ludovic Dubois no estaba colegiado desde hacía veinte años, tras ser expulsado de la institución por prácticas ilegales; tampoco constaba dirección alguna en sus archivos.

La información concordaba con la que el agente Gérard había obtenido del expediente policial de Dubois, dado que este había sido juzgado en su día por practicar abortos ilegales y por complicidad en un robo cuyo botín se elevó a más de treinta mil francos. Pero, dotado de una astucia inusual y de poderosas influencias, el galeno había logrado eludir siempre la condena.

Nacido en Perpignan el 12 de octubre de 1896, Dubois se había licenciado en la Facultad de Medicina de la Universidad de Marsella, instalada entonces en el Palais du Pharo. Años después, obtuvo la cátedra de Cirugía General en la Universidad de Toulouse, una de las más antiguas y prestigiosas de Europa. Siendo toda una eminencia de la medicina, su carrera se eclipsó de repente, hasta desaparecer como un fantasma de la faz de la tierra.

Armados de paciencia, Gérard y sus compañeros empezaron a bucear en los callejeros de París con ayuda de las guías telefónicas, en espera de que solo un milagro les hiciese dar con su paradero.

Telefonaron así a todos los números 27 de las calles que empezaban por «Be», preguntando por la consulta de un médico y sin revelar que eran policías: Rue de Bercy-Saint-Jean, Bergère, de Berri, des Bernardins, Bertin-Poirée, Béranger, Béarn...

Tras descartar la inmensa mayoría de ellas, quedaron solo tres direcciones en las que les había resultado imposible contactar con alguien, de modo que decidieron hacer la comprobación in situ, dirigiéndose a la primera de ellas. Se trataba de una finca de cuatro plantas en el barrio de Bourse, al oeste de la ciudad, cerca del mercado del Quartier Montorgueil. Seguido por sus compañeros, Chaillot entró en el portal en el preciso instante en que un hombre salía del inmueble. Cada uno de los agentes se encargó de inspeccionar una planta, en la que vivía un solo vecino. Chaillot subió hasta la última, que era la cuarta. Cuando llegó al umbral de la puerta, disponiéndose a llamar al timbre, se dio cuenta de que la doble cerradura estaba abierta. Desfundó su pistola reglamentaria —una semiautomática Mle MAC 1950, del calibre nueve milímetros—, y entró sigilosamente mirando como un lince hacia todos lados.

Gérard Chaillot tropezó con un objeto contundente al principio del pasillo en penumbra, reparando enseguida con alivio en que se trataba solo de una mesa de cristal pegada a la pared frontal del recibidor, de la que colgaban diez diplomas enmarcados de Ludovic Dubois que acreditaban su participación en varios congresos internacionales de cirugía plástica.

Si todavía quedaba alguien en la casa, debía de estar ya al tanto de su presencia. Pero, a juzgar por el silencio sepulcral que allí reinaba y por el hecho de que él acabase de encontrar la puerta principal entreabierta, no debía de haber ya nadie. A la izquierda de la mesa plegable, en el suelo, distinguió un arcón. Justo enfrente, accedió a un cuarto trastero repleto de bultos, a cuyo lado había un amplio dormitorio con dos ventanas que daban al exterior, y un aseo incorporado. Todo parecía estar en orden. Junto al dormitorio principal y con acceso desde el recibidor, había una segunda habitación más pequeña con un armario grande.

Gérard siguió avanzando por el pasillo de puntillas, pistola en mano, hasta toparse a su izquierda con una tercera habitación. A continuación se encontró con la cocina y, enfrente, al otro lado del corredor, con el segundo cuarto de baño. El pasillo desembocaba en una oscura estancia que despedía un olor pestilente. El corazón le daba martillazos en el pecho.

Casi a tientas, se acercó a la persiana y la levantó. Vio entonces iluminarse el pavoroso escenario. Una arcada violenta le sacudió las entrañas y se puso a vomitar. Tendido sobre una mesa de operaciones, en lo que parecía ser el quirófano de una consulta privada, yacía, amarrado de pies y manos con un correa de cuero, el cadáver semidesnudo de Ludovic Dubois.

El infeliz cirujano, o lo que quedaba de él, había traspasado ya la alta y accidentada ribera de la muerte. Gérard se acercó al cuerpo y comprobó que estaba aún caliente, pese a que acababa de entrar en la fase que los forenses denominaban *livor mortis*, caracterizada por el color azulado o grisáceo de la piel a causa del paro de la circulación sanguínea.

De pronto, descubrió con estupor que alguien le había sacado los ojos como si extrajese un caracol. En lugar de utilizar uno de los bisturís que había en una vitrina acristalada con el resto del material quirúrgico, el sádico había preferido clavar sus propios dedos encorvados en sus órbitas hasta hacérselas saltar por los aires. Mientras hundía sus huesudos punzones, debió de amenazarle para regodearse todavía más con su sufrimiento: «¡Te sacaré los ojos, puerco de mierda!». La sangre le había salido a borbotones por las cuencas y aún le inundaba la boca, amordazada con un trapo empapado. Mezcladas con los coágulos de sangre distinguió una especie de púas blancas similares a las de un erizo africano, y supo nada más observar el labio



superior que aquella bestia se había ensañado hasta límites insospechados con su víctima, arrancándole el bigote canoso, pelo a pelo, con unas pinzas metálicas.

Sin ser un blandengue, Gérard volvió a sentir náuseas. Tenía la cara sofocada y con una mano se tocaba el cuello bajo la nuca, como si quisiera aliviar la herida producida por un mordisco. Pero esta vez logró reprimir el vómito, tal vez porque acabase de expulsar el desayuno entero. Olía a orín que apestaba. Aquel monstruo había regado al doctor con la primera o segunda micción de la mañana. ¿Lo embadurnó mientras le torturaba salvajemente, antes de morir? Gérard se convenció de que aquel psicópata se había deleitado humillándole de manera tan repugnante cuando aún estaba consciente.

Junto a la camilla vio una silla con el respaldo de piel en la que debió de sentarse el malvado en algún momento y, justo al lado, una mesita con ruedas giratorias sobre la que había posado un vaso vacío de whisky. Posiblemente el criminal pasase un trapo por todas las superficies en las que hubiese podido distraer sus dedos; o tal vez no hubiese tenido necesidad de hacerlo provisto de guantes.

Ludovic Dubois había muerto desangrado también por el brutal apaleamiento al que le había sometido su verdugo con un látigo probablemente de cuero y colas rematadas con esferas de plomo, a juzgar por las profundas heridas y cardenales repartidos por el tórax, las cuatro extremidades y los genitales. Como remate, un afilado escalpelo permanecía clavado en su corazón, habiendo atravesado el pericardio y penetrado con toda seguridad en algún ventrículo. Debió de clavárselo al tuntún.

—¡Florent, Gautier, Jean-Ives...! —gritó Gérard a sus compañeros, desde el vestíbulo.

—¡Diantre! —exclamaron los tres policías al contemplar poco después el espeluznante escenario.

—¿Por qué no abrimos la puerta de la terraza? —sugirió Gautier algo mareado.

—Aquí no hay quien respire —asintió Florent.

Los cuatro agentes salieron a la terraza para llenar los pulmones con bocanadas de aire fresco.

—Hay que llamar inmediatamente a la jefatura —indicó Gérard.

Poco después, telefoneaba él mismo a la comisaría desde un aparato del salón.

—Pásame con el comisario Leblanc —dijo a un compañero.

—Hable...

—Chaillot al aparato.

—¿Qué ocurre? —preguntó Leblanc.

—Acabamos de encontrar a Ludovic Dubois.

—Traedlo aquí inmediatamente.

—Será mejor que vengan a recogerlo en un coche fúnebre.

—¡Muerto...!

—Yo diría que hecho más bien picadillo. Cornelius o uno de sus esbirros se ha

despachado a gusto con él. Ni Jack el Destripador se hubiese ensañado así con la más codiciada de sus víctimas.

—No toquéis nada. Ahora mismo aviso a los de huellas dactilares para que vayan allí, y al forense para que examine el cadáver y se encargue luego de la autopsia. Mientras tanto, mirad a ver si encontráis algo interesante, pero con cuidado.

—Tranquilo, jefe.

Los policías empezaron a buscar cualquier cosa que pudiese ofrecerles alguna pista sobre la organización de Cornelius. Aprendieron de memoria en la escuela que el verdadero objetivo de la profesión de policía era la creación de una trama que explicase el móvil, en este caso, de Cornelius: impedir que Dubois cantase. Y Ludovic Dubois no daría ya ni una sola nota más en su vida. Su asesino debía padecer una perturbación horrible, a la vez que poseía un impresionante autocontrol para desaparecer como por ensalmo.

Al otro extremo de la mesa de operaciones, donde reposaban los restos de Dubois, estaba su escritorio y, justo detrás, un mueble biblioteca con estanterías de madera y pequeños armarios con puertas en la parte inferior. Vaciaron los cajones de la mesa y sacaron también todos los papeles de los armarios, introduciéndolos en las cajas de cartón que Jean-Ives había traído del trastero, donde tampoco había nada llamativo, más que muebles desvencijados, un gramófono y dos arañas de cristal. Previamente, Jean-Ives había abierto todos los armarios de madera que había en los dormitorios, donde solo encontró mudas, camisas de manga larga, pantalones, chaquetas y zapatos colocados ordenadamente en sus lugares correspondientes.

Los policías decidieron examinar luego toda la documentación con calma, en la comisaría.

—No llevará muerto más de una hora; he tocado el cadáver al llegar y estaba aún caliente —comentó Gérard con un escalofrío.

—El asesino debió ser el hombre con el que nos cruzamos en el portal —advirtió Florent.

—¿Os fijasteis bien en él?

Los agentes dudaron.

—Pues haced memoria de su jeta y de cómo iba vestido para que el dibujante pueda elaborar su retrato-robot al llegar a comisaría.

—Empecemos por el rostro: ¿era ovalado, anguloso, cuadrado, tal vez...? —preguntó el dibujante, sentado en su taller de la comisaría ante un caballete de madera con una gran cartulina en blanco y un carboncillo en la mano derecha.

—Anguloso —dijo Gérard, tras consensuar una vaga descripción del sospechoso con sus compañeros mientras regresaban a la jefatura a bordo del coche celular.

—¿Ojos?

—Castaños, creemos.

—¿Creemos...?

—Sí.

—¿Rasgados, redondos, almendrados...?

—Rasgados tal vez.

—¿Tampoco están seguros?

—No.

—¿Y la boca?

—Ni pequeña ni grande.

—Normal entonces.

—¿Bigote o barba?

—Pensamos que no.

—¿Mentón pronunciado?

—No lo recordamos.

—¿Pómulos?

—Tampoco.

—¿Algún defecto visible en la cara: picadura de viruela, verrugas, lunares...?

¿Quizás alguna cicatriz...?

—Puede que una cicatriz.

—¿Dónde?

—No podemos asegurarlo.

—¿Y la nariz?

—Normal.

—¿Curva o recta?

—Más bien chata.

—Bueno, eso ya es algo.

—¿Pelo?

—Entrecano.

—¿Cejas?

—Ni idea.

Mientras preguntaba, el dibujante había ido bosquejando con rápidos trazos el aspecto del sospechoso siguiendo las imprecisas y limitadas indicaciones de los testigos, hasta componer su retrato-robot.

—¿Es esta la cara del hombre al que vieron? —repuso finalmente, mostrándoles el resultado.

Los cuatro policías se miraron desconcertados, sin atreverse a responder.

—No podemos afirmarlo con rotundidad —reconoció Gérard.

—Entonces, ¿serían incapaces de identificarle si volviesen a cruzarse con él?

—Probablemente. Solo estamos en condiciones de asegurar que tenía unos cincuenta años, medía alrededor del metro ochenta de estatura, vestía un traje gris y llevaba sombrero. Eso es todo.

Chaillot y sus compañeros se preguntaron si el hombre que había pasado a su lado

en el portal y había estado a punto de rozarles con su cuerpo era Cornelius en persona o solo uno de sus secuaces. Sea como fuere, nunca habían estado tan cerca del criminal más sanguinario que hubiesen podido imaginar. Un engendro de hombre, que ya se había salido con la suya ordenando disparar sobre el infante Alfonso de Borbón, ahorcar a una indefensa mujer en Lisboa y envenenar a Eduardo Almeida. Pero la carnicería que acababan de presenciar con espanto en el cuerpo martirizado de Ludovic Dubois solo podía compararse con las atrocidades cometidas con los judíos por el cirujano nazi Josef Menguele, apodado *El Ángel de la Muerte*, en el campo de concentración de Auschwitz; o con los horribles crímenes de la checa de Stalin. Gérard se reafirmó ahora con más fuerza aún en que Cornelius era una versión del mismo demonio: Mefistófeles, Belcebú, Satán, Lucifer, Asmodeo... Lo mismo daba.

La planta principal de la Dirección General de la Policía Nacional de París, conocida en el argot como la Tour Pointue por su edificio con torreón rematado por un tejado a cuatro vertientes, en el número 36 del Quai des Orfèvres, era un enorme rectángulo presidido por la bandera de Francia, junto a un retrato del jefe del Estado.

Decenas de mesas con teléfonos que no paraban de sonar se alineaban de un extremo a otro de la sala, dejando libre un amplio pasillo en el centro. Pegado a la pared de la derecha, según se entraba, estaba el despacho del comisario Leblanc, seguido por los de sus inmediatos subordinados.

La armería de la comisaría central se asemejaba a la de un batallón de infantería, incluidas algunas piezas de museo todavía en servicio: desde pistolas Browning 1910 y 1922 del calibre 7.65 milímetros para agentes uniformados, hasta Manufrance le Français del calibre 6.35 para policías vestidos de civil, ambas adquiridas en 1935. Tras la liberación de París, los agentes se pertrecharon con las pistolas que habían podido ocultar durante la ocupación alemana, más aquellas arrebatadas al enemigo y las recibidas del maquis. Gérard y el resto de sus compañeros utilizaban la Mle MAC 1950. En el almacén había también subfusiles Sten, MP40 y Thompson, además de rifles Mauser Kar 98K, junto a subfusiles más modernos como el MAS 1938 del calibre 7.65 largo, reemplazados a su vez en 1954 por la versión con culata de madera del MAT 49.

Gérard y sus tres compañeros examinaban la documentación incautada en el domicilio del infortunado Dubois en la sala contigua a la armería. No había rastro alguno del registro de pacientes, ni dietario o agenda que proporcionase algún hilo del que tirar. Tan solo informes de intervenciones quirúrgicas, alguna operación de nariz, de estiramiento facial o de recomposición del rostro a causa de graves quemaduras, junto a talonarios de recetas de medicamentos y algunas radiografías craneales... Nada que sirviese para acercarse, ni siquiera de lejos, a Cornelius. Las caras de Gérard y de sus tres compañeros eran el espejo de la desolación. De pensar en un principio que el cirujano les abriría de par en par las puertas de la organización,

ahora se encontraban con que Cornelius se las había cerrado de un portazo en las narices. Ludovic Dubois era la pista más sólida que tenían, pero seguramente estaría ya a esa hora camino de la morgue. Mientras cavilaba sobre su nuevo fracaso sin dejar de inspeccionar documentos, Gérard Chaillot creyó encontrar de repente una nueva llave que podía abrir alguno de los siete cerrojos con que Cornelius protegía su organización.

—¡Muchachos! —exclamó Chaillot.

—¿Qué sucede? —preguntaron al unísono Gautier y Florent.

—Ya tenemos algo nuevo que investigar.

—¿A qué te refieres? —dijo Jean-Ives.

—A este cheque a nombre de Ludovic Dubois.

—El infeliz ya no podrá cobrarlo, pero nosotros podemos sacarle algún jugo, ¿no os parece? Por cierto, ¿a cuánto dinero asciende?

—Mil doscientos francos.

—Tiene pinta de ser un sueldo mensual.

—Me pregunto qué hizo Dubois para que alguien le matase antes de cobrar el cheque...

—¿Da Costa?

—¿Sí...?

—Tengo en mi poder un cheque a nombre de Ludovic Dubois —dijo Chaillot, como si esgrimiese un gran trofeo.

—Vaya, ¿a qué banco pertenece?

—A uno francés.

—Sí, pero ¿cómo se llama?

—Société Crédit Française.

—¡...!

—¿Da Costa...?

—¡Es el mismo banco a través del cual se pagó el soborno al marqués de Pimentel!

Da Costa y Mora viajaron juntos a París para proseguir con la búsqueda de Cornelius y su organización.

Gérard Chaillot les había reservado dos habitaciones en la pensión Charlotte, en el número 35 de la Rue Froidevaux, junto a la plaza Denfert-Rochereau, que debía su nombre al militar francés conocido por su heroica defensa de la ciudad de Belfort durante la guerra franco-prusiana.

La pensión ocupaba las dos primeras plantas de un antiguo edificio de cinco alturas. Se llamaba como su dueña, Charlotte, una agradable solterona de unos sesenta años emparentada con un amigo de Chaillot, por cuya recomendación se alojaron ahora Da Costa y Mora en dos cuartos independientes, desde cuyos balcones se divisaban los tres pequeños jardines públicos de la plaza por la que se accedía también a las Catacumbas de París.

Los dormitorios de los policías estaban en la segunda planta, separados por un cuarto de baño común. Abajo había una pequeña recepción, un espacioso salón-bar, el comedor, dos aseos, el cuarto de plancha, la cocina y los dormitorios de la dueña y de Juliette, la encargada. Da Costa y Mora solían almorzar allí, salvo cuando tenían que ausentarse porque la investigación lo requería.

Desde que salió a relucir el sobrenombre de Cornelius en el mensaje descifrado por la máquina Enigma de Almeida, que recordaba al general, senador y procónsul romano Publius Cornelius Scipio, apodado *El Africano*, los policías soñaban con atrapar a su codiciada presa dormidos o despiertos.

Su jefe Arcones los había enviado allí, consciente de que poco quedaba por hacer ya en Lisboa y mucho, por el contrario, que avanzar en Francia, donde todo un mundo de incertidumbres y desafíos se cernía ante ellos y sus compañeros franceses, necesitados de ayuda para investigar ahora las dos grandes pistas abiertas: el cheque bancario descubierto por Gérard Chaillot entre los papeles del cirujano Dubois; y la recomposición de la misteriosa vida de Michel Palacios, el hijo de Salvador Palacios *Bocanegra*.

—Tengo que decirte algo —comentó Da Costa con gesto serio, mientras tomaba un café con su compañero en una tasca del bulevar Raspail, muy cerca de la pensión.

—Yo también pensaba hablar contigo —contestó Mora.

—Me dolió mucho que me llamasas cobarde.

—Perdóname. Me dejé arrastrar por el primer impulso. Es un defecto que llevo pegado a la piel.

—No te guardo rencor, Mora. Sé que cualquiera en tu lugar hubiese pensado lo

mismo al verme incapaz de saltar por el tejado para detener a Barbosa, faltando a mi deber de policía.

—Tienes vértigo.

—Aquella maldita caída...

—¿Por eso cojeas?

—Fue un milagro que sobreviviese al accidente en el trapecio.

—¡Trapecista!

—Trabajé en el circo Price, sí. Cuando estaba en pleno apogeo, a punto de conseguir el triple salto mortal, no pude agarrarme de las manos de mi compañera y caí al vacío desde más de veinte metros de altura.

—¡Dios mío! ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Es algo que llevo muy dentro, superior a mis fuerzas, y que a veces sigue jugándome muy malas pasadas.

—Tú no eres un cobarde, Da Costa. Tienes miedo, y el miedo es legítimo. Aunque yo era considerado un soldado audaz en el frente ruso, muchas veces tuve un miedo cervical.

—Sé que yo debo superarlo ahora, pero no puedo.

—Tranquilo. Seguro que lo conseguirás... ¿Sabes que yo también resulté herido de gravedad?

—¿Y eso?

—Me alcanzó de lleno en la espalda la metralla de un proyectil de artillería mientras combatía con la División Azul en el frente de Leningrado. Me habría quedado en el sitio si el cabo Matías no me hubiese arrastrado hasta una posición alejada del alcance de las bombas enemigas. Nunca le agradeceré lo suficiente que me salvase la vida.

Mora se quitó la chaqueta y se levantó la camisa para que Da Costa pudiera observar sus cicatrices de guerra en el espacio de la espalda que dejaba al descubierto el vendaje de sus costillas tras la pelea con el teniente.

—Caray, chico. Parece que te hubiesen azotado con un látigo de metal.

—Me dieron la Cruz de Hierro y me enviaron a casa, ¿qué más podía pedir yo entonces?

—Yo no estuve en Leningrado, pero, a juzgar por cómo me dejaste la cara antes de venir a París, podía haber estado perfectamente allí.

Da Costa tenía el ojo y el pómulo izquierdos todavía amoratados.

—Pues tú también pegas fuerte, trapecista. Tengo el brazo izquierdo magullado y al menos dos costillas rotas. Si me viera mi hijo...

—¿Cuántos años tiene?

—Cinco. Se llama Julio, como yo, pero se parece mucho a su madre.

—Igual que Paula...

—¿Tienes una hija?

—Es la hija de Nicole.

—¿La profesora de francés?

—Sí.

—Te gusta, ¿verdad?

—Más que eso.

—¿Sales con ella?

—De momento, no. Siempre he tenido problemas a la hora de entablar relaciones estables con las mujeres.

—Bueno, a mí me pasaba lo mismo hasta que me casé.

—Flavia, la última novia que tuve, se cansó de mí porque nunca estaba en casa. Y luego, para colmo, tuve que renunciar al amor de una mujer durante los seis años que he estado en Villa Giralda.

—Yo no hubiese soportado un celibato así.

—Y ahora que por fin soy libre y he encontrado a la mujer de mi vida, debo seguir esperando.

A esas alturas, Da Costa y Mora sabían ya de sobra que Nicolas Briand Courtois, el hombre que supuestamente había transferido al marqués de Pimentel la nada despreciable suma de un millón de pesetas, estaba más muerto que vivo, sepultado en un antiguo cementerio parisino. Alguien había suplantado su personalidad y falsificado su firma para ordenar la transferencia.

Los dos policías visitaron ahora el domicilio del firmante del cheque de mil doscientos francos que Dubois no había podido cobrar. Averiguaron enseguida su nombre: Mosen Abraham Blamont, residente en el barrio judío de Le Marais, de mayoría sefardita tras la llegada de los llamados judíos *pieds-noirs* procedentes de África del Norte como consecuencia de la independencia de Marruecos y del autogobierno de Túnez, y de la inestabilidad latente con Egipto, a propósito del Canal de Suez.

—*Bon jour, madame* —saludó Da Costa, que además de portugués, inglés y español, hablaba casi a la perfección el francés.

Una mujer vestida toda de negro, de unos cuarenta años, morena y pálida, con finos labios y melancólicos ojos acababa de abrirles la puerta de su casa situada en la tercera planta de un elegante edificio en la Rue Francs Bourgeois.

—¿Desean algo los señores?

—Buscamos al señor Blamont.

—Yo soy su viuda —dijo la mujer, afectada todavía.

—¿Su marido ha fallecido?

—Hace una semana.

—Si no es indiscreción... ¿Podemos saber de qué?

—Un ataque al corazón.

—Nuestro más sincero pésame, señora.



—Muy amables.

Da Costa y Mora se convencieron de que aquel hombre era un testafarro de Cornelius y de que, por alguna oculta razón, había muerto por una causa distinta al paro cardíaco que los médicos alegaban siempre que no sabían explicar una defunción.

El agente Gérard Chaillot localizó en los archivos policiales el primer domicilio conocido de Salvador Cornelio Palacios tras su detención, en 1905: Rue de Meaux, número 19, en el barrio obrero tradicional de Ménilmontant, a tiro de piedra del exclusivo recinto arbolado que era el parque de Buttes Chaumont.

La numeración de la calle había cambiado al cabo de medio siglo. Gérard Chaillot preguntó por Salvador Palacios a varios porteros que limpiaban en aquel momento el vestíbulo o las escaleras, pero ninguno de ellos recordaba que hubiese vivido allí aquel hombre, lo cual era lógico, pues todos los *portiers* eran demasiado jóvenes. Debían de tener una edad parecida a la de él, alrededor de los treinta y cinco, aunque Gérard aparentaba menos años por su rostro aniñado y su mirada verdosa y lánguida coronada por los bucles de su cabello castaño claro.

No era corpulento ni excesivamente alto, metro setenta más o menos, pero sí fibroso y grácil. Con diecinueve años, en junio de 1940, mientras Francia capitulaba ante Alemania en el bosque de Compiègne, en idéntico sitio y en el mismo vagón de ferrocarril en que la comisión germana suscribió en 1918 una paz cuyas consecuencias determinarían la caída de la República de Weimar y el auge incontenible de Hitler, Gérard trabajaba en una imprenta de París.

Durante la ocupación de la capital, frecuentó el Café des Plantations y el Café Sublima, donde se reunían en secreto los grupos de la Resistencia. Como buen patriota que era, se ofreció a llegar hasta donde fuese necesario, pues odiaba a los nazis, que le habían humillado y escarnecido, exigiéndole que imprimiese folletos contra la Resistencia, a lo que él se negó, quedándose al final sin empleo.

Cierto día, apareció por allí un individuo que se hacía llamar «Pierre», quien, tras interrogarle sobre su oficio, le ofreció finalmente un trabajo de redactor en *La Libération*, el periódico clandestino de la Resistencia.

Gérard no se lo pensó dos veces y tomó el tren al día siguiente a Montélimar, donde se encontraba la redacción, ilusionado como un pescador que acabase de sentir los primeros tirones en su caña.

Con una ilusión menos intensa que la de entonces, aunque sin perder la esperanza, Gérard se encaminó hacia una tasca situada más arriba de la Rue de Meaux, donde, según le había indicado el portero de una de las fincas, se encontraría a esa hora un vecino mayor, antiguo anarquista, que tal vez supiera algo del hombre al que buscaba.

A las siete de la mañana, las farolas eléctricas horadaban aún la niebla con su luz casi fantasmal. Tendido junto a una de ellas, bajo las rejas de ventilación de la

calefacción urbana, dormitaba un vagabundo cubierto con una capa de periódicos entre la camisa y la camiseta. Chaillot detectó en su pálido rostro las huellas de la tuberculosis; la tenue luz de la alborada, que le daba en una mano, se la hacía tan transparente que podían adivinársele los huesos.

La tasca estaba casi desierta: tres hombres y una mujer acodados en la barra, y al fondo, sentado a una mesa, el anciano en cuestión con un ejemplar de *Le Libertaire* en las manos y un Gitanes sin filtro en la boca.

Gérard se acercó decidido hacia él.

—Buenos días, señor. ¿Le importa si me siento con usted?

El viejo, de unos setenta y cinco años, le miró al principio desconfiado, pero enseguida sonrió.

—Es usted policía, ¿verdad? —dijo con voz arenosa, herida, como la de un fumador empedernido.

—¿Cómo lo ha sabido?

Era ahora Gérard quien estaba desconcertado.

—Siéntese, muchacho, y se lo explicaré —indicó el anciano, que solía abusar de la palabra «muchacho».

—¿Tomará algo el caballero? —preguntó el *garçon*.

—Un café bien calentito —dijo Gérard, frotándose las manos por el frío de la mañana.

—¿Un cigarrito? —le ofreció el viejo de su pitillera metálica.

—No fumo, gracias.

—Me llamo Damien Moretti.

—Y yo Gérard Chaillot.

—Le he dicho mi verdadero nombre, pero podía haberme presentado como André Falconnet, Émile Cointreau o Hurón, a secas. Ya ve que estoy acostumbrado a cambiar de nombre como de camisa... ¿Conoce este periódico, muchacho?

Por edad, el policía podía ser su hijo, y Damien Moretti, aunque no los hubiese tenido, se sentía como un padre cada vez que hablaba con un joven como Gérard.

—¿Anarquista?

—Efectivamente, muchacho. Tiene usted delante casi a una reliquia.

—¿Le importaría dejar de llamarme «muchacho»?

—Disculpe el latiguillo. Pero verá, muchacho, mis camaradas de la Federación Comunista Libertaria, organización escindida de la Federación Anarquista, se quedaron con esta cabecera hace tres años y ahora, tras apoyar la independencia de Argelia, han sido procesados por el Estado francés y están sin un franco. Un consejo nacional de la Federación ha decidido suspender la publicación, de modo que el número que usted ve aquí probablemente sea el último.

—¿Y usted apoya también la independencia de Argelia?

—Por supuesto. ¿Cómo puede cuestionar eso, muchacho?

—Simple curiosidad.

—¿Cree que puede tolerarse que los rebeldes argelinos y la población musulmana sigan cayendo como moscas? La situación, por mucho que se empeñe en mentir el gobierno francés, no puede considerarse normal. ¿O le parece a usted una solución aceptable mantener allí el orden con la presencia constante de un ejército de medio millón de soldados?

—Por cierto, llevamos ya un rato de charla y aún no me ha dicho cómo ha averiguado que soy policía.

—Huelo a la pasma desde el pico de una montaña, muchacho.

Gérard creyó oportuno preguntarle de una vez por Salvador Palacios, antes de indagar en el principal objetivo de aquella entrevista: su hijo Michel Palacios.

—¿Salvador Palacios? —carraspeó Moretti—. Lo siento, pero ahora no recuerdo ese apellido.

—A Palacios, como a usted, le gustaba cambiar de camisa. Tal vez le diga algo su apodo Bocanegra...

—Eso ya es otra cosa.

—¿Le conoce entonces?

—Pues claro.

Poco después, Gérard y Damien Moretti paseaban por el parque público de Buttes Chaumont, inaugurado en 1867 al nordeste de París. Era el más escarpado y el tercero más grande de los más de cuatrocientos jardines por los que respiraba la capital de Francia; solo por detrás del parque de la Villette y del jardín de las Tullerías.

Su creador, Jean-Charles Alphand, decidió levantar el parque sobre una de las antiguas canteras de extracción de yeso y de piedras moleñas destinadas a la construcción de edificios en los distritos del centro de París. Excavó un lago y una gruta decorada con falsas estalactitas, haciendo brotar cascadas y arroyos.

—A propósito de Bocanegra, ¿sabe por qué le apodaban así?

—¿Por qué? —preguntó Chaillot.

—Por los paquetes de Hongroises que se fumaba.

—¿Hongroises?

—Es usted muy joven, muchacho, y por eso ignora que ese era el antiguo nombre de los Gauloises, antes de que estos apareciesen con esa marca en 1910.

—Bocanegra... —repitió Gérard en voz baja.

—Más que amarilla, tenía la dentadura tan negra como la de Drácula por la enorme cantidad de alquitrán y nicotina que aspiraba sin ningún control. Figúrese usted lo que suponía fumarse tres o cuatro paquetes diarios de Hongroises durante años, que encima le reventaban a uno los pulmones convirtiéndole en una chimenea humana.

La niebla se había desvanecido cediendo paso a un sol suave y brillante que acariciaba la increíble variedad arbórea del parque: una sófora con las ramas reposando sobre las aguas del lago, plátanos orientales, acacias de tres espigas, avellanos mediterráneos, ginkgos bilobas, olmos siberianos y hasta cedros del

Líbano, la mayoría de ellos plantados a finales del siglo XIX.

—Dígame, señor Moretti: ¿qué más sabe sobre Bocanegra?

—Oiga, muchacho, llámeme por mi nombre.

—Como quiera, Damien.

—Pues veré, al llegar a París, Bocanegra se hospedó en un hotel de mala muerte de la «Pequeña España» en la Plaine Saint-Denis, donde se concentraba gran parte de la emigración española.

—¿Encontró trabajo?

—Un mísero empleo de peón de albañil. Enseguida se afilió al sindicato de la construcción para defender sus derechos como trabajador. Cuando terminaba la jornada se convertía en un agitador incansable. Recuerdo que por entonces adoptó a un niño recién nacido.

Moretti acababa de dar en la diana sin saberlo: ese niño que ahora, si seguía vivo, y él estaba convencido de que lo estaba, sería ya un cincuentón. Porque esa inocente criatura podía haberse transformado con los años en el monstruo de Cornelius.

—¿Fue una adopción legal?

—Sí. Era el hijo de su amante española, que murió a consecuencia de un parto complicado.

—Hábleme de ella.

—Se llamaba Carmen. El apellido ya no lo recuerdo, pero sé que era muy corriente en España.

—¿Rodríguez, Fernández, Pérez...?

—Sánchez. Carmen Sánchez. Había llegado de España pocos meses antes, embarazada de la criatura. Bocanegra inscribió al niño en el Registro con el nombre de Michel, en honor a Bakunin.

—¿Sabe dónde puedo encontrarle?

—Lamento no poder ayudarle ya en eso.

Mafalda se encontraba ya mucho mejor desde que recibió carta de Juanito por mediación de su amigo José Antonio. Había pasado de la súplica y la confesión, tras preguntarse atormentada día y noche cuándo le volvería a ver, a la certeza reconfortante del amor correspondido. Decidió que le vendría muy bien relajarse un poco aquella noche para no pensar tanto en la próxima cita con su príncipe en Zaragoza. Estaba tan inquieta y tensa ante aquel encuentro como un campeón de velocidad con todos sus músculos contraídos y su corazón palpitante antes de tomar la salida en la carrera que le permitiría obtener el premio más codiciado de su vida. Mafalda volvió a salir con su amiga Dafne y con los chicos a los que habían conocido en su visita a La Rose Rouge, tras disfrutar de la actuación de Juliette Gréco, la voz grave y sombría del existencialismo. La cantante era asidua también del Café de Flore al que decidieron acudir en esta nueva ocasión para rematar la noche con un

concierto de jazz en el Théâtre du Vieux-Colombier.

Fundado en 1870, en el ocaso del Segundo Imperio, el Flore debía su nombre a una estatua que representaba a la diosa de la vegetación, colocada antiguamente sobre la puerta de entrada. Los existencialistas solo deploraban que en aquel mismo café, Charles Maurras, político derechista, poeta y escritor, hubiese osado constituir su liga de Action Française en 1899.

Años después, el nuevo propietario del local, Paul Boubal, lo erigió en el lugar predilecto de algunos miembros del Partido Comunista Francés, como Louis Aragon y Marguerite Duras. En un simpático guiño hacia ellos, Paul Boubal había creado un partido ficticio del que todos los clientes eran socios: el Pouilly Club de France, con las mismas siglas curiosamente que el Partido Comunista Francés, solo que añadiendo en primer lugar el nombre del vino blanco que más circulaba por las mesas del local.

Philippe y Alain aguardaban a Mafalda y Dafne a la entrada en chaflán del Flore, en la esquina del bulevar Saint-Germain y de la calle Saint-Benoît.

Una vez más, Dafne se había maquillado los ojos de negro, del mismo color que sus pantalones y su larga melena salvaje, en clara actitud de rebeldía. Mafalda había dado un tímido paso, dejando en el armario el modelito de Chanel que llevó a La Rose Rouge para enfundarse ahora un pantalón pitillo con camiseta oscura y cazadora de paño. Ni que decir tiene que sus dos acompañantes masculinos iban vestidos de riguroso negro y con la melena desaliñada.

El Flore era un auténtico panteón de las artes y las letras; un mundo cerrado y extraño anunciado en el exterior con letras verdes sobre un toldo blanco.

—Buenas tardes, señores —saludó amablemente a los cuatro jóvenes clientes uno de los veteranos camareros del café, secundado por la sonrisa de la cajera, que parecía aceptarlos también entre aquella singular familia.

—Os recomiendo el vino blanco de Pouilly —dijo Alain, sentado a la mesa junto a Mafalda, con Dafne y Philippe enfrente, cogidos de la mano.

—Me encanta el Pouilly —asintió Dafne.

—A mí también. No hay nada como un Vignoble de Bourgogne fácil de beber y asequible al bolsillo —corroboró Philippe.

—¿Y a ti, Mafalda? —preguntó Alain.

—Lo he probado algunas veces y está muy rico.

—¿Y el rojo pasión?

—¿Te refieres al rojo carmesí del tapizado de las sillas y del mostrador?

—Y al de la moqueta... Me refiero al rojo de la pasión eterna y única, como el del Molino de Montmatre, o como tú...

—Huy... Y eso que no te has tomado aún ninguna copa, ¿eh, Alain? —dijo su amigo.

—¿Qué va a pensar Mafalda oyéndote decir eso? —Sonrió.

Alain había conseguido cuatro de las trescientas localidades del aforo para

deleitarse una vez más con el clarinete de ébano de Claude Luter en el Théâtre du Vieux-Colombier, una sala de espectáculos situada en el número 21 de la calle del mismo nombre, en el sexto distrito de la ciudad.

Fundado por el director y actor Jacques Copeau en octubre de 1913, se bautizó el teatro con el mismo nombre de la calle donde se ubicaba, simplemente para facilitar al público su localización. Un empedrado de la iglesia de San Miniato de Florencia, en el que figuraban dos palomas, sirvió de modelo para el emblema del teatro donde se habían estrenado obras de Paul Claudel, Henri Troyat, Tennessee Williams o Alfred Jarry.

Y ahora Luter, armado con su clarinete y el saxo soprano, causaba furor incluso entre la *intelligentsia* parisiense del momento, como el propio Sartre, Raymond Queneau o Jacques Becker.

—¡Oh! No me cansaré jamás de escucharle —comentó Alain a Mafalda, sentado en una butaca vecina a la suya.

Del vino blanco del Café de Flore habían pasado ahora a un champán Brut Nature baratito. Mafalda bebía cerrando los ojos, a pequeños sorbos.

—Este músico tiene un ritmo contagioso.

—Y que lo digas. Nunca te había visto moverte así.

—¿Cómo?

—Balanceando las caderas, mientras pisas con las bailarinas como si caminases sentada.

—Igual que tú.

—Es el efecto Luter.

—Tenías razón, Alain: es magnífico.

—¿Te gusta?

—Me encanta.

—¿Ves cómo poco a poco vas entrando en este mundo fascinante?

—Llévame otro día a escucharle al Lorientais, por favor.

—Será un placer, señorita.

—Fíjate con qué rapidez mueve los dedos.

—Igual que tú repiqueteas con las bailarinas. Solo un genio así es capaz de sacarle al instrumento todos los matices del mundo.

Mafalda estaba ya un poco achispada, como el champán. Había salido dispuesta a relajarse, y aquella música acompañada, dulce y divertida la ayudaba a desinhibirse entre copa y copa. Pero de repente observó algo que le hizo sentirse incómoda: Philippe acababa de pasar la mano por la nuca de Dafne y la besó apasionadamente, manejándola como si fuese una muñeca. Le molestó que su amiga, lejos de oponer resistencia, se entregase a él con la misma naturalidad que una novia en segundas nupcias. Mafalda había oído que el jazz daba voz al carácter y la calidad de su existencia, a su rabia y a las infinitas variaciones de alegría o languidez, incluidos mordiscos, calambres, chillidos y desesperación. Pero acababa de comprobar con

Dafne que aquella especie de dialecto popular que trataba de expresar estados existenciales propiciaba también la lujuria. Era una comunicación por medio del arte; algo así como: «Esto es lo que siento, y ahora también lo sientes tú».

Concluido el concierto, Dafne y Philippe se marcharon juntos cogidos por la cintura, mientras Alain y Mafalda caminaron un rato hasta un bulevar cercano.

—¿Lo has pasado bien?

—Ha sido una experiencia inolvidable.

—Recuerda que me debes una.

—¿Lorientais?

—Allí nos espera Luter de nuevo.

—Claro que sí... Bueno, tengo que irme ya a casa.

—Déjame que te avise un taxi.

—Gracias.

Alain se internó solo en las calles de un barrio con casas de grandes fachadas. Tenía la impresión de que alguien le observaba desde cada ventana. Ni un alma transitaba a esas horas por las calles. París tenía el macabro aspecto de un grabado antiguo. Entró en uno de los portales, subió las escaleras y abrió con llave la puerta de una vivienda. Antes de que le diese tiempo a pulsar el interruptor de la luz, oyó una voz que le hablaba desde dentro.

—El momento de actuar se acerca; espero que no haya fallos.

—No los habrá —respondió Alain mirando aterrado a la masa informe de oscuridad de la que procedía la voz.

Gérard Chaillot decidió acudir al archivo de la CGT, el sindicato anarquista al que Salvador Palacios *Bocanegra* estuvo afiliado en París. Confirmó allí que el anarquista español colaboró, a partir de 1913, con la sección local de la organización en Rambouillet, a cuarenta y cinco kilómetros de París.

Un hombre mayor, apellidado Dupont, le facilitó más datos mientras removía su bigote de hurón.

—En Rambouillet —explicó— tuvo su sede la escuela anarquista de La Ruche (La Colmena) entre 1904 y 1917. Si quiere más información de ese hombre, la encontrará allí.

—Descuide, que así lo haré —asintió Gérard.

—La escuela fue una creación del anarquista Sébastien Faure. La fundó para hijos de obreros y huérfanos. Decía de ella, con razón, que era la «escuela del futuro»...

Gérard Chaillot estaba como otro niño con zapatos nuevos al subir a su recién estrenado Renault Dauphine azul de cuatro plazas, cuyo primer modelo había salido de la fábrica de Flins en diciembre del año anterior. Tenía frenos hidráulicos a las cuatro ruedas, como el vehículo de Da Costa, y superaba los cien kilómetros por hora. A bordo de ese juguete rodante llegó poco después a Rambouillet, una localidad de apenas diez mil habitantes en la región de la Île-de-France, que pertenecía al distrito del mismo nombre. Pasó frente al bello palacio de Rambouillet, adquirido por el rey Luis XVI en 1783, y torció luego por una calle que desembocaba en el Archivo Municipal. Tras aparcar el coche, entró en un hotelito de tres alturas en cuya planta principal una puerta con una placa indicaba el sitio que buscaba. Una vez dentro, un amable cuarentón con una nariz bulbosa calzada con unas gafas sin montura visible a primera vista, le orientó sobre cómo hallar la información que deseaba. Se llamaba Marciel.

—Empecemos por el padre, si le parece —dijo el archivero.

Sobre su mesa se hallaban algunos periódicos nacionales: *France-Soir*, *Paris-Press*, *L'Information*, *Le Crépuscule*... A Chaillot le llamó la atención distinguir también entre ellos un ejemplar de *Le Libertaire*, el mismo rotativo que leía Damien Moretti cuando le visitó en la tasca parisina. Intuyó entonces que el funcionario que le atendía también era anarquista.

—Aquí la tengo —añadió, tras indagar en un voluminoso archivador ordenado alfabéticamente.

—¿Qué tiene?

—La ficha del padrón municipal... Sí, en efecto: Salvador Cornelio Palacios,



¿verdad?

—Eso es.

—Estuvo empadronado en esta localidad durante cuatro años, entre 1913 y 1917.

—¿Y su hijo?

—Figura con él. Busquemos ahora en ese otro archivador —dijo, señalando un armario con patas de madera que se mantenían firmes de milagro con los montones de cajas de documentos almacenados en su interior.

—¿Qué espera encontrar ahí?

—La relación de alumnos de La Ruche. Una gran escuela, por cierto.

—¿Qué sabe usted de ella?

—Quedaba a tres kilómetros de Rambouillet, en un gran caserón. «La escuela del futuro», la llamaban.

—Lo sé; me lo dijo un señor en la CGT.

—¿Dupont?

—Sí, ¿le conoce?

—Claro. Es un buen hombre. Se merece que hayan inmortalizado su apellido en los lujosos encendedores de bolsillo —bromeó.

—Lo que ya no me he explicado Dupont es qué significa eso de «la escuela del futuro».

—Bueno, en aquellos años sin duda lo era. ¿Dónde se impartía si no enseñanza laica, sin intromisión de las autoridades públicas, a la vez que los niños y niñas podían estudiar juntos, en régimen mixto? Tampoco en ninguna otra escuela de entonces se aplicaba el método positivista, relacionando a los chavales con la naturaleza y velando por su autonomía y educación sexual. Además, la matrícula era gratuita, pues el colegio se financiaba con las aportaciones de los propios anarquistas.

—¿Encuentra algo?

—Tranquilo, hombre, ya verá como sí... ¿Lo ve?

—¿Qué?

—La ficha de Michel Palacios.

—¿Me deja echarle un vistazo?

—Cómo no.

—Entró en la escuela en 1913, con ocho años, y permaneció en ella hasta 1917 —comprobó Chaillot.

—El año en que se cerró el colegio, como consecuencia de la Primera Guerra Mundial —explicó el archivero.

—En esta foto tenía doce años... ¿Puedo llevármela?

—Estaría mal que le dijese que sí.

—Después de todo, ¿a quién puede interesarle ya esta fotografía, desaparecidos sus padres y sin familiares que la reclamen?

—Solo a usted, por lo que veo.

—¿Puedo llevármela? —insistió Gérard.

—Yo no sé nada.

—Gracias, Marciel.

Gérard Chaillot había concertado una entrevista con el presidente de la Société Crédit Française para hablar sobre los dos cheques emitidos por la entidad a favor del marqués de Pimentel y del cirujano Ludovic Dubois.

La sede del banco se hallaba en un imponente edificio del siglo XIX, muy cerca de la Ópera Garnier y de Galeries Lafayette, en el bulevar Haussmann.

La construcción era grandiosa, con bóveda artesonada de piedra en el interior y larga fila de balcones al exterior. Esculpidas en la fachada, se leían las siglas en dorado del banco, SCF, junto a una bandera de Francia.

El policía subió por una escalinata con baldosas de piedra blanca y franqueó luego la formidable puerta de hierro forjado con pilares de granito, que daba acceso a un amplio vestíbulo con esbeltas paredes forradas de ricos tapices y del retrato de su presidente y fundador, Armand Mathieu.

—*Bonjour!* —saludó un hombre menudo, embutido en un elegante traje gris de Pierre Balmain, con corbata azul de seda.

»Permítame que me presente: me llamo Jean Pierre Jussieu, y soy el director general de los Servicios Jurídicos del banco. El señor Mathieu le aguarda en su despacho. Acompañeme si es tan amable.

—*Très bien, merci* —correspondió Chaillot.

Atravesaron un patio interior con airadas columnas y una fuentequilla con motivos mitológicos, y accedieron a la parte más noble del edificio, donde estaban los despachos directivos y, en concreto, el de la Presidencia. Jean Pierre Jussieu empujó suavemente el pomo dorado de la puerta entreabierta.

—¿Da usted su permiso, señor Mathieu? —preguntó desde el umbral.

—Pasen, pasen —contestó el presidente del banco, incorporándose de su sillón de cuero repujado al fondo del despacho.

Acompañaba a Mathieu un hombre rubio y de mediana estatura, de unos cuarenta años, que se levantó también de una de las dos sillas situadas al otro lado del escritorio presidencial de madera de caoba.

Se respiraba el lujo en toda la estancia. Una réplica de la *Venus de Milo* en mármol blanco, de dos metros de altura, destacaba en uno de los laterales. Justo enfrente, un tresillo de terciopelo rojo formaba una «u» con dos butacones a juego sobre una gruesa alfombra Wilton de principios del XIX.

—Tenga la amabilidad de sentarse, caballero —indicó Mathieu al policía, señalándole uno de los butacones; el otro se lo reservó para él, y en el tresillo se acomodaron sus dos colaboradores.

—Le presento, señor Chaillot, a mi director general, François Arnaud. A Jean Pierre Jussieu veo que ya le conoce. Bueno, usted dirá...

—Como ya saben —arrancó Chaillot—, el asunto que me trae aquí es muy grave. Hemos detectado la existencia de dos operaciones realizadas con este banco. Vayamos, si les parece, con la primera.

—Adelante —dijo Mathieu.

—Una transferencia a nombre de Anastasio Pimentel de la Fuente, con fecha 12 de septiembre de 1955, por importe de un millón de pesetas a su cuenta abierta en la oficina de ustedes en Madrid.

—¿Es correcto? —interrogó el presidente, como si la cosa no fuese con él.

—Sí que lo es —repuso el director general.

—Pero lo curioso viene ahora —agregó Chaillot—: hemos descubierto que quien ordenó la transferencia, un tal Nicolas Briand Courtois, es un fiambre auténtico. Si se tomasen ustedes la molestia de visitar el cementerio de Santa Margarita, comprobarían que su tumba se encuentra allí junto a las de otros infelices que, como él, murieron guillotinado en la plaza de la Bastilla, en junio de 1794.

—Arnaud, Jussieu: ¿es cierto también eso? —inquirió Mathieu.

Los dos directivos se miraron desconcertados, sin saber qué responder. Chaillot lo hizo en su lugar.

—Lo que oyen. El tal Briand fue uno esos infelices que pasaron a mejor vida sin cabeza. Alguien tuvo la macabra idea de usurpar su nombre para realizar la transferencia a Pimentel.

—Si es verdad lo que dice este caballero, el asunto parece grave —comentó Mathieu a sus dos colaboradores.

—Aguarde un momento. Todavía debemos hablar del cheque que encontramos entre los papeles del doctor Dubois, firmado por Mosen Abraham Blamont, por importe de mil doscientos francos.

—Claro, claro...

Los banqueros se limitaban a escuchar al policía con aparente calma.

—Esta vez, el señor Blamont vivía cuando lo firmó, pero falleció curiosamente una semana después de hacerlo. ¿No les parece extraño?

—Pues sí, bastante.

—En cualquier caso, *monsieur* Mathieu, comprenderá usted que el banco tendrá un grave problema si no es capaz de justificar los hechos que acabo de recordarles. Y coincidirá también conmigo en que el delito de falsificación de firma no es ninguna broma.

—No le quepa a usted duda, *monsieur* Chaillot, de que el banco abrirá una investigación para averiguar lo sucedido. Pero, por lo que usted nos ha contado, todo parece indicar que hemos sido víctimas de un engaño.

El presidente acompañó a Chaillot hasta el vestíbulo. Era más alto que él, alrededor del metro ochenta de estatura, y caminaba de forma extraña, meciéndose en un suave balanceo, como si sus piernas arqueadas fuesen a quebrarse por el peso de su cuerpo.

Tras su entrevista con Mathieu, el teniente Chaillot telefoneó al diario *Le Figaro* desde su despacho de la comisaría. Mientras regresaba del banco, al volante de su coche, le vino a la cabeza su amigo Guillaume Boucher, responsable de la sección financiera de uno de los periódicos más longevos de Francia, fundado en enero de 1826, cuya cabecera se había inspirado en el nombre del célebre personaje creado por el dramaturgo Beaumarchais.

El policía y el periodista habían colaborado anteriormente en varios casos relacionados con delitos económicos. Chaillot sabía que Boucher era tal vez el reportero mejor informado en asuntos financieros de toda Francia, galardonado dos años atrás con el Premio Nacional de Periodismo Económico.

—Necesito tu ayuda, Guillaume.

—¿Otro pez gordo?

—A este hay que pescarle con un arpón especial.

—¿Cómo se llama el cachalote?

—Société Crédit Français.

—Necesitarás varios arpones de esos.

—¿Qué sabes?

—Rumores.

—¿De qué tipo?

—Nada buenos: se dice que el banco se fundó con dinero robado y que financia operaciones de dudosa legalidad.

—Tal vez si removieras un poco toda esa mierda...

—Son historias imposibles de demostrar.

—Para ti, no.

—Te agradezco la confianza.

—Utiliza alguno de tus cebos.

—Te prometo que haré lo que pueda.

Mafalda era incapaz de reprimir sus nervios ante el inminente viaje a Zaragoza para ver a Juanito.

—¿Sabes una cosa, Dafne?

Su amiga hizo un gesto de alarma.

—Tranquila, mujer, que es algo divertido.

—¿A qué esperas entonces para contármelo?

—He decidido copiar tu *look*.

—No puedo creer que quieras ser existencialista como yo.

—La verdad es que Juanito me ha sugerido cambiar de aspecto para que su preceptor no me reconozca en Zaragoza. ¿Y quién mejor que tú puede ser mi modelo?

—Menudo honor.

—Así que voy a teñirme el pelo de negro y a cortármelo como tú.

—Pues si ya dicen que nos parecemos, ahora vamos a ser gemelas.

—¿Recuerdas cuando nos preguntaron si éramos hermanas?

—Un montón de veces... ¿Sabes tú ahora otra cosa...?

—Sorpréndeme, anda.

—Yo también me voy a transformar.

—¿En quién?

—En ti, boba.

En el fondo, a Dafne le parecía todo como un vodevil o una absurda película de espías, pero le hacía gracia el juego y decidió seguirlo.

—Quiero darle una sorpresa a Philippe cuando le vea mañana por la noche — añadió.

—Será una broma de lo más divertida.

—Me teñiré de rubio platino y adoptaré tu corte.

—Podemos también intercambiarnos ropa...

—¡Qué gran idea!

—¿Te gusta alguno de mis pantalones?

—¿Por qué no me dejas los Capri de cuadros que te llevaste a Estoril?

—Sí, pero cuídamelos. Ya sabes que me los puse para ver a Juanito.

—¿Y tu cazadora de pana azul?

—Cuenta con ella.

—Yo, si quieres, te dejo mi vestido negro con los hombros al descubierto. Seguro que a Juanito le va a encantar.

—Genial.

Gérard Chaillot había celebrado por todo lo alto la localización de la costurera a la que estafó Michel Palacios en 1925. Se llamaba Marie Cassel y residía ahora en Lyon, donde regentaba una mercería. Mientras viajaba hacia allí en avión, el teniente recapituló en su cabeza el asalto a la armería de Auxerre y la carnicería cometida en aquel almacén donde tres militares fueron asesinados a sangre fría. Luego, tras averiguar por un soplón dónde se escondían los anarquistas con la dinamita robada, la policía les sorprendió en su guarida y acabó a tiro limpio con ellos, menos con Salvador Cornelio *Bocanegra* y Michel Palacios, de quien Gérard sospechaba que era hijo del primero. ¿Qué otra razón más poderosa que esa podía tener Bocanegra para rechazar el ofrecimiento de la policía de conmutarle la pena de muerte en la guillotina por una larga condena, si facilitaba datos que condujesen a la detención del fugitivo Michel Palacios?

El policía retirado que investigó el caso, Alphonse le Brun, con quien Gérard se había entrevistado ya, estaba convencido también de la existencia de esa relación

paterno-filial. Los dos anarquistas pertenecían, según Le Brun, a la banda criminal de Los héroes del infierno, a la que se atribuía el asalto a la armería de Auxerre.

Gérard confiaba ahora en que el testimonio de la señora Cassel sobre Michel Palacios sirviese para armar en parte el prolijo rompecabezas de Cornelius. ¿Eran acaso Michel Palacios y Cornelius la misma persona? Gérard mantenía viva esa corazonada...

El avión de Gérard Chaillot aterrizó tras un vuelo accidentado a causa de una tormenta en el aeropuerto de Lyon.

Situada al norte del corredor natural del Ródano y entre el Macizo Central al oeste y los Alpes al este, Lyon había sido durante la Segunda Guerra Mundial un centro neurálgico de las fuerzas de ocupación alemanas y un bastión de la Resistencia, algo que sabía muy bien Gérard Chaillot por propia experiencia.

La mercería de *madame* Cassel se hallaba en el corazón del pintoresco barrio de La Croix-Rousse, instalado sobre una colina al norte de la ciudad, rodeada de numerosos talleres de confección de telas de seda.

Marie Cassel no era, en principio, una testigo cualquiera. Había sido nada menos que la prometida de Michel Palacios, a quien este dejó plantada tras huir con su dinero cometiendo el primer delito del que la policía tenía constancia.

La señora Cassel hizo un alto en su trabajo para atender gustosa a Chaillot. Con casi cincuenta años, seguía siendo una solterona por culpa del cruel desengaño sufrido en su juventud, que le hizo desconfiar de los hombres para siempre.

—Como puede usted imaginarse, señor Chaillot, ha llovido mucho desde 1925.

—Casi tanto como cuando yo venía en el avión hacia aquí. —Sonrió Chaillot aliviado.

—Ya sabe que tras la tormenta viene la calma —dijo ella, mirando el sol radiante al otro lado de la ventana. Pero bueno, como le decía, yo era entonces una joven modista, huérfana de padre a los diez años, muerto en la batalla del Somme, durante la Gran Guerra.

La costurera seguía siendo una mujer atractiva: morena, ojos verdes, de estatura normal y menuda, tenía además una voz dulce y ceremoniosa.

—Entonces —prosiguió ella— yo era una chica muy mona. No piense usted que soy presuntuosa si le digo que Michel Palacios se fijó en mí enseguida.

—No me extraña en absoluto, señora Cassel.

Gérard percibió cierto rubor en su rostro, seguido de un ligero gesto displicente, como si no le agradasen ya los piropos provenientes de un hombre.

—La pregunta es qué vio usted en ese muchacho que pudiese atraerla —añadió el policía.

—Querrá decir qué no vi en él entonces. Era un chico de mi edad, que me cautivó con sus promesas y zalamerías. Yo era, al mismo tiempo, una jovencita soñadora y enamoradiza. De modo que no tardó demasiado en hechizarme por su encanto un poco canalla.

—¿Encanto canalla...?

—Me refiero a su prodigiosa habilidad para engatusarme, erigiéndose en abogado

de los pobres. Me hablaba muchas veces con desprecio de las injusticias de un mundo en el que personas como nosotros estábamos a merced de la voluntad caprichosa de unos cuantos ricachones y burgueses.

—Le enseñó a odiar a los demás.

—Me animó a no humillarme jamás ante los poderosos.

—¿Trabajaba él entonces?

—Nunca supe a qué se dedicaba. Parecía no tener una ocupación estable, pero a veces disponía de dinero en abundancia. Luego, tras verme estafada, me convencí naturalmente de que Michel era un verdadero rufián que participaba en actividades al margen de la ley.

—¿Llegó a pensar en casarse con él?

—Por supuesto. Sucedió todo tan rápido, que a las pocas semanas de conocernos ya nos habíamos prometido en matrimonio. Reconozco que yo estaba enamorada de Michel.

—¿Locamente?

—Tan locamente que le confié mi talonario de cheques tras planear juntos unas vacaciones. Pocos días después otra mujer, haciéndose pasar por mí, acudió a la oficina del banco y retiró todos los ahorros de mi cuenta. En cuanto reparé en ello, denuncié a Michel por estafa, pero él ya había puesto pies en polvorosa.

—¿Identificaron a la mujer que vació su cuenta de ahorros?

—Era la amante de Michel y había huido con él. Me sentí desengañada por completo. Discúlpeme si...

Marie Cassel se echó a llorar. Sin quererlo, Gérard le había abierto la profunda llaga de su corazón haciéndole revivir la enorme tristeza y decepción que sintió entonces. Le robaron el dinero que había ahorrado trabajosamente durante tanto tiempo, y encima el hombre con el que pensaba casarse se largó con su amante. ¿Qué mujer, en su lugar, hubiese tenido fuerzas para enamorarse de otro hombre?

Tras secarse las lágrimas con un pañuelo, Marie añadió:

—Me costó mucho asumir la verdad de que Michel nunca me quiso. De hecho, me engañó desde el primer momento. Fui una presa fácil para un chico sin ningún escrúpulo como él. Todavía hoy recuerdo a veces con terror su fría e inexpresiva mirada, como la de un gran tiburón blanco. Unos ojos oscuros que parecían mirar a ninguna parte, pero que al mismo tiempo te infundían una extraña sensación de sometimiento a su voluntad. Era como si te magnetizase con aquellas pupilas imperturbables para que hicieses en cada momento su diabólica voluntad. Recuerdo también su cínica sonrisa, vengativa incluso, cada vez que hablaba de los poderosos, a quienes seguramente hubiese disfrutado viéndoles muertos.

—¿A un monstruo así quiso usted, señorita?

—Entonces tenía una venda en los ojos.



El profesor Ferdinand Corbel entró en una farmacia de su barrio, situada en el Quai de l'Horloge. El boticario atendía en aquel momento a un cliente. Cuando este salió, el farmacéutico saludó a Corbel y le dijo:

—Ya tengo listo su encargo. Pase conmigo al almacén.

Una vez allí, le mostró el frasco con el preparado.

—Curioso recipiente —repuso Corbel.

Era una botellita de cristal en forma de corazón, en cuyo vértice inferior había un minúsculo orificio para verter el contenido, a modo de cuentagotas.

—Debe tener mucho cuidado a la hora de administrar el preparado de atropina —advirtió el farmacéutico.

—Lo tendré. Ya sabe que el médico me lo ha prescrito para estimular mi frecuencia cardíaca y que debo tomar una dosis muy baja.

Aun así, el boticario le replicó:

—¿Se acuerda usted de los romanos y de sus orgías? Las mujeres tomaban la planta de la atropina. Inhibía la sudoración, elevaba la temperatura y provocaba que perdieran el raciocinio.

—No se preocupe. Ya le he dicho que seré prudente.

—Sobre todo —insistió el farmacéutico—, nunca inhale la atropina o la mezcle con la bebida, pues puede hacer perder la voluntad de una persona de forma absoluta.

Arcones telefoneó a la Dirección General de la Policía Francesa para hablar con Da Costa y Mora.

—Escuchadme bien lo que voy a deciros. Es muy importante que lo sepáis.

Los policías permanecían atentos a través de un gran altavoz instalado en el despacho de Gérard Chaillot.

—Te escuchamos, capitán —asintió Da Costa.

—Los servicios secretos de Franco han interceptado una carta del infante don Jaime de Borbón, hermano mayor de don Juan, a su secretario Ramón Alderete.

—¿Y qué se dice en esa carta?

—El infante solicita una investigación sobre la muerte de su sobrino Alfonsito, pues piensa que ha podido tratarse de un atentado.

—¿Cómo diablos ha podido enterarse de eso?

—Tranquilo. No tiene la menor idea de que la Operación Giralda lleva ya varias semanas en marcha.

—Entonces ¿cómo lo sabe?

—Es solo una leve sospecha.

—Una sospecha que es en realidad una certeza.

—Por eso mismo he sido informado de ello. Es preciso investigar qué sabe

exactamente el infante para creer que la muerte de su sobrino pudo tratarse de un crimen. Pero escuchad antes el contenido de la carta.

Arcones procedió a leerla pausadamente al otro lado del auricular:

Mi querido Ramón: Varios amigos me han confirmado últimamente que mi sobrino Alfonso ha sido víctima de un atentado contra su vida.

No fue, como se ha dicho, un mero accidente provocado por la insensatez de dos chicos que jugaban con una pistola, sino que posiblemente se trate de un crimen planeado por una organización desconocida.

Debo pedirte por eso encarecidamente que solicites en mi nombre, cuando lo estimes oportuno, una investigación judicial indispensable para aclarar oficialmente las circunstancias de la muerte de mi sobrino Alfonso.

Exijo que se proceda a esta encuesta judicial, porque es mi deber como Jefe de la Casa de Borbón.

—¿Una encuesta judicial?

—Calma. Es necesario hablar antes con él. Tal vez tenga cosas interesantes que contarnos. Además, vive en París...

Mafalda acudió a su cita con Juanito en Zaragoza. El sábado 26 de mayo habían quedado en el café Salduba de la plaza de España. Juanito quería aprovechar su permiso de fin de semana para estar con Mafalda en Zaragoza, donde se alojaba en la habitación 105 del Gran Hotel de la ciudad.

Mafalda había tomado el avión de París hasta Barcelona, donde cogió el tren rumbo a Zaragoza. En la estación, situada en la margen izquierda del Ebro, como le indicaba Juanito en su carta, tomó un taxi hasta la plaza de España. Llegó al café cinco minutos antes de la hora acordada, que eran las doce en punto. Juanito no estaba allí. Ella se sentó a una mesita esperando su llegada. Para hacer tiempo, pidió un café. Pensaba en la excusa que les había dado a sus padres para justificar su ausencia de París aquel fin de semana.

Iba vestida con el traje negro de Dafne. «¿Demasiado provocador, quizá?», titubeó para sus adentros. Su cabello rubio era ahora negro, como el vestido, cortado de la misma forma que el de su amiga. Como precaución adicional para no ser reconocida, llevaba unas hermosas gafas de sol. Se sentía por vez primera como la amante del protagonista infiel de alguna película de la época. Bebió el café a pequeños sorbos, tratando de apurarlo mientras llegaba Juanito. Estaba cada vez más nerviosa, porque él no aparecía. Trató de tranquilizarse recordando literalmente las palabras de su carta: «Sobre las doce del mediodía»; tenía una cierta indeterminación.

A las doce y veinticinco entró por fin Juanito por la puerta. Al principio no reconoció a Mafalda y ella tuvo que hacerle una señal. Pero el beso que le dio, estrechándola entre sus brazos, mereció todo el retraso del mundo.

—Te echaba tanto de menos, cariño... —Suspiró ella.

—Y yo a ti, Mafi, pero...

—¿Ocurre algo?

- Me gustas más como realmente eres.
- Bueno, me he limitado a seguir tus consejos.
- Aunque reconozco que estás guapa de todas formas.
- Eres un cielo.
- Y tú, princesa mía.

Juanito pasó su mano por la nuca de ella y volvió a besarla apasionadamente.

Se oyó al camarero de la barra, que había reconocido al príncipe, exclamar: «¡Olé, Su Alteza!».

- ¿Nos vamos?
- Como quieras, amor mío.
- Voy a llevarte a la catedral del Pilar.
- En cualquier sitio estaré bien contigo.
- ¿Es la primera vez que vienes a Zaragoza?
- Sí.

Juanito pagó el café y salieron del local cogidos por la cintura.

Mientras paseaban por la calle Alfonso I, que desembocaba casi en línea recta en la plaza del Pilar, hablaron de sus cosas íntimas.

- Te decía en mi carta el acoso al que me someten para hacer que me olvide de ti.
- Nunca lo harás, ¿verdad?
- Sería incapaz de ello, amor mío.
- Oh, Juanito... qué feliz soy a tu lado, y qué triste estoy cuando ya no estás conmigo...

- Y yo, mi vida. Contaba uno a uno los días que quedaban para verte.
- ¿Qué han hecho con mi foto?
- La tienen retenida por orden de Franco.
- Pero es tuya. Yo te la di...
- Tuve una discusión fuerte con mi preceptor, un hueso duro de roer.
- Toma —dijo ella, dándole otra fotografía suya.
- Estás guapísima, cariño.
- Es pequeña, para que la puedas esconder mejor.
- Esta no me la quitarán jamás.

La pareja dejó a un lado el Tubo, un entramado estrecho de calles que albergaba la principal zona de tapeo de la ciudad. Al cabo de cinco minutos, llegó a la plaza del Pilar, que estaba a rebosar de gente aquel sábado. Era una amplia extensión rectangular con jardines y arbolado.

—¡Qué maravilla! —exclamó Mafalda al ver la catedral, con la fachada revestida de ladrillo al más puro estilo aragonés.

—Es el templo barroco más grande de España y el primero dedicado a la Virgen de toda la Cristiandad.

- ¿Qué me dices?
- Dentro se venera el pilar que, según la tradición, fue colocado por la propia

Virgen María, aparecida en carne mortal al apóstol Santiago el 2 de enero del año 40.

—¿Entramos?

—Estoy deseándolo.

El interior del templo se dividía en tres naves de la misma altura, cubiertas con bóvedas de cañón e intercaladas con cúpulas y bóvedas de plato que descansaban sobre robustos pilares. Accedieron a la nave central, separada por el altar mayor, bajo la cúpula principal.

—¿Dónde está la Virgen del Pilar? —preguntó Mafalda.

—Ven conmigo.

Bajo una de las cúpulas elípticas se hallaba la Santa Capilla de la Virgen del Pilar, junto al coro y el órgano.

—Aquí la tienes. Pídele lo que quieras; seguro que te escuchará.

Ella se arrodilló en un reclinatorio y permaneció en silencio unos instantes, con Juanito a su lado.

—¿Qué eso que hay detrás de la Virgen del Pilar? —dijo ella luego.

—¿Te refieres al obús que cayó sobre la catedral durante la Guerra Civil española y que milagrosamente no estalló?

—Tienes razón: es un proyectil.

—¿Se puede saber qué le has pedido a la Virgen?

—Ah...

—Yo le he dicho que, suceda lo que suceda, siempre sea lo mejor para los dos.

—Igual que yo.

A la salida de la catedral, mientras volvían sobre sus pasos por la calle Alfonso I, pasaron por delante de un hombre que permanecía de pie frente a un escaparate. El sujeto en cuestión se dio entonces la vuelta para hacer una seña a otro individuo que seguía a la pareja, a una distancia prudencial. El hombre que les vigilaba se palpó el revólver que llevaba oculto en la chaqueta.

Juanito y Mafalda paseaban despreocupados por Zaragoza, mientras eran seguidos por dos hombres, ataviados con traje y sombrero, que se iban turnando en sus posiciones, uno siempre más próximo, y el otro más alejado de la pareja.

—Comeremos en un sitio que te va a encantar.

—¿Cerca de aquí?

—Al lado. ¿Recuerdas que hace un momento hemos pasado por el Tubo, camino de la catedral?

—¿Las callejuelas repletas de bares?

—Justo. He telefonado a Casa Lac esta misma mañana para reservar una mesa discreta donde nadie nos moleste.

—Siempre pensando en todo.

—No, Mafi, siempre pensando en ti.

—Me parece mentira que estemos juntos, tú yo, paseando por Zaragoza con este sol tan radiante.

—Abre bien los ojos y deja que te toque... ¿Verdad que no es un sueño?

Juanito abrazó a Mafalda con tanto ardor que pareció consumirles a los dos. La pequeña y tibia mano de ella envolvía también el cuello de él. El beso cálido de primavera se hizo inevitable. Ella había cerrado ahora los ojos y, con el rostro echado hacia atrás, jugaba a esquivar sus besos. Juanito palpó sus hombros de adolescente, percibió sus pequeños senos y las manos atezadas a su cabeza casi rapada, de cadete de Academia.

Poco después, llegaron a Casa Lac, en el número 12 de la calle de los Mártires. Fundado en 1825 por Constantino Lac, de origen francés, era el restaurante más antiguo de España, contando incluso al madrileño Lhardy o al Siete Puertas de Barcelona. Su creador abrió primero una pastelería-confitería, iniciando en España la moda francesa de comer fuera de casa sin necesidad de estar de viaje.

—Es precioso, aunque no tanto como Maxim's —dijo Mafalda para provocarle.

—¿Has estado en Maxim's?

—Varias veces.

—¿Con alguien en especial?

—Con mis padres.

—Pues yo también, y te aseguro que el rojo de las tapicerías y los bronce de las salas, típicos del Art Nouveau, nada tienen que ver con el estilo isabelino de la primera planta donde ahora nos encontramos.

—Está bien, tienes razón. Era solo para picarte un poco. Reconozco que sabes muy bien cómo acertar siempre conmigo.

—Cuando amas a alguien como a ti, Mafi, no hay méritos que valgan.

En el instante en que ella se dispuso a corresponderle con un beso, el encargado del restaurante se acercó a la mesa.

—¿Están cómodos en este rinconcito, Alteza? —preguntó con una sonrisa que izó las puntas de su bigote militar, a lo Hércules Poirot.

—Muy cómodos, gracias.

—¿Han consultado la carta ya los señores?

—Sí.

—¿Qué tomarán?

—Vas a probar la mejor cocina aragonesa del mundo, Mafi. Te recomiendo los boliches con sardinas.

—¿Boliches?

—Son unas judías en las que, según la tradición, en su parte de unión con la vaina se dibuja la Virgen del Pilar —explicó el chef.

—Qué curioso. Entonces las probaré.

—Yo tomaré las lentejas de verano.

—¿Lentejas de verano? —repuso ella, extrañada.

—Así las llaman aquí. Me encantan los platos de cuchara en cualquier época del año.

—¿Y de segundo, señorita?

—Muslos de pato con melocotón de Calanda.

—¿Y usted, Alteza?

—Lengua estofada.

Mafalda hizo un mohín de asco.

—Tráiganos un vino de la tierra, y de postre, unos canutillos de crema y una tarta de queso para compartir.

—Muy bien, Alteza, les deseo un feliz almuerzo.

—Y, sobre todo, romántico —murmuró Juanito, mientras se alejaba el encargado.

—Te han cortado el pelo demasiado.

—El peluquero nos dio ayer un buen repaso a todos en la Academia.

El comedor era pequeño pero muy acogedor, con lámparas de época y suelo de maderas guineanas y canadienses. En la planta baja estaba el café-bar, reformado en 1925 con estilo modernista para conmemorar el primer centenario de Casa Lac.

Mientras almorzaban, Juanito se fijó en dos hombres sentados a una mesa frente a la suya. A uno de ellos le sorprendió mirándole directamente, pero, sintiéndose descubierto por el príncipe, el desconocido apartó rápidamente sus ojos de él. Sin darle excesiva importancia al hecho, pensando que probablemente se tratase de una persona que le había reconocido, Juanito siguió comiendo y charlando con Mafalda.

Pero, cuando abandonaron el restaurante, el príncipe volvió a reparar en que los dos hombres también habían salido del local y caminaban ahora detrás de ellos. Entonces pensó que quizá les estaban siguiendo. Para cerciorarse, se detuvo, fingiendo atarse los zapatos, para mirar discretamente hacia atrás mientras se

agachaba; y el hombre que le seguía más de cerca se detuvo con brusquedad.

Entonces, en estado de máxima alerta, Juanito le dijo a Mafalda:

—No mires atrás, pero me parece que nos están siguiendo. Haz exactamente lo que yo te diga.

Ella se asustó.

Aprovechando un cruce de calles, la pareja se internó caminando mucho más aprisa por la perpendicular. Al doblar la esquina divisaron a unos metros un tranvía que iba a salir en ese mismo instante de su parada. Echaron a correr, pero Juanito solo llegó a rozar el tirador de la puerta del vehículo ya en marcha con la punta de sus dedos. Cruzaron la calle en medio del tráfico, sorteando con peligro algunos automóviles que circulaban por la calzada. Habían conseguido distanciarse de sus perseguidores, pero todavía los distinguían a lo lejos. Al cruzar la calle no vieron otra salida que meterse en una sala de cine. Era el teatro Iris, con su espectacular fachada. No había cola en la taquilla, pues la sesión ya había comenzado, pero Juanito tuvo tiempo aún para pedir dos localidades. Entraron en la sala oscura, creyéndose a salvo de momento. Tomaron asiento en una de las primeras filas. En la pantalla, James Stewart era confundido con un demente en la tienda de un taxidermista. Estaban proyectando *El hombre que sabía demasiado*, de Alfred Hitchcock. El hijo del protagonista había sido secuestrado por los autores de un complot contra el *premier* británico, y el actor americano deambulaba enloquecido por las calles de un Londres espectral.

Al poco rato, vieron que sus perseguidores también habían entrado en la sala. Uno de ellos se había apostado al lado de la puerta principal, y el segundo cerca de la salida.

—No tenemos otra opción que esperar a que termine la sesión, para intentar escapar entre el gentío —susurró Juanito al oído de ella.

Cuando el «The end» apareció en la pantalla y el público, con la sala aún a oscuras, comenzó a abandonar sus asientos, Juanito y Mafalda se levantaron con rapidez.

—Sígueme —dijo él, forzando una salida de emergencia situada en medio de la sala.

Salieron a una callejuela lateral, corriendo sin parar hasta alcanzar la calle principal, donde vieron que un joven acababa de aparcar su Vespa. La pareja se apresuró hacia la motocicleta, apartando al dueño con una disculpa. El muchacho se quedó atónito al reconocer al príncipe.

Los perseguidores venían lanzados a la carrera, mientras Juanito trataba de arrancar la moto. En un último intento desesperado, cuando ya se les echaban encima, el motor se puso en marcha y el piloto salió disparado con Mafalda agarrada de su cintura.

Llegaron por fin al Gran Hotel de Zaragoza.

—Espérame en el *hall* —indicó Juanito.

—¿Adónde vas? —replicó ella, como si se le escapase la vida.

—A contárselo enseguida a mi preceptor.

Mientras subía a la habitación 105, vio al duque de la Torre salir del ascensor.

—¡Carlos! —exclamó Juanito.

—¿Qué ocurre?

—¡Estamos en peligro!

—¿Quiere tranquilizarse, Alteza, y contarme qué le sucede?

—Dos hombres nos persiguen por toda Zaragoza.

—Acompáñeme, por favor —dijo el duque sin inmutarse.

Abajo seguía Mafalda, de pie, con el rostro demudado por el pánico, flanqueada por sus dos perseguidores.

—¿Son esos los dos hombres que le acechan? —preguntó el preceptor.

—Ellos son —asintió Juanito, estupefacto.

—Venga conmigo, Alteza, que voy a presentarle a sus nuevos guardaespaldas.

Luego se dirigió a Mafalda.

—Con usted, señorita Cornaro, tengo que hablar ahora muy seriamente.

Da Costa y Mora habían quedado en verse con Ramón Alderete, el secretario del infante don Jaime de Borbón, en la discreta localidad de Villiers-le-Bel, a unos veinte kilómetros al norte de París. Mientras le aguardaban, entraron a desayunar en una cafetería cercana y se entretuvieron hojeando la prensa de la mañana. *Le Figaro* anunciaba a toda plana la dimisión del ministro de Estado y líder del Partido Radical, Pierre Mendes-France, por su desacuerdo con las medidas del Gabinete para contener la rebelión en Argelia.

Un hombre trajeado y fornido entró en la cafetería y se aproximó a ellos.

—¿Son ustedes los que quieren ver a don Jaime?

Los policías se levantaron, interrogándole a su vez:

—¿Y usted quién es? ¿No es el señor Alderete?

—Vengo de su parte y de la del infante don Jaime. Muéstrenme sus placas identificativas, por favor.

Da Costa y Mora obedecieron.

Una vez en la calle, les advirtió de nuevo:

—Antes de llevarles ante don Jaime, debo registrarles.

—Le aseguro que tenemos los calzones limpios —repuso Da Costa, perplejo y contrariado.

—Lo siento, pero si quieren ver al infante tendrán que seguir mis instrucciones al pie de la letra. Dejen su vehículo aquí y suban al mío.

El mismo hombre condujo el automóvil durante un rato, en dirección a París, hasta detenerse en un embarcadero del río Sena. Allí, delante de un yate, les estaba esperando una persona con gafas de sol y atuendo náutico, que se identificó como



Ramón Alderete.

—Buenos días, señores.

—Con semejante actitud nadie sospechará que nos conocemos —dijo Da Costa algo más relajado.

—Les pido disculpas, en nombre de don Jaime, por las molestias ocasionadas. Pero son las medidas de seguridad que ha impuesto el propio infante.

Los tres hombres subieron a bordo de la *Prusiana*, como había bautizado al yate don Jaime en honor de su segunda esposa, Carlota Tiedemann, nacida en Koenigsberg (Prusia) el 2 de enero de 1919, once años después que él.

El barco no era nada del otro mundo, con sus catorce metros de eslora, frente a los veintiséis metros y sesenta toneladas del *Saltillo* de don Juan, pero tenía cierto encanto por las franjas azules y blancas de su casco, la armoniosa distribución del puente de mando y del velamen, y la agradable decoración de los camarotes interiores. Su hermano Jaime aguardaba a los visitantes en un saloncito con asientos de madera y una mesa de centro. Era sordomudo de nacimiento, pero con ayuda de unas pacientes monjitas había aprendido desde niño a leer en los labios; incluso pronunciaba algunas palabras con el sonido gutural característico de su limitación.

—Buenos días. —Sonrió el infante.

Más de una vez, al contemplar su esbelta y vigorosa figura, de 1,92 metros de estatura, con el bigote recortado y la nariz prominente, su padre el rey Alfonso XIII tuvo la misma sensación que si se mirase él mismo al espejo.

Hasta tal punto don Jaime era un clon del monarca, que cuando se le veía pasear en la calle junto a su hermana María Cristina, parecían una imagen retrospectiva de don Alfonso y Victoria Eugenia, porque la infanta, a su vez, era otra copia de su madre.

—¿Salimos mejor a cubierta? —propuso don Jaime.

Mientras navegaban por el Sena, tuvo lugar el inicio de una conversación que resultaría trascendental para la Operación Giralda.

—¿Por qué sospecha que la muerte de su sobrino Alfonso ha podido tratarse de un atentado? —preguntó Da Costa.

—Verá usted, si yo mismo temo por mi vida, ¿cómo no voy a creer que mi sobrino haya podido ser asesinado? ¿Comprende ahora que viva rodeado de medidas de seguridad extremas? Por esa razón escribí una carta a mi secretario Alderete indicándole que se pusiese en marcha una investigación judicial sobre lo sucedido en Villa Giralda.

—¿Por qué teme por su vida?

—Eso ya es una larga historia, que se remonta a hace más de veinte años.

—Tómese el tiempo que necesite...

El príncipe Alfonso de Borbón y Battenberg, primogénito del rey Alfonso XIII y hermano de don Juan, asistía junto con Annette Sheldon a la inauguración de un nuevo *night club* en Cayo Largo, Florida: el Colonial Club.

El antro acababa de ser abierto por William McCoy, uno de los más célebres contrabandistas de alcohol durante la llamada Ley Seca, vigente en Estados Unidos entre 1920 y 1933. McCoy disfrutaba de lo lindo esa noche con un grueso habano en la boca y un vaso de ron como el que él mismo había transportado ilegalmente por mar en su goleta *Arethusa*, armada con una ametralladora oculta en cubierta. Entonces se conocía como *Rum-running* o *Bootlegging* al comercio clandestino de alcohol, sobre todo por vía marítima; solo que en el caso de McCoy se trataba de toneladas enteras de ron caribeño transportado en su barco desde las Bahamas hasta Florida, donde vivía ahora retirado como un auténtico ricachón, tras pasar una larga temporada en la cárcel.

En una mesa cercana a la suya, decorada también con motivos tropicales, estaba el príncipe Alfonso de Borbón, a quien solo la terrible enfermedad de la hemofilia heredada de su madre, la reina Victoria Eugenia de Battenberg, había impedido figurar en su día en las quinielas casaderas de la corte europea.

Divorciado de la cubana Edelmira Sampederó el año anterior, matrimonio que le había costado la renuncia a sus derechos al trono de España, Alfonso de Borbón resultaba un hombre muy atractivo, alto, enjuto, pero ancho de hombros, como si el sufrimiento físico lo hubiera estilizado. Su rostro parecía tallado en palo de rosa, y sus ojos azules, vidriosos esa noche a causa de tantos daiquiris, seguían reflejando una mirada limpia y leal. Podía distinguirse un levísimo viso dorado, sobre el labio superior de una boca casi femenina en su perfección, que contrastaba con su voz y sus gestos varoniles. Parecía un actor de Hollywood; lo mismo que su acompañante, Annette Sheldon, era la viva estampa de la actriz Jean Harlow, fallecida el año anterior con solo veintiséis primaveras. Annette se había inspirado en el *look* de su diva, tiñéndose el cabello de rubio platino y pintándose los ojos y las cejas de negro como ella, con aire de vampiresa. Y en realidad lo era, como su musa Harlow, que en cierta ocasión había declarado sentirse orgullosa de levantarse cada mañana con un hombre distinto; aunque, en el caso de su fan, ese hombre era aquella noche todo un príncipe de sangre real.

Un gran calendario colgado detrás de la barra indicaba la fecha del 6 de septiembre de 1938.

Entre la clientela se percibía una mezcla de poder, dinero y glamour: políticos locales, actrices en busca de oportunidades, gánsteres camino de los paraísos del juego de La Habana... Al evento asistía también Robert Campbell, un influyente y

temido cronista de sociedad del *Miami Herald*, el periódico más influyente del estado de Florida. Los fotógrafos disparaban a ráfagas sus cámaras Leica con película en blanco y negro.

Esa noche actuaba sobre el escenario la célebre orquesta de Artie Shaw, con Billie Holiday como cantante y el propio Artie al clarinete. A sus veintitrés años, Billie interpretaba el clásico *These Foolish Things*, desgranando cada estrofa y transmitiéndole una intensidad comparable tan solo a la de Ella Fitzgerald.

Un cigarrillo que descubre las huellas de un lápiz de labios.

Un billete de avión a lugares románticos.

Aun así, mi corazón tiene alas.

Estas tonterías me recuerdan a ti...

Alfonso de Borbón canturreaba la letra en inglés mientras bailaba agarrado a Annette Sheldon, convertida en su tabla salvavidas que a duras penas lograba mantenerle en equilibrio sobre aquel suelo que era para él como una pista de patinaje sobre hielo. La música se fundía con la deslumbrante luz de las lámparas, y el humo de los cigarrillos con el tintineo de las copas. Por las mesas del comedor, con vistas al escenario y a la sala de baile, circulaban bandejas repletas de daiquiris y de mojitos. Sobre todo de daiquiris, elaborados al otro lado de la barra por un camarero con chaquetilla de esmoquin y pantalón negro; un auténtico chamán de las mezclas, con manos tan rápidas como las de Billy el Niño y esa paciencia infinita de los indios jíbaros para reducir cabezas. Con tres cortes limpios de cuchillo partía los limones y arrojaba el centro a la basura. Solo el zumo de los tres pedazos iba derecho a la coctelera, la cual regaba generosamente con un Habana Club reserva, añadiéndole dos cucharadas de azúcar y un montón de cubitos de hielo. Y luego, tocaba el «centrifugado» de la coctelera, durante el tiempo justo, ni un segundo más ni uno menos. Ahí radicaba el éxito de la poción milagrosa que solo el dedo índice del camarero, al quedar pegado al acero inoxidable de la tapa por el frío que transmitía el hielo, marcaba con la misma precisión que un cronómetro suizo. Solo entonces el daiquiri estaba listo para servirse.

—¿Otro daiquiri, cariño? —ofreció Annette al príncipe, de regreso a la mesa.

—Están riquísimos.

—¿Cuántos llevas ya?

—No sé... ¿seis, siete...? —titubeó con los ojos congestionados, sin apenas pestañear.

—Más o menos como yo... ¿Sabes una cosa?

—Dime, bonita.

—Eres guapo, muy guapo.

—¿Tú crees?

—Te comería a besos.

—Y yo a ti, bomboncito. ¿Vamos a mi hotel?

—Si tú quieres...

—Estoy deseando estar a solas contigo.

El príncipe ya no estaba sentado, sino más bien yacía en la silla; su barbilla tocaba de vez en cuando el pecho. Annette le ayudó a incorporarse. La pareja salió de la sala de fiestas, en dirección al coche para regresar a Miami. El príncipe, completamente ebrio, no estaba en condiciones de conducir. Annette se ofreció a hacerlo. Durante el trayecto por la recién inaugurada Overseas Highway, el Buick 60 Sedan verde de seis cilindros y válvulas en cabeza, con notables mejoras en el chasis y la carrocería, circulaba a gran velocidad y sus faros iluminaban la autopista. Fuera corría una refrescante brisa. De noche, las palmeras que flanqueaban los márgenes de la carretera eran como negras y amenazantes sombras; y la vegetación tropical, una masa oscura, se espesaba en los manglares, en cuyas pútridas ciénagas acechaban voraces los caimanes.

El príncipe, tembloroso, había sustituido ahora los daiquiris por el whisky de su petaca dorada. Gotas de sudor frío le resbalaban por la frente.

—Tendría que odiarla... Tendría que odiarla —repitió entre trago y trago.

—¿Odiar a quién? —dijo su compañera.

—A mi madre. Ella nos trajo de Inglaterra la enfermedad —maldijo.

El automóvil aceleró bruscamente. El velocímetro rebasó las ochenta millas por hora. De repente, giró de forma absurda a la derecha, saliéndose de la carretera. Annette consiguió abrir su puerta y salió impulsada unos metros, antes de que el vehículo se precipitase en el vacío.

Con la primera luz del día, el tétrico escenario nocturno había dado paso a uno paradisíaco: un día brillante, en el que el sol lucía entre las palmeras, las mandrágoras y las orquídeas y todo tipo de plantas tropicales. Pero, adentrándose un poco más allá en los humedales, un pescador que surcaba en su pequeño bote las marismas atisbó un extraño bulto flotando. Se acercó y comprobó, aterrado, que era el tronco de un cuerpo humano al que le faltaban la cabeza y las piernas. El tronco estaba envuelto en una camisa de seda ensangrentada y los restos de unos pantalones azules. Avisó lo más rápido que pudo a la policía, que condujo los restos humanos al depósito de Miami, donde el comisario jefe reclamó la presencia de un forense. Después el mismo comisario regresó a las marismas y dirigió la búsqueda de la cabeza y las piernas de la víctima, pero al cabo de unas horas, al no encontrar nada, se dio por vencido. Más tarde comprobaron que el tronco pertenecía a un hombre de complexión delgada, de unos setenta y cinco kilos de peso y una estatura de 1,90 metros aproximadamente. La epidermis y las uñas del cadáver seguían casi intactas a pesar de la humedad del agua, lo cual revelaba que llevaba pocas horas flotando en el pantano. Los restos presentaban diversas fracturas de costillas y otros huesos, sufridas después del fallecimiento. Extirparon la piel de los dedos y la enviaron rápidamente al jefe de la sección dactiloscópica. Poco después, este inyectó glicerina en la piel y

obtuvo unas huellas dactilares aprovechables que no coincidieron finalmente con las de ninguna ficha del voluminoso archivo del FBI. La víctima carecía así de antecedentes penales. La policía sabía de antemano, por el testimonio de Annette Sheldon, que el cuerpo de Alfonso de Borbón había caído al humedal, pero aun así quiso hacer sus propias comprobaciones irrefutables. La localización del Buick, extraído del fondo de las aguas, reafirmó lo que ya sabían: el tronco humano pertenecía al príncipe que no pudo reinar.

En aguas muy distintas, a bordo de la cubierta del yate *Prusiana*, que surcaba el río Sena, el infante don Jaime de Borbón siguió respondiendo a las preguntas de Da Costa y Mora, tratando de reconstruir su misteriosa historia.

—¿Qué sucedió con la acompañante de su hermano Alfonso? —preguntó Mora.

—Salió ilesa. En su declaración judicial aseguró que ella también estaba ebria y que por esa razón tampoco debía conducir, pero que al hacerlo en esas condiciones se produjo el accidente.

—¿Es cierto que estaba ebria?

—Mintió como una bellaca. Los análisis de sangre de Annette Sheldon evidenciaron luego que ella tenía un grado de alcoholemia muy bajo, equivalente a un miserable trago de whisky.

—¿Cree tal vez que ella disimuló que bebía para que don Alfonso pensase que se emborrachaba al mismo tiempo que él?

—Estoy convencido de que Annette Sheldon saltó del coche en marcha a propósito.

—¿Para asesinar a su hermano?

—No tengo ya la menor duda. Un testigo la vio llorar luego como jamás había visto hacerlo a nadie. No fue capaz de distinguir entonces si lo que en realidad expelía aquella atronadora garganta eran carcajadas o lamentos. La mujer parecía fuera de sí... Era una actriz excepcional.

Don Jaime refirió a continuación la muerte de su hermano pequeño, el infante don Gonzalo, de vacaciones con su padre el rey Alfonso XIII en Austria, en 1934:

—Sabrán ustedes que Gonzalo, igual que Alfonso, era hemofílico...

Da Costa y Mora se encogieron de hombros.

—Por si fuera poco, Gonzalo murió en otro accidente de automóvil —agregó el infante.

—¿Cree usted que pudo tratarse de otro asesinato? —inquirió Da Costa.

—Durante mucho tiempo pensé que no fue más que un desgraciado accidente. Mi padre veraneaba con mis hermanos Beatriz y Gonzalo, separado ya entonces de mi madre. Aquel aciago 13 de agosto, Kiki, como le llamábamos en familia, regresaba en coche por la carretera de Krumpendorf, en dirección a la villa en Portschach, alquilada por mi padre en la ribera norte del lago Worther, en Carintia. De repente,

Gonzalo se vio obligado a dar un volantazo para esquivar a un ciclista que poco después desapareció para siempre. El vehículo se estrelló contra la fachada del castillo de Krumpendorf. En apariencia, mi hermano no resultó herido, pero el choque provocó luego un pequeño hematoma en su cuerpo y dos días después falleció en un hospital por culpa de la maldita hemofilia.

—Si no me equivoco, acaba usted de sugerir que su muerte fue también provocada —comentó Mora.

—Aguarde un momento. Debo mostrarles antes algo muy importante.

Don Jaime sacó dos fotografías antiguas de una carpeta que tenía a su lado, y se las entregó a los dos policías.

—¿Les llama algo la atención?

—A simple vista, no.

—Fíjense bien: la primera es una fotografía tomada la noche de la inauguración del Colonial Club, en Cayo Largo, en septiembre de 1938, a la que asistieron mi hermano Alfonso y Annette Sheldon.

—¿Dónde la obtuvo? —preguntó Mora.

—En el archivo fotográfico del *Miami Herald*, que informo al día siguiente del evento. Efectivamente se les puede ver disfrutando del espectáculo de la orquesta de Artie Shaw, con Billie Holiday en el escenario. ¿Siguen sin advertir nada llamativo?

—Explíquese mejor.

—Observen atentamente al hombre sentado a una mesa en segundo plano, que mira a la pareja de reojo.

—¿Y...?

—Ahora examinen detenidamente la segunda fotografía. La conseguí en los archivos policiales de Krumpendorf, en cuyo término municipal, como acabo de relatarles, tuvo lugar el accidente de Gonzalo. Es una imagen de un grupo de curiosos husmeando el cuerpo de mi hermano, tendido en la cuneta.

Don Jaime señaló con el índice a uno de los testigos.

—¿Le reconocen?

—¿No es el mismo hombre que aparece en la otra fotografía, en la sala de fiestas de Cayo Largo? —concluyó Da Costa, sorprendido.

—¿No les parece demasiada casualidad?

—Pues la verdad es que sí.

—¿Comprenden ahora por qué estoy convencido de que las muertes de mis dos hermanos las provocó el mismo hombre? Mis sospechas sobre la muerte de Alfonso me llevaron a iniciar una investigación por mi cuenta, y a relacionarla luego con la de Gonzalo. Por si fuera poco, mi padre sufrió nada menos que seis atentados a lo largo de su vida.

—Lo sabemos. Sus autores fueron anarquistas, pero por el tiempo transcurrido resulta improbable que detrás de las muertes de sus hermanos y de su sobrino estén ahora ellos mismos —observó Da Costa.

—Bastante improbable, sí.

—¿Sabe usted si su padre tenía otro tipo de enemigos aparte de los revolucionarios?

—Es posible que tuviese diferencias con algunos socios en sus negocios. Tal vez el hecho de haber dejado embarazadas a varias mujeres le granjease alguna otra enemistad...

—¿Conoce algún caso concreto?

—Ahora que lo dice, oí hablar de una española, antigua camarera de palacio, que tuvo que salir pitando de allí para dar a luz en otro lugar.

Da Costa y Mora cruzaron una mirada de sorpresa.

—¿Le suena el nombre de Carmen Sánchez? —inquirió el teniente.

—Creo que era ella. Pero eso es todo lo que sé.

Damien Moretti tenía buena memoria y don Jaime, al parecer, también. Carmen Sánchez era, en efecto, la mujer seducida y embarazada por Alfonso XIII a la que el rey envió a París a principios de siglo para que diese a luz allí y quitársela de encima. Era la madre de Michel Palacios y este, a su vez, el hijo bastardo de Alfonso XIII. ¿No era motivo suficiente el desprecio con que el rey trató a su madre, fallecida a raíz del parto, para que Michel Palacios odiase con todas sus fuerzas al monarca? Da Costa y Mora estaban cada vez más convencidos de que Michel Palacios era Cornelius.

—No me sorprende entonces que viva usted atemorizado —dijo el teniente.

—Todas las medidas de seguridad me parecen pocas. Me veo obligado a dormir en lugares diferentes y a cambiar mis itinerarios habituales. Y, encima, la muerte de mi sobrino Alfonso, de cuya versión oficial dudo seriamente, no ha hecho sino confirmar mi teoría de que hace muchos años que existe un complot para asesinar a la rama española de los Borbones. Y ahora les pregunto yo a ustedes: ¿están dispuestos a hacer algo con las pruebas que acabo de aportarles?

—Déjenos las fotos. Le prometemos investigar el asunto a fondo, manteniéndole informado.

—Ya saben que la única forma de contactar conmigo es a través de mi secretario Alderete.

—Así lo haremos.

—Cuidado con estas aguas al desembarcar: ¿sabían que el Sena es uno de los lugares del mundo preferidos por los suicidas y por los asesinos que quieren deshacerse de los cuerpos de sus víctimas?

Dafne telefoneó a casa de Philippe. El auricular lo descolgó su hermana Anastase, pues Philippe estaba fuera. Entonces Dafne tuvo una ocurrencia para aprovechar la oportunidad única de seguir el juego del intercambio con Mafalda hasta el final. Haciéndose pasar por esta, le dejó un recado a Philippe.

—¿Quieres decirle, Anastase, que Dafne no podrá acudir a su cita de esta noche y que en su lugar iré yo, pues tengo algo importante que contarle?

—Descuida, Mafalda.

Al colgar el teléfono, Dafne se rio de su propia broma, preguntándose qué pasaría por la cabeza de Philippe cuando recibiese tan enigmático mensaje.

Por la noche, Dafne acudió a la cita embutida en los pantalones Capri de Mafalda, además de llevar el pelo teñido de rubio y cortado igual que su amiga. Llevaba en el bolso el estuche con el que se había maquillado mientras se dirigía hacia allí. La transformación apenas duró cinco minutos. Crema base, lápiz de cejas, delineador de ojos, rímel, colorete y lápiz de labios. Se ayudó con un espejo de bolsillo; sus movimientos eran rápidos y seguros. Ahora era una rubia de bote con unos ojos azules como la chaqueta.

Mientras aguardaba a su nuevo novio en la esquina poco transitada y en penumbra donde habían quedado, pensó en lo divertido que resultaría ver la cara de sorpresa de Philippe cuando descubriese la verdad.

Pero no era Philippe el que se acercó a Dafne por una calleja lateral, sino su amigo Alain. Dafne, que no esperaba que llegase por ahí, estaba de espaldas mirando en otra dirección. Alain se le acercó por detrás sin ser visto por ella, la agarró del cuello y le aplicó en la cara un paño empapado en cloroformo. La chica se desplomó en los brazos de su agresor en veinte segundos. Alain la sujetó por debajo de los brazos y la arrastró hasta una furgoneta Peugeot D4A blanca, introduciéndola en la parte trasera. No había ningún testigo a la vista.

Dafne despertó al cabo de un rato en el interior de la furgoneta, aún en marcha. Con un tremendo dolor de cabeza trataba de recordar lo ocurrido. Vio la nuca del hombre que conducía el vehículo. Entonces se dio cuenta de que la habían secuestrado. Intentó escapar golpeando la puerta trasera de la furgoneta con los zapatos de tacón, hasta que abrió el cierre interior, pero con tan mala fortuna que el impulso de la patada la desplazó fuera del vehículo, que circulaba a gran velocidad por una ancha avenida. Dafne se precipitó con violencia a la calzada y el coche que venía detrás no tuvo tiempo de esquivarla y la arrolló.

Alain se dio cuenta de lo ocurrido y detuvo la furgoneta, pensando en volver a por Mafalda. Pero el conductor del turismo que la había atropellado se disponía ya a socorrerla. En su cara vio un gesto de desesperación y cómo se echó las manos a la cabeza. Entendiendo que ya era demasiado tarde, Alain arrancó de nuevo la furgoneta y abandonó el lugar lo más rápido que pudo.



Da Costa y Mora acudieron por la mañana a la Tour Pointue, en el número 36 del Quai des Orfèvres, donde estaba la Dirección General de la Policía francesa.

Se encontraron allí con el comisario Leblanc y con sus subordinados, Chaillot entre ellos.

Da Costa tomó la iniciativa.

—Tenemos que informaros de algo muy importante —anunció, solemne.

—¿De qué se trata? —inquirió Leblanc.

—Hemos descubierto que Michel Palacios es el hijo bastardo del rey Alfonso XIII.

Los policías franceses se miraron estupefactos.

—¿Estáis seguros? —añadió Leblanc.

—Completamente —ratificó Mora.

—¿Cómo habéis llegado a semejante conclusión?

—El infante don Jaime de Borbón nos ha confirmado el nombre de la mujer a la que Alfonso XIII dejó embarazada, la madre de Michel Palacios.

—¿Carmen Sánchez? —dijo Chaillot, recordando su entrevista con Moretti.

—La misma —corroboró Da Costa.

—Entonces vamos en la buena dirección.

—Cada vez está más claro que el verdadero nombre de Cornelius es Michel Palacios.

La víspera, los fotógrafos de la policía se habían encerrado en el cuarto oscuro del laboratorio para obtener las ampliaciones de las imágenes del misterioso sujeto proporcionadas por el infante don Jaime. Los técnicos debieron esmerarse abriendo a tope el diafragma para enfocar mejor las imprecisiones del original. Apagaron la luz blanca y encendieron la roja de seguridad, logrando aumentar considerablemente el tamaño de aquel hombre con ayuda de una ampliadora.

Chaillot había pensado ya en el siguiente paso: los fisonomistas. Sus ojos eran excelentes, poseían claridad, agudeza, rapidez y firmeza. La precisión al observar era el alma misma de la fisonomía. Observar era seleccionar. Los policías y fisonomistas compartían esa vista excelente que reflejaba el ojo de Dios que percibía el alma. Debían ser capaces de desarmar el rostro de cualquier sospechoso como si fuese un reloj, y de examinar con paciencia infinita cada pieza del mecanismo. Cualquiera de ellas, por insignificante que pareciera, podía ser importante. Las púas de un bigote podían revelar el escondite de un felino; con una simple llavecita podía abrirse un portalón de hierro. Los rostros encerraban claves y llaves; las cosas más menudas

respondían a veces grandes preguntas.

Como Gérard Chaillot contaba con la foto de Michel Palacios a los doce años, los fisonomistas de la policía dedujeron que había un ochenta por ciento de posibilidades de que Michel Palacios fuese el mismo hombre que aparecía en la sala de fiestas de Cayo Largo, así como entre el grupo de curiosos junto al cuerpo del infante don Gonzalo, en Austria. Hicieron simulaciones sobre cómo sería el rostro de Palacios veinte años después, y el resultado era casi idéntico al hombre que aparecía en las fotos del infante.

De hecho, el retrato obtenido por Chaillot durante su visita al archivo municipal de Rambouillet mostraba el rostro alargado de un niño muy serio con la mandíbula saliente, una amplia frente coronada por un pelo castaño oscuro, algo rizado en la parte superior, cejas apenas perceptibles y ojos carentes de expresión sobre una nariz que se adivinaba excesiva. La expresión reflejaba una inteligencia especial y aparentaba mayor madurez que la de un niño de su edad.

En la fotografía tomada en Austria se veía ya a un hombre de unos treinta años, de mirada más imperturbable y astuta, que mostraba un desarrollo mandibular desproporcionado —prognatismo, según la terminología médica—, una nariz prominente y unos ojos ligeramente fuera de sus órbitas.

Por último, la foto de Miami tomada cuatro años después mostraba a un individuo con los mismos rasgos faciales que el anterior. Era muy probable que esta vez los policías sí hubieran identificado a Cornelius.

Pero, aun así, Gérard Chaillot puso de manifiesto una evidencia.

—El sospechoso del asesinato del cirujano Ludovic Dubois no se parecía mucho a este hombre —advirtió.

Compararon entonces ambos retratos-robot, colocando uno al lado del otro.

Mafalda había mantenido horas antes la conversación con el preceptor del príncipe, Carlos Martínez Campos, duque de la Torre. Las palabras del tutor no le dejaron a ella ninguna opción de continuar su relación con Juanito. El duque le había dicho, muy severo, que el príncipe era esclavo del deber, de su patria y de su rango, y que ella no debía ser tan egoísta como para obligarle a renunciar a todo eso.

Mafalda se sentía aturdida, noqueada, sin respuesta, incapaz de pedirle a Juanito que renunciara a un destino para el cual había nacido: ser rey de España. Él se enamoraría de nuevo y la olvidaría pronto. En realidad siempre lo había sabido, aunque no hubiese tenido el valor de afrontarlo. Pero ese momento había llegado ya.

Para ella, enamorada desde niña del príncipe, sabía que iba a ser mucho más difícil. Ahora estaba segura de que nunca podría olvidarle. Solo esperaba no volver a sentir algo parecido nunca más, no volver a sentir jamás tanta infelicidad. Su dolor era intenso, y no existía morfina alguna que lo calmase.

Pero en las últimas horas había tenido tiempo de recapacitar para ver las cosas

claras de una vez, de una lacerante vez. Su historia de amor con Juanito resultaba imposible, por mucho que ella se empeñara en mantenerla viva.

La noche clara y estrellada contrastaba con los negros nubarrones que cubrían los corazones de Mafalda y de Juanito mientras aguardaban en el sombrío andén la llegada del tren que debía conducirla a ella inexorablemente de regreso a Barcelona, donde tomaría un vuelo con destino a París. Rostros contraídos por el sufrimiento y la certeza de que ya nunca volvería a ser como antes. Podían percibirse ya los últimos sonidos de una eterna despedida.

—No soportaba la idea de dejarte, pero ahora sé que ese momento tenía que llegar —balbuceó ella, como si hablase al borde del abismo de la muerte.

—Yo te quiero, Mafi, y te querré durante el resto de mi vida. El amor es lo único que importa —contestó él con voz ronca, haciendo acopio de fuerzas.

Juanito hubiese querido gritarle a Mafalda sus últimas palabras, inmortalizar todos los instantes vividos junto a ella, esparcirlos sobre la tierra, sobre las montañas y las anchas avenidas... Pero no pudo. Fue tan sublime aquella hora, que siempre le conmovió.

—Yo también te quiero. Ojalá no te quisiese tanto. Pero el amor no es lo único que importa, hay otras cosas en tu vida. Cosas que te corresponden.

—Pero por ellas tengo que pagar un precio demasiado alto. No te tendré a ti... Perdóname, Mafi...

Una sonrisa atónita e inexpresiva crispó su cara, como el sollozo oculto de los hombres que no saben llorar.

—¿Perdonarte por qué?

—Por haberte amado, por seguir amándote, por haberte causado tanta tristeza.

—Te perdono.

Mafalda perdonaba sin olvidar: jamás traicionaría los bellos recuerdos que ahora oprimían su corazón.

—Quiero que me prometas una cosa, Mafi. Prométeme que aunque ahora te sientas desgraciada pronto volverás a ser feliz.

—Te lo prometo.

—No sé cómo despedirme, no encuentro palabras...

—No son necesarias. Tengo que marcharme ya...

Su voz resonó extraña en sus propios oídos.

Se habían arrastrado los dos hasta la estación de tren como si el desencanto hubiese consumido sus miembros. Ella se apoyaba en el brazo de él y caminaba reclinando su cabeza sobre su hombro. Hablaron sin mirarse a los ojos. Ninguno de los dos pudo sumergir ya la mirada en la del otro, como en el horizonte del océano Atlántico o en la orilla del Ebro, en el calmado espejo del agua. Miradas huidizas y desesperadas, como las de dos náufragos a punto de ahogarse. Pero él la miró por última vez esa noche y todas, y vio dos lágrimas rodar por sus mejillas. Entonces la abrazó, sintiendo en su pecho todo el ardor de su cuerpo tembloroso. Mafalda

sollozaba sin cesar. Sentía como si alguien le hubiese abierto las venas y toda su sangre afluyese de repente al corazón. Súbitamente, oyeron el traqueteo del tren, que se aproximaba. Había llegado el momento de separarse. Ella le dijo adiós y apretó el paso en dirección al vagón sin volver la vista atrás, sabiendo que era seguida por su mirada. La postrera mirada de un sonámbulo. La locomotora lanzó un agudo silbido, y el interventor, con un pie en el estribo del vagón, avisó a los viajeros: «¡Salida del tren a Barcelona!».

El convoy arrancó. Las vivencias del pasado empezaron a huir desde entonces tan velozmente como los postes telefónicos ante la endiablada locomotora, que, como una bala oscura, iba dejando a su paso una brillante estela dorada, azul y plateada.

División del FBI en Miami, en el corazón de la Second Avenue de North Miami Beach.

—No hay tiempo que perder, muchachos: debemos detener e interrogar a la señorita Annette Sheldon —ordenó el jefe de la División, Nelson Banks, un hombre fornido de cincuenta y tres años, curtido al sol y la brisa de los cayos.

—¿La dueña del Sycamore Club? —repuso con extrañeza el agente especial Lucas Donovan, de cuarenta y nueve años, que conocía de sobra aquel local nocturno de South Beach.

—¿Y por qué razón debemos detenerla, jefe? —preguntó Pete Ridnour, el agente especial más joven, de veintiocho años.

—Acabamos de recibir un requerimiento de la Interpol, según el cual esa mujer aparece implicada en la muerte en 1938 del hijo del rey de España, en Miami.

Todos en la oficina, excepto las secretarias, tenían el mismo *look*, impuesto hacía años por el director J. Edgar Hoover: el pelo cortado a cepillo, los trajes oscuros y las camisas blancas, los sombreros de fieltro, que sucedieron a los Canotier de paja introducidos por los inmigrantes italianos en Estados Unidos.

En la sede principal del FBI en Florida, el ritmo de trabajo era intenso, pero todo parecía más organizado y menos histérico que en las comisarías de policía europeas. También un poco más pulcro y confortable.

Junto al sello del FBI, en el que podía leerse el lema de la organización: «Fidelidad, bravura e integridad», había un cartel con los retratos de los diez fugitivos más buscados en 1956.

Los agentes especiales salieron rápidamente del edificio. Subieron al Chevrolet Bel Air, que en lugar de estar pintado de blanco y negro, como la mayoría de los coches policiales, era solo negro para pasar inadvertido, y se dirigieron al South Beach por la autopista de la playa.

Los dos agentes especiales eran como la noche y el día: el mayor, Lucas Donovan, era un hombre endurecido por años de trabajo desagradable que habían ido sacando lo peor de sí mismo; ya fuese persiguiendo conspiraciones comunistas, reales

o imaginarias, asustando a perversos sexuales o investigando crímenes de una violencia que, según él, había dejado de hacerle mella. Pero su propia vida familiar se había visto afectada por sus cada vez más frecuentes accesos de ira incontenible.

El más joven, Pete Ridnour, con su título de Psicología aún reciente, conservaba la ilusión por un trabajo que consideraba toda una aventura. Para él, cada jornada en el buró era diferente: un día podía estar testificando en una corte federal, al siguiente ejecutando una orden de búsqueda y acumulando pruebas sobre actividades ilegales, otro practicando un arresto o reuniéndose con su equipo en la oficina y preparando papeleo.

A finales de mayo, la cálida noche de Miami rondaba los veinticinco grados centígrados. Aparcaron el vehículo frente al Sycamore Club.

Era francamente difícil seguir el rastro de Michel Palacios. Excepto por la denuncia de la modista Marie Cassel, su nombre no volvía a figurar en los archivos policiales franceses, ni en los del resto del mundo, según había confirmado la Interpol. Tampoco existía una ficha con sus huellas dactilares, pues nunca nadie había logrado detenerle; ni constaba en registro alguno una fecha de fallecimiento, por lo que era probable que aún estuviese vivo.

La policía sí había averiguado, en cambio, que Isabelle Decker, conocida como *La Alsaciana*, la mujer que huyó con Michel Palacios tras hacerse pasar por la modista y vaciarle su cuenta de ahorros, fue encontrada muerta en una cabaña de montaña en las estribaciones de los Alpes franceses, en febrero de 1926, pocos meses después de la desaparición de la pareja.

Según la policía de Grenoble, su cadáver presentaba un orificio de bala en la frente, del que manó un reguero de abundante sangre que enseguida se congeló en el interior del refugio alpino. Era un caso clamoroso de asesinato. A la víctima no se le encontró ni un mísero franco encima.

—¿Fue el primer asesinato de Cornelius? —preguntó el brigada Mora.

—Hasta donde sabemos, sí —respondió tajante Leblanc.

El comisario ordenó remover cielo y tierra para encontrar a Cornelius. Se distribuyó un retrato de la que podía ser su imagen actual y, tras una comunicación con la Interpol, se cursó la orden de detención internacional.

«Michel Palacios, alias *Cornelius*, es posible que utilice otros; 51 años; alrededor del metro ochenta de estatura, complexión delgada pero musculosa, cabello castaño oscuro, nariz prominente, ojos marrones con ligero grado de exorbitismo, mandíbula saliente; individuo extremadamente violento y peligroso; se le considera autor de varios asesinatos; en caso de apuro disparar a matar».

En las calles, la policía interrogó a todo el mundo: soplones, estafadores, delincuentes de toda ralea, argelinos, mendigos... Se efectuaron registros por sorpresa. A los sospechosos habituales se les presionó en comisaría. Para obligarles a

hablar, se les amenazó con cargarles con infinidad de delitos. Pero nadie conocía a aquel hombre. Michel Palacios parecía haberse desvanecido en la nada.

—Vamos a ver, Bouvier, ¿quieres decirnos de una vez qué sabes de Michel Palacios? —inquirió el comisario Leblanc en presencia de Chaillot, Florent, Da Costa y Mora.

—Le juro que no sé nada, señor —gimió el ladronzuelo.

Leblanc volvió a fusilarle con la mirada, mostrándole una vez más las fotos de Michel Palacios en Miami y en Austria.

—¿Seguro que no le has visto antes?

—No, comisario.

Leblanc hizo un gesto con la barbilla al gorila para que le atizase de nuevo.

Un individuo con cuello de toro, que parecía a punto de estallar dentro del suyo de la camisa, y hombros como sacos de cemento se acercó al detenido hundiéndole el puño con toda su fuerza a la altura del esófago.

—¡Ay! —se quejó Bouvier, doblado por el rechazazo.

—No te creo, Bouvier. Eres un miserable y vas a cantar ahora mismo todo lo que sabes sobre Palacios.

—Pero, señor, le juro...

Antes de terminar la frase, volvió a sentir aquel mazo de hierro aplastándole las entrañas. Bouvier escupió sangre y todo, sin dejar de toser.

Leblanc no tenía piedad con nadie. Arcones, a su lado, podía considerarse una hermanita de la caridad. Todo el mundo le temía dentro y fuera de la comisaría. Si se ignoraba algo que a él le interesase, era mejor inventárselo, siempre y cuando, claro, el comisario no lo descubriese, porque pobre de aquel que fuese sorprendido in fraganti en su piadosa mentira.

Da Costa cruzó una mirada indignada con Chaillot.

—Es inútil, jefe, este hombre no sabe nada —alegó Chaillot.

—Veremos si es verdad. ¿Seguro que no tienes nada que decirnos, Bouvier?

—No, señor, se lo juraría una y mil veces —insistió, tembloroso.

—¿Dupuis...?

—Señor, le suplico que le diga a ese animal que no me pegue más. Yo no sé nada —imploró el detenido.

Bouvier sabía por lo menos una cosa: que Dupuis era una bestia salvaje con más de cien kilos de peso y metro ochenta y cinco de estatura. Un gorila adiestrado en los gimnasios de barrio donde había boxeado durante cinco años enteros haciendo morder la lona a la mayoría de sus rivales con sus guantes acolchados.

—Está bien, lárgate de aquí, asqueroso... ¿Cómo se llama el harapiento aquel? —preguntó a Chaillot, señalando a un hombre moreno, de mediana edad, al otro lado del cristal que separaba la sala de interrogatorios del resto de la comisaría.

—Deville, jefe.

—Tráemelo aquí enseguida.

Deville era un mendigo que sabía mucho más de lo que aparentaba. Su colaboración, a cambio siempre de una propina que para él solía ser una fortuna que le mantenía con vida, había servido para seguir el rastro de algún que otro sinvergüenza callejero: ladrones de poca monta, estafadores de pacotilla, borrachos violentos, chantajistas, embaucadores... Dormía en bancos de estaciones de metro y en albergues para vagabundos.

—¿Te dice algo el nombre de Michel Palacios? —inquirió Leblanc.

El mendigo hizo un gesto como si le hablasen en chino.

—Veo que te la trae floja. ¿Quieres contestar de una vez?

—No sé de quién me habla, señor.

Deville se había quedado sin dientes y, cuando hablaba, la mandíbula inferior se le movía de un lado a otro. Tenía la coronilla calva, pero el pelo de la nuca largo y rizado.

—De este individuo que ves aquí —dijo, enseñándole su fotografía.

—Jamás le he visto.

—¿Tú tampoco?

—No, señor.

Aquella mañana Leblanc se había puesto uno de sus mejores trajes para asistir a un importante almuerzo, probablemente con alguna de las mujeres de su colección. Tenía un aire de reconfortante limpieza, sin una mácula de polvo en su chaqueta azul, cuyo pantalón le hacía pliegues sobre los zapatos casi nuevos. Un bigote rizado y rubio le orlaba el labio superior, y un rictus maligno dejaba al descubierto unos dientes puntiagudos ideales para perforar gaznates como si fuesen quesos de Gruyère. Mientras su mirada descansaba sobre las puntas de sus zapatos, como si quisiera consultarles algo, repitió:

—¿Conoces a Michel Palacios? Contesta... Estás a punto de hacerme perder la paciencia.

—¿Palacios...?

—¿Estás sordo acaso?

—Le digo que no sé quién es.

Esta vez no fue Dupuis quien le propinó uno de sus terribles puñetazos, sino el propio Leblanc, tras despojarse de su americana para golpearle con el puño izquierdo en el costado.

—Duele, ¿verdad? —dijo con aire de satisfacción, volviéndose a colocar la chaqueta con parsimonia, como había hecho aquella misma mañana antes de salir de su casa.

—No sé por qué me pega, comisario.

—¿Vas a decirnos algo sobre Michel Palacios?

Da Costa aguardó a que el mendigo abandonase finalmente la sala para expresar su corazonada:

—¿No os parece muy extraño que nadie le conozca? Tal vez Palacios se haya

sometido a una operación de cirugía plástica para cambiar de rostro.

—Hummm... ¿Cambio de rostro...? —reflexionó Leblanc.

—Conocida la relación del cirujano Ludovic Dubois con la organización...

—Además, Dubois hizo desaparecer las huellas dactilares de Almeida —recordó Mora.

Si sus sospechas eran ciertas, ¿bajo qué identidad y aspecto se escondía ahora el temible Cornelius?



El Sycamore Club tenía todo el aspecto de haber vivido tiempos mejores. Los tapices de terciopelo rojo que cubrían sus paredes tenían un toque apolillado. En todo el local parecía reinar la falta de pulcritud. La clientela tampoco destacaba por su dinero ni por su buen gusto. En el escenario, un grupo de vulgares coristas, entradas en carnes, ejecutaba una atrevida danza; sus empolvados senos amenazaban con saltar a cada instante por el escote de la blusa, como si quisiesen escapar de la cárcel del corsé. A unos metros de ellas, un cómico contaba chistes ordinarios que el público reía con estridencia.

—¿La señorita Sheldon? —preguntó el agente Lucas Donovan a una de las camareras, acompañado por el joven Pete Ridnour.

—La dueña está atendiendo a unos clientes.

Annette estaba sentada a una mesa del fondo, charlando con un grupo de hombres en busca de juerga. La camarera se le acercó y le dijo algo al oído, señalando a los agentes.

—Aguarden un momento —se disculpó la propietaria del local, dirigiéndose hacia los federales con una copa de champán en la mano.

Los agentes se identificaron, mostrándole las placas del FBI que llevaban en sus carteras. Ella hizo un gesto de sorpresa y resignación, y les condujo hasta un reservado, donde tuvo lugar el interrogatorio.

Annette Sheldon era una mujer de cuarenta y tres años, avejentada para su edad. Iba demasiado pintada, y bajo una apariencia que pretendía ser elegante, no podía ocultar cierta tosquedad. Apenas conservaba ya rastros de una mujer que se intuía atractiva hacía no mucho tiempo.

—Venimos a interrogarla, señorita —anunció Donovan.

Al oír estas palabras, la copa de champán que estaba bebiendo se le cayó al suelo, haciéndose añicos. Tuvo que tomar asiento para no caerse también ella de la impresión.

—Queremos que nos cuente lo que sabe sobre la muerte de Alfonso de Borbón y Battenberg, hijo mayor del rey de España Alfonso XIII.

—Ya dije lo que tenía que decir en su momento.

—Lo sabemos, señorita, pero han aparecido nuevas pruebas que demuestran que usted mintió en su declaración.

Annette dudó un instante, pero, sin oponer excesiva resistencia, acabó por confesar:

—Casi lo estaba deseando. Llevo veinte años esperando que un día u otro aparecieran. Y ahora irrumpen ustedes en mi local en el momento oportuno.

—¿Oportuno? —repuso Pete Ridnour, frunciendo el ceño.

—Me estoy muriendo.

—¿Cómo dice?

—Tengo cáncer. Los médicos me han dado pocas semanas de vida. Ustedes acaban de brindarme ahora la oportunidad de descargar mi conciencia antes de que abandone este mundo para siempre.

—¿Conoce a este hombre? —preguntó Donovan, mostrándole la fotografía de Michel Palacios que la Interpol había distribuido por todas las comisarías.

—¡Pero si es Raymond! —exclamó, sorprendida.

—¿Raymond...?

—Raymond Borniche, la misma noche de la inauguración del Colonial Club, en Cayo Largo.

—¿Dónde le conoció?

—En Francia. Yo era cigarrera en un local nocturno de Lyon. Verán, en realidad me llamo Adèle Soubelet. Raymond y yo nos convertimos en amantes y luego él me embarcó en esta aventura de locura y asesinato. No hay un solo momento en mi vida en que no me haya arrepentido de lo que hice. De lo que ese monstruo me obligó a hacer.

—Continúe, señorita.

—Raymond me convenció para desplazarme con él a Miami y asesinar aquí al príncipe Alfonso. Parecía obsesionado con Alfonso de Borbón en particular, y con toda su familia en general. Era el odio lo que le impulsaba. Un odio feroz e irrefrenable. Nunca me explicó la razón.

—¿Fue entonces Palacios o Borniche, como diablos se llame, quien planificó el crimen del príncipe Alfonso de Borbón?

—Él lo urdió todo en su cabeza. Conocía cada detalle de la vida del príncipe, sus costumbres, sus debilidades. Era como un depredador capaz de pensar como sus presas, para saltar sobre ellas y devorarlas en el momento en que estas no lo esperaban.

—Trate de recordar ahora la secuencia de los hechos la noche del 6 de septiembre de 1938 y, si es posible, aporte algún detalle novedoso.

—Raymond y yo asistimos, como saben, a la inauguración del Colonial Club. Pero lo hicimos por separado, para que nadie sospechase que nos conocíamos. Yo entré acompañada por el príncipe, mientras él se mezclaba entre la multitud. Previamente, Raymond me había dado instrucciones para que emborrachase al príncipe, haciéndole creer que yo también bebía. Al abandonar el local, Alfonso no podía sostenerse en pie y, como es lógico, no reparó en que Raymond permanecía oculto en el asiento trasero del Buick 60 Sedan verde que él mismo había robado a punta de pistola poco antes. Cuando tomamos la autopista hacia Miami, empecé a pisar el acelerador hasta poner el coche a ochenta millas por hora. Raymond me había advertido de que las aguas pantanosas que rodeaban la autopista eran ideales para hacer que el coche se precipitase hacia ellas con el príncipe en su interior. De modo

que poco después giré a la derecha, por indicación suya, y el vehículo se salió de la carretera, cayendo al vacío, después de que nosotros lográsemos saltar.

—Un ser maquiavélico y cruel el tal Raymond...

—Parecía que podía meterse en tu cabeza. Cuando te miraba a los ojos era como si te leyera el pensamiento. Resultaba imposible ocultarle algo, él lo adivinaba. Podía obligar a cualquiera a hacer lo que él quisiese; era como una serpiente venenosa que te hipnotizaba solo con mirarte. Recuerdo que en una ocasión me obligó a ponerme un vestido que detestaba con un solo destello de sus ojos de ofidio; otras veces bastaba con una sonrisa cruel para hacer que te bebieses un vaso de ginebra a palo seco o para que accedieses a cualquiera de sus perversos caprichos. Disfrutaba viéndote hacer cosas que aborrecías.

—¿Recuerda algún otro detalle de su personalidad que no fuese tan escabroso?

—Tal vez les ayude saber que le encantaba coleccionar insectos. Le gustaba especialmente el instante en que clavaba con agujas largas y finas escarabajos o mariposas medio muertas en cuadraditos de corcho. Sentía un regusto especial al ver agitarse entre sus dedos a alguna mariposa que perdía el polvillo de sus alas sintiendo cómo el filo se hundía en su abdomen.

—Un sádico redomado...

—¿Comprende ahora por qué Raymond no era un hombre al que pudiera olvidarse con facilidad? He conocido a muchos hombres; la mayoría de ellos no eran buenos; pero solo le he temido a él.

—Supongo que él jamás la quiso.

—¿Raymond? Nunca me amó, ni creo que haya amado en su vida a una sola mujer. Pero me comprendía mejor que yo misma. Al mismo tiempo, me resultaba imposible saber qué pensaba él en realidad.

—¿Y quién no lo hubiese hecho en su lugar, señorita?

—Ese monstruo me convirtió en una asesina, cargándome con una culpa que apenas he podido sobrellevar en todos estos años... Por cierto, ¿le buscan para detenerle?

—Así es —corroboró ahora Pete Ridnour, que había permanecido callado cediendo la iniciativa a su veterano compañero.

—Espero que lo detengan pronto y que arda para siempre en el infierno, como sin duda lo haré yo misma muy pronto.

En sus ojos relampagueó una emoción que los agentes apenas pudieron identificar. ¿Tal vez aquella mujer llegó a amarle a su modo?

—Con el dinero que me dio —añadió ella— me quedé a vivir en Estados Unidos y adquirí un local. Pero llevo casi veinte años carcomida por la culpa.

—Pero, después de todo, él le pagó por el crimen y usted cogió su dinero —objetó el agente Donovan.

—Porque me lo debía, por todo lo que me hizo pasar. Y yo sabía que si lo rechazaba me consideraría su enemiga y sería capaz de matarme a mí también —se

defendió Annette.

La mujer confesó sentirse aliviada por fin tras revelar la verdad. Antes de ser detenida, pidió permiso a los agentes para disimular sus ojeras con el maquillaje. Los policías se la llevaron hacia la puerta. En deferencia por su colaboración, decidieron no esposarla.

—Quiero ser atendida por un sacerdote —dijo luego, mientras la conducían a la comisaría en el coche celular.

Dafne fue enterrada en el cementerio del Père-Lachaise, el más grande de París, junto a celebridades como el pianista Frédéric Chopin, el pintor Eugène Delacroix, la bailarina Isadora Duncan o el español Manuel Godoy, amante de la reina María Luisa de Parma, madre de Fernando VII.

Mafalda estaba destrozada al pie del nicho, cuya lápida de mármol blanco con inscripción todavía no había sido sellada para poder recibir en su interior el ataúd con el cuerpo de la difunta. Su mejor amiga no paraba de sollozar, acompañada por sus padres y por su hermano Alessandro. Mafalda juntó sus manos, entrelazando sus dedos como para recitar una plegaria, y expresó con voz dolorida y esperanzada un deseo:

—Ojalá que Dios permita a Dafne estar con Él en el Cielo.

Ferdinand Corbel, el profesor de Historia de Mafalda y de la difunta, también estaba allí, junto con muchos compañeros de clase y amigos de la infortunada que habían decidido darle el último adiós. Sin embargo, no había ni rastro de Philippe.

Mafalda no podía creerse todavía lo que había sucedido. Nada más regresar a París, procedente de Zaragoza, sus padres le dieron la terrible noticia. Unas grandes gafas oscuras de concha ocultaban ahora sus ojos bañados en lágrimas. Para ella todo era aún algo irreal, una pesadilla que no estaba pasando y de la que iba a poder despertar muy pronto. En el aire cálido y húmedo de aquella mañana soleada se presentía tétricamente la llegada del verano.

El sacerdote dijo unas breves palabras sobre Dafne. Luego recitó un responso que encogió el corazón de los presentes. Los padres y otros parientes de Dafne asistían al sepelio en primera fila. Su madre lloraba desconsolada.

Los operarios bajaron el ornamentado ataúd de pino hasta el nicho, y al resonar poco después las paletadas de tierra contra el féretro de Dafne, se percibió el gemido de su madre, que solo acertó a decir: «Mi hija, mi pobre niña...».

Y a continuación, el duro momento de las condolencias. Los asistentes movilizaron toda la ternura de que fueron capaces para consolarla. En sus rostros se palpaba la tensión como en las cuerdas de un violín. La madre de Dafne, agarrada por su marido, a duras penas podía mantenerse erguida. Mafalda se acercó a ella para darle el pésame y la mujer se aferró tan fuerte a su brazo como si fuese un surtidor de gasolina. Permanecieron abrazadas un buen rato. Cuando se soltaron, la madre se

desplomó en el suelo incapaz de soportar más dolor. Otros familiares se apresuraron a socorrerla. La apartaron del grupo para que pudiera respirar y se la llevaron inmediatamente de allí.

Alain acudió a su cita con Cornelius para darle cuenta de lo sucedido. Sabía que había incumplido las órdenes de su amo: llevarle a Mafalda viva. Y se temía ahora lo peor, pues Cornelius jamás perdonaba los errores y no conocía la compasión. Era capaz de convertir a un hombre en piedra o dejarlo sin habla. Pero tampoco había intentado escapar, porque sabía que tarde o temprano le encontraría y entonces el castigo sería mucho más doloroso que morir de un balazo en el estómago.

Alain llegó aterrorizado al lugar donde solía citarle Cornelius.

—Te advertí de que no toleraría ningún fallo, y tú has fracasado. Eres un imbécil y un verdadero inútil que ha puesto en peligro a la organización.

Alain solo podía escuchar la voz enfurecida de Cornelius a través de unos altavoces instalados en una fría sala en la que no había ni una sola silla para sentarse, ni tampoco una ventana a la que asomarse. Era un sótano inmundo que despertaba claustrofobia y donde solo se respiraba una inquietante soledad. El calor húmedo era sofocante. Alain no podía entender por qué a Cornelius le gustaba verle allí. El muchacho permanecía de pie, temblando como si estuviese a punto de empezar a bailar claqué con sus mocasines de cuero.

—Lo siento, señor. Hice todo lo que usted me dijo. No fue culpa mía. Se trató solo de un accidente. Cuestión de mala suerte —alegó, cohibido.

—¿Mala suerte te atreves a decir, puerco asqueroso? Eres tan inútil que incluso te has equivocado de chica.

Entonces Alain vislumbró un halo de esperanza.

—¿No era Mafalda? —preguntó.

—¿Ves como eres un rematado imbécil?

—Pero señor, si no era Mafalda, entonces puedo traérsela viva como usted me ha ordenado. Le juro que no volveré a cometer ningún error. Deme otra oportunidad, se lo suplico. La traeré aquí, se lo juro —imploró de rodillas.

Cornelius le observaba complacido desde una mirilla disimulada en una esquina de la habitación.

—No, ahora te tengo reservada otra misión —dijo muy lentamente, como si sopesase cada una de sus palabras. Tenía una voz cultivada y versátil, podía entonarla como si fuese un seductor, un ingenuo o un malvado, en cuyo caso era tan fría y cortante como una navaja.

Creyendo que su amo volvía a confiar en él, Alain oyó de repente que alguien echaba la llave al cerrojo de la puerta de hierro por la que había entrado poco antes. Asió nerviosamente el picaporte y comprobó que era cierto. Percibió entonces un sonido nuevo.

—Tranquilo, jovencito, acabo de accionar el conducto de la ventilación —dijo Cornelius, con voz meliflua, por los altavoces.

—¿Por qué me ha encerrado, señor?

—Ahora ya no pasarás tanto calor.

—No le entiendo.

—Verás, pensé al principio en estrangularte con mis propias manos.

—¡Pero, señor...!

Alain empezó a lloriquear como un bebé, mientras Cornelius cloqueaba una risita de placer, añadiendo con voz gangosa:

—Reparé entonces en que si elegía esa muerte para ti, solo sufrirías unos pocos minutos. Mis manos alrededor de tu cuello te provocarían la hipoxia, la falta del suministro necesario de oxígeno a tus tejidos y al cerebro. Las células sanguíneas, desoxigenadas, perderían su color rojizo adquiriendo un tono amoratado reflejado en tu piel. Perderías, como te digo, la consciencia en pocos minutos, muriendo de un paro cardíaco.

—¡Señor, le pido que tenga piedad de mí y me deje salir de aquí! —suplicó de nuevo Alain, entre arcadas.

—No te impacientes, jovenzuelo. Tenemos tiempo. El monóxido de carbono no provoca una muerte demasiado rápida si sabes dosificar adecuadamente la salida del gas. ¿Por qué te crees si no que lo llaman «el asesino silencioso»?

Las carcajadas de Cornelius, a mandíbula batiente, rebotaban en las cuatro paredes de la estancia, como pelotas invisibles en una pista de frontón.

—¡Dios mío...! ¿Se ha vuelto usted loco?

—Escúchame bien, majadero: no se te ocurra volver a decir eso.

—Perdóneme. No pretendía molestarle.

—Está bien. Pensé igualmente en librarme de ti haciendo que te desangraras. Un corte profundo con una navaja de afeitar en la cara interna del muslo, alcanzando la arteria principal, bastaría para que te quedases como una goma en cinco minutos. ¿Sabes cuántos litros de sangre caben en el organismo?

—No lo sé, señor.

—Veo que, además de inútil, eres un completo ignorante. Tenemos cinco litros de sangre en el cuerpo. Perderla toda puede llevar desde minutos hasta horas, según la herida. Pero seguramente tú entrarías rápidamente en coma tras sufrir una grave hipotermia. El sabio romano Petronio, que se suicidó cortándose las venas, apenas sufrió. Y tú seguramente tampoco lo harías. Pero el gas es otra cosa, chico.

Alain yacía sentado en el suelo sobre un charco de orín.

—¿Tanto miedo tienes, nene, que te has hecho pipí en los pantalones?

Las sádicas risotadas de Cornelius volvieron a resonar en la sala.

—Una última lección antes de morir, muñeco: el CO<sub>2</sub> sustituirá lentamente el oxígeno en tu organismo, ya que su afinidad para mezclarse con la sangre es doscientas cincuenta veces superior. Notarás dolor de cabeza, náuseas, que ya veo

que tienes, y lo más probable es que te duermas antes de morir. Pero te aseguro que yo conseguiré que tu agonía sea larga.

—¡Señor, tenga piedad de mí, se lo ruego...! —imploró de nuevo Alain.

—Tienes que ser razonable y comprenderlo: no puedo permitir que la policía te detenga. Mi deber es velar por la organización.

Entretanto, en el cuartel general de la policía en París, el comisario jefe Leblanc se dirigió a sus hombres para comentarles algo muy importante:

—La revelación de Annette Sheldon del nuevo alias de Michel Palacios ha dado sus frutos. Se ha recuperado la ficha de un preso del penal de la Isla del Diablo, en la Guayana francesa, entre noviembre de 1938 y julio de 1940, fecha en que logró fugarse milagrosamente de allí. Su nombre es Raymond Borniche y la foto que lo acompaña reproduce el retrato fiel de Michel Palacios.

Poco después, la policía se dispuso a seguir los pasos del nuevo alias de Cornelius. Gérard Chaillot consiguió localizar a un antiguo preso del penal que coincidió en esas fechas con Borniche y que le conoció personalmente. Quedó en verse con él a la mañana siguiente.

Chaillot, Da Costa y Mora acudieron juntos al encuentro con el antiguo compañero de penal de Raymond Borniche.

Mientras se dirigían a su domicilio a bordo del Renault Dauphine azul del policía francés, repasaron entre los tres el historial delictivo de Borniche-Palacios hasta su confinamiento en la Isla del Diablo.

—Veamos —dijo Mora, examinando el contenido de una carpeta con el membrete de la policía gala—, en la década de los treinta rompió sus últimas vinculaciones con la causa anarquista, incluso con la corriente ilegalista.

—No necesitaba ya ninguna excusa para dedicarse a la vida criminal —observó Da Costa.

—Tenemos la certeza de que planeó los asesinatos de Gonzalo y Alfonso de Borbón.

—Los odiaba a muerte —corroboró Chaillot, al volante.

—Por aquel entonces —prosiguió Mora—, según indican las fuentes policiales, frecuentaba el café La Rata Muerta, en la plaza Pigalle. Palacios, ducho ya en el arte de matar, se ganaba la vida con lo que mejor sabía hacer: el asesinato. Alquiló sus servicios como sicario a hombres de negocios, políticos o reyezuelos del hampa deseosos de liquidar a cualquier rival.

—Por lo que aquí leo —dijo Da Costa, con el expediente ahora en sus manos—, tenía fama de actuar con un arrojo y una precisión deslumbrantes. Sus servicios cotizaban al alza. Fue detenido tras asesinar en el garaje de su apartamento, en el centro de París, al agregado de negocios de la Embajada soviética. Una llamada telefónica de un denunciante anónimo alertó a la policía antes de que Borniche pudiese abandonar el escenario del crimen. Nunca se supo quién la realizó. Fue condenado a cadena perpetua y trasladado al penal de la Isla del Diablo, en noviembre de 1938.

Los tres policías llegaron al lugar de la entrevista, un discreto apartamento situado en la parte más baja del barrio de Montmartre, recostado en una colina; se encontraba en la zona de las plazas Blanche y Pigalle, cerca del café que solía visitar Borniche años atrás y del célebre Moulin Rouge. Albert Herriot, como se llamaba el antiguo convicto, se había convertido en un escritor de cierto renombre en determinados círculos bohemios de la capital. Curiosamente, al contrario que otros artistas que huyeron espantados de aquel barrio cuando se hizo más concurrido, Herriot encontraba allí su inspiración, rodeado de locales de diversión y espectáculos, que sin duda debió de echar en falta durante su sórdido cautiverio en la Isla del Diablo.

—Buenos días, caballeros —saludó el escritor con una leve sonrisa, que dejó al descubierto una deteriorada dentadura con una sola paleta en el centro.



Su rostro macilento era una tela de araña de finas arrugas, que mostraba las huellas de enfermedades infecciosas y parasitarias a las que milagrosamente había sobrevivido. Tenía menos de cincuenta años, pero las penalidades sufridas durante su encierro le habían pasado factura. Era un hombre menudo y calvo, con unas gafas redondas sobre un caballete casi rectilíneo, y llevaba puesta una camisa blanca y un pantalón grisáceo cuyos pliegues cubrían ligeramente sus zapatos de gamuza azul.

Se quejaba a menudo de algún dolor localizado sobre todo en los huesos y en las articulaciones, que, a juzgar por la terrible humedad padecida en sus años de cautiverio, debían ser ya casi de cristal.

—Díganos, *monsieur* Herriot: ¿qué trabajo tiene usted ahora entre manos? —preguntó Chaillot, sentado junto a Da Costa y Mora en un cómodo tresillo en tono ocre.

—Estoy corrigiendo las pruebas de un libro sobre la historia del sistema penal francés —repuso el aludido, desde un sofá del mismo color.

—Vaya, ¿aún le quedan ganas de escribir sobre ese tema?

Era evidente que Herriot, por su gesto circunspecto, reservaba las ironías para la literatura. Apercebido de ello, Da Costa buscó un vericuetto para indagar sobre su historial académico.

—¿Dónde estudió, señor Herriot?

—Me licencié en Literatura en la Sorbona.

—¿Y encontró trabajo fácilmente?

—Desde joven publicaba ya en revistas literarias y escribía artículos políticos en diarios de izquierdas.

—Sabemos que se afilió a la Sección Francesa de la Internacional Obrera —indicó Mora, que se defendía muy bien en francés.

—Mi propia militancia obrera me llevó a acudir en 1935 a una manifestación contra el activismo de las ligas de extrema derecha. En los choques posteriores se produjeron graves incidentes con miembros de Action Nationale. Hubo incluso varios muertos, y a mí me acusaron de matar de un disparo a uno de mis rivales políticos.

—¿Lo mató usted de verdad? —inquirió Da Costa.

—No, pero eso ahora da igual.

—Tal vez para su conciencia, no.

—Soy inocente, si realmente le interesa conocer la verdad. Desde luego, al juez que me condenó a veinte años de prisión le importó un bledo que lo fuese. Simplemente me envió al infierno, creyéndose para ello el Juez Supremo.

—Île du Diable —pronunció Chaillot—, un penal tristemente conocido por su brutalidad, a once kilómetros de la costa de la Guayana francesa, en la más pequeña de las tres Islas de la Salvación. Casi el noventa y cinco por ciento de su territorio está cubierto por una densa selva amazónica surcada...

—Mire usted —le interrumpió el escritor—, por mí puede ahorrarse las descripciones. La orografía me la trae floja. Solo puedo asegurarle que de los más de

ochenta mil prisioneros confinados allí a lo largo de los años, la mayoría de ellos nunca volvieron a ser vistos. Desaparecieron de la faz de la tierra, como fantasmas encadenados. Las condiciones sanitarias brillaban allí por su ausencia y el maltrato diario al que nos sometían era atroz. El penal albergaba a todo tipo de prisioneros, desde asesinos a criminales políticos. La única forma de escapar de allí era a bordo de un bote, y luego debía superarse una selva impenetrable, por lo que muy pocos convictos lograron huir. Algunos como yo tuvimos la inmensa suerte de que el penal se clausurase en 1946 y pudimos regresar a Francia.

—Pero Raymond Borniche o Michel Palacios, como quiera llamarse, logró escapar de allí él solito —recordó Mora.

—Le conocí precisamente después de uno de sus muchos intentos de fuga. En realidad todo el mundo le apodaba Tarántula. Era una persona muy poco comunicativa, que apenas hablaba de su pasado. Pero después de casi un año de confinamiento en solitario, incluso un hombre como él tuvo ganas de intercambiar algunas palabras conmigo.

—Y usted aprovechó para enterarse de cosas...

—Me contó que, a las pocas semanas de llegar, intentó escapar por primera vez con otro preso. Robaron una balsa con intención de llegar hasta Surinam. Durante la travesía fueron atacados por los tiburones, que estuvieron a un tris de voltear la barca. Pero fueron capturados y enviados de vuelta a la colonia penal.

—¿Le contó Borniche algún otro intento de fuga?

—Hubo otro poco después del primero. Esa vez robó una canoa junto con otros nueve hombres. La canoa zozobró luego en el río Maroni, ya en la parte del Surinam, y tuvieron que refugiarse en la jungla. Durante el viaje, tres de los hombres fueron asesinados en circunstancias nunca aclaradas. Finalmente fueron entregados por una tribu local de indios a las autoridades holandesas, que los devolvieron a su vez a las francesas.

—Supongo que el castigo, después de haber intentado escapar, sería durísimo.

—Tuvo que soportar continuas palizas, aislado por completo de sus compañeros. Hasta que un día, harto de que el guardián se cebase con él, le arrebató su porra reglamentaria y no paró de golpearle con ella en la cabeza hasta ver esparcidos sus sesos por el suelo. Tarántula fue trasladado de isla en isla, en condiciones cada vez más penosas.

El relato de Albert Herriot resultaba escalofriante, incluso para los mismos policías que habían contemplado hacía poco el cadáver salvajemente torturado del cirujano Ludovic Dubois; aunque Da Costa y Mora, a diferencia de Chaillot, lo hubiesen hecho solo en macabras fotografías.

—Veo que Borniche tiene más vidas que un gato —comentó Da Costa, admirado.

—Su resistencia era sobrehumana. Sufrió desnutrición severa, lo que le produjo secuelas de por vida. Para empezar, una osteoporosis de caballo, como la mía, con todo el sufrimiento que ello conlleva: incluso recostado en la cama, llegaban a

crujirte los huesos desde los pies hasta la cabeza; y luego anemia, intestino corto, debilidad muscular con calambres recurrentes, fuertes dolores de cabeza, problemas de erección... Pero en su caso, perdió además todos los dientes. Profundas cicatrices surcaban su maltrecha espalda, pues le azotaban con látigos de cuero mojado. Jamás se quejó mientras era torturado, nunca emitió un solo gemido ni pronunció una mísera palabra.

—Después de todo, ningún demonio tuvo tanto empeño como él en salir de aquel infierno —observó Mora.

—Tras su tercer intento, fue castigado varios meses con pena de aislamiento en la isla de Saint-Joseph, tétricamente apodada por los convictos como «la devoradora de hombres», donde era casi imposible sobrevivir.

—Pero él lo consiguió...

—Tuvo suerte, porque su encierro allí se produjo días antes del inicio de la Segunda Guerra Mundial. Tras el estallido de la guerra, el castigo por intento de fuga fue elevado a la pena de muerte por considerarse que además existían cargos de traición. De hecho, entonces se creía que si alguien trataba de escapar era para unirse al enemigo.

—Y al volver de su aislamiento fue cuando usted le conoció, ¿no es así?

—Efectivamente. Poco a poco me di cuenta de que aquel hombre estaba hecho de una pasta muy distinta de la de cualquier ser humano. A Tarántula le impulsaba un sentimiento de venganza hacia la persona que, según él, le había delatado, el mismo que le había encargado el asesinato del diplomático bolchevique. Por encima de todo quería huir para volver a Europa y ajustar cuentas con él a su modo.

—¿Sabe usted cómo logró huir finalmente de la Isla del Diablo?

—En junio de 1940, Palacios, Borniche o Tarántula, lo mismo da, se hizo a la mar con otro preso llamado Jacques en un barco que habían fabricado en secreto. Tarántula convenció a su compañero para que huyese con él de la isla. El mismo día llegaron a Trinidad, donde las autoridades británicas decidieron no entregarles a los franceses. Y continuaron el viaje. Después de pasar dieciséis días y noches flotando a la deriva, Tarántula alcanzó tierra en una playa de Colombia.

—¿Borniche solo? ¿Y su compañero...?

—De su compañero Jacques no se volvió a saber nada. Se rumoreó que Borniche se lo llevó premeditadamente para asesinarle y utilizar su cuerpo como alimento durante la larga travesía que le esperaba por mar.

—¿Quiere decir que Borniche era un caníbal?

—No estoy seguro de que se merendase a su compañero, pero si lo hizo fue seguramente para sobrevivir. Él adujo que Jacques se hundió en las fangosas arenas movedizas de una ciénaga.

—¿Y qué iba a decir, si en realidad se lo había ventilado tras hacerle picadillo?

—Después de que los nativos le robasen la ropa, Tarántula llegó al poblado minero de Santa María, donde un general del ejército colombiano le alimentó, al

mismo tiempo que se lo notificaba al cónsul francés y le encerraba en la prisión militar. A la espera de ser deportado, se ganó la simpatía de un periodista local, que con ayuda de uno de los carceleros le ayudó a escapar, a condición de que le narrase su terrible odisea para publicar luego la exclusiva en su periódico.

Albert Herriot aludía al diario *El Espectador*, el más antiguo de Colombia, fundado en 1887. Debía el nombre de su cabecera a la gran admiración que su creador, el empresario local Fidel Cano Gutiérrez, profesaba al escritor Victor Hugo, quien colaboraba en Francia en un diario con la misma denominación. Herriot conservaba un ejemplar del periódico donde se incluía el reportaje sobre la increíble huida de Raymond Borniche.

—¿Qué hizo después? —preguntó ahora Da Costa, relevando a Mora, que seguía el relato de Albert Herriot con mayor atención incluso que cualquiera de las aventuras de Julio Verne, su escritor favorito.

—Tarántula escapó hacia el norte, robando varias canoas de los nativos en su huida, y llegó hasta Panamá, donde pasó varias semanas reponiéndose con la tribu de los indios Kuna. Y de allí se supone que se las arregló para tomar un barco de regreso a Europa. Aunque otros aseguran que se ahogó y que su cadáver sirvió de pasto a los tiburones.

—¿Y usted qué cree?

—Soy escritor. Creo que las leyendas no pueden morir.

—Una última curiosidad, *monsieur* Herriot: ¿por qué a Borniche le apodaban Tarántula? —concluyó Chaillot.

—Porque tenía un bicho como ese en su celda y disfrutaba alimentándolo con insectos vivos. También por la similitud en su proceder: la tarántula, al igual que Borniche, iba tejiendo con suma paciencia una gran red mientras se ganaba la confianza de sus presas; luego las atrapaba, inyectándoles su veneno, para devorarlas lentamente.

El principal sospechoso de la muerte de Dafne era Philippe, el chico con el que salía la infortunada joven desde hacía pocas semanas.

Había sido la propia Mafalda, todavía sin reponerse del tremendo golpe, la que avisó directamente al comisario Leblanc, quien, como buen amigo de su padre, dispuso que se la interrogase en su domicilio familiar. Mafalda conocía al comisario desde niña. Más de una vez, él la había colocado sobre sus rodillas para jugar cariñosamente con ella. Siempre que iba a casa, Leblanc se encerraba luego con su padre en el salón para charlar de sus cosas.

El comisario acudió ahora allí acompañado de Da Costa, Chaillot y Mora.

—¿Sabe usted, señorita, por qué Philippe no estuvo en el entierro de su amiga Dafne? —preguntó el teniente portugués.

—Ni idea.

—¿Considera que tenía algo que ocultar? —añadió Mora.

—Tampoco lo sé.

—¿Le cree capaz de haber matado a Dafne? —inquirió Chaillot.

Mafalda se mostraba algo aturdida ante la catarata de preguntas que no sabía muy bien cómo contestar.

—Calma, Mafalda, tómate el tiempo que necesites para responder —dijo Leblanc en tono conciliador.

—La verdad es que apenas conozco a Philippe —alegó ella—. Nos vimos solo en dos ocasiones en las que salimos a tomar copas y a escuchar algo de jazz. De modo que no sabría decirles cómo es él en realidad. Únicamente sé que Dafne se encaprichó con Philippe. Le atraía mucho su aire existencialista.

—¿Quién pudo querer asesinarla? —indagó Da Costa.

—Cualquiera sabe. Pero tal vez la confundieran conmigo.

—¿Cómo dice, señorita?

—Verá usted, yo le propuse a Dafne hacerme pasar por ella para que el preceptor del príncipe Juan Carlos no pudiera reconocerme, mientras estaba con él en Zaragoza. A Juanito le habían prohibido escribirme, llegando incluso a retirarle mi retrato de su escritorio. Al parecer, Franco se oponía a nuestra relación. Tras dos semanas sin recibir carta suya, me llegó por fin una a través de un amigo suyo de la Academia. Al abrir el sobre, supe que era Juanito quien me escribía. Me explicaba todo lo sucedido, citándome para vernos en Zaragoza. Me aconsejó que cambiase de aspecto por las razones que ya le he indicado. Así que le dije a Dafne que me teñiría el pelo de negro y me lo cortaría como ella; le pareció una idea muy divertida y, para sorprender a Philippe, ella decidió adoptar a su vez mi aspecto.

Tras la entrevista, la policía se preguntó si la muerte de Dafne podía estar relacionada con Cornelius. ¿Era factible, como había sugerido Mafalda, que el criminal hubiese tratado de asesinar a Dafne creyendo que era en realidad su amiga?

Localizaron a Philippe en su casa. Tras enterarse de la muerte violenta de Dafne, el joven no se había atrevido a dar la cara. Se lo contó a su hermana Anastase, quien le aconsejó declarar antes de que le detuviesen. Pero Philippe, tras prometerle a su hermana que él no había tenido nada que ver en el feo asunto, pensó que tal vez no lo relacionasen con él. Y se equivocó.

Philippe fue detenido finalmente y trasladado a la comisaría, donde Chaillot, Da Costa y Mora se encargaron de interrogarle.

—Sabemos que usted había quedado en verse con Dafne aquella noche —dijo el primero.

—Pero, esa misma tarde, mi hermana me dio el recado telefónico de que Dafne no podría venir y de que en su lugar acudiría Mafalda porque tenía algo interesante que contarme. No le di importancia, la verdad.

—¿Dónde estuvo usted?

—Me fui solo al cine.

—¿Solo?

—¿Le parece extraño?

—No es muy habitual.

—Decidí que, si no podía salir aquella noche con Dafne, me aburriría menos en el cine que en mi casa.

—¿Y qué película vio?

—*Bob le Flambeur*...

—De Jean Pierre Melville... No está mal —celebró Chaillot.

—¿Conserva la entrada? —preguntó ahora Mora.

—Es posible... Sí, aquí la tiene —dijo tras sacarla del bolsillo de su abrigo.

—De todas maneras, aún tuvo tiempo de quedar más tarde con ella.

—Después del cine me fui a tomar copas con varios amigos a uno de mis sitios habituales.

—¿Qué sitio?

—El Deux Magots, en Saint-Germain-des-Près.

—¿Y se olvidó de su cita con Mafalda?

—Completamente.

—De modo que no le comentó a nadie que había quedado con ella.

—No recuerdo haberlo hecho. Tomé varias copas. Aunque, ahora que me lo pregunta, tal vez se lo dijese a Alain, que apareció poco después por el local. Como él estaba muy interesado en Mafalda, puede que le comentase algo. Creo recordar también que Alain se marchó enseguida. La verdad es que no había pensado en todo eso hasta ahora.

Esta vez le tocó preguntar a Da costa:

—¿Qué puede decirnos sobre Alain?

—Le conozco desde hace poco tiempo; ni siquiera sé cómo se apellida. Aunque una vez estuve en su piso.

—¿Dónde vive?

—No lo recuerdo.

—Tranquilo —le dijo Da Costa, viéndole alterado.

—Lo siento.

—¿Qué más puede decirnos de ese chico?

—Es algo extraño y reservado a veces, pero compartimos intereses: la música, el cine, tendencias políticas radicales, la estética existencialista...

—¿Estudia en la universidad?

—No, y creo que tampoco trabaja. Aunque asistía a unos seminarios de una fundación; a veces me hablaba de ello.

—¿Cómo se llama la fundación?

—Solidarité Universelle.

—Muy conocida en París.

—Creo que asistía a unas clases de política, un estudio sobre las nuevas tendencias ideológicas o algo así.

Philippe recordó finalmente la dirección de Alain, donde los policías comprobaron que no había ni un alma, en vista de lo cual se dirigieron a la Fundación Solidarité Universelle.

La sede de la Fundación Solidarité Universelle estaba en la Rue Rivoli, cerca del cruce con la avenida de la Ópera. Era una institución de carácter filantrópico creada en París en 1949, que había adquirido notoriedad internacional desde entonces.

Da Costa y Mora, con Chaillot de nuevo al volante del coche celular, aprovecharon mientras se dirigían hacia allí para ponerse al día sobre la organización. Gérard había conseguido un folleto explicativo de sus objetivos, que Mora empezó a leer en voz alta:

—Ayuda financiera a proyectos de educación y sanidad pública, investigación en el desarrollo de vacunas, financiación de los procesos agrícolas para asegurar el suministro de alimentos en todo el mundo, apoyo al establecimiento de una amplia gama de instituciones culturales internacionales...

—La música suena bien —comentó Da Costa, sentado en el asiento del copiloto.

—Todavía quedan algunos compases.

—Adelante, maestro.

—Aquí dice que la Fundación Solidarité Universelle promueve además el estudio de las nuevas tendencias políticas, sociológicas y filosóficas, en el intento de mejorar las estructuras sociales y de buscar ideas para mejorar las vidas de los sectores más desfavorecidos de la población.

—¿No te dije yo, Chaillot, que esos tipos eran una especie de hermanitas de la caridad? —bromeó Da Costa.

A la entrada de la Fundación les aguardaba un hombre trajeado de Pierre Cardin con una corbata de rayas blancas y azules, zapatos de piel y sombrero.

—Vaya, si lleva un sombrero Fedora como el mío —advirtió Da Costa, mientras subía la escalinata de piedra con sus compañeros.

—¿Y qué me dices de su hábito? —comentó Mora, irónico.

—Un hábito muy caro, ya lo creo.

Una vez arriba, el caballero les recibió con una sonrisa.

—Buenos días, señores. Me llamo Yves Girardon, soy el director del programa de estudios de la Fundación Solidarité Universelle. ¿Son tan amables de acompañarme?

El suelo del vestíbulo de mármol Rougedo Roy, pulido «al corte de vena», estaba reluciente. Grandes espejos con marcos dorados, valiosas colecciones de tapices, cuadros y porcelanas, arañas gigantes... ¿Era aquella la sede de una Fundación benéfica sin ánimo de lucro o más bien la suntuosa mansión de un magnate o de algún par de Francia?

En la pared principal del despacho de *monsieur* Girardon había un Gobelino auténtico que debía valer una fortuna, fabricado en la Manufactures Royale des Gobelins de París; una pequeña inscripción en la parte inferior indicaba que el tapiz



correspondía a la serie de *Las Musas*.

Sobre el escritorio de cedro natural había una hermosa lámpara con pie de bronce circundada por una pantalla con fleco de perlas, y pegados a la pared, un aparador antiguo de cerezo, una pianola y un reloj de alabastro.

—Tomen asiento, caballeros.

—Como ya le he indicado por teléfono, necesitamos hablar con usted sobre una cuestión importante —recordó Chaillot.

—Ustedes dirán.

—¿Sabe si Alain Jacotier asiste a alguno de sus seminarios? —preguntó Mora.

—¿Recuerdan exactamente cuál? Aquí se imparten muchos.

—Algo sobre nuevas tendencias políticas —explicó Da Costa, dando vueltas a su sombrero entre las manos y limpiándolo con la manga de la americana.

—Ah, debe de ser este: «Utopías sociales: un estudio crítico sobre el uso de la violencia política en el siglo xx» —leyó Girardon en un folleto.

El director revisó a continuación la lista de estudiantes.

—Alain Jacotier, sí, aquí está. Fue uno de los alumnos —añadió.

—¿Cómo que fue? —saltó Da Costa.

—¡Ah, no se lo he dicho todavía! Ese seminario terminó la semana pasada.

*Monsieur* Girardon acababa de derramar un jarro de agua helada sobre el cogote de cada uno de los tres policías.

—Por cierto, ¿cuánto cuesta la matrícula? —inquirió Chaillot, consciente de que Alain tenía escasos ingresos.

—Todos nuestros cursos y seminarios son gratuitos. En este caso, solo se requería pasar un test para matricularse. Tenga en cuenta, caballero, que Solidarité Universelle es una organización sin ningún ánimo de lucro.

—¿Qué tipo de test: cultural, de personalidad...? —preguntó Da Costa por curiosidad.

—Ambas cosas a la vez. Es importante evaluar los conocimientos de los candidatos, pero también lo es sopesar sus aptitudes para trabajar en equipo, por ejemplo.

—¿Trazando su perfil psicológico? —añadió extrañado.

—Más o menos.

A Da Costa le pareció raro que para matricularse en un simple seminario se exigiese a los candidatos ahondar en su psicología, catalogándoles como si fuesen cobayas. A fin de cuentas, no se pretendía que ingresasen en un centro psiquiátrico, sino en una fundación cultural. ¿Guardaba alguna relación aquel test con el contenido del curso: el estudio de la violencia política en el siglo xx? Decidió que era conveniente indagar sobre ello.

—¿Podríamos llevarnos un ejemplar del test de admisión?

—No veo por qué no.

Entretanto, en la Tour Pointue, los compañeros de Chaillot encargados también del caso repasaban los datos personales de Alain Jacotier, que se encontraba en búsqueda y captura. Su domicilio estaba bajo vigilancia permanente, así como los lugares a los que él solía acudir.

—El joven nació en Caen, capital de la Baja Normandía, en 1936 —indicó Florent, el más veterano de los tres agentes, encendiéndose un Gitanes con filtro sentado a una mesa de la sala de reuniones situada junto al archivo.

—Con nueve años, en 1944, se quedó huérfano, días después del desembarco aliado en Normandía —añadió Gautier, con las piernas estiradas sobre una silla.

—Recordad que la ciudad de Caen sufrió un terrible bombardeo por parte de la RAF, que intentaba desalojar a las posiciones alemanas y abrir de esta forma el camino hacia París —terció Jean-Ives, el más novato de sus compañeros, incorporado al servicio tres años antes tras abandonar los estudios de Historia.

—Miles de personas murieron y la ciudad quedó destruida en un setenta por ciento. No resulta extraño que, en semejantes circunstancias, Jacotier perdiese a sus padres —observó Gautier, el de mayor prestancia, con metro ochenta de estatura y fibrosos músculos trabajados con centenares de flexiones de brazos y abdominales diarios.

—De hecho, una bomba cayó en la granja familiar de los Jacotier, causando heridas mortales a sus padres y a su hermana pequeña —apostilló Florent.

—Alain se crio con unos tíos, que no le querían mucho, porque les causaba problemas y gastos adicionales, y le metieron interno en un colegio público. Allí tuvo una infancia dura, nunca llegó a superar su tragedia personal. Era objeto de burlas y agresiones por parte de sus compañeros, que lo consideraban un bicho raro.

—Cuando terminó el período de educación obligatoria, se trasladó a París, donde se ganaba la vida con dificultad como pinche de cocina, empleado en una tienda de ultramarinos, y algunos otros trabajos ocasionales, como el de ayudante en una sastrería.

—Vivía en pensiones baratas y acudía a cafés literarios y cavas del Barrio Latino, interesado por las nuevas ideas políticas y artísticas que bullen por allí desde el principio de esta década.

Los policías consideraban muy probable la implicación de Alain en la muerte de Dafne Moreau. Por eso anhelaban echarle el guante enseguida.

Por la noche, Bruno Cornaro, el padre de Mafalda, salió precipitadamente de su casa para asistir a una reunión urgente en la Embajada de Italia. Antes de marcharse había explicado a su esposa Francesca el tema de aquella convocatoria imprevista:

—Debemos justificar una partida de veinte mil francos destinada a la organización de un importante evento cultural, con motivo de la inminente visita del

premier británico a París.

Pero al rato de marcharse, su esposa reparó con sorpresa en que el expediente sobre el asunto seguía en el escritorio de su despacho. Telefonó de inmediato a la Embajada para hablar con su marido y advertirle de que había olvidado el dossier, por si necesitaba que alguien se lo enviase enseguida.

—¿Embajada de Italia?

—¿Quién llama? —contestó el empleado del turno de noche con cierta extrañeza.

—Soy la señora Cornaro.

—Buenas noches.

—Querría hablar con el señor Cornaro.

—No está aquí.

—¿Seguro? Salió hace media hora hacia allí porque tenía una reunión muy importante.

—Lo siento, señora, debe de tratarse de una confusión, porque no hay programada ninguna reunión para esta noche.

—¿No estará usted en un error?

—No, señora. Le confirmo que en la legación estoy yo solo, y que nadie me ha avisado de ninguna reunión. De haberlo hecho, no le quepa duda de que lo sabría.

—Está bien. Buenas noches.

Tras colgar el teléfono, Francesca se dio cuenta de que su marido le había mentado. Aturdida, empezó a preguntarse por qué razón lo habría hecho. Se dirigió de nuevo al despacho para rebuscar entre sus papeles por si encontraba algo que le proporcionase alguna pista. En uno de los cajones halló una nota en la que se leía un nombre de mujer, Marianne, la fecha de ese día, 12 de junio, y una hora, las nueve de la noche. Siguió revolviéndolo todo, muy alterada.

Mafalda salió de su habitación, alertada por los ruidos.

—¿Se puede saber qué te ocurre, mamá?

La madre, llorosa y fuera de sí, gritó:

—¡Tu padre me engaña con otra mujer!

—Pero ¿qué dices, mamá?

—Ha buscado una excusa para salir de casa esta noche, asegurándome que se iba a la Embajada para una reunión importante, pero acabo de telefonar allí y no saben nada de él ni del encuentro. Es un mentiroso. Ha quedado con una tal Marianne para verse a mis espaldas.

Entre los objetos extraídos de los cajones por su madre, llamó la atención de Mafalda un cofrecito de madera de acacia. Movida por la curiosidad, abrió enseguida el estuche y descubrió en su interior un extraño martillo, junto al bloque compacto para golpear en él, ambos también de madera de acacia. La maza, parecida a la de un juez, había sido hecha y torneada a mano; medía alrededor de treinta centímetros desde el mango a la cabeza, en cuyo centro había una cinta de cuero con un nombre grabado: Arouet. Pero ella no supo entonces que era el verdadero apellido de Voltaire,

uno de los principales representantes de la Ilustración, que abrazó la masonería en el ocaso de su vida.

Mafalda pensó que era lo único que ya le faltaba: tras la ruptura obligada con Juanito, y la horrible muerte de Dafne, ahora resultaba que su padre engañaba a su madre. Sintió que todo su mundo se había desmoronado.

El periodista de *Le Figaro*, Guillaume Boucher, telefoneó a su amigo Chaillot para mantenerle informado sobre el asunto del banco que presidía Armand Mathieu.

—Tengo un contacto dentro del banco.

—¿No me digas? Sabía que lo conseguirías.

—No cantes victoria aún, Gérard.

—¿Se niega a hablar?

—No hace falta que lo haga.

—¿Cómo dices?

—Basta con que nos muestre los documentos que tiene en su poder sobre operaciones bancarias irregulares.

—¿Crees que lo hará?

—Lo estoy intentando, pero no es fácil. Tiene mucho miedo.

—Comprendo. Debe haber algún modo de animarle.

—Al parecer no está contento en el banco; tiene problemas con sus jefes.

—Eso es bueno.

—Pero, aun así, dudo de que al final se decida. El hombre teme que la más mínima filtración pueda meterle en un gran lío.

Aquella misma noche, un grupo de encapuchados volvió a reunirse en una cripta tenuemente iluminada.

El rojo escarlata invadía todos los tapices de la estancia, incluido el terciopelo de las alfombras y de los manteles. El maestro, flanqueado de nuevo por su lugarteniente, estaba a punto de dirigirse a los anónimos asistentes desde un altar de piedra negra en forma de enorme catafalco. Lucía, como su ayudante, sotana violeta y sobrepelliz blanca. A su espalda, los mismos dibujos de tres grandes tallos de lirio y el macabro retrato de Alfonso XIII el día de su coronación. Los rostros enmascarados leyeron una vez más el epitafio inscrito justo debajo: «*Alphonsus XIII, rex mortis*». Existían pinturas de seres humanos que parecían mirar al mundo con ojos de ultratumba, como diciendo: «Yo ya he muerto». Aquel cuadro era uno de ellos.

Cada uno de los asistentes era como un muro infranqueable que protegía al que le antecedía en importancia. Nadie conocía a nadie. Cada uno permanecía inmóvil a ambos lados del altar, vestido con hábito de lana negra, ceñido a la cintura por una cinta de seda roja.

El maestro golpeó enérgicamente el suelo con un cetro real, en señal de que el discurso iba a comenzar.

—A los tiranos miserables y asesinos —prorrumpió el gran patriarca con firmeza— les va a llegar pronto la hora en que rendirán cuentas ante los justos. Los falsos dioses que exigen sumisión a los poderosos serán derribados de sus poltronas sin la menor compasión. En el nuevo mundo que está por nacer los aquí presentes seremos quienes rijamos sus destinos. Ha llegado nuestro tiempo; el tiempo de los fuertes y el naufragio de los débiles...

Terminada la siniestra reunión, el maestro se cercioró de que estaba completamente solo antes de despojarse de su máscara. Únicamente entonces, de la negra capucha emergió el rostro impenetrable de un cincuentón sumido en sus más íntimos pensamientos. Era Cornelius. Era Michel Palacios. Era Raymond Borniche. Era Tarántula... Como Mefistófeles, aquel espectro humano había adoptado seguramente a lo largo de su vida un sinfín de identidades. Era un hombre distinto en cada ocasión. La policía conocía ya cuatro versiones diferentes de Cornelius. Pero seguramente habría muchas más que ignoraba todavía.

Cornelius recordó aquella noche oscura de sus primeros años, cuando era un niño débil y enfermizo. Desde muy joven aprendió, en cambio, a dominar a las gentes más débiles que él. No porque fuese más instruido o elocuente que los demás, sino porque conocía de sobra las dos cualidades innatas que desde los primeros años le dieron muy buenos resultados: era frío y persistente. Entendida esta última cualidad en su sentido más práctico. Jamás se alteraba ni se rendía a los impulsos. Cuando contestaba a las preguntas del profesor en la escuela anarquista de La Ruche lo hacía sin apresurarse. Solo si estaba seguro de la respuesta, la daba sin demora. Si no era así, esperaba un rato antes de pronunciarla. La frialdad y la persistencia le dieron una enorme ventaja sobre sus compañeros, en su mayor parte impulsivos, precipitados e ingenuos.

Ya entonces, el joven no vacilaba en alentar disputas entre sus adversarios, en calumniarlos y en urdir intrigas contra los que parecían superiores a él y podían obstaculizar su avance. Solo eran amigos suyos, si alguien podía considerarse como tal, quienes se sometían a su dominante voluntad. Cualquiera que intentase refutarle o explicarle algo se convertía en su acérrimo enemigo. Era vengativo y sabía asestar siempre el golpe certero en los puntos más débiles. Estaba convencido de ser un cerebro, un genio de la organización y el caudillaje de los hombres. Para ser un hombre con toneladas de billetes, poder e influencia, se inclinaba siempre por la discreción y rechazaba el lujo.

Había leído, y era capaz de recitarlo casi mecánicamente, *Memorias del subsuelo*, publicado por Fiódor Dostoievski en 1864, cuyo protagonista proclamaba que cualquiera que sufriese de un agudo dolor de muelas deseaba fervientemente que

otros sintiesen ese mismo dolor. Cornelius sabía muy bien que el sufrimiento físico y moral que infligía a los demás nacía del suyo propio; exactamente igual que el marqués de Sade. ¿Quién dijo que los hombres torturados por el dolor perdonaban más fácilmente? Recordaba cuando se le carieron todos los dientes en la Isla del Diablo, lo que también le provocó fuertes dolores: un dentista del penal le extrajo ocho muelas con unos alicates, y poco después perdió el resto de la dentadura. Por si fuera poco, el dolor ciático en ambas piernas le produjo una mialgia crónica, artritis y finalmente atrofia muscular.

A su mente irrumpió también la figura del escritor austríaco Leopoldo von Sacher-Masoch, nacido en Lemberg en 1836. Nadie hubiese adivinado en él, durante sus primeros años, las tendencias que luego le convirtieron en el máximo representante de una desviación sexual basada en la necesidad de sentir el dolor o la abyección en la propia persona para llegar a la sensación de placer. Cuántas veces había devorado Cornelius su novela más célebre, *La Venus de las pieles*, en la que, con innegable tinte autobiográfico, el extravagante autor desarrollaba las teorías de esa desviación psíquica que todo el mundo conocía ya como «masoquismo». De hecho, fue el doctor Krafft-Ebing quien aplicó el nombre de Masoch a las tendencias psicopatológicas de necesitar la tortura en la propia persona para alcanzar la sensación de placer, estableciendo un nexo entre el masoquismo y el sadismo, entre sensualidad y dolor propio y ajeno, sobre cuya relación profundizaría también Sigmund Freud.

A esas alturas, un terrible dolor moral había hecho ya mella en Cornelius. Volvió a recordar aquella noche el día en que su padre le contó, cuando tenía edad suficiente para comprenderlo, que su verdadero progenitor era el rey Alfonso XIII, que violó a su madre, una camarera de palacio, y la mandó a París para que tuviera a la criatura alejada de la corte. Y cómo murió su madre a consecuencia de las complicaciones del parto. Conforme fue creciendo, su padrastro le insufló ese odio mortal hacia el rey Borbón. Comprobó la veracidad de la terrible historia a medida que se hizo mayor y el espejo le devolvió una y otra vez la viva imagen del monarca. Recordó también cómo llegó a odiar su propio rostro, la infinita mortificación que le producía ser el doble del hombre al que más aborrecía en el mundo, su propio padre, que le robó la vida que le hubiese correspondido por derecho, como su primogénito.

Y un día se dio cuenta de que había dejado de creer en la posibilidad de una sociedad justa, en un mundo feliz donde no hubiese explotadores ni explotados. Sí, hacía muchos años que había dejado de ser anarquista. Pero resultaba un argumento útil para atraer y embaucar a nuevos miembros. Jóvenes militantes, con tendencias violentas, a los que se les podía manipular para que matasen y para que entregasen su vida por la causa si era necesario.

Desde entonces soñaba con convertir el mundo en un infierno, buscaba la destrucción, el caos, la barbarie, la venganza contra la sociedad. Comprendió que para que un alma pudiera purificarse tenía que haber cometido los más viles excesos.

La acumulación de dinero era un objetivo, porque resultaba útil para sus propósitos, pero no constituía un fin en sí mismo. Lo que realmente importaba era conseguir el poder para destruirlo todo. Y, a diferencia de su padre, él extendió ese odio a todos los descendientes de Alfonso XIII que gozaban de unos privilegios que a él le correspondían. Se propuso aniquilar así a toda la estirpe y lo fue haciendo a su modo. Y ahora, el nieto de esa hiena asesina, si los planes salían como había previsto, lo iba a pagar muy caro.

Cornelius atravesó unos angostos pasadizos que le condujeron hasta la calle. A poco metros, un automóvil de lujo le estaba esperando para recogerle. Él se acercó al coche y le dijo al chófer por la ventanilla que prefería volver solo, caminando. Sus torpes brazos y piernas le daban el aspecto de una cigüeña, aunque bajo esa apariencia frágil se escondiese un auténtico halcón de afiladas garras. Cornelius giró sobre sus talones y siguió la dirección opuesta, perdiéndose entre la gente en la noche de París, como un ciudadano más.

La policía se preguntaba qué había sido de Palacios-Borniche-Cornelius tras su huida del penal de la Isla del Diablo. Todo parecía indicar que regresó a Francia, pues era precisamente allí donde manejaba ahora los hilos de su organización criminal. Pero debió de cambiar otra vez de identidad. En los bajos fondos nadie reconocía su fotografía.

Chaillot, Da Costa y Mora volvieron a reunirse en un despacho de la Tour Pointue, intentando aportar ideas a partir de lo que ya sabían o simplemente sospechaban.

—Borniche huyó del penal en junio de 1940 —recordó Chaillot—. Debíó de llegar a una Francia que acababa de ser derrotada en el campo de batalla y que estaba ocupada por las fuerzas alemanas.

—Pongámonos por un momento en su lugar —propuso Da Costa.

—¿En el lugar de un psicópata?

—Sabes muy bien a lo que me refiero, Mora. ¿Qué haría un delincuente del hampa parisina en aquellos días de la ocupación alemana?

—Quizá lo que hicieron muchos: colaborar con las autoridades alemanas —contestó Chaillot.

—¿Un anarquista colaborando con los alemanes?

Mora se encogió de hombros, incrédulo.

—A Borniche le quedaba entonces muy poco de anarquista, como hemos podido comprobar. Pero un momento...

—¿Ocurre algo, Chaillot? —inquirió Da Costa, al ver su mirada incandescente.

—Puede que todo tenga una explicación.

—Pues empieza por explicarte tú.

—No sé si sabéis que los nazis sacaron de las cárceles a ladrones, proxenetas y a todo tipo de delincuentes sin escrúpulos.

—Lo sabemos —asintieron Mora y Da Costa.

—Con aquella piltrafa humana crearon una especie de Gestapo francesa, la Carlingue, con sede en el 93 de la Rue Lauriston de París... ¿Piensas lo mismo que yo, Da Costa?

—Pienso en que las autoridades alemanas requirieron la colaboración de todos esos indeseables en la persecución de los judíos, gitanos, miembros de la Resistencia y cualquier otro enemigo de la ocupación.

—Emplearon sus servicios, en efecto, como torturadores, asesinos e informantes del espionaje alemán. Además de animarles a expoliar metódicamente las casas de judíos previamente deportados, robándoles dinero, obras de arte, joyas o cualquier otro objeto de valor, y permitiendo a los delincuentes quedarse con parte del botín.



Henry Lafond, un ladrón convicto y prófugo de la justicia, era uno de ellos. También figuraba Pierre Loutrel, alias *Pierrot le Fou* o *Pierrot el loco*, atracador y asesino sin escrúpulos; o Alex Villaplane, excapitán de la selección francesa de fútbol, convertido en estafador, que pronto comenzó a mostrar especiales dotes para la atrocidad.

—¿El que estuvo en el Mundial de 1930?

—El mismo.

—Tal vez sea interesante explorar esa vía. Pero ¿cómo vamos a hacerlo? —dijo Mora.

—Yo me encargo de rastrear entre los antiguos miembros de la Resistencia, a la que ya sabéis que me uní durante la guerra —repuso Chaillot.

Da Costa ya había encontrado otro hilo del que tirar.

—Podríamos distribuir también la fotografía y el historial de Borniche entre los judíos parisinos que sobrevivieron al Holocausto. Si perteneció a la Carlingue, muchos pudieron verle en acción.

—Sí, pero no tenemos ninguna seguridad de que estuviese con ellos —añadió Mora, haciendo una vez más de abogado del diablo.

—Lo sé, pero es mejor que no perdamos de antemano la esperanza.

Chaillot mostró el retrato de Borniche a sus antiguos compañeros de la Resistencia, pero ninguno de ellos fue capaz de reconocerle. Tal vez los que pudieron haberlo hecho fallecieron en campos de concentración nazis o consumidos por las secuelas del infierno donde los hacinaron. Pero eso, en cualquier caso, eran meras suposiciones. Uno de ellos sí le dijo que un antiguo miembro de la Carlingue había traicionado a los alemanes en cuanto se enteró de que iban a perder la guerra. La Gestapo le buscaba para ejecutarle. Al parecer había robado un vagón de tren repleto de valiosas obras de arte: cuadros, esculturas, tapices y grabados antiguos, pertenecientes a museos y colecciones privadas expoliadas a los judíos.

Mientras tanto, la policía había conseguido distribuir la fotografía de Borniche entre la población judía de París, gracias a la colaboración eficaz del Consejo Representativo de Instituciones Judías de Francia.

Días después, en comisaría se recibió una llamada telefónica de esa organización para comunicar que había una persona que creía haber reconocido a Borniche. Se trataba de Leon Weiss, de setenta y un años, que vivía en una residencia de ancianos en la Rue Temple, al oeste de Le Marais, el viejo barrio hebreo de la capital.

Da Costa y Mora llegaron al geriátrico. El señor Weiss estaba jugando una partida de ajedrez con un compañero de residencia en la zona dedicada al esparcimiento. El centro tenía un aspecto limpio y confortable. Los residentes disponían de

habitaciones individuales con cuarto de baño incorporado y disfrutaban de una amplia zona ajardinada común. Obviamente, eran personas con ciertas posibilidades económicas.

La llegada de la pareja policial no sorprendió al señor Weiss, que la estaba esperando.

—¿Me disculpas, Alfred? Debo atender a estos caballeros.

—La auténtica despedida acabas de dármela tú con el jaque mate —bromeó.

—Tranquilo, habrá revancha.

—Ni lo dudes.

Alfred se despidió de los tres con una obligada inclinación de cabeza, pues era algo corcovado; a diferencia de Weiss, quien debía rebasar el metro ochenta de estatura y, pese a su edad, tenía abundante cabello, eso sí, blanco. Vestía elegantemente: chaqueta de fieltro azul, pantalón blanco, camisa del mismo color y una pajarita azulada, como su mirada celeste.

—Curiosa pajarita —observó Mora.

—¿Le gusta?

—Mucho.

Sin proponérselo, Mora había encontrado el mejor modo de trabar conversación con el anciano, sentados alrededor de una mesa de hierro esmaltada de blanco que había en el jardín, donde recibían directamente los rayos del sol de la mañana.

—Es de ala de murciélago.

—¿Cómo dice?

—Si se fija usted bien, comprobará que los dos extremos de la pajarita son simétricos, como un bate de cricket.

—Bonita y elegante, sí señor —corroboró Da Costa.

—Muy amable, caballero. ¿Conocen su historia?

Los dos policías cruzaron una mirada de resignación.

—No, pero debe de ser interesante.

—Muy interesante —subrayó el anciano—. Verán, la pajarita o corbata de lazo, como prefieran llamarla, surgió entre los mercenarios croatas durante las guerras del siglo XVII. Muy pronto, las clases altas en Francia la pusieron de moda y su uso se extendió hasta el siglo XIX. Se le llamó *cravat*. Hasta Honoré de Balzac escribió un libro entero sobre ella. ¿A que es apasionante?

—Si usted lo dice...

—De lo que nadie está seguro ya es de si la pajarita existía antes que la corbata, o viceversa; igual que el huevo y la gallina —añadió con una risita infantil.

—Señor Weiss, conoce a este hombre, ¿verdad? —preguntó Da Costa al tiempo que le mostraba una fotografía.

—Sí.

Su expresión divertida se ensombreció de repente.

—Será muy doloroso para mí revivir la espantosa historia que voy a contarles,

pero mi testimonio puede servirles de ayuda para atrapar a ese asesino. Al fin y al cabo, se lo debo a sus víctimas.

—Lo comprendemos.

—Verán, yo era arquitecto y vivía con mi mujer, Simone, y mi hija, Milou, de doce años, en Le Marais, cuando en junio de 1940 las tropas de Hitler tomaron París. Mis antepasados habían residido en Francia desde hacía generaciones.

—Si lo recuerdo bien, la parte norte de Francia, incluido París, quedó entonces bajo administración militar alemana —dijo Da Costa.

—Desgraciadamente no se equivoca usted, caballero. Las nuevas autoridades ejecutaron de inmediato una primera ola de disposiciones antijudías. Se nos restringió la libertad de movimientos y fuimos obligados a registrarnos. A mí, sin ir más lejos, me prohibieron seguir ejerciendo como arquitecto.

—Desde entonces, la supervivencia diaria se haría francamente difícil —advirtió Mora.

—Y que lo diga. Sin poder trabajar, me vi obligado a vender joyas y antigüedades familiares que habían pertenecido a mi padre, antiguo coleccionista de arte, para comprar comida con la que poder alimentar a mi esposa e hija.

—Dramático —observó Da Costa.

—Pero los nazis fueron apretando las tuercas más y más. Las tiendas propiedad de judíos fueron marcadas. Pronto se nos obligó a todos a portar una estrella amarilla de David en público. Éramos objeto de burlas, amenazas y palizas no solamente por parte de militares alemanes, sino incluso de franceses antisemitas que colaboraban con ellos.

—Pura escoria.

—Un día, se presentó en mi casa una patrulla de la Gestapo. Les dirigía un francés vestido de civil. Querían comprobar mi identidad. Al no ser yo la persona que estaban buscando, el civil, encolerizado, ordenó a los soldados que registrasen la casa de arriba abajo. Se llevaron todos los objetos de valor que allí había: cuadros, libros antiguos, muebles de época, alhajas familiares... Yo me interpose para impedirlo, pero lo único que conseguí fue recibir una brutal paliza. Algunas noches escucho todavía, acostado en mi cama, los gritos aterrorizados de mi mujer y de mi hija mientras aquellos energúmenos me apaleaban. El hombre que les dirigía me amenazó con regresar para quemarlas vivas a las dos y que yo pudiese presenciar el «hermoso espectáculo». Así lo llamó.

—Canalla...

—Semanas después, en julio de 1942, un grupo de gendarmes nos arrestaron a los tres. Nos metieron en una camioneta con otras muchas personas, y nos llevaron a todos hasta un enorme estadio de ciclismo, el Vélodrome d'Hiver, cerca de la Torre Eiffel. Allí nos hacinaron junto a otros millares de judíos, muchos de ellos niños. Nos hicieron formar en filas. Y entonces volví a ver a ese hombre.

—¿Raymond Borniche?

—No se llamaba así.

—¿Cómo entonces?

—Le decían Renaud, y todo el mundo temblaba al verle. Todavía hoy, cuando pronuncio o recuerdo ese nombre, se me ponen los pelos como escarpías.

Michel Palacios, Raymond Borniche, Tarántula, Cornelius... y ahora Renaud. El hombre de las mil identidades. Pero Da Costa y Mora eran una mezcla de cazadores y de sabuesos que jamás renunciarían a su presa, por mucho que esta fuese un criminal y un maestro en el uso de los alias; quizá lo identificasen en algún momento como un malhechor y al día siguiente se quitasen el sombrero ante él, creyendo que era un santo varón. Pero Da Costa, sobre todo, confiaba en cobrar al final todas sus pieles.

—Sus ojos —prosiguió el señor Weiss— refulgían como dos fuegos incandescentes mientras nos revisaba detenidamente de uno en uno, estudiando nuestros rasgos, como si estuviese buscando a alguien en particular. Se movía por aquel velódromo como el dueño del mundo. Como si él hubiese organizado aquel arresto masivo para encontrar a esa persona a la que buscaba con persistencia.

—¿A quién perseguía?

—Jamás supe quién era. Pero un día vi a Renaud vaciar impasible el cargador de su pistola en la cabeza de un pobre hombre, que instantes después yacía en el suelo envuelto en un gran charco de sangre. Renaud enfundó el arma con idéntica impavidez y siguió pasando revista a los detenidos, como si tal cosa. Nunca he visto a nadie actuar con semejante frialdad.

—Gracias a Dios, lograron salir de allí.

—Para ser conducidos a otro sitio peor aún que el infierno: el campo de exterminio de Auschwitz. Allí, mi hija murió de tifus en las primeras semanas, y mi mujer fue gaseada pocos días antes de la llegada de los rusos...

—Llore todo lo que quiera, señor Weiss. Yo no creo que hubiese sido capaz de soportar tanto dolor —dijo Da Costa, abrazándose al anciano, que no paraba de sollozar como un niño pequeño.

Ya más sereno, pudo continuar:

—Cuando nos liberaron yo era poco más que un amasijo de huesos y piel sin ninguna voluntad de vivir. Sentía que para mí ya era tarde. Pero mi organismo resistió por alguna razón que entonces no llegué a comprender.

—Quizás ahora sí la comprenda.

—Puede que la razón fuera desenmascarar algún día a ese malvado. Sí, efectivamente es él. Señores, nunca podría olvidar ese rostro. Lo recuerdo como si lo tuviera ahora delante de mí. Es el rostro mismo del mal.

Da Costa y Mora tomaron una cerveza en el salón-bar de la pensión Charlotte, donde se alojaban. Según se entraba a la desahogada estancia, en la parte izquierda, había una gran barra rectangular forrada de cuero con una vitrina acristalada llena de

bebidas alcohólicas y de refrescos, a cuyo alrededor se habían dispuesto varias mesas con sofás y tresillos aterciopelados. Los dos policías estaban sentados al fondo, junto al balcón.

—Hay que reconocer que esta cerveza francesa no está nada mal —dijo Mora, dando un sorbo a la jarra rebosante de espuma. Era una Kronenbourg.

—Prefiero mil veces una Sagres portuguesa —aseguró Da Costa.

—Si te pones así, ninguna entonces como la Mahou... ¿Sabes una cosa...?

—Dime.

—Desde que hemos estado con Leon Weiss en el geriátrico, no he dejado de darle vueltas a todo lo que ese hombre ha sufrido. Acabaron quitándole a las dos mujeres a las que más amaba en el mundo: su esposa y su hija. Miserables...

—¿Los nazis?

—Sí. A cada cual su nombre. Y esos criminales se aprovecharon de una guerra en la que algunos luchamos contra el comunismo y por la civilización cristiana para cometer todo tipo de tropelías. Me avergüenzo como falangista y como antiguo divisionario de los crímenes nazis. Yo vi muchas barbaridades, pueblos enteros quemados, gente ahorcada de los árboles, culatazos en la cara a los prisioneros rusos de las columnas que eran rematados cuando luego, extenuados, no podían dar un paso más.

—Pocas veces, a lo largo de mi carrera, me he sentido tan orgulloso como cuando logré atrapar a Rudolf Freitag, principal colaborador del criminal de guerra Hans Frank, abogado personal de Hitler.

—Te habría dado mi Cruz de Hierro por ello.

—Tú sí que la mereciste.

—No tanto como algunos de mis compañeros. Cuando Weiss mencionó con un nudo en la garganta el campo de exterminio de Auschwitz, no pude evitar recordar los campos soviéticos de Cherepoviets, Jarkov, Karagandá o Borovichi, donde estuvieron prisioneros algunos de mis camaradas de la División Azul durante más de diez años. El cabo Matías que me salvó la vida estuvo entre ellos, pero a él ni siquiera le condecoraron.

—¿Vive aún?

—Fui a recibirle hace justamente dos años, un 2 de abril, al puerto de Barcelona. Era uno de los trescientos supervivientes que llegaron allí a bordo del buque *Semíramis* procedente de Estambul. Sus pasajeros parecían seres de otro mundo: demacrados, sin expresión en los ojos, como si sus vidas hubiesen quedado congeladas para siempre en aquellos campos con temperaturas de cuarenta y cincuenta grados bajo cero. Todavía me parece estar abrazando a Matías en la cubierta del barco con el mismo cuidado con que hubiese sujetado una porcelana de Limoges para que no se me hiciese añicos en las manos.

—¿Sabes tú ahora otra cosa, Mora?

—Cuéntame.

—No eres el tipo de hombre superficial que aparentas. Tu sentido de la amistad te enaltece.

—Gracias.

—Me muero de ganas de echarle el guante al tal Renaud.

—Y yo.

Las sospechas de Da Costa se confirmaron: el agente Florent, que había estudiado dos años de Psicología, le recomendó que mostrase a un experto el test al que Alain Jacotier se había sometido para poder matricularse en el seminario de la Fundación Solidarité Universelle.

Da Costa acudió con Mora a la consulta del reputado psicólogo Christophe Lambert. En cuanto este terminó de leer las preguntas, al otro lado del escritorio de su consulta, situada en la Rue de la Roquette, cerca de la plaza de la Bastilla, se convenció de que tenía ante sí una prueba evidente para detectar psicopatías. Algo muy extraño a lo que no encontraba explicación.

—El cuestionario es muy sofisticado —dijo Lambert, frunciendo el ceño—. El test parece estar enfocado a descubrir los complejos de odio, de represión, frustración y desviación social.

Da Costa y Mora se preguntaron en silencio si aquella prueba era en realidad un instrumento para reclutar perturbados.

—¿Cree que puede servir para saber si alguien tiene instintos criminales? —preguntó Mora.

—¿Se refiere a si puede ser un asesino? Sí, claro. Nos permite establecer puntos de referencia con las patologías de estos individuos, a fin de identificarlos y neutralizar así la acción de los depredadores humanos.

—¿Se podrían saber las respuestas que daría un individuo con tendencias violentas?

—Sí, desde luego.

—¿Y también se podría utilizar este cuestionario digamos que para captar a asesinos en potencia, en lugar de para neutralizarlos? —apuntó Da Costa.

—Verá, en teoría sí. Pero no es tan sencillo. Los psicópatas no son solo fríos asesinos. Están en todas partes, viven entre nosotros y tienen formas mucho más sutiles de hacer daño que las meramente físicas. Algunos llevan ropa de marca y ocupan suntuosos despachos en la política y las finanzas.

—Yo conozco a algunos, pero seguro que usted tratará a muchos más.

—Al fin y al cabo es mi trabajo.

—Muchas gracias, señor Lambert —dijeron Da Costa y Mora.

—¿Puedo ayudarles en algo más?

—Ya lo ha hecho con creces.

El curso de Historia en la Sorbona había entrado en su recta final. Mafalda, tras el golpe recibido por la muerte de Dafne y la ruptura con Juanito, no había podido presentarse a algunos exámenes.

—Me hago cargo de todo lo que usted está pasando, señorita, y estoy dispuesto a ayudarla en lo posible —le dijo Corbel confidencialmente, en su despacho de la Facultad.

—Se lo agradezco de todo corazón, profesor.

Aquella respuesta hizo pestañear de gozo a Corbel y dibujó una amplia sonrisa en su bigote a lo mariscal Petain.

—Verá, señorita, tras unos malentendidos iniciales, usted me ha demostrado ser una alumna trabajadora y brillante, que con el tiempo puede llegar muy lejos y convertirse en una magnífica historiadora.

El semblante de Mafalda varió también, pero por otro motivo distinto del del maestro: aquellas palabras eran un leve lenitivo a su dolor, después de las enormes dificultades que estaba soportando.

—¿Lo dice de veras, profesor?

—Claro, mujer —asintió Corbel con aire ya más familiar—. Además puedo examinarla aunque hayan pasado las fechas oficiales. Usted no se preocupe. La guiaré yo mismo, si le parece bien, en los temas que le resulten más complejos.

Mafalda no podía creer que acabase de ofrecerle clases particulares uno de los catedráticos más reputados de la universidad francesa y uno de los historiadores más reconocidos en el panorama mundial del momento. Era una oportunidad única que ninguna aspirante a historiadora dejaría escapar jamás. Y ella no iba a ser una excepción.

—Se ha quedado callada, señorita. ¿Le parece algo mal?

—Oh, no. Todo lo contrario. No sé cómo agradecersele, profesor.

—Hummm... Se me ocurre una manera.

—¿Cuál?

—Como ya es tarde, si le parece bien podemos continuar la conversación almorzando en el bistró de la Rue de la Montagne Sainte Genevieve.

Mafalda, abrumada ante tantas atenciones, no tuvo más opción que aceptar.

En el restaurante de menú económico, Ferdinand Corbel siguió estimulando a su alumna con un futuro halagüeño.

—Si todo sale bien, en poco tiempo la solicitaré como ayudante en alguno de mis proyectos de investigación más importantes.

—¿Lo dice en serio?

—Completamente.

—No puedo creerlo. Es maravilloso.

Mafalda se disculpó para ir al baño. Mientras se alejaba de espaldas al profesor,

este no le quitó los ojos de encima, repasándola de arriba abajo con una mirada llena de lubricidad. Desaparecida de su vista, Corbel sacó discretamente un frasquito de cristal en forma de corazón del bolsillo de su americana, el mismo que había adquirido en la farmacia de su barrio, y vertió la mayor parte de su contenido en la copa de vino de Mafalda.

Cuando ella regresó a la mesa, el profesor cogió su copa de vino e hizo brindar a la alumna por su prometedor futuro. Tras el brindis, Mafalda se lo bebió todo.



Mafalda y el profesor Corbel caminaban juntos por la calle. Ella iba tambaleándose un poco, como si le fallasen las piernas, apoyada en él para evitar estamparse contra el adoquinado.

—¡Taxi! —gritó Corbel de repente, alzando el brazo.

Un Renault 4 CV gris, con un letrero luminoso en el centro de la parte delantera del techo, sobre el parabrisas, se detuvo en seco.

Corbel subió con Mafalda a bordo del vehículo público.

—Al número 69 de la Rue de Croulebarbe —indicó él.

El conductor puso rumbo así al barrio Île de la Cité, cuyos vecinos que vivían al sur de la isla, en los edificios situados en ambos muelles del Sena, podían admirar cada día la maravilla gótica de la catedral de Notre Dame.

Mientras se dirigían hacia allí, Mafalda balbuceaba incoherencias, desplomada sobre el hombro de su profesor en el asiento trasero, a punto de quedarse dormida.

El taxista, observando lo que sucedía a través del espejo retrovisor, preguntó:

—¿Se encuentra bien la señorita?

—No es nada. Mi hija está muy cansada y no le ha sentado bien la comida, pero en casa se repondrá enseguida —dijo Corbel, para no levantar sospechas.

Mafalda, con los ojos entreabiertos, susurró:

—Usted no es mi padre.

Pero su voz pastosa apenas fue audible.

—¿Qué es lo que ha dicho? —insistió el taxista.

Corbel ignoró su pregunta, dirigiéndose a ella.

—Enseguida estamos en casa, cariño; duerme un poco mientras tanto.

El conductor le miró receloso. El automóvil se detuvo en un semáforo en rojo. Corbel temió que la chica pudiese decir algo que descubriese su mentira. Casi le tapó la boca con su mano, fingiendo que la acariciaba.

Un motorista de la policía se paró junto a ellos en el semáforo. El taxista giró su cabeza para mirarle. Corbel pensó que tal vez fuese una señal de advertencia. El motorista le correspondió con la mirada y luego echó una ojeada al asiento trasero del taxi viendo al profesor con Mafalda. Permaneció unos segundos observándoles fijamente, como dudando si intervenir o no. Pero en ese instante el semáforo se puso en verde, y el policía arrancó su motocicleta y continuó circulando, igual que el taxi. Corbel respiró aliviado.

Llegaron por fin a su destino. El profesor espabiló un poco a Mafalda para que pudiese salir del coche. Pagó el trayecto y la arrastró casi hasta el portal. El taxista permaneció unos segundos estacionado hasta comprobar que la puerta se cerraba por dentro.

Una vez arriba, en su apartamento, Corbel condujo a Mafalda hasta el dormitorio y la recostó sobre su cama. Ahora sí que estaba profundamente dormida. De pie frente a su alumna, la observó con deleite, recorriéndola entera con su lasciva mirada: la melena rubia desplegada sobre la colcha, su rostro juvenil con el cutis de alabastro, casi angelical, su pecho palpitante, sus torneadas piernas enfundadas en medias de satén... La descalzó con delicadeza, como si temiese lastimar sus pies de porcelana de Sévres.

Poco después, Mafalda sintió un peso enorme sobre ella. Abrió muy despacio los ojos, sin entender lo que le estaba sucediendo. Entonces vio a Corbel, con el pelo revuelto y sudoroso; vio horrorizada su rostro desencajado, que dibujaba con su boca una mueca atroz a tan solo un palmo del suyo. Era una pesadilla real. El profesor yacía sobre ella, asfixiándola casi con sus ochenta kilos de peso, como un íncubo diabólico poseído por un deseo feroz, jadeando y respirando él también fatigosamente. El profesor de Historia se había transformado en una bestia salvaje que trataba de vencer la resistencia de su víctima rasgándole la ropa, arañándola y mordiéndola incluso. En ese terrible estado de confusión, Mafalda se defendió como pudo, sin apenas fuerzas, pero reparó en un objeto contundente sobre la mesilla de noche, tal vez al alcance de su mano. Estiró sus dedos al máximo y logró agarrarlo, golpeando a Corbel en la cabeza con el pie de bronce de una lámpara. El profesor cayó desplomado sobre Mafalda, igual que un saco de hormigón, con una gran brecha de la que empezó a manar abundante sangre.

Mafalda se quitó de encima a Corbel con dificultad. Había perdido casi el resuello tras la lucha librada con él. La cabeza le dolía de forma espantosa, todavía bajo los efectos de la droga que le suministró aquel miserable. Se incorporó de la cama sin poder creer lo que acababa de suceder. Ignoraba cómo había llegado hasta allí. Apenas recordaba fragmentos confusos de las horas previas: la comida con el profesor, un brindis, unas promesas, un viaje en taxi... Tenía que salir de allí cuanto antes. En cualquier momento, Corbel podía volver en sí. Buscó con ansiedad sus zapatos por el suelo, donde había varios objetos caídos a causa del forcejeo. Su mano se topó con un estuche abierto en el que distinguió un curioso martillo. Se calzó los zapatos de tacón y salió del apartamento como una centella.

Gérard Chaillot recibió la llamada telefónica de su amigo del diario *Le Figaro*.

—He conseguido por fin hacer cantar al mirlo que tengo en el banco —dijo Guillaume Boucher, como si acabase de poner una pica en Flandes.

—¿Te ha escupido pepitas de oro?

—¿Pepitas de oro? Te aseguro que cuando publiquemos la exclusiva vamos a superar de largo el medio millón de ejemplares que vendemos ya cada día.

—Solo te pido que seas ahora todo lo explícito que puedas por teléfono.

—Te advierto de que la información es fidedigna: procede de una persona de

cierta relevancia en la entidad financiera con acceso a información restringida, que pretende vengarse de la dirección rompiendo su silencio.

—¿Por qué razón?

—Al parecer no le han concedido el ascenso prometido, e incluso piensa que no tardarán demasiado en despedirle.

—Soy todo oídos.

—Ha conseguido sacar del banco las pruebas documentales de algunas operaciones irregulares.

—¿Las has visto tú?

—Sí. El banco ha estado concediendo durante años préstamos a la Fundación Solidarité Universelle a un interés que podría pagar un niño de diez años con sus ahorros semanales. Pero fíjate bien: además de no devolver el principal de los créditos, la Fundación ni siquiera ha satisfecho un solo franco de intereses en todos estos años.

—Eso huele muy mal.

—Desde luego.

—Debemos vernos mañana sin falta.

—¿En mi casa?

—Como quieras.

—¿A mediodía?

—Perfecto. En cuanto examines las pruebas, te vas a quedar pasmado.

Chaillot dibujó un gesto de victoria con los dedos. Sabía que, si las pruebas eran auténticas, estarían pisándole los talones al mismísimo Cornelius al descubrir la vinculación de la Société Crédit Française con la Fundación Solidarité Universelle. Y ambas instituciones estaban ya bajo sospecha: el banco, por haber realizado transferencias irregulares a personas sobornadas por la organización de Cornelius; y la Fundación, por la posible captación de individuos con tendencias homicidas, a través de sus pruebas psicotécnicas, para acceder a los seminarios. Uno de los jóvenes que allí acudían, Alain Jacotier, era el presunto culpable del asesinato de Dafne, la amiga de la novia de Juan Carlos de Borbón.

Era ya tarde, y los compañeros de Chaillot abandonaban paulatinamente la comisaría hasta el día siguiente, mientras este seguía enfrascado en sus pensamientos. Permaneció largo rato cavilando, inmóvil, y luego empezó a dibujar esquemas en un bloc de notas tratando de poner en orden sus razonamientos.

En una hoja, escribió las palabras «banco» y «fundación», y trazó un círculo en torno a ellas, uniéndolas con una flecha. Apuntó al lado: «Préstamos a fondo perdido».

Para entonces, en la comisaría no quedaba ya ni un alma, salvo Chaillot, que continuaba allí trabajando a la luz de una lámpara de mesa, cuando todos los demás reflectores de la estancia habían sido apagados. Pero no estaba solo. En la penumbra había alguien que le vigilaba a hurtadillas.

Ajeno a esa presencia, Gérard Chaillot pasó a la siguiente hoja de su cuaderno, donde esbozó esta vez el esquema del organigrama de la Société Crédit Française, con el presidente Armand Mathieu a la cabeza. Entonces acudió a su mente el testimonio del compañero de Michel Palacios en la Isla del Diablo: Tarántula sufrió desnutrición aguda, lo que le produjo osteoporosis. Escribió así: «Atrofia muscular severa». En ese instante recordó también su entrevista con Armand Mathieu y algunos de sus consejeros en la sede del banco, reparando en la extraña forma de caminar del presidente mientras les acompañaba por el pasillo hasta el vestíbulo, para despedirse de ellos; tenía las piernas algo arqueadas y andaba de modo oscilante, como si padeciese atrofia muscular.

El policía reflexionó también sobre los rumores en torno a la constitución del banco con dinero procedente de un tesoro expoliado por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. Volvió a escribir, por separado: «banco», «fundación», «robo del tesoro», «préstamos», «Mathieu», «atrofia» y, por último, «Cornelius». Luego unió los nombres «Mathieu» y «Cornelius» con una línea, trazando justo al lado un gran signo de interrogación. Se quedó un momento mirando a la nada. Cerró el bloc y lo metió en el cajón de su escritorio. Incorporado del asiento, estiró sus piernas y brazos, anquilosados por su falta de movimiento en las últimas horas. Recogió sus cosas, apagó la luz del flexo y abandonó la oficina tenuemente iluminada por la luz proveniente de la entrada, al fondo de un largo pasillo.

La comisaría se quedó casi a oscuras, en silencio. Solo entonces salió de su escondite una persona que se acercó al escritorio de Chaillot para abrir el cajón, revisar las anotaciones de su bloc y guardárselo luego en el bolsillo.

Aquella noche, Mafalda caminó deprisa por las calles de París convertida en una muñeca de trapo: despeinada y sin pintar, con el rostro y el cuello cubiertos de arañazos, el vestido rasgado y ensangrentado... Solo deseaba regresar cuanto antes a su casa para contarles a sus padres lo que acababa de sucederle. Algo tan insólito y aberrante como que su profesor de Historia en la Sorbona había intentado violarla de forma brutal. Estaba ya segura de que antes la había drogado. Una mezcla de rabia e impotencia le impedía discernir con serenidad. Estaba al borde del paroxismo. Ni siquiera reparó, andando apresuradamente por las calles, en que una persona mayor se había apartado de su camino, asustada por su aspecto desastrado y su mirada extraviada.

Pero, de pronto, se dio cuenta de la zona de la ciudad en la que se encontraba. Se detuvo un momento a pensar. Muy cerca de allí estaba la comisaría central, en el Quai

des Orfèvres. Se le ocurrió que lo mejor era denunciarlo todo a la policía cuanto antes. Ferdinand Corbel despertaría de un momento a otro, y seguramente la perseguiría hasta su misma casa para impedir que hablase. Sí, lo mejor era acudir enseguida a la policía. Tal vez estuviese allí todavía el comisario Leblanc. Las fuerzas del orden se encargarían de arrestar a Corbel, y un juez le daría luego todo su merecido.

Cruzó así con decisión, poco después, el umbral de la sede de la Dirección General de la Policía. Un oficial de guardia, al verla en tan lamentable estado, le ofreció su ayuda.

—Dios mío, señorita, ¿qué le ha pasado?

—¿Está el comisario Leblanc? —preguntó ella, temblorosa—. Si no le importa, prefiero contárselo todo a él directamente.

—¿Le conoce usted?

—Es amigo de mi padre.

—De acuerdo, señorita. Acompáñeme hasta la recepción si es tan amable.

El recepcionista descolgó el auricular para comprobar si Leblanc no se había marchado aún.

—¿Está el señor comisario? —preguntó.

Al otro lado de la línea interna pudo oírse con nitidez la voz grave de Leblanc.

—Ahora mismo viene a buscarla. Espere aquí, señorita —indicó el telefonista nada más colgar.

El recepcionista se acercó a donde estaba el oficial de guardia y se entretuvo un rato charlando con él.

En el ínterin, el comisario ya había puesto el grito en el cielo al ver el deplorable estado de la hija de su querido amigo Cornaro.

—¿Se puede saber qué te han hecho, criatura?

—Es mejor que te lo cuente en privado.

Leblanc le acompañó hasta uno de los cuartos interiores.

—Siéntate —le dijo.

—Gracias.

—¿Quieres un vaso de agua?

—Sí, por favor.

—Bueno, ahora cuéntame todo muy despacio —añadió, tras sentarse en una silla frente a ella.

Mafalda se echó a llorar sin poder despegar los labios.

—Tranquila, pequeña, tranquila —trató de consolarla el comisario, frotándole el hombro con la mano.

Cuando se calmó un poco, Mafalda le relató lo sucedido a lo largo del día. Empezando por la conversación en el despacho de Corbel en la universidad. Luego la invitación a almorzar. A partir de ahí, sus nebulosos recuerdos del viaje en taxi, de una casa ajena, del salvaje intento de violación, de la lucha posterior, del golpe en la

cabeza y la sangre derramada; ahora reparó en un detalle que antes le había pasado inadvertido: el extraño martillo que había descubierto tirado en el suelo del apartamento de Corbel cuando buscaba sus zapatos; era igual que el que tenía su padre guardado dentro de su escritorio. Este detalle la inquietó mucho, pero no se lo reveló a Leblanc.

—No te preocupes, Mafalda, yo me encargo de todo.

El comisario descolgó primero el auricular fingiendo que daba orden inmediata para detener a Ferdinand Corbel.

—Ahora voy a telefonar a tus padres para decirles que te llevo a casa en mi coche y de paso ahorrarles el susto de verte así.

»¿Bruno?... Verás, ha habido un contratiempo con tu hija, pero está aquí conmigo y se encuentra bien. Ahora mismo la acerco a tu casa. Adiós.

Tras colgar el teléfono, le dijo a Mafalda:

—¿Sabes cómo llegar a la puerta principal?

—Sí, claro.

—Pues cuando salgas de la comisaría, das la vuelta a la manzana y me esperas a la entrada del garaje. Yo te recojo ahí enseguida con mi coche.

Mafalda obedeció. El oficial de guardia la vio salir sola por la puerta.

—Buenas noches, señorita —se despidió amablemente.

Leblanc se entretuvo arreglando unos papeles que guardó luego bajo llave en el cajón de su escritorio. Cerró la puerta del despacho y se dirigió hacia el ascensor de jaula que bajaba hasta el aparcamiento.

Ya en el coche, mientras Mafalda se quedaba traspuesta debido a las horas tan agitadas que había tenido que soportar, el comisario Leblanc condujo su Renault en una dirección opuesta al domicilio familiar de la joven.

Esa misma noche, Chaillot telefoneó desde su apartamento en la Rue Desaix a la pensión de Da Costa.

—¿*Monsieur* Da Costa, por favor?

—¿Quién le llama?

—Gérard Chaillot.

—Buenas noches —saludó *madame* Charlotte, la dueña, en tono afectuoso.

—Buenas noches... ¿Podría hablar con el señor Da Costa?

—No ha llegado aún.

—Dígale, por favor, que me llame enseguida a casa. Es un asunto muy importante.

—Descuide, *monsieur* Chaillot.

El policía francés estaba tan inquieto que ni siquiera se había detenido a descalzarse ni a ponerse cómodo en su propia casa; llevaba más de veinte minutos con la americana puesta, garabateando letras en un papel que se disponía a guardar en una de las tres gavetas de su pequeño buró de nogal cuando sonó el teléfono. Era Da Costa.

—Acabo de llegar a la pensión y la señora me ha dicho que tenías algo importante que contarme.

—¿Puedes acercarte ahora a mi casa?

—¿A las doce de la noche?

—Creo que ya sé quién es Cornelius.

—Si es así, voy volando a verte; llegaré en media hora.

Al cabo de ese tiempo, llamaron al timbre de la puerta del apartamento de Chaillot. El policía, que esperaba a Da Costa, abrió sin comprobar quién era y se encontró de sopetón ante un hombre apuntándole con un revólver.

—Abre la boca, cabrón —le ordenó.

Su voz sonaba suave y cálida.

Le metió el silenciador entre los dientes y apretó el gatillo tres veces seguidas sin pestañear. Los sesos de Chaillot volaron por el recibidor, salpicando de sangre y masa encefálica las paredes.

En la calle, junto al edificio de apartamentos donde vivía Chaillot, Da Costa acababa de aparcar su coche. Cuando se encaminó hacia el portal, vio salir de allí a una persona a la que reconoció enseguida: era el comisario Leblanc. Caminaba apresuradamente. Muy extrañado, el policía portugués se ocultó por si acaso, y vio al comisario subir a su turismo y alejarse de allí como una flecha en dirección a la Torre Eiffel; pisó demasiado el acelerador y la aleta derecha de su Renault rozó el parachoques del Mercedes aparcado justo delante.

Da Costa subió entonces al apartamento de Chaillot. Pulsó varias veces el botón del timbre, pero nadie contestó. Empezó a temerse algo malo. Consiguió entrar forzando la puerta y descubrió el cadáver de Chaillot en el suelo, cosido a balazos. Sus restos de sangre dibujaban en las paredes un tétrico cuadro dadaísta. Da Costa apretó la mano contra su boca tratando de contener la arcada. Ahora sabía también cómo se las gastaba Leblanc... ¿o debía llamarle Cornelius?

En el interior del piso, Da Costa reparó en que no podía acusar directamente a Leblanc, pues sería su palabra contra la del comisario. Pensó que, si llamaba ahora a la policía, él mismo parecería el principal sospechoso del asesinato. Entonces limpió las huellas dactilares de todas las superficies que había tocado, incluida la del buró del dormitorio de Chaillot, sobre cuyo tapete de piel acababa de descubrir el papel garabateado por el difunto con una dirección de París: «Rue de Rivoli, número 56». Tras guardarse la nota en el bolsillo de la chaqueta, se preguntó quién viviría en aquella calle situada junto al Palacio de las Tullerías y el Museo del Louvre.

Estaba profundamente afectado por la muerte de Gérard, que llevaba tiempo colaborando con él de manera leal y había llegado a convertirse en su amigo. Por eso no podía permitir que su asesinato quedase impune. Pero todavía no sabía cómo conseguirlo. El teniente Da Costa volvió a preguntarse si Leblanc era acaso Cornelius, o si el comisario sabía quién era realmente y le estaba protegiendo con su silencio. Tenía que hablar con Mora de todo esto. Ahora era el único en quien podía confiar.

Mafalda no llegó aquella noche a su casa. Eran más de las cuatro de la madrugada, y sus padres se habían levantado de la cama, muy preocupados. La muerte violenta de Dafne, la amiga de su hija, les venía continuamente a la cabeza como un fatal presagio.

A esas alturas, Bruno y Francesca ya habían hecho las paces. Parapetado tras su pipa Charatan de la exclusiva colección Freehand, hecha íntegramente a mano con brezo mediterráneo de más de cincuenta años, el marido le había explicado a su esposa la razón por la que le mintió la otra noche: no la estaba engañando con otra mujer. Simplemente era miembro, desde hacía algún tiempo, de una logia masónica francesa y pretendía llevar el asunto con la máxima discreción. Pensaba que su adscripción a la logia podía perjudicarle si era conocida en la Embajada de Italia, debido a que los prejuicios contra la masonería difundidos en su día por Mussolini todavía estaban presentes en muchos católicos italianos. Cornaro le había explicado también a su esposa que Marianne no era una presunta amante suya, sino el nombre en clave con el que designaban a su logia Fraternité. De hecho, esa figura alegórica, personificación de una mujer tocada con un gorro frigio, y uno de los símbolos nacionales de la República francesa, representaba también la corriente masónica liberal conocida como Gran Oriente de Francia. Durante el reinado de Napoléon III



se formó en Francia una sociedad secreta para restablecer la República, y los conspiradores, para reconocerse, usaban entre ellos la pregunta: «*Connaissez-vous Marianne?*», y hacían la seña y contraseña.

Aunque ahora, ese malentendido había dejado de tener importancia para el matrimonio ante la inexplicable ausencia de su hija. Para no alterar más a su mujer, Bruno Cornaro decidió telefonar a la comisaría central.

—¿Policía?

—Dígame —respondió el recepcionista.

—Quiero denunciar la desaparición de mi hija.

—¿Quién llama?

—Bruno Cornaro, de la Embajada de Italia.

—Ah, *monsieur* Cornaro, su hija ha estado aquí sobre las once de esta noche.

—¿Cómo dice?

—Ha venido a comisaría y ha preguntado por el comisario Leblanc pero, como este no estaba, se ha marchado sola, según me ha informado mi compañero al efectuar el relevo.

Cornaro no podía dar crédito a lo que acababa de oír: ¿su hija en la comisaría? ¿A cuento de qué fue ella allí a esas horas de la noche sin decirle nada a él?

—Mire usted, son ya más de las cuatro de la madrugada y mi mujer y yo seguimos sin saber nada de nuestra hija, así que quiero denunciar su desaparición.

—Discúlpeme, señor, pero todavía no han transcurrido las horas suficientes para hacerlo.

Bruno Cornaro colgó el auricular nervioso y contrariado. Decidió telefonar a casa de su amigo el comisario Leblanc, aunque tuviese que despertarle a horas tan intempestivas. Seguro que él sí sabría lo que había que hacer. Marcó su número de teléfono y esperó a que descolgara el auricular, pero nadie lo hizo y la comunicación se cortó finalmente. Volvió a intentarlo. Esta vez sí escuchó al otro lado la voz malhumorada de Leblanc, como si acabara de despertarse.

—¿Quién diablos llama a estas horas? —gruñó.

—Siento molestarte, André: soy Bruno Cornaro.

—Hombre, Bruno, perdona que te haya hablado así. ¿Qué te ocurre?

—Verás, Francesca y yo estamos muy preocupados porque a estas horas todavía no sabemos nada de Mafalda. Salió ayer de casa por la mañana, para ir a la Sorbona, y desde entonces no hemos vuelto a tener noticias de ella.

—Es raro, sí... Pero ¿no habrá quedado tal vez con alguien? ¿Una fiesta? ¿Una reunión en casa de amigos...? Ya sabes cómo son los chicos de ahora.

—Mafalda no es así; es muy responsable. De haber quedado con alguien, nos habría avisado.

—Claro, claro...

—Acabo de hablar con la comisaría y el recepcionista me ha dicho que Mafalda ha estado allí esta misma noche.

—No tenía ni idea. Debió de llegar cuando yo ya me había marchado.

—Sobre las once, según ha dicho.

—Efectivamente, yo me fui media hora antes. ¿Y por qué acudió ella a la comisaría?

—Al parecer quería hablar contigo.

—Qué extraño.

—Pues sí que lo es.

—No te preocupes, Bruno. Ahora mismo me pongo en marcha para hacer todo lo que esté en mi mano para encontrarla.

—Sabía que solo podía confiar en ti.

—Gracias, amigo.

Antes de ir a ver a Mora, Da Costa detuvo su automóvil frente a una cabina telefónica para hacer una llamada urgente.

—¿Policía?

—Sí, dígame.

—Soy un vecino del número 36 de la Rue Desaix. Acabo de oír varios disparos en uno de los apartamentos.

Su voz sonó como si estuviera cubierta con un velo.

En cuanto colgó el auricular, Da Costa subió de nuevo al coche y se dirigió a toda prisa a la pensión para hablar con Mora.

Mientras conducía, pensó en lo solo que estaba en el mundo. Cualquiera día le matarían en la calle, o en su propia casa, como a Chaillot, y ni siquiera tendría una viuda y unos hijos que le llorasen, ni a quienes dejarles una pensión. Solo le recordarían vagamente sus compañeros. Él no quería que le sucediese eso.

Una vez en la pensión, el teniente le contó a su compañero que había visto a Leblanc salir del apartamento de Chaillot, donde este le había citado para comunicarle sus sospechas sobre la identidad de Cornelius; y que Chaillot acababa de ser asesinado de tres disparos a quemarropa por el propio comisario.

—Estoy seguro de que Leblanc forma parte de la organización, si es que en realidad no es el mismo Cornelius —dijo Da Costa.

—¿Puedes probarlo?

—Has puesto el dedo en la llaga: no, no puedo.

—¿Entonces?

—No voy a denunciarle de momento. Además, debemos extremar las precauciones, porque puede que haya más policías de la jefatura implicados.

—Necesitamos pruebas y la mejor forma de obtenerlas es siguiendo a Leblanc.

—Exacto.

—¿Quieres que le siga yo?

—Quiero que te conviertas en su sombra cuando no esté en la comisaría.

—Tranquilo, si ese canalla es una hiena, yo seré un tigre.

Víctima de su soledad, Da Costa no había podido dejar de pensar en Nicole desde que aterrizó en París. Entonces se dirigió al teléfono de la pensión para llamar a casa de su amiga Flavia. Estaba nervioso como un colegial enamorado, dudando de si marcar o no el número de la operadora. Finalmente reunió el valor necesario y llamó.

—Señorita, quiero poner una conferencia con Portugal.

—¿Ciudad?

—Lisboa.

—Dígame el número si es tan amable.

—48932.

—Un momento, señor. Ahora mismo le paso la llamada.

Da Costa percibió los pitidos del teléfono, pero antes de que pudiese escuchar la voz de Flavia o de Nicole, colgó el auricular. Después de no atreverse a hablar, se fue a la cama sintiéndose mal consigo mismo.

A la mañana siguiente, cuando Da Costa llegó a la Tour Pointue, el comisario jefe Leblanc había congregado ya a la plantilla de más de un centenar de agentes en la planta baja del edificio para darles la dolorosa noticia.

—Caballeros, lamento comunicarles que nuestro querido camarada y amigo Gérard Chaillot fue asesinado anoche.

Todos absolutamente, entre ellos los tres compañeros asignados al caso Cornelius, prorrumpieron en sonoros lamentos.

Florent quedó sumido en un profundo abatimiento, mientras que Gautier rompió de un guantazo el cristal de una puerta en un acceso de rabia y hubo que venderle el brazo.

Por si fuera poco, Mafalda seguía en paradero desconocido, después de haber estado la noche anterior en comisaría. Se había dado ya orden de búsqueda.

Da Costa estaba ahora seguro de que su desaparición guardaba relación también con la organización de Cornelius. Porque, como ya sospechó tras el asesinato de Dafne, a la que trataban de secuestrar era a Mafalda.

El policía portugués, lo mismo que su compañero Mora, trató de disimular todo lo que pudo ante Leblanc, para no hacerle ver que sospechaba de él, pues el comisario era un hombre muy peligroso.

Se comentaron luego, en corrillos, las circunstancias del crimen de Chaillot.

—Anoche, muy tarde, alguien alertó anónimamente de que había oído varios tiros en casa de Chaillot —dijo el sargento Lacroix, alto y corpulento, como un jugador de primera línea de rugby.

—Una patrulla del turno de noche se presentó allí y descubrió el cuerpo —añadió el cabo Roux, que a su lado parecía un escuchimizado.

—No había señales de lucha, y todo parece indicar que Chaillot dejó entrar a su asesino porque lo esperaba o sabía quién era.

—¿Tú crees que le conocía?

—¿Por qué abrió entonces la puerta a esas horas de la noche?

—Le tienen que haber matado por algo que había descubierto o estaba a punto de descubrir —advirtió Florent, descorazonado.

—¿Quieres decir que es muy probable que su asesinato tenga que ver con el caso Cornelius? —inquirió el sargento Lacroix.

—No tengo la menor duda.

Da Costa callaba. Su mirada, clavada en un punto del espacio, indicaba una intensa actividad interior. Nadie, salvo Mora y él, debía saber que el denunciante anónimo que se hizo pasar por un vecino de Chaillot era él mismo, ni mucho menos que había pisado el escenario del crimen justo después de Leblanc.

—Me pregunto qué pista estaría siguiendo el pobre Chaillot para que lo matasen de esa manera —repuso el sargento.

—Sabíamos que se ocupaba de la investigación sobre el banco Société Crédit Français y de las irregularidades en que había incurrido, pero no podemos precisar nada más —explicó Florent.

Solo Da Costa estaba al corriente de la reunión de Chaillot con el periodista de *Le Figaro*. Sabía que esa misma tarde el ya difunto se había citado con él. Tenía que ponerse en contacto con el reportero en cuanto le fuese posible, evitando que lo supiesen sus compañeros, por si había más infiltrados de Cornelius en la policía, aparte de Leblanc.

Los agentes se preguntaron también por la suerte de Mafalda.

—La hija de Cornaro sigue sin dar señales de vida —comentó Lacroix.

—Bertrand la vio entrar en comisaría anoche, durante su turno de guardia en la recepción —afirmó Roux, sin saber que aquel estaba compinchado con Leblanc.

—¿Y qué dice?

—Dice que ella preguntó por el jefe.

—¿Habló con él?

—No, Leblanc se había marchado ya. Así que la vio salir sola por la puerta principal; igual que Candau, el oficial de guardia a esa hora.

—La hija de Cornaro debió de tropezar después con algún indeseable por la calle.

—¿Alguien que la secuestrase?

—No lo sé; si fuera así, es posible que no tarden demasiado en pedir un rescate.

—Pero ¿quién podría tener interés en secuestrarla?

—Vete tú a saber. Tengo entendido que su padre es diplomático.

—Trabaja en la Embajada de Italia, pero no veo yo que eso sea razón suficiente para secuestrar a su hija.

Da Costa no había dejado de cavilar sobre ese asunto desde la desaparición de Mafalda, aunque la inesperada muerte de Chaillot había supuesto un obligado inciso en sus elucubraciones. Pero ahora retomaba con más fundamento aún sus sospechas. Y sus sospechas recaían sobre Leblanc, no solo como el culpable del crimen de su amigo, sino tal vez como secuestrador o quién sabía si asesino también, a esas alturas, de Mafalda. ¿Por qué abandonó ella sola la comisaría por la noche? ¿No habría sido más lógico que algún policía la hubiese acompañado en un coche celular hasta su propia casa? Algunas piezas no encajaban. ¿Era tal vez Leblanc quien se había encargado de que no coincidieran? Estaban sucediendo demasiadas cosas extrañas en las últimas horas.

Da Costa telefoneó poco después a Guillaume Boucher, responsable de la información financiera de *Le Figaro*.

—Soy el teniente Da Costa. Le llamo de parte de Gérard Chaillot.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Verá, Gérard no podrá acudir a la cita con usted esta tarde.

—¿Le ha ocurrido algo?

—Si no le importa, se lo explicaré todo cuando nos veamos.

—No sé, me resulta un poco raro.

Da Costa consiguió vencer finalmente las reticencias del periodista y quedó en verse con él en su apartamento, situado en la Rue de la Harpe, en pleno corazón del Barrio Latino, muy cerca de la plaza de Saint-Michel. El teniente aparcó su coche a una manzana de allí y se dirigió a pie hacia el edificio histórico donde vivía el reportero. El portal estaba abierto. Como no había ascensor, subió por las escaleras hasta la tercera planta y oprimió el timbre de la puerta. Le abrió un joven risueño, moreno y delgado, que le mostró al sonreír dos graciosos hoyuelos en sus mejillas coloradas.

—Pase, señor Da Costa.

—Gracias, Boucher.

El teniente le siguió por un estrecho pasillo. Al fondo estaba el salón, pequeño pero luminoso, con una hermosa chimenea francesa de esquina con frente de ladrillo, capota de cobre y un anaquel para libros a cada lado, cuyo conducto interior discurría hasta la cubierta de la finca.

—Con el buen tiempo que hace, la chimenea solo sirve para decorar, pero pronto los vecinos tendremos que avisar al deshollinador para que limpie bien el tiro.

—Se debe de estar muy calentito aquí, en invierno.

—Pues la verdad es que sí. Lo que más me gustó cuando alquilé el piso fue precisamente el salón.

—¿Vive solo?

—A veces estoy con mi chica.

—Ya...

—¿Me dirá ahora por qué no ha podido venir Chaillot?

—Le asesinaron anoche.

—¿Qué está diciendo!

Las mejillas del joven palidieron.

—Le encontraron muerto en su casa con tres balazos en la cabeza.

—Tal vez esto tenga alguna relación con el crimen —dijo el periodista, revolviendo nerviosamente en el interior de un pequeño archivador situado en una esquina del salón.

—¿A qué se refiere?

—A las pruebas que vinculan a la Société Crédit Française con la Fundación Solidarité Universelle. Se las iba a mostrar a Chaillot, pero ahora está usted aquí para verlas —dijo, tendiéndole los documentos.

—¿Una póliza de crédito?

—A favor de la Fundación, por importe de medio millón de francos.

—Menuda propina.

—Fíjese en la fecha del préstamo.

—Hummm... Enero de 1949.

—Y en el tipo de interés aplicado: el 0,5 por ciento.

—Caramba, ¿no hay créditos tan baratos para nosotros? Si no me equivoco, el tipo medio de los préstamos a medio y largo plazo ronda el 7 por ciento.

—Y se queda corto. Compruebe ahora los movimientos de la cuenta corriente abierta por la Fundación en el banco.

—¿Dónde?

—En el siguiente documento.

—Ah, sí, aquí está: cuenta número 0193678... No puedo creer lo que veo.

—Pues créalo. La Fundación lleva más de siete años sin pagar ni siquiera los ridículos intereses, por no hablar del principal.

—Y aquí hay tres pólizas más por importe de trescientos mil, doscientos mil y cuatrocientos mil francos, en las mismas condiciones privilegiadas.

—En total, créditos por valor de un millón cuatrocientos mil francos a fondo perdido. ¿Qué le parece, Da Costa?

—Un verdadero escándalo... No es que dude de usted, Boucher, pero ¿estos documentos son fiables?

—Han salido directamente del banco.

—En ese caso, le aconsejo que los guarde en una caja fuerte.

—Eso mismo haré mañana; y sobre todo, después del asesinato de Chaillot.

—Si me permite otro consejo: elija una caja fuerte que no sea de la Société Crédit Française —bromeó Da Costa, para atenuar la tensión.

—Descuide que lo haré.

—Por cierto, ¿sabe el director de su periódico que está investigando este caso?

—Pensaba comentárselo más tarde, cuando hubiese concluido las averiguaciones. Pero ahora sé que debo hablar con Pierre Brisson cuanto antes. Además, lo que acaba de ver es solo una pequeña muestra de las irregularidades cometidas por el banco que preside Armand Mathieu. Pienso demostrar que sus actividades ilegales van mucho más lejos.

—¿Cuánto más lejos?

—Tráfico de armas y de estupefacientes, promoción de conflictos armados entre distintos países, fomento del aborto en todo el mundo...

—Ándese con pies de plomo, Boucher. Nos enfrentamos a una organización muy peligrosa. No dude en pedirme ayuda si la necesita.

Da Costa bajó las escaleras, giró el picaporte del portal y salió a la calle. Mientras caminaba por la Rue de la Harpe en dirección a su vehículo, se llevó la mano al bolsillo de la americana para extraer un papel doblado de su cartera de piel. Lo desplegó y volvió a leer la dirección anotada por Chaillot antes de ser asesinado: «Rue de Rivoli, número 56». Sabía ya que Armand Mathieu vivía allí.

Recordó el último mensaje de Gérard: «Creo que sé quién es Cornelius». No tardó en llegar a la conclusión de que Chaillot sospechaba en realidad de Mathieu. ¿Sería acaso Leblanc el lugarteniente de Mathieu-Cornelius?

Sumido en sus cábalas, no se dio cuenta de que un vehículo le seguía a cierta distancia mientras iba de camino hacia el coche.

La cripta tapizada en rojo escarlata producía escalofríos al verla; igual que el altar de piedra negra en forma de inmenso ataúd. Mafalda contempló horrorizada el retrato de Alfonso XIII, el abuelo de Juanito, cuyo rostro era una calavera negra, carbonizada. El macabro artista no se había conformado con eso: había pintado también una daga clavada en el corazón del monarca, del que manaba abundante sangre roja, en lugar de azul. Mafalda leyó la inscripción: «*Alphonsus XIII, rex mortis*». Y volvió a estremecerse.

Yacía, atada, en una silla de ruedas que Cornelius conducía con suma complacencia de un lado a otro de la cripta de los horrores. Esta vez no llevaba la máscara puesta para ocultar su rostro: era el banquero Armand Mathieu.

—Tú no sabes quién soy, Mafalda, pero yo llevo mucho tiempo oyendo hablar de ti. Ya iba siendo hora de que nos conociéramos.

Cornelius-Mathieu silabeaba las palabras con una voz cálida, cuyo eco resonaba suave y lejano en el techo abovedado de la estancia.

—Oh, Mafalda, cuánto vas a disfrutar contemplando todo lo que he preparado para ti. Eres una criatura tan bella y frágil... No me extraña que hasta los príncipes pierdan la cabeza por ti.

La joven intentaba revolverse en la silla, pero las gruesas correas de cuero fijadas con fuerza a sus muñecas, a la cintura y a los tobillos se lo impedían.

—¡Está usted loco! ¡Suélteme ahora mismo! ¡Llamaré a mi padre, que es amigo del comisario Leblanc! —gritó, desesperada.

—¿Loco yo? Loco por ti.

Cornelius asió suavemente la silla de las empuñaduras de caucho para conducir a su víctima muy despacio, dejando caer el peso de su cuerpo hacia delante y sobre las ruedas, hasta una escultura metálica de tamaño natural.

—Observa a la «doncella de hierro». ¿Verdad que es bonita? Mira su esbelto cuerpo. Si fuese de carne y hueso, como el tuyo, sería maravilloso, ¿no crees?

—¡Es horrible! —exclamó ella.

—Bueno, no tiene tu talle de avispa ni tus sugestivos muslos y senos, pero su interior es tanto o más reconfortante que el tuyo. Ni te lo imaginas...

Mafalda parecía una gacela asustada. Creía vivir una pesadilla peor incluso que la de su profesor de Historia volcado sobre ella en la cama, intentando violarla; solo que ahora Cornelius la martirizaba sobre una silla de ruedas.

—¿Qué se propone hacer conmigo?



—Ya verás cuando te meta ahí dentro.

—¡Qué dice!

El desconcierto de Mafalda, su desesperación y su pánico estimulaban las glándulas salivares de Cornelius, cuyos labios babeaban como la ventosa de un caracol.

—Le suplico que no haga eso —añadió ella.

—No puedo creer que no te guste. Es un sarcófago repleto de pinchos que yo mismo he diseñado para ti. Tranquila, no morirás. Solo las afiladas puntas se clavarán en tus órganos no vitales produciéndote, eso sí, un terrible dolor: en brazos, piernas, abdomen, hombros... e incluso en tus ojos, Mafalda, en los que adivino el cielo desde este infierno que ahora compartimos tú y yo solos.

—Es usted un sádico... Déjeme salir de aquí, se lo ruego.

Cornelius hacía oídos sordos, concentrado en su propio monólogo.

—¿Ves el poste que hay justo al lado?

—¿Qué es eso? —preguntó ella con pavor.

—Fíjate bien en su amplia base circular coronada por una punta no mayor que una de tus uñas pintadas. Te amarraremos debidamente a él con siete cuerdas, cinco de ellas fijadas al techo para poder elevarte, y las dos restantes atadas a tus extremidades y sujetas a los muros laterales para mantenerte en posición horizontal. Permanecerás así suspendida sobre el suelo. Solo podrás apoyar tu redondo culito sobre la punta del poste. No podrás balancearte, ni escapar a ese único punto de sujeción. Pero no te preocupes: aunque estarás desnuda, no pasarás frío. Antes de rodearte con braseros encendidos, impregnaremos tu cuerpo entero con grasa de tocino para que el calor penetre más y mejor por cada uno de tus poros. Ah, y un último detalle, muñequita: como eres tan presumida, colocaremos ante ti un gran espejo para que puedas observar cada una de tus muecas de dolor. Verás cómo arde tu cabello y luego, por este orden, tus manos, hombros, pecho y rostro, hasta que pierdas por completo la visión, pues tus ojos estallarán al contacto con el fuego. ¿No es genial, querida?

Cornelius parecía deslomarse con cada risotada.

—¿Qué le he hecho yo para que me quiera hacer tanto daño? ¡Dios mío, si no le conozco! —sollozaba Mafalda, como si sufriese una terrible alucinación.

Cornelius agarró de nuevo los mangos de la silla y la dirigió lentamente ahora hacia un rincón de la amplia estancia, deteniéndola ante un aparador acristalado con estantes de madera.

—¿Y qué me dices de mi laboratorio químico?

—¿...?

—Verás que hay un montón de frascos de cristal que contienen los venenos más poderosos del mundo: desde «el rey de los venenos», el arsénico, hasta la cicuta, el polonio, el cianhídrico, el talio y el antimonio, pasando por el insecticida E 605, que acabó con la vida de Eduardo Almeida.

—¿Almeida? Tampoco conozco a ese hombre.

—No te preocupes, tenemos tiempo de sobra para ver muchas más atracciones.

Cornelius permanecía ajeno a las palabras de Mafalda, recreándose únicamente en su mundo diabólico y en el sufrimiento de su víctima.

Giró ciento ochenta grados la silla de ruedas y se encaminó de nuevo sin prisa alguna hacia una sala contigua iluminada con lámparas eléctricas, en lugar de antorchas.

—Déjame mostrarte ahora algunas obras de arte que todavía conservo en esta cripta tras vender centenares de cuadros, esculturas y joyas almacenados en el vagón de tren que yo mismo robé a los nazis cuando supe que iban a perder la guerra.

—¿Obras de arte robadas a los nazis? No sé de qué me habla —repuso Mafalda, aturdida.

—El lienzo que tienes delante es del impresionista Edgar Degas y se titula *Plaza de la Concordia*. ¿No lloras al contemplarlo?

Cornelius se comportaba como un gran mecenas del arte, orgulloso de su colección privada, mientras paseaba a Mafalda para que admirase sus tesoros.

—Un poco más allá puedes recrearte si quieres con el retrato de Adele Bloch-Bauer, del artista austríaco Gustav Klimt. Aunque, en honor a la verdad, me hubiese gustado mucho más que Klimt te hubiese inmortalizado a ti, Mafalda. Tengo también obras de Picasso, Miró y Dalí; y esculturas de Edwin Scharff, Otto Braun y Emy Roeder. Y lo que aquí ves no es nada comparado con lo que tengo en el resto de la casa. ¿Te gusta mi museo? No es el Louvre, pero rebosa encanto, ¿verdad?

Mafalda hizo un esfuerzo supremo para preguntar:

—¿Quiere decirme de una vez por qué me ha traído hasta aquí?

Mientras regresaban a la cripta, Cornelius pareció escucharla al fin.

—Creo que ya es hora de que lo sepas: porque eres el amorcito del próximo heredero al trono de España, Juan Carlos de Borbón.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Odio a los Borbones con toda mi alma, o con lo que aún queda de ella.

—¿Por qué?

—El abuelo de tu príncipe es mi verdadero padre.

—¿Cómo lo sabe?

—Mi padrastro me contó la verdad cuando tuve edad para digerirla, o al menos eso pensó él ingenuamente. El muy canalla de Alfonso XIII violó a mi madre y luego la abandonó. La pobre mujer murió a consecuencia del parto.

—No puedo creerlo.

—Pues créetelo, princesita, porque es la verdad. ¿Te imaginas el suplicio que era para mí verme cada día reflejado en el espejo sabiendo que yo era un calco de Alfonso XIII? Me abofeteaba a mí mismo, como si lo hiciera con él, arañándome la cara hasta sangrar.

—Pero usted no se parece físicamente al rey.

—Mi buen amigo Ludovic Dubois, que en paz descansa, me dio el rostro que ahora contemplas tú: ojos color nogal, colocados en sus órbitas; mandíbula normal, sin mentón saliente; nariz más bien respingona, una vez corregida la napia borbónica; pómulos en armonía con el rostro; labios más bien carnosos, para besar con calidez...

—Pues no veo en su cara una sola cicatriz.

—Dubois era el mejor cirujano plástico de Francia.

—¿Era...?

—Lo maté yo con mis propias manos.

—¿En pago por sus servicios?

—Eso ya es otra historia. Dubois no pudo evitar en cambio que yo siga midiendo metro ochenta de estatura y conserve mi complexión delgada. ¿Verdad que me encuentras atractivo? Si pudiera besarte ahora, lo haría de mil amores. Eres tan guapa, cariño...

—Ni se le ocurra ponerme una mano encima.

—¿Quieres que vuelva a sorprenderte?

—Preferiría que no.

—Pues lo haré: fui yo quien encargó a Eduardo Almeida que matase al hermano de tu príncipe, y luego hice envenenar a mi sicario, tapándole la boca para siempre, como a Ludovic Dubois. Solo que al cirujano, como ya te he dicho, le torturé yo con mis propias manos, como ahora pienso hacerlo contigo si no sigues al pie de la letra todas mis instrucciones.

—Es usted el mismo demonio... ¿A qué instrucciones se refiere?

—Calma. Pobrecito Juan Carlos, todavía piensa que él mató a su hermano. Pero se merece sufrir y morir, como todos los Borbones.

—Nunca pensé que existiese alguien tan malvado como usted.

—No merezco ese piropo. ¿Sabías que yo me cargué también al infante Gonzalo y a su hermano mayor, Alfonso?

—Asesino... —musitó ella.

—¿Y que tú tienes la culpa de la muerte de Dafne?

—¿Qué pretende decir?

—Ordené a Alain que se hiciese el encontradizo contigo en las cavas existencialistas de París para traerte luego hasta aquí. Alain, ese muchacho del que ahora deben de estar dando cuenta los peces del Sena, a causa de su imperdonable error, que le costó la vida a tu amiguita al confundirla contigo.

—¡Qué espanto!

Mafalda gemía, sobresaltada, tras escuchar tal cúmulo de atrocidades. Pero Cornelius le reservaba la estocada final.

—Ahora tú eres el cebo que hará venir al príncipe a París. Vas a telefonar a su amigo José Antonio a la Academia de Zaragoza, pues ya me he enterado de que Juan Carlos tiene las llamadas intervenidas. Le dirás que la vida de su padre, don Juan de Borbón, corre serio peligro y que solo logrará salvarle si le cuentas tú misma en

persona el complot para asesinarle en Estoril. Verás cómo al final el pajarito entrará en su jaula.

—¿Y si me niego a hacerlo?

—Como verás, querida, tengo muchas formas para obligarte a hacer esa llamada, y no sabría decirte cuál de todas ellas es la más espantosa.

Don Juan de Borbón volvió a coincidir con Nicolás Franco en el English Bar de Estoril.

—Émile, sírname otro Juan III, por favor —dijo el embajador español en Lisboa.

—Ahora mismo, señor —contestó el barman.

—Habría que darle a Émile un gran premio por este cóctel tan regio —celebró don Juan, palmeándole el hombro.

Nicolás Franco estaba ya un poco achispado. Los dos tercios de ginebra, sumados al toque de vermut portugués seco y al whisky que llevaba el cóctel, empezaban a pasarle factura en su modo de hablar y, sobre todo, en lo que decía.

—¿Cómo está Juanito? —preguntó.

—No demasiado bien, supongo —respondió don Juan secamente.

Nicolás Franco sabía que el conde de Barcelona y su hijo no tenían mucha relación después de la muerte del infante Alfonso. También era consciente de que, si no le decía la verdad, don Juan nunca iba a poder perdonar a su hijo del todo. Pero tenía también muy presente que su hermano el Generalísimo había dado su palabra al gobierno portugués de no revelarle la verdad al conde de Barcelona. El embajador se hallaba así ante una compleja encrucijada.

Al final, gracias al efecto de la bebida, que exaltaba el sentimiento de amistad entre los dos hombres, Nicolás Franco se fue de la lengua, enigmático.

—Me gustaría decirle algo importante, pero no puedo hacerlo.

—¿De qué se trata? —inquirió don Juan, muy serio.

—Lo siento, pero no me está permitido contárselo.

—Entonces, ¿para qué dices nada? —repuso el conde enfurruñado.

—Está bien, yo no he abierto la boca.

—Palabra de rey.

—Su hijo Alfonso...

—¿Qué pasa con mi difunto hijo?

—Murió asesinado.

—¿Qué dices!

—La organización internacional que lo mató pretendía en realidad acabar con la vida de Juanito, que es completamente inocente; ni siquiera se trató de un accidente mientras jugaban con la pistola.

—¿Eres un miserable!

—Le pido disculpas, Alteza, mi hermano le prometió guardar silencio al gobierno

portugués. Es la razón por la que no he podido decírselo.

Don Juan pareció ya algo más calmado.

—Si hay una conspiración, entonces Juanito sigue estando en peligro.

—Tranquilo. Hay una operación policial a escala internacional y se espera una pronta desarticulación de la organización. Mientras tanto, mi hermano ha dispuesto todo lo necesario para proteger al príncipe.

Don Juan pensó, pero eso no se lo dijo ya al embajador, que su primogénito no debía seguir soportando esa carga moral sobre su conciencia. Se lo contaría todo personalmente lo antes posible.

A los portugueses, obviamente, les convenía mantener a don Juan en la ignorancia del complot, porque si este llegaba a destaparse, el conde de Barcelona se enteraría de que los servicios secretos portugueses habían infiltrado a Da Costa en Villa Giralda, haciéndole pasar por Eugenio Mosteiro, para espiarle. Y eso sería un escándalo monumental.

El gobierno español, por su parte, había mantenido el asunto en secreto porque así se lo había pedido Salazar, a quien Franco debía muchos favores: entre ellos, permitir el paso por su territorio de hombres y material bélico en apoyo de la sublevación del 18 de julio de 1936; la presencia de voluntarios portugueses, los llamados «viriatos», para combatir en las filas del Caudillo durante la Guerra Civil; el hecho de que Portugal reconociese oficialmente al gobierno franquista en abril de 1938, y que al año siguiente ambos países firmasen un tratado de amistad y no agresión, conocido como «Pacto Ibérico». Y, por si fuera poco, el gesto elocuente de que Franco realizase su primer viaje oficial como jefe de Estado a Portugal, en 1949.

Da Costa necesitaba una orden judicial para registrar el domicilio de Armand Mathieu. Sospechaba que el banquero mantenía allí secuestrada a Mafalda. Pero esa orden debía solicitarla al juez el propio comisario jefe Leblanc. Decidió entonces actuar por su propia cuenta y dirigirse él solo a casa de Mathieu. Cuando se disponía a abrir la portezuela de su coche, Leblanc le estaba ya esperando.

—Acompáñeme —le indicó.

Da Costa subió, reticente, al Renault de Leblanc, instalándose en el asiento del copiloto. No se atrevió a negarse. Todavía no estaba seguro de si le había descubierto.

—¿Adónde nos dirigimos?

—Estoy convencido, Da Costa, de que usted y yo hemos llegado a la misma conclusión.

—¿Usted cree?

—Ambos sabemos por qué han matado a Chaillot.

—¿Por qué?

—¿Me toma por tonto? Soy bastante más listo de lo que usted cree.

—Dígame entonces por qué han asesinado a Chaillot.

—Muy sencillo: Gérard había descubierto a Cornelius.

Da Costa tenía todos los músculos en tensión, como resistentes poleas. Temía que el comisario desenfundase su pistola en cualquier momento y le matase. El coche se detuvo poco después frente a la dirección de la residencia de Mathieu.

—Baje, Da Costa. Usted y yo vamos a proceder a la detención de Armand Mathieu, alias *Cornelius*. ¿A que habíamos tenido la misma idea?

Da Costa estaba ahora seguro de que en cuanto bajase del vehículo sería hombre muerto.

Da Costa se apeó del coche, con Leblanc a sus espaldas. El teniente trataba de controlar los movimientos del comisario con la mirada, girando levemente su cabeza con disimulo. Leblanc llevaba la mano derecha demasiado pegada a la cintura, como si fuese a desenfundar su arma de un momento a otro. Entonces se oyó un violento frenazo unos metros detrás de ellos. Da Costa se dio la vuelta y observó con inmenso alivio que era un coche de la policía, del que salió su compañero Mora como un rayo.

—Supuse que necesitaban refuerzos —dijo el brigada español, casi sin aliento, como si acabase de llegar a la meta tras una disputada carrera.

—¿Cómo sabía que estábamos aquí? —repuso el comisario, sorprendido.

Da Costa se anticipó a su respuesta.

—Yo le informé de mis planes, pidiéndole que me acompañase antes de que usted me invitara tan amablemente a subir a su coche. Mathieu es demasiado peligroso y creí prudente avisar a más compañeros. Deberíamos solicitar también una orden judicial para el asalto.

Leblanc dejó de fruncir el ceño y reaccionó positivamente.

—Tiene razón, Da Costa. Hablaré ahora mismo con el juez Broussard desde el teléfono-patrulla.

Poco después, tras obtener el permiso verbal de su magistrado amigo, Leblanc reunió a ocho hombres frente a la casa de Mathieu; entre ellos, los agentes Florent, Gautier y Jean-Ives. El presidente del banco vivía en un gigantesco ático cuya terraza daba la vuelta completa al lujoso edificio de apartamentos. Si se miraba hacia arriba, podía verse el sólido enrejado desde fuera.

Los policías tomaron posiciones para proceder al asalto, siguiendo las instrucciones de su jefe. Consiguieron penetrar en el portal, tras identificarse ante el conserje.

—¿Está el señor Mathieu en su domicilio? —preguntó Florent.

—Puedo llamarle para comprobarlo.

—Ni se le ocurra avisarle —ordenó el agente, haciendo como que sellaba sus labios con el índice.

Dos agentes subieron por la escalera principal, y otros dos por la de servicio. Leblanc, Da Costa y Mora utilizaron un antiguo y señorial ascensor, y la pareja restante empleó el montacargas. De esta manera cubrieron todos los accesos posibles. Cuando el ascensor se aproximó al último piso, los tres ocupantes sacaron sus revólveres ocultos tras las americanas.

Llegaron hasta arriba y esperaron a que se reuniesen los cuatro grupos: Da Costa, Mora y Leblanc, los agentes que subían por las dos escaleras y los del montacargas. Una vez todos juntos, se colocaron frente a las dos puertas de la vivienda, la principal

y la de servicio. Y las forzaron sin violencia, haciendo el menor ruido posible. Eran nueve hombres en total los que irrumpieron en el ático, avanzando con lentitud y cubriéndose unos a otros. Después de recorrer el piso entero —pasillos, salones, dormitorios, cocina, cuartos de baño y la enorme terraza— comprobaron que no había allí ni un alma. Parecía que Mathieu se estuviese burlando de ellos desde un cuadro que le retrataba sonriente en medio del salón principal de la casa.

Juan Carlos y José Antonio Andrade llegaron en un DC-4 de Iberia al aeropuerto de Orly, en París. Los dos amigos habían acudido allí con presteza tras la llamada de Mafalda a la Academia de Zaragoza, efectuada el día anterior.

Consciente de que no podía telefonar directamente a Juanito a raíz de la prohibición impuesta por su preceptor, Mafalda siguió escrupulosamente las instrucciones de Cornelius-Mathieu, mientras este le encañonaba la sien izquierda con un pistolón. La joven se hizo pasar así ante el recepcionista por una amiga de José Antonio Andrade y le transmitió luego a este un sorprendente mensaje destinado al príncipe Juan Carlos. Notoriamente alterada, le hizo saber que había averiguado la existencia de una conspiración secreta contra la familia de los Borbones, y que la vida de su padre, el conde de Barcelona, y tal vez la del propio Juanito podían correr peligro. Añadió que había reunido varias pruebas que el príncipe debía ver en persona cuanto antes, para poder valorarlas y tomar las medidas oportunas. Por ello rogó a José Antonio que se citaran ella y Juanito al día siguiente, sábado, a las tres de la tarde, en la plaza Vendôme, junto a la columna del mismo nombre. Juanito debía acudir solo, pues por el momento era mejor mantenerlo todo en secreto y extremar las precauciones.

Cuando José Antonio le transmitió la noticia a Juan Carlos, este no lo dudó ni un instante y decidió viajar a París para ver a Mafalda. José Antonio insistió en acompañarle, pues pensaba que la cita podía entrañar algún riesgo. Recordó además las órdenes recibidas del director de la Academia, el general Emilio Alamán Ortega, quien le había dicho con su habitual seriedad con motivo del ingreso de Juanito en la enfermería: «Sé que está usted como una rosa, Andrade, pero es preciso que alguien de confianza acompañe en todo momento al príncipe». Con más motivo aún propuso él ahora al príncipe mantenerse a distancia, por si sucedía algún imprevisto, para serle útil. Ambos aprovecharon el permiso de fin de semana en Zaragoza, donde Juanito tendría que sortear la presencia de sus escoltas, convertidos en su sombra permanente durante sus estancias en la ciudad. Luego se las arreglaría con su amigo para alquilar un coche veloz y presentarse en el aeropuerto de Barcelona con el tiempo justo para tomar el primer vuelo hacia París y llegar a tiempo a la importante cita.

En el aeropuerto de Orly, siguiendo lo previamente acordado, Juan Carlos y José



Antonio tomaron cada uno un taxi hasta la plaza Vendôme. Una vez allí, Juanito se situó junto a la columna, tal y como había quedado con Mafalda, mientras José Antonio le vigilaba a una prudente distancia. Mafalda aún no había llegado, aunque faltaban todavía unos minutos para que diesen las tres de la tarde en su Rolex modelo Datejust, el primer cronómetro con mecanismo automático de cambio de fecha. Apoyado en la columna de veintitrés metros de altura, erigida por Napoleón, y con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón, Juanito sentía ansiedad por conocer las noticias que tanto le intranquilizaban, y por reencontrarse con Mafalda, pues, aunque hubiesen tenido que romper su noviazgo por razones de Estado, él seguía amándola.

Desde la columna, observó el glamour de las fachadas de los edificios, antiguos *hôtels particuliers*, que se remontaban al reinado de su antepasado francés Luis XIV, cuando se construyó la plaza con esa particular forma octogonal para servir de cobijo a su estatua. En una de las esquinas de la plaza divisó el hotel Ritz, en cuya tercera planta fijó su residencia Cocó Chanel, en 1937. Juanito sonrió al recordar que a Mafalda le encantaban sus perfumes, especialmente el número 5, cuyo tapón se había inspirado en la forma octogonal de Vendôme.

Justo a la hora señalada, un hombre con vestimenta de chófer se acercó discretamente a Juan Carlos.

—Disculpe, señor, la señorita Cornaro no ha podido venir, pero me envía para que le lleve hasta ella.

Un poco extrañado, pero sin pensárselo mucho, Juanito respondió lacónico:

—Está bien.

El príncipe le acompañó hasta un radiante Mercedes 300SL Gullwing, de color negro y motor de seis cilindros en línea, aparcado junto a la acera. Juanito subió a la parte trasera del automóvil, que el conductor se dispuso a poner en marcha.

Aquella tarde, el comisario Leblanc caminaba nervioso y apresurado por las calles de París, en estado de máxima alerta. Pese a que desde su privilegiada atalaya de la comisaría de policía había estado controlando todo el tiempo la investigación del caso Cornelius, no había podido evitar que el teniente Chaillot, atando cabos, llegase a sospechar finalmente del banquero Armand Mathieu. Por esa razón había tenido que eliminarle, pero no había contado con que Da Costa llegaría a la misma conclusión que su difunto compañero. Solo la inesperada aparición del brigada español Mora le había impedido acabar también con él. Por eso creía que Da Costa y Mora podían estar vigilando ahora cada uno de sus movimientos.

Al comisario le habían adiestrado en el seguimiento de sospechosos. Sabía distinguir de ese modo perfectamente las señales cuando alguien iba tras él, así como los distintos tipos de acciones elusivas que era preciso realizar para despistar a sus perseguidores. Todo eso se proponía comprobar él ahora.

Se detuvo frente a los escaparates de una lujosa tienda de los Campos Elíseos y observó los reflejos, buscando a alguien conocido que se cubriese el rostro con el sombrero o con un periódico, pero no vio a nadie sospechoso. Cruzó la amplia avenida, lanzándose entre un tranvía y el carro de un panadero, y corriendo entre los coches hasta llegar a las dos estatuas ecuestres que había en el exterior del Palais de la Découverte. Rodeó las estatuas y giró luego con energía sobre sus talones para reemprender el camino recorrido. Siguió apretando el paso por la avenida hasta observar a una muchedumbre que salía y entraba de la boca del Metro. Escabullido entre ella, bajó las escaleras. Pasó el control de billetes y llegó hasta el andén, cerciorándose de que nadie le seguía. Esperó entre la gente la llegada del vagón y en cuanto este se detuvo en la vía abriendo sus puertas de par en par, se introdujo rápidamente en él; pero salió de un salto segundos antes de que se cerrasen. Fue hacia otro andén y tomó el coche siguiente. Antes de llegar a su destino, se apeó en una estación al azar y salió de nuevo a las calles. Cogió a toda prisa un taxi al que hizo detenerse poco después. Mientras callejeaba por los arbolados bulevares de una acomodada zona residencial, hasta desembocar en el bulevar Haussmann, con más de dos kilómetros de longitud, su mente se transportó unos años atrás, a la época de la ocupación alemana, cuando conoció al hombre que ahora se hacía llamar Armand Mathieu.

Leblanc era entonces un funcionario del régimen de Vichy: el secretario general de la prefectura de Gironda, con capital en Burdeos. Desde ese puesto, se encargó de la deportación de millares de judíos franceses a los campos de exterminio nazis. Fue entonces cuando entabló contacto con un destacado miembro de la Carlingue, la llamada Gestapo francesa. Su nombre: Charles Renaud. Y, a partir de entonces, iniciaron ambos una fructífera colaboración. Juntos crearon una organización secreta que se enriqueció rápidamente con los ingresos obtenidos sobre todo de la extorsión y del asesinato por encargo. Asaltaban también juntos los domicilios particulares de sus víctimas. Se fijaban en una casa que parecía ser un buen partido. Uno de ellos se acercaba a la puerta y llamaba. Si alguien salía a abrir, se limitaba a preguntar una dirección. Si no había nadie, iban a la parte posterior, forzaban una puerta y limpiaban los salones y los dormitorios. Algunas veces solo encontraban unos centenares de francos, pero en cuatro ocasiones se hicieron con un botín de más de cuarenta mil. El dinero de Cornelius le ayudó a mantenerse en su puesto tras la liberación de Francia. Leblanc aparentó ser gaullista y se salvó de las depuraciones.

Cornelius sabía muy bien que para prosperar en una carrera de crímenes un hombre necesitaba amigos poderosos. Ahí radicaba la diferencia entre el éxito y el fracaso, entre un vulgar delincuente callejero y el rey del crimen. Su mayor astucia, según Leblanc, era la diplomacia. En esto se llevaba la palma. Opinaba que las negociaciones, los compromisos y las maniobras eran el mejor modo de cerrar un trato. Pero si pensaba que la mejor solución consistía en asesinar, asesinaba. Cuando podía, prefería usar la razón y los medios pacíficos para conseguir sus propósitos.

Recordaba que una vez le dijo: «No somos políticos, pero hemos de meternos en política; es el único modo de sobrevivir. La política es el método de poder actual».

Y utilizaba la política para conseguir lo que quería.

El comisario Leblanc echó ahora una última mirada hacia atrás, comprobando una vez más que nadie le seguía. Se estaba aproximando a una suntuosa villa en la Rue Dumont d'Urville. Al llegar a la alta verja de hierro forjado, pulsó el botón del intercomunicador y dijo, jadeando:

—Soy Leblanc. Estoy solo. Ábreme.

Instantes después, un hombre fornido y rapado le abrió la verja, franqueándole el paso. El jardín y la casa tenían un encanto especial, que de ningún modo hacían pensar que en su interior se albergase el mismo infierno. Para los ojos cansados de la aridez de la ciudad, todo aquello era un verdadero remanso de paz. Los abetos erguían sus cúpulas verdes, y los arriates floridos por la primavera estaban repletos de tonos lilas, azules y rosados. Leblanc atravesó el césped azul de salvia y entró en la mansión. Subió la balaustrada de la escalera, que parecía de encaje. Todo allí era suntuoso: los cuadros, de los mejores artistas; las porcelanas, de Sajonia, Sévres y Capo di Monte; la cristalería, de Bohemia; las estatuas, de marfil; los bronce, de Pompeya.

El comisario llegó al salón del primer piso. Deslumbraba por su magnificencia y artística combinación de luces, grandes espejos, columnas de pórfido y jaspes de una sola pieza, divanes de talla dorada forrados de brocado de Lyon y una estatua colosal que sostenía la péndola de un reloj. Era como disfrutar del paraíso en pleno averno.

El chófer de Mathieu conducía a Juan Carlos por las calles de París. Al cabo de un rato llegaron a la misma villa de la Rue Dumont d'Urville en la que hacía poco había entrado Leblanc.

Avisado de la llegada de Leblanc, Mathieu abandonó la cripta subterránea donde mantenía secuestrada a Mafalda y subió en el ascensor interior hasta el salón, dos plantas más arriba.

—¿Qué me cuentas, André?

Mathieu reparó enseguida en su rostro alterado.

—¿Cuántos Gimlets te has bebido ya? —añadió.

—Todavía ninguno.

—¿Alguna cura etílica?

—No estoy para bromas.

—Tranquilízate, querido —dijo Cornelius, en tono paternalista.

—Tenemos que largarnos de aquí.

—¿Qué pretendes decir?

—La policía ya sabe quién eres.

—Pero tú eres la policía, comisario jefe Leblanc.

—Tuve que deshacerme de Chaillot, porque andaba pisándonos los talones.

—Lo sé... ¿Y no puedes seguir haciéndolo con todo aquel que trate de incordiarnos? En eso reconozco que eres el mejor... después de mí, claro. —Sonrió.

—Pero ahora el policía portugués y el español sospechan también de mí. Es solo cuestión de tiempo que descubran mi pertenencia a la organización.

—Hummm... Veo que estamos acorralados.

—Pues sí.

—Entonces no tenemos otra opción que escapar.

—El problema es cómo organizamos la huida en tan poco tiempo.

Cornelius volvió a sonreír.

—¿Se puede saber de qué te ríes ahora?

—Antes eras más rápido de reflejos.

—¿Acaso tienes un plan?

—Por supuesto: un bimotor DC-3 reluciente nos estará esperando en un aeródromo privado para conducirnos hasta el cielo. Por cierto, ¿puedo llamarte ya «excomisario»?

—Tú eres el jefe, además de un genio.

—Siempre he sido ambas cosas, y siempre las seré —se jactó con sarcasmo.

—¿Cuándo partiremos?

—Esta misma noche.

—¿Adónde?

—¿Qué tal a Petrópolis?

—¿Dónde?

—Huy, te veo muy flojo en geografía. Petrópolis, la ciudad fundada por el emperador Pedro II en el estado de Río de Janeiro.

—¡Brasil!

—En lugar de Gimlet, podrás beberte allí cataratas de caipirinha, como las de Igauzú, en la frontera de Argentina y Brasil, las cuales podremos contemplar también desde las pasarelas de la Garganta del Diablo. Nosotros viviremos allí a lo grande; no iremos a morir, como Stefan Zweig.

—No me digas que ya has encontrado casa.

—Palacete, más bien, en las montañas de la Serra dos Órgãos, rodeados de selva virgen y de bellas muchachas con las que bailar sambas y contagiarnos del fuego verde de las caipirinhas.

—Veo que has pensado en todo.

—¿Acaso no lo hago siempre? Mi querido Leblanc, el dinero todo lo puede. No es una despedida para siempre de París. Tal vez algún día volvamos aquí con otro rostro y con otra identidad.

Mientras ambos descendían en el ascensor hacia el sótano, Cornelius añadió, como si obedeciese ciegamente a la última voluntad de su madre:

—Antes de huir tengo que culminar la venganza contra el nieto de Alfonso XIII, que está a punto de llegar.

El chófer de Mathieu aparcó el Mercedes en el interior del recinto ajardinado. Juan Carlos y él se apearon del vehículo.

—¿Dónde está la señorita Cornaro? —preguntó el príncipe, inquieto y suspicaz.

—Dentro de la casa.

—¿De quién es esta casa...? ¡Aquí no vive Mafalda!

—No se preocupe, está todo en orden. Ella le está esperando dentro.

—Esto no es en lo que quedamos. Si no me da ahora mismo una explicación convincente, me negaré a entrar.

—¿Le parece poco convincente esta pistola? —dijo, apuntándole al pecho con ella.

Juanito acababa de darse cuenta de que había caído en una trampa; que le habían atraído hasta allí con engaños, aunque no entendía qué papel jugaba en todo eso Mafalda. El conductor le obligó a avanzar delante de él con los brazos en alto, hasta llegar al porche de la casa, donde les aguardaba otro matón armado, que tampoco se anduvo con rodeos.

—Vaya hacia delante despacio. Si hace algún movimiento en falso o si yo tropiezo, no tendré más remedio que volarle la tapa de los sesos. Así que tenga cuidado. ¿Lo ha entendido?

Juan Carlos asintió con cautela. Al hacerlo, notó que el cañón de la pistola le restregaba la espalda.

El chófer volvió al coche. De pie y apoyado en el vehículo, vigilaba el jardín

arbolado y lleno de setos. Sacó un paquete de almendras y empezó a comérselas de dos en dos.

Dentro había otros dos esbirros sentados a una mesa, fumando y jugando a las cartas. El que vigilaba el porche no había dejado de encañonar al príncipe ni un instante.

—Vamos —le indicó, empujándole con el arma.

Bajaron por unas escaleras y atravesaron luego unos pasadizos largos, estrechos y turbios: túneles sin fin, madrigueras, nidos de murciélagos, cuevas de osos. Juan Carlos caminaba delante, erguido, sin dejar de sentir el contacto del cañón de la pistola en el centro de su espina dorsal.

Uno de los sicarios que jugaba a las cartas salió fuera a tomar el relevo del que vigilaba el porche.

Poco después, se oyó el sonido estridente de la bocina de un automóvil. El guardián del porche gritó al chófer:

—¡René!

Nadie contestó.

—¡René! ¿Estás ahí? —insistió.

El gorila bajó entonces al jardín para comprobar lo que ocurría. Se aproximó al coche, pistola en mano, sin dejar de mirar a un lado y otro de la enorme parcela. Vio entonces al chófer desplomado en el suelo, junto al automóvil. Tenía las muñecas y los tobillos amarrados con una soga; comprobó que estaba también amordazado y sin sentido. Mientras le examinaba agachado, alguien le golpeó con violencia en la cabeza y perdió también la consciencia.

Desde dentro, el esbirro que aún quedaba en pie observó, a través de la cristalera, a un hombre desplazarse velozmente agazapado hacia la entrada. Casi tan rápido como una sombra fugaz. Le disparó varias veces, pero no consiguió alcanzarle.

Aprovechando el desconcierto causado por el tiroteo, Juanito propinó un codazo al hombre que le encañonaba por los pasadizos, dejándole fuera de combate con una llave marcial y apoderándose de su arma.

Nunca agradeció tanto las clases particulares de judo que le acreditaban ya como cinturón negro.

Entretanto, su amigo José Antonio, al que le había sorprendido el tiroteo escondido tras un seto del jardín, se dispuso también a entrar en la casa. Pero entonces sintió hundirse el cañón de una pistola en sus riñones.

—Si das un paso más, te liquido. Cuidado, que escupe plomo —oyó a alguien decirle por la espalda con un mal acento francés.

Tras eludir los disparos, Da Costa rompió de una patada la cristalera e irrumpió en la casa. Una lluvia de balas, proveniente del último secuaz, volvió a rozarle el cuerpo. Hubo un intercambio de disparos y el guardaespaldas de Mathieu cayó al

suelo herido de muerte.

Poco después, Da Costa vio entrar a un hombre con los brazos en alto, encañonado por Mora.

—Fuera está despejado —indicó el brigada español.

Da Costa preguntó en francés al detenido:

—¿Dónde están los demás?

—No le entiendo —contestó este en castellano, algo aturdido.

—Nosotros somos policías... Pero ¿tú quién eres? —inquirió Mora.

—Me llamo José Antonio Andrade y soy compañero del príncipe Juan Carlos en la Academia de Zaragoza. He venido para cubrirle las espaldas.

—¿El príncipe está aquí?

—Me temo que sí.

—Tenemos que encontrarle como sea antes de que Mathieu acabe con él.

Mientras tanto, Juanito había llegado al final del pasadizo, hasta un descansillo desde el que podía observar, unos metros más abajo, la cripta donde se reunía la organización de Cornelius. Las antorchas iluminaban a Mafalda, haciéndola parecer un espectro atrapado en un artilugio mecánico letal. El eco del hablar pausado y complaciente de Cornelius era claramente perceptible desde su posición.

—Oh, *madame* Guillotine, ¿o debo llamarla, *madame* Cornaro...?

La risa estentórea de Cornelius no era de este mundo. A su lado, Leblanc vigilaba la estancia.

Mafalda yacía sobre una plancha maciza de madera de cedro, inmovilizada con argollas en pies y manos, una mordaza y un yugo en la cabeza. Colgado del techo, un cable trenzado de acero, de unos ocho milímetros de grosor, sostenía en un extremo una gran cuchilla en forma de medialuna. Juanito observó con espanto que la hoja afilada iba acercándose cada vez más al cuello de Mafalda, balanceándose en el aire con la velocidad y la fuerza de un botafumeiro.

—Ahora, la lámina de la guillotina, que pesa cuarenta kilos, se encuentra a cuatro metros de altura, pero dentro de quince minutos más o menos te habrá cortado de cuajo tu hermosa cabecita —añadió Cornelius, mirando el reloj acoplado a la máquina que él mismo había puesto en marcha.

Cornelius se moría de emoción por saber si el príncipe llegaría a tiempo de salvar a su princesa, ofreciéndose él como víctima inmolada en la guillotina al estilo de su antepasado Luis XVI.

Juanito solo podía ver a Mafalda, pero seguía escuchando el macabro monólogo de Cornelius.

—Juan Carlos de Borbón debe estar a punto de llegar. René ha ido a buscarle hace ya tiempo a la plaza Vendôme. ¿Sustituirá al final su borbónica cabeza por la tuya, Mafalda? Reconozco que esa incertidumbre me causa un inmenso placer. No sé

todavía si cortaré hoy una o dos cocorotas. En cualquier caso, tú no sufrirás excesivamente como el pobre Alain, gaseado como una rata. Una vez aplicado el tajo a tu cabeza, no creo que tu cerebro tarde más de diez segundos en consumir toda su provisión de oxígeno y te haga perder la consciencia. He consultado documentos sobre algunas ejecuciones durante la Revolución francesa y hablan de movimientos de cejas y de ojos hasta treinta segundos después de la decapitación. Pero es posible que se tratase solo de reflejos post mortem. Tranquila, más que por el corte, empiezas a sufrir ya por la tremenda incertidumbre de si morirás o no. Ya solo te quedan doce minutos. Y luego nos largaremos tú y yo solitos al aeródromo que hay junto al castillo de Fontainebleau, ¿verdad, Leblanc?

Juanito echó un vistazo al fondo del pasadizo que le había conducido hasta allí, pero no vio a nadie. Ni rastro de José Antonio. Tendría que arreglárselas solo para impedir que aquel ser depravado acabase con la vida de la mujer a la que aún amaba.



Juanito tenía que descender a la sala sin ser visto para sorprender a Cornelius y Leblanc. No estaba seguro de que ambos fuesen armados, pero tampoco debía descartarlo. La maniobra que se disponía a realizar encerraba un peligro máximo. No se parecía, por desgracia, a los ejercicios de combate en la Academia, o a las batidas de caza con su padre por los cotos privados de Estoril. Nada de ensayos ni esparcimientos, sino un asalto real de cuyo éxito dependían nada menos que dos vidas humanas: la de Mafalda y la suya. Vino entonces a su memoria la escena en la que Errol Flynn se lanzaba en paracaídas sobre Birmania con la misión de destruir una emisora de radar japonesa, durante la Segunda Guerra Mundial. Había visto montones de veces esa película y cada vez le gustaba más. Cumplido el objetivo, el avión que tenía que sacarle de allí junto con sus compañeros no llegó nunca. Fue terrible. Tuvieron que recorrer más de ciento cincuenta millas infiltrados en las líneas enemigas, en medio de un calor sofocante. Pero ahora el calor era real. Juanito notó cómo el sudor le resbalaba por la espalda y le empapaba la camisa. El corazón le latía acelerado y tenía que parpadear para quitarse las gotas de sudor de los ojos, secándoselas con la manga. Buscó en los bolsillos del pantalón hasta encontrar una moneda de dos pesetas y media con la efigie de Franco. Sin pensárselo dos veces, la arrojó con fuerza al otro lado de la sala para hacer ruido y desviar la atención de sus enemigos. Aprovechó que ambos miraban en aquella dirección para descender a las entrañas de la cripta.

Una vez en ellas, se desplazó agachado entre los aparatos de tortura. Mafalda le vio y no pudo creerlo; por un momento cruzaron sus miradas. El príncipe buscaba la distancia adecuada para tener a tiro a Cornelius y a Leblanc. Se ocultó tras una columna; extendió el brazo derecho y apuntó con su pistola.

Pero justo en ese instante Leblanc, de espaldas a Juanito, vio su imagen reflejada en el espejo de un viejo armario de roble. Juan Carlos disparó milésimas de segundo después de que el comisario se hubiese tirado al suelo, eludiendo el proyectil. Cornelius abrió fuego contra el príncipe, pero sus balas rebotaron contra la columna que le protegía.

El comisario aprovechó para rodear la posición de Juanito sin ser visto por este, demasiado ocupado en que no le alcanzaran las balas de Cornelius. Ahora Leblanc estaba a su espalda. Y, antes de que el príncipe se diese cuenta, le embistió como un toro bravo. Se produjo una pelea. Rodaron por el suelo. Juanito estaba en forma, era fuerte y atlético, pero no pudo contrarrestar los casi noventa kilos de peso de su rival ni su mayor experiencia en la lucha cuerpo a cuerpo. El comisario le golpeó repetidamente en la cara con un puño que parecía un pilón, hasta hacerle perder el conocimiento.

—¡No le mates! —chilló Cornelius.

—¿Qué falta nos hace ya? —repuso Leblanc, agotado y sudoroso.

—¿Cómo dices eso! ¿Quieres privarme del inmenso placer de hacerlo yo mismo, utilizando el machacador de cabezas?

—Pero ¿no ibas a intercambiarle por la chica en la guillotina?

—He cambiado de opinión.

—¿Entonces...?

—Mafalda morirá y Juan Carlos también, pero le mataré yo lentamente. Me ayudarás a introducir su cabezota en el aparato de hierro. Mediante un rodamiento se la apretaré poco a poco accionando la manivela de la parte superior, mientras él mantiene su barbilla inmovilizada en el tope de abajo.

—¿Cómo puedes pensar tan rápido?

—Pienso, luego existo, que decía Descartes. El problema es que los demás no pensáis tanto ni con la agilidad con que yo lo hago. Mira si no a la chica agonizante, y a su principito besando el suelo. ¿Crees que si hubiesen pensado con sensatez estarían ahora aquí, a las puertas del infierno? Ya verás cuando el Borbón vuelva en sí y le coloquemos en el machacador: sus dientes le estallarán o tal vez se le claven en los huesos de su mandíbula, los ojos se saldrán de sus cuencas por la brutal presión sobre el cráneo, y es posible incluso que parte de la masa encefálica empiece a brotarle por los oídos.

—¿Cómo eres tan malvado?

—Oh, querido, por un momento he pensado que eras tú el mismo Frankenstein diciéndome a mí que yo era un botarate.

—¿Cuánto tiempo le queda a la chica?

—Cinco minutos y... ¡zas!

Los disparos habían alertado a Da Costa, Mora y José Antonio mientras recorrían los túneles que, como bocas de lobo, conducían hasta el sótano. Los tres corrieron hacia la sala donde se había producido el tiroteo, temiéndose lo peor. En su carrera, José Antonio tropezó con el cuerpo del matón que seguía inconsciente en el suelo, del que poco antes se había deshecho Juanito. José Antonio trastabilló con los pies de aquel hombre y, al caer, se dio contra la rugosa pared y se abrió la ceja derecha.

—Toma un pañuelo y apriétatelo bien —le dijo Da Costa.

Llegaron al descansillo en el que desembocaba el corredor. Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad. Asomados discretamente, distinguieron a Mafalda en el artilugio de tortura y al magullado Juan Carlos, atado y amordazado muy cerca de ella. Vieron cómo Leblanc le volcaba un cubo entero de agua helada en la cabeza para reanimarle y que pudiese asistir a la agonía final de Mafalda. Juanito dio un respingo en el suelo, se frotó los ojos y agitó los dedos de los pies para reactivar la circulación. El tiempo corría inexorablemente en contra de la joven. La hoja afilada

debía encontrarse a tan solo veinte centímetros de su sedoso gaznate.

Los tres hombres mascularon el siguiente paso que dar.

—Lo mejor sería esperar a que se pongan a tiro, y dispararles desde esta distancia —propuso Da Costa.

—Desde aquí solo tenemos una franja de visión de lo que hay abajo. Puede que no se pongan los dos a tiro —objetó Mora.

—Lo primero que deberíamos hacer es detener el mecanismo de la máquina de tortura en la que Mafalda está atrapada; es posible que podamos cortar la conexión de un balazo. Pero hay que ser muy certero. Si fallamos, será su fin —advirtió José Antonio, metiéndose el pañuelo ensangrentado en el bolsillo del pantalón.

Sin pensárselo dos veces ni consultarlo con los dos policías, José Antonio abrió fuego contra el artilugio y milagrosamente logró detenerlo justo cuando la cuchilla rozaba ya casi la garganta de Mafalda. Pero su disparo alertó a Cornelius y Leblanc. Da Costa y Mora saltaron desde las escaleras. Se produjo un intenso tiroteo. Las balas pasaron silbando en ambos sentidos. Leblanc resultó herido en un brazo, pero tuvo arrestos suficientes para lanzarse sobre el portugués antes de que le diese tiempo a volver a disparar. Da Costa y Leblanc se enzarzaron en una lucha titánica. El comisario arremetió contra su oponente con la fiereza de un oso herido. Agarró con sus enormes manos, que parecían tenazas, la cabeza de Da Costa y la presionó como si fuese a reventar una nuez. Pero un hábil puñetazo del teniente en los riñones del comisario le permitió desembarazarse de él. Da Costa le dio a continuación con toda la puntera de sus zapatos en los testículos. Leblanc se dobló, retorciéndose de dolor. Luego lo agarró por los pelos y tiró de la cabeza hacia abajo mientras le propinaba un rodillazo en la cara, partiéndole la mandíbula. Leblanc perdió el conocimiento con la cara ensangrentada.

José Antonio estaba liberando a Mafalda del suplicio. Abrió las argollas que sujetaban sus pies y manos, la despojó de la mordaza y desencajó finalmente su delicado cuello del yugo opresor. Ella se abrazó a él, rompiendo a llorar. No podía dejar de temblar. Tenía la voz quebrada y tampoco podía hablar. Poco después, José Antonio consiguió liberar también a Juanito de las ligaduras y de la mordaza.

Mora perseguía a Cornelius, a punto de atraparlo. El agente le disparó mientras huía, pero no logró alcanzarle y Cornelius desapareció de repente, como por ensalmo, a través del cuadro de una de las paredes de la cripta. Mora intentó hacer lo mismo, pero chocó una y otra vez contra la horrible calavera de Alfonso XIII. Buscó el botón que accionaba el mecanismo de apertura, pero no lo encontró.

Da Costa y Mora no veían otra manera de salir del sótano que volviendo por el pasadizo que les condujo hasta allí.

—Es mejor que permanezcáis aquí. Aunque parezca mentira, estaréis más seguros en este horrible lugar —dijo Da Costa a Mafalda, Juan Carlos y José Antonio.

—Quedaos los dos con las pistolas por si Leblanc volviese en sí —indicó Mora a los cadetes de la Academia.

—Mora y yo avisaremos desde el coche para que acuda enseguida la policía. Nosotros debemos irnos ya rápidamente antes de que Cornelius consiga escapar.

—Un momento —le atajó Mafalda.

—¿Qué sucede?

—Cornelius ha dicho que se marcharía con Leblanc a un aeródromo cerca de Fontainebleau.

—De modo que han conseguido un avión... ¿Está lejos de París?

—A unos sesenta kilómetros —dijo Juanito.

—Treinta minutos en coche. No hay tiempo que perder, Mora.

Una vez solos, Juanito, José Antonio y Mafalda se fundieron en un abrazo.

—Ya pasó todo, Mafi. Ha sido José Antonio el que nos ha salvado la vida.

Mafalda y José Antonio se miraron a los ojos. Él no pudo contener el rubor que invadía sus mejillas.

—¿Te duele? —dijo ella.

—Es solo un rasguño —contestó él, restándole importancia.

—Déjame limpiarte la ceja con mi pañuelo.

Da Costa y Mora salieron al porche, atravesaron el jardín como dos gamos y subieron al coche, aparcado en la calle, frente a la verja de la residencia de Cornelius. El vehículo de este debía de estar ya lejos de allí. Dieron enseguida un aviso por radio: «A todas las unidades, detengan a un Mercedes 300SL Gullwing, de color negro, conducido por Armand Mathieu, alias *Cornelius*, presidente de la Société Crédit Français; averigüen la matrícula, creemos que se dirige a un aeródromo privado cerca de Fontainebleau».

Los policías pensaban que, si lo que les había dicho Mafalda era correcto, Cornelius se dirigía en ese momento al aeródromo. Ellos pusieron rumbo hacia allí, con Mora esta vez al volante y Da Costa de copiloto consultando un mapa de carreteras secundarias. Dieron orden de instalar controles policiales en las carreteras lo más rápido posible.

Cornelius conducía a una velocidad endiablada. Pronto tuvo el pequeño aeródromo privado al alcance de su vista. Observó con satisfacción cómo el DC-3 le esperaba en medio de la pista. Fabricado en 1943 y, a juzgar por su lamentable aspecto, con las alas remendadas y el fuselaje descascarillado, el avión debía de tener más horas de vuelo que Matusalén.

Cornelius irrumpió con su automóvil en la pista de despegue. Detuvo el coche junto al avión. Se bajó y desde fuera hizo una señal al piloto para que pusiese en marcha los motores, que enseguida empezaron a escupir nubes de hollín. Pero, al perder fuerza, se calaron. El comandante accionó de nuevo el aparato; mientras se

calentaba, abandonó la cabina para abrir la puerta al pasajero.

En ese momento, el automóvil de Da Costa y Mora irrumpió en el horizonte. Desde lejos, ambos repararon en lo que estaba a punto de suceder: la huida definitiva de la cabeza de la organización criminal más peligrosa de toda Europa. Pero eso no iban a consentirlo de ningún modo. El vehículo invadió la pista. Da Costa asomó la pistola por la ventanilla del copiloto y abrió fuego a discreción. Las balas rebotaron en la puerta abierta del avión. Cornelius aún no había subido a bordo. El teniente también disparó contra el fuselaje donde estaba almacenado el combustible. Varios chorros de fuel empezaron a manar de las tripas del avión. Otra ráfaga de disparos desencadenó la primera explosión, que arrancó de cuajo la puerta de pasajeros y desplazó a Cornelius unos metros hacia atrás, derribándole de espaldas en el suelo. Entonces se produjo la gran explosión. La aeronave reventó en una nube incandescente de humo y fuego, estallando en mil pedazos.

Recuperado de la caída, Cornelius volvió corriendo hacia su automóvil. Lo puso en marcha y salió de la pista a toda velocidad, esquivando las balas de los policías, para tomar la carretera de regreso a París. Ahora circulaba seguido siempre de cerca por el coche policial. El fugitivo se saltó un control de acceso y salida a la ciudad que estaban colocando en ese momento, sorprendiendo a los distraídos agentes.

Da Costa y Mora le siguieron hasta la entrada de la ciudad. En el interior de París, el tráfico del sábado por la tarde era fluido, y la persecución se hizo peligrosa y llena de incidentes, también para los transeúntes y los demás vehículos. Cornelius se saltó un semáforo en rojo y su coche se estampó contra un turismo que cruzaba perpendicularmente la avenida. Ambos coches describieron varios giros de ciento ochenta grados, pero ninguno de ellos volcó. Cornelius logró detener su Mercedes en medio de la calzada; menos suerte tuvo el conductor del turismo, que, desplazado al otro lado del asfalto, fue arrollado por un vehículo que circulaba en dirección contraria y no pudo evitarlo.

Da Costa y Mora observaron a Cornelius abandonar su coche y salir corriendo calle arriba. Enseguida se apearon ellos también del suyo para seguirle a pie.

A lo lejos vislumbraron a Cornelius tratando de escabullirse entre una fila de gente que esperaba su turno para acceder a un gigantesco edificio en la orilla oeste de la Île de la Cité, muy próximo a la catedral de Notre Dame. Un nutrido grupo de turistas se agolpaba a la entrada. Era el palacio de la Conciergerie, que durante siglos sirvió como prisión y que ahora abría de par en par sus puertas al público como admirado monumento histórico. Da Costa y Mora cruzaron el umbral del edificio tras identificarse en el control.

En el interior del palacio, los policías se separaron para abarcar mejor el inmenso espacio que les rodeaba. Aquel lugar se ramificaba en diferentes edificios y pabellones.

En la sala de abajo, Mora recorrió primero los pasillos que conducían a las celdas reconstruidas de la época de la Revolución francesa. El grupo más numeroso de visitantes se congregaba frente a la de María Antonieta. Cerca de los calabozos, se exhibía la lista de los reos de la antigua prisión que murieron en la guillotina, junto a gran variedad de accesorios: cestas de mimbre con forros de cuero, grillos, serrín, escobas para la limpieza tras la ejecución y hachas o hachuelas, por si se producía algún fallo lamentable en el mecanismo. Entre la relación de reos de muerte había numerosos aristócratas, acusación suficiente para subir a la báscula, como se denominaba la plancha de madera móvil a la que se sujetaba al convicto para la ejecución. Los visitantes contemplaron también la *lunnette*, la pieza circular dividida en dos mitades en forma de media luna, en la que se introducía el cuello del condenado. Finalmente, el *declic*, la palanca que liberaba la hoja de la guillotina tras ser accionada por el verdugo, hacía que el filo cayese sobre la cabeza y esta rodase hasta una de las cestas de mimbre que había allí.

El agente Julio Mora no conseguía distinguir a Cornelius entre la multitud.

Mientras tanto, Da Costa rastreaba como un sabueso su presencia en la Sala de Gente de Armas, una inmensa estancia gótica sostenida por una hilera de pilares y cubierta por bóvedas con artesonado. El espacio estaba iluminado por los rayos solares filtrados por las numerosas ventanas, lo que facilitaba al teniente la tarea de identificación. Pero aun así no logró localizar al criminal y prosiguió la búsqueda, dirigiéndose ahora a las cocinas.

Mora llegó a la Sala de Guardia, dividida en dos naves abovedadas con ojivas. Recorrió de un extremo a otro la enorme estancia, pero tampoco vio allí a Cornelius.

Los dos agentes se encontraron con la mirada y frunció el ceño, encogiéndose de hombros. Repasaron con los ojos cada rincón, desesperados, temiendo haberle perdido.

Entonces Da Costa vislumbró en la lejanía la silueta de Cornelius, subiendo por una escalerilla interior. Hizo una indicación a su compañero y corrieron juntos hacia allí. Una vez al pie de la escalerilla, saltaron los peldaños hacia arriba de tres en tres. Pudieron ver, unos metros por encima de ellos, las suelas de los zapatos de Cornelius, que estaba a punto de salir a los tejados del edificio. Los agentes cruzaron también el umbral de la azotea. El fugitivo se desplazaba con sorprendente agilidad por la superficie de pizarra pese a su particular forma de moverse.

Desde los tejados podían observarse tres torreones góticos bajo el cielo azul de París. Aunque pareciese increíble, Cornelius había aumentado la distancia sobre sus perseguidores. El recorrido era extremadamente peligroso. Cualquier traspié podía resultar fatal. La resbaladiza superficie de la techumbre de pizarra podía convertirse en un tobogán letal con una caída libre de más de veinte metros hasta el suelo. Con semejante altura, hasta la crisma más dura se haría puré. Da Costa se reencontró con

su viejo pánico a las alturas. Mora se dio cuenta y le adelantó.

Al fondo, los dos policías se quedaron atónitos al ver cómo Cornelius, jugándose la vida, saltaba de un edificio a otro entre los puntiagudos tejados de la grandiosa construcción. Parecía una cigüeña. Los dos agentes no tuvieron más remedio que seguirle. Al llegar al borde que separaba los dos edificios, Mora calculó que la distancia era salvable, pero la mirada de Da Costa le estaba diciendo que él no iba a ser capaz de saltar.

—Quédate aquí —le indicó Mora.

Tomando impulso, el policía español dio un enorme salto y pasó sin dificultad al otro lado. Continuó corriendo tras Cornelius, sin mirar ya hacia atrás. Parecía que el malvado se dirigía hacia una especie de atalaya rectangular, situada en el ángulo nordeste del palacio: era la Torre del Reloj. Quizá se propusiese entrar por el arco ojival de una de sus ventanas. Y entonces dio otro brinco increíble para pasar al siguiente edificio. Mora miró esta vez hacia atrás y vio a Da Costa acercarse corriendo hasta su posición.

—Me sorprendes, compañero. Nunca pensé en el fondo que fueses capaz de hacerlo —dijo el español.

Poco después, llegaron juntos a la última separación que acababa de salvar Cornelius. La distancia entre las dos cornisas era bastante más larga que la anterior. Ahora sí que era un salto arriesgado en el vacío. El ánimo de Da Costa pareció caerse redondo al abismo. Estaba seguro de que no podría hacerlo. Su miedo atenazaba los músculos de sus piernas. Pero un sentimiento de rabia por no poder superar el trauma de su juventud en el circo pareció darle alas de repente. Ante la mirada atónita de Mora, que intentó detenerle, Da Costa cogió impulso y dio el salto de su vida, pasando limpiamente al otro lado. El triple salto mortal.

En pie en el nuevo tejado, prosiguió la persecución. Ahora Da Costa le pisaba los talones a Cornelius, que parecía mucho más fatigado que él por el esfuerzo. Pero, aun así, el fugitivo consiguió llegar a la Torre del Reloj, y cuando se disponía a entrar por una de sus ventanas, el policía se le echó encima. En el cuerpo a cuerpo, Cornelius sacó su pistola y sonó un disparo. Da Costa había sido herido en la pierna izquierda, con la que cojeaba ligeramente. Perdió de súbito las fuerzas y se resbaló sin remedio hacia el abismo. En el último instante logró agarrarse a la cornisa con una mano. Se balanceaba en el vacío, por encima de la esfera coloreada del gran reloj, a merced de su oponente. Desde su posición solo podía verle sus elegantes zapatos de piel de cocodrilo, que se acercaban al borde con parsimonia. Cornelius se asomó con cuidado para disfrutar del sufrimiento de su presa. Le sonrió con maldad. Entonces levantó uno de sus zapatos y lo aplastó sin piedad contra la mano de Da Costa que le mantenía aún con vida. Sus dedos de antiguo trapecista se iban abriendo poco a poco, a punto de ceder por el intenso dolor. La caída parecía un hecho ineluctable. En ese

momento sonó otro disparo. La suela de cuero que le aplastaba la mano dejó de hacerlo. Mora se asomó por el borde. Agarró de la mano a su compañero y logró izarle hasta el tejado tras un esfuerzo supremo. El cadáver de Cornelius se precipitó al vacío y cayó al patio de la Conciergerie. El mismo lugar donde su padre había muerto guillotinado treinta años antes.



El capitán Herminio Arcones se desplazó a París para felicitar a Da Costa y Mora por su brillante actuación en la desarticulación de la red criminal de Cornelius. Nada más bajar del avión y abandonar el aeropuerto, tomó un taxi en la calle que le llevó hasta el hospital de La Pitié-Salpêtrière, construido por iniciativa de Luis XIV en 1656.

En la plaza de la entrada principal, Arcones se quedó mirando la estatua de bronce erigida en honor de Philippe Pinel, médico jefe del hospital y uno de los padres de la psiquiatría moderna, fallecido en 1826. Arcones entró por la plaza de Marie Curie, pionera en el campo de la radiactividad. El diseño del mejor hospital de París era geométrico, en torno a un patio cuadrado. La Chapelle Saint-Louis constituía la piedra angular del complejo y su primer capellán fue curiosamente san Vicente de Paúl.

En la segunda planta de traumatología yacía, convaleciente, el teniente Da Costa con la pierna izquierda enyesada. Arcones subió en el ascensor, salió al pasillo y llamó poco después a la puerta de la habitación número 37.

—¡Adelante! —indicó una voz desde dentro.

El capitán reconoció enseguida el timbre de Mora, y entró.

—¿Qué tal están mis héroes? —saludó con una amplia sonrisa, dirigiéndose a la cama donde estaba Da Costa, tras abrazar a su compañero.

—El teniente está hecho un campeón —dijo Mora.

—Una bala de nada, Arcones, me ha perforado el fémur. Puedo asegurarte que mi caída del trapezio fue mucho peor.

—Cualquiera lo diría. Si hubieras visto los saltos de cabra montés que daba por los tejados de la Conciergerie...

El capitán volvió a sonreír.

—¿Qué dicen los médicos?

—Han descartado la cirugía.

—Buena noticia.

—Me limpiaron el orificio de entrada y salida del proyectil, suministrándome antibióticos para evitar cualquier infección, y me han colocado un yeso en forma de férula para soldar la fractura.

—O sea, que en unos días estarás ya en casa.

—Eso parece.

—Quiero felicitaros a los dos, muchachos. Tanto la policía francesa como la española os están enormemente agradecidas. Y no digamos ya la portuguesa. La Operación Giralda ha sido un rotundo éxito. Un ejemplo de colaboración entre cuerpos policiales de distintos países que deberá servir de inspiración en el futuro. Ahora dime tú, Mora, cómo te las ingeniaste para seguir a Leblanc hasta la guarida de

Cornelius sin que este se percatara de ello.

—Siempre me ha gustado disfrazarme. De niño le di ya un susto de muerte a mi tía. Una tarde en que esta se quedó en casa conmigo, sin que se diese cuenta, me enfundé la gabardina de mi padre, me puse unas lentes graduadas y me calé un sombrero de fieltro, caminando como un corcovado. Luego salí sigilosamente de la vivienda, cerrando muy despacio la puerta, y al cabo de un rato pulsé el timbre para que me abriera. En cuanto mi tía vio a un desconocido en el umbral de la puerta, casi se quedó en el sitio. La pobre estaba embarazada.

—Menudo gamberro. Supongo que para despistar a Leblanc cambiarías de disfraz.

—La verdad es que disfrazarme ha sido para mí un arte, desde que organizaba funciones teatrales en casa de mis amigos de la universidad. Esta vez bastó con embadurnarme la cara con tintura de nuez, para oscurecémela, colocándome llagas falsas de cera y granos de café que parecían imperfecciones. Me calé luego un sombrero y me puse unas gafas de sol.

—Parecerías un *fellaghas*.

—¿Cómo dices?

—Un independentista argelino del barrio de la Goutte d'Or, donde se concentran los africanos.

—Ja, ja, ja...

Arcones también sonrió. Estaba radiante aquella mañana. Y aprovechó ese momento oportuno para hacerles un rápido resumen de los resultados obtenidos.

—La detención de los miembros más relevantes de la organización de Cornelius ha permitido conocer hasta qué punto estaban infiltrados en altas instancias de la policía, la judicatura, la política o las finanzas. Y no solo en Francia; también contaban con conexiones internacionales. Se ha eliminado al mismo tiempo la espada de Damocles que se cernía sobre los Borbones españoles. La detención del comisario Leblanc, a quien le encantaban los trajes caros, las mujeres fáciles que podían comprarse con dinero y las toneladas de alcohol, ha llevado a una depuración de la cúpula policial francesa. Se ha sabido cómo actuaban a través de sobornos y extorsiones. Y cómo reclutaban a asesinos con tendencias psicopáticas y violentas en ambientes frecuentados por jóvenes radicales para convertirlos en soldados perfectos capaces de cometer los crímenes más espectaculares, haciéndoles jurar lealtad hasta el extremo de entregar sus vidas. Todo eso, sumado al tráfico de armas y de estupefacientes, la promoción de conflictos armados en todo el mundo y la difusión del aborto.

—Hablando de la cúpula policial francesa —intervino Mora—, nos hemos enterado de que, cuando se acercaba la Navidad, docenas de agentes entraban en la Prefectura para recoger sus regalos y sus sobres con dinero.

—Había un teniente —añadió ahora Da Costa— a quien le gustaba hacer frecuentes viajes a la Costa Azul, pero aborrecía la idea de pagarlos. Una vez él, su

mujer y otra pareja querían pasar una semana en Cannes. Llamaron a Leblanc, y asunto resuelto.

—Por no hablar de las reuniones en la villa de Cornelius... —recordó Mora.

—Espeluznantes —ratificó Da Costa—. No puedes imaginarte, Arcones, la colección de artilugios que manejaba Cornelius para torturar a sus víctimas. A la pobre Mafalda casi la mata con una cuchilla como la que cortó la cabeza de María Antonieta.

—Era un sádico enfermo, que gracias a vosotros arderá ya en el infierno. Ni siquiera se libraba de ser un falsificador de primera. Su organización podía suministrar a sus clientes la marca de reloj que ellos quisieran. Un Omega, por ejemplo. En el mercado legal se vendían a trescientos francos o más. Cornelius los fabricaba por diez francos. Por fuera era un duplicado exacto del Omega, incluyendo la pequeña herradura de oro y el grabado de veinticuatro quilates del reverso. Los joyeros de la organización sabían hacer cualquier reloj. Si se lo pedías, te ponían a Tintín y a Milú en la esfera.

—¿Y qué me dices del artículo en *Le Figaro*? —preguntó el teniente.

—Espléndido.

—Ha puesto al descubierto las actividades delictivas del banco de Mathieu y de la Fundación, que formaban parte del mismo entramado criminal. Su autor, Guillaume Boucher, vino a verme eufórico al día siguiente de su publicación porque el periódico había batido su propio récord histórico de ventas con un millón de ejemplares.

Cornelius había dejado de ser una amenaza real, pero trascendería como personaje literario, entrando a formar parte por derecho propio de la gran epopeya del mal. Su figura inspiraría personajes míticos, como Vlad Tepes el Empalador lo hizo con el conde Drácula.

Cornelius era como el profesor James Moriarty, el eterno enemigo del detective Sherlock Holmes, creado por Arthur Conan Doyle en 1893. Era el «Napoleón del crimen» o «la araña en el centro de una gigantesca red del crimen cuyos hilos solo él sabía mover», al decir del propio Holmes. La mayor mente criminal de la Europa victoriana. Moriarty, como Cornelius, dirigía en la sombra un complejo sindicato internacional del crimen con la ayuda de su lugarteniente, el coronel Sebastian Moran, una especie de comisario André Leblanc. Moriarty moriría junto con Holmes tras una trágica caída por las cataratas de Reinchenbach en el río Aar, a la altura de la pequeña localidad alpina de Meiringen, en Suiza. La muerte literaria de Holmes en *El problema final* provocó un aluvión de quejas y reclamaciones de numerosos seguidores del personaje de Conan Doyle, quien no tuvo más remedio que resucitarle después en *La aventura de la casa vacía*.

A partir de ahora, Cornelius resucitaría también como el ogro de un cuento de miedo para asustar a los niños. Llegaría a formar parte del folclore popular como uno

de los grandes malvados de la historia, como el monstruo de la infamia suprema. Su efigie con las mil caras se reproduciría en los museos de cera de todo el mundo.

El brigada Mora se despidió de Da Costa y Arcones. Debía reincorporarse al servicio en Madrid. Mora y Da Costa, pese a no empezar su relación con buen pie, habían llegado a apreciarse tras salvarse el pellejo mutuamente, forjándose una amistad que perduraría en el tiempo. Para despedirse se dieron la mano, y posteriormente un abrazo. Al salir de la habitación del hospital, una lágrima rodó por la mejilla de Mora.

Tres días después, Da Costa llegó al aeropuerto de Portela, en Lisboa. Le hicieron bajar del avión, un C-54 Skymaster, por una rampa especial, ya que se desplazaba en silla de ruedas. Contaba con la asistencia de una azafata de la TAP, la aerolínea nacional portuguesa, que le había acompañado durante todo el viaje desde París, para ayudarle a moverse. La azafata empujó su silla de ruedas por la pista en dirección a la terminal.

Una vez allí, una atractiva mujer siguió a Da Costa y a la azafata. Se acercó por detrás y le hizo un gesto a la empleada de la aerolínea poniéndose los dedos en los labios para indicar que se disponía a darle una sorpresa al policía. Era Nicole, que ahora empujaba la silla sin que el usuario se hubiese percatado del cambio. La azafata les seguía unos pasos por detrás.

Da Costa comentó a la azafata, sin dejar de mirar al frente:

—Parece que hace un día espléndido en Lisboa.

Nicole no contestó.

Volvió a hacer el mismo comentario y al no recibir respuesta por segunda vez se giró hacia ella y vio a Nicole. En su rostro se dibujó la sorpresa. Ella le sonrió con dulzura. Mientras continuaba empujando su silla de ruedas, Nicole le susurró al oído, como un cosquilleo:

—¿Sigues interesado en mí?

—Oh, Nicole, siempre te he amado, y siempre te amaré.

—En ese caso podemos darnos una oportunidad.

A Da Costa se le iluminó el semblante de felicidad; aquella era su más preciada recompensa. Y supo de nuevo, desde que se cayó del trapecio con veinte años, que lo mejor se compraba siempre al precio de un gran sacrificio.

A finales de junio, en medio de un calor sofocante, un hombre fornido que había cumplido cuarenta y tres años el día 20 entró alrededor de las doce del mediodía por la puerta principal del Gran Hotel de Zaragoza. Llevaba una chaqueta azul de lino con una flor de lis grabada en el bolsillo superior izquierdo, un polo del mismo color,

pantalón blanco y zapatos náuticos. Al hacer acto de presencia en el vestíbulo, el encargado del hotel salió a recibirle y le acompañó hasta el ascensor.

—El príncipe le espera arriba, señor.

—¿Habitación?

—La *suite* número uno.

—Muy amable.

Mientras subía en el ascensor, don Juan de Borbón recordó que su padre había inaugurado aquel mismo hotel en 1929, y comprobó que su fachada histórica y el interior conservaban aún todo el sabor de la época. El ascensor se detuvo en la quinta planta. Su único ocupante avanzó por el pasillo, deteniéndose ante la puerta de entrada de la *suite*, la cual golpeó suavemente con los nudillos. Enseguida se abrió, surgiendo bajo el marco de madera el rostro sonriente de Juanito, deseoso por recuperar todo el afecto de su padre, quien a su vez sentía la necesidad de pedirle perdón. Sin embargo, no era fácil para el conde de Barcelona manejarse en ese tipo de situaciones. Era un hombre educado prusianamente, que exigía a su heredero un comportamiento semejante. Por eso, enterado de que Juanito había puesto en peligro su valiosa vida en París, le costaba ahora más solicitar su perdón.

—Buenos días, papá.

—Buenos días, hijo.

Sonó a frío saludo. La *suite* era enorme, dividida en tres estancias: un cuarto con una cama y un baño incorporado para Juanito, otro un poco más pequeño para su preceptor, y un saloncito con un tresillo y dos butacas que daba a una gran terraza desde la que se divisaba al fondo la hermosa Basílica del Pilar. En la habitación contigua estaban los dos guardaespaldas.

—Siéntate, papá. ¿Quieres algo de beber?

—Una Ámbar especial.

Era la cerveza zaragozana por excelencia desde el año 1900.

—Ahora mismo digo que nos traigan dos.

Juanito avisó a la recepción por la línea interior, y poco después un camarero les sirvió en una bandeja de plata las copas de cerveza junto con un plato de almendras tostadas y dos servilletas. Una vez solos, reanudaron la conversación:

—Tengo que decirte, hijo mío, que me parece una completa irresponsabilidad que acudieras a París sin consultárselo a nadie, poniendo en riesgo tu propia vida.

—No fui solo, papá. Me acompañó mi amigo José Antonio, con quien comparto mis quehaceres en la Academia. Además, me habían asegurado que si no viajaba a París tu vida correría peligro.

—Está bien. Puedo entender la ingenuidad a tus dieciocho años. Pero eso no impide que tu vida sea un bien muy preciado para la dinastía de los Borbones y para el futuro de España. Hay muchas personas que velan por tu seguridad y no debes volver a cometer una imprudencia semejante.

—Tienes razón, papá.

Y entonces, tras algunas vacilaciones, sin atreverse al principio a mirar a la cara a su hijo, don Juan claudicó:

—Quiero pedirte perdón.

—¿Perdón por qué?

—Por haber llegado a dudar de tus rectas intenciones. Por haberte hecho jurar que no mataste a tu hermano pequeño a propósito. Y, sobre todo, por no haber sabido comprenderte desde el fondo de mi corazón de padre.

Finalmente, padre e hijo se abrazaron emocionados, con lágrimas en los ojos, pues ambos ansiaban que llegara aquel momento de reconciliación definitiva.

Mafalda, con la perspectiva del tiempo, que todo parece curarlo, dejó escrito en su diario cómo le había afectado su tremenda odisea y cómo se planteaba el futuro.

Era un libro refinadamente encuadernado, con todo su inextinguible poder evocador, que guardaba su secreto mediante un delicado candadito. Un diario que ella supo llenar al fin con letra clara.

Empezaré por lo más doloroso de todo: la irreparable e injusta muerte de mi amiga Dafne, de la que llegué a sentirme yo misma culpable. Experimenté por primera vez la pena infinita y duradera que supuso la desaparición de mi mejor amiga.

De mi primer contacto directo con la maldad humana no puedo albergar peores recuerdos. Fui víctima de un intento de violación a manos de mi profesor de Historia en la Sorbona; me secuestraron para que sirviese de cebo en la captura de Juanito; he sido engañada y traicionada por mi profesor, por Alain Jacotier, por el comisario Leblanc; y humillada, atada y a punto de ser asesinada de forma atroz por un sádico como Cornelius.

El indeseable de Ferdinand Corbel fue detenido por lo que hizo y está en prisión.

Supongo que planeó violarme mientras estaba drogada, convencido de que ni yo misma me enteraría y de que él podría seguir su vida igual que antes. El problema vino cuando yo me desperté inesperadamente y le reconocí. Entonces no le quedó más remedio que hacerme callar, lo que no fue posible, porque me secuestraron aquella misma noche. Debí de intentar huir, pero fue detenido y tuvo que afrontar un juicio.

Corbel no pertenecía a la organización criminal de Cornelius, sino que era uno de los dos vigilantes, junto con mi padre, de la logia masónica Fraternité, cuyo nombre en clave era Marianne. De ahí que ambos guardasen celosamente en su casa el malleto o martillo de dos cabezas, lo que en su momento me inquietó mucho.

También André Leblanc está en la cárcel. Qué gran decepción fue para mí comprobar que uno de los mejores amigos de mi padre, todo un comisario de policía, era en realidad un peligroso delincuente. Jamás pensé que el hombre que me abrazaba tiernamente cuando era niña pudiese entregarme luego en bandeja a Cornelius para que acabase conmigo.

Cornelius está muerto, así como su esbirro Alain, el secuestrador de Dafne. Aunque esto no compensa en absoluto todo el dolor que me causaron, al menos servirá para que no inflijan daño ya a otras personas inocentes.

He conocido también por primera vez el amor correspondido y poco después la insondable tristeza de la decepción amorosa.

Después de todo, necesité un tiempo para recuperarme anímica y psicológicamente del trauma sufrido. Regresé a casa de mis padres con síntomas evidentes de no haberlo superado. Mi familia me obligó a recurrir a la asistencia psicológica para evitar mi desmoronamiento personal.

Todo lo consideraba una amenaza. Sospechaba de todo y de todos. Cualquier cosa que me decían sonaba extraña en mis oídos. Veía intenciones ocultas en el menor gesto o actitud de los demás. Lo que antes me resultaba seguro dejó de parecérmelo. De ahí vino mi permanente desconfianza.

Tristeza, susceptibilidad, irascibilidad, dolores de cabeza, pesadillas recurrentes en las que era asesinada, maltratada y objeto de abuso y burla por parte de mis captores fueron síntomas de mi gran sufrimiento.

Además de insomnio, claustrofobia, ansiedad, miedo y trastornos obsesivos, anhelando siempre una seguridad extrema para evitar volver a encontrarme en situaciones de riesgo.

El amor y el apoyo de mi familia y de mis amigos me ayudaron a superar poco a poco mi trauma. Conseguí finalmente perder esos miedos.

Al cabo de casi un año, Juanito sigue siendo un amigo importante para mí, pese al final de nuestra historia de amor. He logrado superar mi enamoramiento juvenil de él; he dejado de ser una jovencita que anhelaba ser princesa, aunque siempre recordaré las horas tan felices que pasamos juntos en la Isla del Sueño. Tras mi doloroso romance, tengo ahora una percepción más clara de la realidad y he aprendido a adaptarme a ella de manera más consecuente. Tuve que desistir de mi amor por razones de Estado, algo que en principio acepté.

Pero ahora esos argumentos me parecen absurdos y anacrónicos, porque con ellos se obliga a las personas a renunciar a sus sentimientos, poniendo por encima unos intereses abstractos y discutibles. Ahora soy más prudente con mis planes de vida.

Juanito está empezando a salir con la princesa griega Sofía. Se habían conocido ya en agosto de 1954, durante un crucero de diez días por las islas del Egeo, a bordo del navío griego *Agamenón*; pero no volvieron a verse hasta mucho tiempo después. Parece ser que Sofía sí que es del agrado de Franco y del padre de Juanito. Yo solo deseo que él pueda ser feliz.

Tras mi liberación en París, empecé a sentirme atraída por José Antonio Andrade, y este sentimiento al parecer era mutuo. Pero entonces necesitaba aún tiempo para poner en orden mi cabeza, no podía empezar sin más otra relación. José Antonio fue muy comprensivo y esperó.

Ahora, casi un año después de aquellos infaustos acontecimientos, he recuperado el equilibrio. Y estoy empezando una relación con José Antonio, que tampoco es fácil, pues él continúa en la Academia de Zaragoza y yo estoy en París, pero al menos esta vez no se interpondrán intereses de ningún tipo entre nosotros. Él me ha demostrado ser una persona admirable, tierna, cariñosa, paciente, leal e inteligente. No sé lo que me deparará el futuro. Ahora soy más realista y menos soñadora, pero por el momento me encuentro bien y ambos estamos enamorados y somos felices.

He aprendido que la tristeza y el dolor forman parte de nuestra vida y tenemos que ser capaces de aceptarlos. En eso consiste hacerte mayor. Y no hay dolor más intenso que la muerte de un ser querido. Siempre echaré de menos a Dafne.

El dolor mide el verdadero valor de una persona, porque penetra hasta lo más íntimo de tu ser y exige que tomes una decisión, que según cuál sea contribuirá a tu madurez o te derribará hundiéndote en la amargura. En mi caso, me ha estimulado a centrarme más en lo esencial, a pasar de lo trivial a lo verdaderamente importante en la vida.

A partir de ahora no seré ya una mujer tan preocupada por mi aspecto y por lo superficial, querré ganarme algo en la vida con mi propio esfuerzo.

Deseo seguir siendo historiadora, a pesar de la amarga experiencia sufrida con mi antiguo profesor. Ahora soy más capaz de apreciar la importancia de esta disciplina: porque la historia tiene por misión investigar las formas de mejorar el funcionamiento de la sociedad humana, tratando de explicar los acontecimientos pasados por medio de principios razonables con el fin de eliminar todo fanatismo; porque genera nuevas expectativas de lo que puede ser nuestro futuro; porque nos permite conocer mejor al ser humano.

El tiempo transcurrido me ha proporcionado una serena distancia desde la que puedo tomar aliento para enfrentarme de manera decidida y creadora a la realidad de la vida. Tal vez esté ahora más dispuesta a adoptar compromisos trascendentes.

*París, 23 de mayo de 1957*



## Advertencia del autor

Los hechos y personajes que aparecen en estas páginas son fruto en su mayor parte de la imaginación, pero arrancan de un suceso luctuoso que tuve oportunidad de investigar a fondo hace ya más de quince años: la trágica muerte del infante Alfonso de Borbón y Borbón, hermano del rey Juan Carlos, acaecida el 29 de marzo de 1956 en Estoril (Portugal).

Los valiosos testimonios aportados en su día por algunos de los principales testigos de aquellos años, en el transcurso de inolvidables entrevistas recogidas en mi libro *Dos infantes y un destino* (Plaza y Janés, 1998) —Torcuato Luca de Tena, Laureano López Rodó, Iñigo Cavero, Antonio Fontán, Jaime Miralles, Fernando Álvarez de Miranda y Gonzalo Fernández de la Mora, entre otros—, me sirvieron para reconstruir fielmente aquel desgraciado accidente.

A don Juan Carlos, de dieciocho años entonces y cadete de la Academia Militar de Zaragoza, se le disparó una pistola Long Automatic Star, del calibre 22, mientras jugaba con su hermano Alfonso, de catorce años, en una estancia de Villa Giralda, la residencia de los condes de Barcelona en el exilio. El disparo en la frente provocó la muerte instantánea del infante.

Inspirándome en estos hechos he construido ahora una historia de intriga y amor, con el propósito de interesar y sorprender a los lectores.

## **Agradecimientos**

A Lucía Luengo, mi editora, con quien afronto esta primera novela cargada de ilusiones y esperanzas.

Gracias también a mis hijos, Borja e Inés; y a mis amigos Alessandro y Fran Cirenei, Adolfo y Matilde, Esperanza, Leddys y Carmelo López-Arias.

Gratitud especial a Antonio Quintanilla, Julia Navarro y Gonzalo Giner.



JOSÉ MARÍA ZAVALA es un conocido periodista y escritor español, nacido en Madrid, en 1962. En sus más de veinte años de experiencia profesional ha sido jefe de información del suplemento económico del diario *El Mundo*, responsable de la información financiera y de comunicación del mismo periódico, redactor del diario económico *Expansión* y subdirector de la revista *Capital*, promovida por el grupo alemán Bertelsmann.

Ha colaborado en proyectos editoriales para *El Mundo*, *La Razón*, en la revista *La Aventura de la Historia* y en el semanario *Alba*; también interviene en *Intereconomía* Televisión, y en programas especiales en TVE, Antena 3 y Tele 5.

Es autor de una treintena de libros, entre los que sobresale su trilogía sobre la Guerra Civil prologada por el hispanista Stanley George Payne, *La infanta republicana*, *La maldición de los Borbones y Bastardos y Borbones*. También ha publicado *El Borbón non grato*, la única biografía del duque de Cádiz, y *Don Jaime, el trágico Borbón*, sobre el duque de Segovia, a los que se suma *El Borbón de cristal*, la primera biografía del príncipe de Asturias, Alfonso de Borbón y Battenberg, prologada por Luis María Anson. Otras obras suyas son *El patrimonio de los Borbones*, *Las mentiras de ZP* y *Padre Pío: los milagros desconocidos del santo de los estigmas*. A este título se suman *La reina de oros*, *La doble vida de María Cristina de Borbón*, la biografía de la cuarta esposa de Fernando VII y madre de Isabel II; y *Las apariciones de El Escorial. Una investigación*. Su *La pasión de José Antonio* supone una aportación fundamental al lado más humano del fundador de la Falange en el 75 Aniversario de su muerte, con documentos inéditos sobre los pormenores de su

fusilamiento, los intentos de rescate de la cárcel de Alicante y los amores silenciados.  
Otras obras publicadas son: *Así se vence al demonio* y *El secreto del Rey*.